

MENTIRAS OLVIDADAS

LEXI THURMAN

Capítulo 1

Enya

Me desperté completamente desorientada. Un fuerte pinchazo en el lado derecho de mi cabeza me atravesó. Traté de alzar mi mano derecha, sin éxito. Me di cuenta de que mis manos estaban atadas.

¿Por qué estaban atadas?

Poco a poco, abrí los ojos a la vez que los recuerdos se filtraban entre la neblina que se había apoderado de mi cerebro.

La conversación entre Cian y Sullivan me golpeó con la fuerza de un tsunami. No me detuve demasiado rememorando todos los detalles, ya que, en ese momento, no podía soportarlo, así que me centré en recordar lo que sucedió después. Yo escapando en un coche robado por la carretera, otro coche aproximándose a mí hasta el punto de golpearme por detrás. Me vi perdiendo el control y derrapando, mi cabeza golpeando contra el volante y un segundo más tarde, mi mundo se oscureció.

¿Me encontraba en casa de Cian? ¿Él me había secuestrado y atado a una silla? Unas horas antes hubiera dicho que eso era completamente imposible, ¿pero ahora? Ahora no sabía qué creer.

Cian me había engañado. Durante todo este tiempo, había estado jugando conmigo. Había sido una completa estúpida.

No entendía la razón por la que lo había hecho. Y lo cierto era que, tampoco me importaba. Porque lo único en lo que podía pensar era en que había entregado mi confianza y mi corazón a ese chico y él lo había destrozado. Sin ningún tipo de piedad, Cian había abusado de mi confianza. Ni siquiera quería una explicación por su parte, solo deseaba desesperadamente regresar a Melbourne; despertar de la pesadilla en la que se había convertido mi vida.

Tenía que buscar la manera de salir de allí antes de que él regresara. Respiré hondo en un intento de poner en orden mis pensamientos. Volví a tirar de mis manos, pero solo conseguí que la silla en la que me encontraba sentada, se tambalease.

¿Cómo había llegado a esa situación? Y la peor parte, ¿cómo iba a salir de ella?

Miré a mi alrededor. La única iluminación que había eran unos tenues rayos de sol que entraban por la única pequeña ventana que se hallaba en la estancia. Aunque lograse desatarme, cosa que veía improbable, la ventana era demasiado estrecha para que pudiese salir por ella.

Observé con detenimiento la estantería blanca repleta de cajas, al igual que una bicicleta colgada de una de las paredes y lo que parecía una motosierra decorando la baldosa blanca del suelo.

Estaba bastante segura de que me encontraba en un sótano. Pero, desde luego, no era el de la casa de Cian, no el que él usaba como gimnasio. Entonces, ¿dónde narices estaba? ¿Me había llevado hasta otro lugar? ¿Me iba a matar?

A pesar de la situación en la que me encontraba, me resultaba imposible creer que él fuese capaz de hacerme daño, o por lo menos, daño físico. Aunque tenía pocos recuerdos de Cian de niño, y los que tenía los había recuperado hacía pocos días, mi corazón recordaba con fiereza lo importante que había sido para mí. Por esa razón, una parte de mí seguía queriendo pensar que él no me había mentido, que todo era un malentendido, que aquellas palabras tan duras que había

escuchado tan solo eran una broma de mal gusto. El Cian que yo había conocido de pequeña y del que me había enamorado estas últimas semanas, no podía ser tan cruel.

La puerta blanca se abrió y la espalda de un hombre interrumpió mis pensamientos. Él no se dio la vuelta, por lo que no podía verle la cara. Estaba segura de que no se trataba de Cian, ni de ningún hombre que había conocido esos días. Se quedó quieto, con la mirada fija al frente, sin girarse en ningún momento. ¿Él sabía que yo me encontraba allí?

—¡Ayúdame! —grité, con la voz estrangulada. ¡Por favor, ayúdame! —Los hombros del hombre se tensaron, demostrando que era consciente de que yo me encontraba detrás de él, pero siguió sin girarse. Aunque intuía que no iba a ayudarme, tenía que seguir intentándolo. No podía rendirme.—. ¡¿Puedes soltarme?! ¡No voy a decir nada, lo prometo! ¡Solo quiero regresar a mi casa!

Sin embargo, mis súplicas no sirvieron para nada. Tiré de nuevo de mis ataduras, pero lo único que conseguí es hacerme daño. ¿Qué pretendía Cian reteniéndome contra mi voluntad? Por el amor de Dios, la gente normal habla las cosas.

Pero nada de esto es normal.

Sacudí la cabeza cuando mis pensamientos tomaron el control. Me había desmayado al golpearme contra el volante, notaba una punzada de dolor en la frente. Cian debería haberme llevado al médico o por lo menos, a mi habitación. Daba igual lo enfadado que estuviese conmigo por robarle el coche o porque hubiese escuchado a escondidas. Si era todo un malentendido, podía explicármelo con una taza de café caliente y, si no lo era, lo mínimo que podía hacer era pedirme un taxi que me llevase al aeropuerto, ya que no estaba interesada en escuchar sus explicaciones. No había justificación a lo que había escuchado. Pero, en ninguno de los escenarios que pasaban por mi cabeza, retenerme en un sótano lúgubre tenía sentido.

—¿Está abajo? —Una voz varonil interrumpió mis pensamientos. Tenía un fuerte acento irlandés, aunque no era la voz de Cian y tampoco pertenecía a Sullivan.

—Sí —respondió el otro hombre. Este no me había mirado ni una sola vez, pero seguía en el umbral de la puerta.

—Espero que esté bien. Os dije claramente que me la trajerais sana y salva. ¡¿Cómo se os ocurre provocar un accidente?! Por vuestro bien espero que ella no haya sufrido ningún daño.

—Lo siento, jefe. Nosotros no quisimos…

—¡Cállate! No quiero escucharte. —El hombre parecía enfadado. No lograba verle, ya que la luz era demasiado tenue y él se encontraba fuera de la habitación.

La estancia se quedó en silencio y mi corazón comenzó a retumbar con fuerza. Ese hombre parecía preocupado por mi bienestar. Suponía que era uno de los trabajadores de Cian; tal vez, de seguridad. Los pensamientos recorrían mi mente a toda velocidad. A lo mejor Cian había pedido que me buscasen y me llevasen de regreso a la mansión y ellos se habían extralimitado. De alguna manera, esa idea me relajó. Una parte de mí quería seguir pensando que Cian no era un psicópata.

Aun así, tragué saliva cuando escuché unos pasos acercándose a mí. Parecía que el hombre estaba descendiendo unas escaleras. Agudicé el oído, tratando de identificar dónde estaba.

Los pasos se detuvieron durante un segundo, seguido de un clic. Parpadeé con fuerza cuando la luz inundó la estancia.

Contemplé al hombre que estaba frente a mí. Su cabello color pelirrojo, perfectamente peinado, llamó mi atención. Era de un tono muy similar a mi color de pelo natural. Era alto y de complexión delgada, aunque podía ver que tenía un cuerpo entrenado en el gimnasio. Era joven, calculé que no tendría más que unos pocos años más que yo. Tal vez, la edad de Cian.

Llevaba una camiseta de manga corta negra y unos pantalones de traje de cuadros grises. Su ropa parecía costosa; ligeramente diferente a la forma de vestir que había percibido que los empleados de Cian tenían.

A pesar de que no recordaba haberlo visto antes, había algo vagamente familiar en él. No sabía qué era, pero tenía la absurda sensación de que nos conocíamos.

—¡Suéltame, por favor! —Sabía que todas mis súplicas no servirían de nada. Pese a que desconocía las razones por las cuales me tenían retenida, sabía que ninguna de las personas que estaban allí movería un solo dedo para ayudarme. Sin embargo, había escuchado en la conversación que había mantenido hacía unos segundos con el otro empleado de Cian, como ese chico parecía enfadado por la sola idea de que me hubiera pasado algo. Eso quería decir que aún tenía un poco de esperanza, ¿no?—. Me duelen las manos, la cabeza y estoy cansada. Necesito ir al baño y beber agua. Por favor —supliqué, sintiendo cómo las lágrimas se arremolinaban en mis ojos.

Al igual que había pasado con el otro hombre que aún seguía en la estancia, el chico tampoco me contestó. Avanzó un par de pasos hacia mí, acortando la distancia entre nosotros. Él continuó mirándome fijamente, como si estuviera buscando algo en mi rostro. Aunque no era una mirada amable, más bien, hostil. Me recordó a la forma en la que me había mirado ese hombre en el *pub* del pueblo.

—¿Dónde está Cian? Prometo que no le voy a contar que me habéis atado, ni que me he hecho daño —aseguré—. Te prometo que no voy a permitir que él se enfade contigo. Suéltame.

Esperaba no estar equivocada en mi análisis y que Cian no fuese consciente del trato que me habían dado sus empleados, que él solo quisiese que regresase para explicarme su conversación con Sullivan.

—¿Cian? —La perplejidad en su tono de voz no camufló el odio con el que escupió el nombre—. ¿Por qué narices a él le importaría si sufres algún daño? —preguntó con confusión.

—No lo sé —reconocí—. Sé que está enfadado conmigo por huir robándole un coche a mitad de la noche, pero él no quiere verme herida. —O eso esperaba.

Me quedé callada, esperando su respuesta, sin darle más explicaciones, porque desconocía lo que el empleado de Cian sabía. Posiblemente, creía que yo era una invitada desagradecida y una ladrona.

El chico entrecerró los ojos.

—Tengo que reconocer que lograses huir ha sido un giro interesante.

—Solo quiero regresar a Melbourne. Por favor, dile a tu jefe que me deje irme.

—¿Mi jefe? —preguntó, a la vez que las aletas de su nariz se ensanchaban y su rostro se enturbiaba con ira apenas contenida.

—Cian —respondí.

—¡¿Piensas que soy un lacayo de ese hijo de puta?! —gritó con tanta fuerza que su voz reverberó por las paredes—. ¡Tiene que ser una puta broma macabra, joder! ¿No sabes quién soy?

Observé el rostro del chico con mayor detenimiento. Sus ojos color café oscuros, casi negros, brillaban con una malicia intencionada. Unas pocas pecas espolvoreaban su rostro. Tenía una nariz recta y una mandíbula marcada, decorada por pelo pelirrojo. Parecía que no se había afeitado en varios días, pero no parecía hecho a adrede, más bien era como si no hubiese tenido tiempo para afeitarse, como si hubiese estado demasiado ocupado.

—No —reconocí. El chico movió su cabeza de un lado a otro con incredulidad y chasqueó la lengua, evidentemente molesto—. Lo siento, yo no… —No terminé la frase, sabiendo que debía

elegir mis palabras con cuidado si quería salir de allí.

—No me lo puedo creer. —Él soltó una carcajada seca, carente de humor—. Es increíble que no me reconozcas.

—Lo siento, soy muy mala para los rostros. ¿Eres uno de los obreros? —No recordaba que hubiese ninguno pelirrojo, pero tampoco me había fijado mucho en ellos.

—¿Crees que soy un obrero? —preguntó, la incredulidad dibujada en su rostro.

—No lo sé. Sé que eres un empleado de Cian y aunque me resultas vagamente familiar, no recuerdo haberte visto, ni que nos presentasen. Pero, de verdad que no quiero ofenderte, han sido unas semanas muy duras para mí. —Lo único que deseaba era coger un avión de regreso a Australia y olvidar que esas últimas semanas habían existido.

—¡Ya te he dicho que no trabajo para ese hijo de puta, joder! —Sacudió la cabeza como si estuviese intentando controlarse.

Ese chico parecía odiar a Cian con todas sus fuerzas. ¿Si él no trabajaba para Cian, porque me estaba reteniendo?

Llegados a ese punto, me daba lo mismo.

—Por favor, te lo suplicó. Déjame irme. No me importa quién eres, ni tu relación con Cian, solo quiero regresar a mi vida. Por favor.

— No te vas a ir a ninguna parte —dijo, cortando mis súplicas—. Dios, ya había olvidado lo insoportable que eras…

—¿De qué me conoces si no eres un empleado de Cian? —pregunté cuando estaba claro que no me iba a ayudar.

—¿De qué te conozco? —preguntó, con una sonrisa torcida que heló mis venas—. Hay que joderse. Te conozco porque mi padre tuvo el mal gusto de tirarse a tu madre y dejarla embarazada. —Había cierta irritación en su voz, como si no entendiera por qué tenía que estar dándome esas explicaciones.

—¿Tu padre dejó embarazada a mi madre?

El joven se rio sin humor.

—Nunca has sido muy inteligente, pero, definitivamente, has empeorado con los años—. Soy tu hermano, Enya.

—¿Mi qué? —pregunté, sin poder creerme lo que estaba escuchando. Si no fuera por la situación en la que me encontraba, me hubiera echado a reír. Había pasado de no tener ningún familiar a tener dos hermanos diferentes en menos de un mes.

No, no iba a caer de nuevo en esa trampa.

—Yo no tengo familia. Mi única familia era mi abuelo y falleció hace dos años. Te estás confundiendo de persona —dije antes de que él pudiese responder a mi pregunta retórica.

El chico soltó un bufido.

—Estás de coña, ¿verdad? —Avanzó un paso hacia mí y se puso de cuclillas—. Ni siquiera necesito hacer esto, ya que eres igual que *ella*. —Sus ojos se centraron en mi rostro durante unos segundos y después, estiró su mano, agarrando la tela del costado izquierda de mi camiseta de pijama y mostrando mi marca de nacimiento—. Inconfundible —murmuró entre dientes, soltando mi camiseta con rapidez y bajando su mano.

«No tienes que esconderla. Ya no. No de mí».

Las palabras que Cian había repetido en el balneario semanas atrás regresaron a mí. Él había contemplado mi marca de nacimiento con intensidad. Una intensidad y un interés que, en aquel momento, habían pasados inadvertidos para mí.

¿Tenía mi marca de nacimiento un significado oculto? ¿Por eso mi abuelo había insistido

tanto a lo largo de los años en que la escondiera? Lo que había creído que solo era una preocupación por mi salud, estaba comenzando a pensar que había algo más.

La marca de nacimiento me hacía sentir única, diferente al resto. Era una forma de diferenciarme. Y entonces, las piezas del *puzzle* comenzaron a encajar en mi cabeza: mi abuelo no estaba preocupado porque contrajera una enfermedad, tan solo era una excusa para lograr que tapase esa parte de mi piel y nadie pudiera reconocerme. Él me estaba ocultando. Ocultando de aquellos que me conocieron de niña.

Las palabras de Cian tenían sentido ahora.

—Ese estúpido de tu abuelo solo hizo una cosa bien en su puta vida —la voz del pelirrojo me sacó de mis pensamientos. Él se había levantado—, llevarte lejos. No hubiese soportado una infancia junto a ti.

—¡No sé quién eres! —exclamé, elevando mi tono más de lo que debería. Gritar a tu captor no era la forma más inteligente de comportarse, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

El pelirrojo bufó y maldijo por lo bajo.

—Ya te lo he dicho, soy tu hermano. —Él me miró durante unos segundos, como si estuviera buscando algo en mi rostro—. ¿Cómo puede ser que no te acuerdes? No eras tan pequeña cuando te marchaste —murmuró, aunque me dio la sensación de que hablaba para sí mismo.

Observé su expresión, no había duda en ella. Él no parecía estar mintiendo, pero tampoco lo había creído con las palabras de Cian y mira hasta dónde me habían llevado: secuestrada y atada en una silla. Entonces, recordé un fragmento de la conversación que había escuchado entre Cian y Sullivan: en ella, hablaban sobre un hermano. Ellos no sabían que yo les estaba escuchando, por lo que no tenían ninguna razón para estar mintiendo. Seguía tan impresionada con todo lo que había descubierto en las últimas horas —o días, ni siquiera sabía cuánto tiempo había pasado —, que lo había pasado por alto.

¿Era ese chico el hermano del que estaban hablando? Lo miré a los ojos, intentando, sin éxito, que algún recuerdo nuestro regresara a mi memoria.

—No me acuerdo —susurré con frustración—. Apenas he comenzado a recordar fragmentos de mi vida en Irlanda hasta hace unos pocos días. Ni siquiera recordaba el haber visto morir a mi madre. —Era absurdo estar justificándome delante de ese chico cuando él me tenía secuestrada, pero estaba tan cansada y derrotada que ya nada me importaba. Solo quería volver con Bindi. Volver al lugar en el que realmente me sentía segura—. Además, ¿cómo esperas qué te crea? ¡Me has atado y secuestrado!

El chico movió su cabeza de un lado a otro, como si estuviera evaluando mis palabras.

—No estás secuestrada, te encuentras en la casa de la familia. La casa en la que naciste. *Mi c*asa —él enfatizó las últimas palabras, como si tuviera la necesidad de dejar eso claro—. Y en cuanto a lo de atarte a una silla, eso ha sido cosa de mis hombres, no mía. —Él alzó sus hombros, como si fuera un tema sin importancia.

El chico avanzó unos pasos, acortando la distancia que nos separaba y se inclinó hacia mí, soltando la cuerda que ataba mi mano derecha con gran habilidad, para un segundo más tarde, hacer lo mismo con la izquierda. Después, repitió el proceso con mis tobillos.

—Solucionado. Ahora, levántate.

Moví mis manos, frotando con mis pulgares la piel dolorida. Luego, me llevé la mano a la frente para notar un pequeño chinchón, aunque no parecía que me hubiese hecho sangre. A pesar de estar libre, me quedé quieta, observando al pelirrojo con temor. No sabía qué pretendía, ni cuáles eran sus intenciones.

—Déjame ir, por favor —supliqué—. No pienso contarle nada a las autoridades.

El chico me miró con incredulidad durante unos segundos y después, chasqueó la lengua, evidentemente molesto.

—Vas a montarme un númerito, ¿en serio? Va a ser verdad que no me recuerdas en absoluto. O recordarías que las súplicas no sirven para nada conmigo, nunca lo han hecho. No cuando me pedías que jugase contigo, ni cuando llorabas porque te quitaba esas estúpidas muñecas con las que siempre jugabas. Eras una niña repelente y mimada. No te aguantaba entonces y no lo hago ahora. Pero eres mi hermana y es mi obligación asegurarme de que cumples con tu deber.

—No te creo nada. No creo que sea tu hermana —espeté. Estaba cansada de las mentiras, de que todo el mundo me engañase y jugase conmigo—. Quiero irme a Melbourne. Quiero hacerlo ahora.

El chico movió su cabeza hacia atrás y miró hacia el techo, como si estuviese buscando ayuda divina. Luego, centró de nuevo su mirada en mí.

—Por supuesto que ibas a poner las cosas difíciles. —Lanzó un bufido—. Vamos, ven conmigo.

Durante un segundo, no me moví, sin estar segura de cómo actuar. ¿Qué era lo correcto, seguir a aquel extraño que decía ser mi hermano a saber dónde? Aunque, por otro lado, ¿qué otra opción tenía, quedarme encerrada en aquella estancia para siempre?

El chico me miró con irritación. Finalmente, decidí levantarme de la silla y con pasos lentos, comencé a seguirle. Atravesamos la estancia, pasando al lado del hombre al que le había pedido ayuda, quien no se había movido ni un solo milímetro. El pelirrojo se detuvo frente a unas escaleras y comenzó a subirlas. No me había equivocado al pensar que estaba en un sótano.

Subí cada escalón con cuidado, sintiendo todo mi cuerpo entumecido. Al final del último, a una esquina, se encontraba otro hombre. Este también iba totalmente vestido de negro.

Miré a mi alrededor, dándome cuenta de que me encontraba en una casa que, desde luego, no era la de Cian. Estaba en medio de lo que parecía ser un largo pasillo. Quizá esa era mi oportunidad de escapar. ¿Si echaba a correr, cuánto tiempo tardarían en alcanzarme?

—Ni siquiera tú puedes llegar a ser tan estúpida —me dijo el pelirrojo, quien se encontraba a mi lado y vio mis intenciones—. No llegarías ni a dar dos pasos antes de ser reducida por alguno de mis hombres. Vamos, deja de perder mi tiempo. —Hizo un gesto con su barbilla para que le siguiera y echó a andar por el pasillo. Caminé detrás de él hasta que nos adentramos en una habitación—. Espera aquí, ahora vengo. —El chico salió de la estancia.

Por un instante, pensé en intentar escapar. Pero, después, recordé su advertencia. El chico no mentía, yo misma había visto que la casa estaba llena de hombres extraños que vigilaban todas las esquinas.

Miré a mi alrededor, observando la estancia en la que me encontraba. Contemplé las paredes pintadas de blanco y los dos sofás de color crema, que se hallaban uno frente al otro, separados por una mesa redonda de cristal. Los sofás estaban cubiertos de cojines de diferentes colores en tonos pasteles que le daban calidez al salón, al igual que la pequeña estantería de madera que colgaba de una de las paredes sobre la que había una planta. Al contrario que me había pasado en casa de Cian, donde todas las estancias eran frías, aquel salón estaba decorado hasta el más mínimo detalle, haciendo que fuera mucho más acogedor.

Me senté en uno de los sofás, siendo consciente de que todavía estaba en pijama. Mi pijama de Piolín. Me alegraba de llevar ese pijama, porque si me hubiese puesto uno de los que Cian me había regalado, me habría quedado en ropa interior en ese mismo momento. Porque me lo habría quitado para quemarlo, ya que no quería llevar nada de él. Y entonces, es cuando me di cuenta de que seguía llevando algo que él me había regalado.

Mis manos se dirigieron a mi cuello, tocando el collar con forma de cereza.

Sentí que lágrimas de furia se arremolinaban en mis ojos al pensar en Cian. Pero no iba a llorar, no iba a darle el placer de derramar una sola lágrima, no por alguien que se merecía tan poco de mí.

Sabía que tenía que quitarme el collar y tirarlo al suelo, pero no lo hice. Me lo iba a dejar puesto para recordar mi error, para recordar que no podía volver a confiar en nadie. O por lo menos, esa fue la razón que me repetí a mí misma.

Unos pasos resonando en la madera me devolvieron a la realidad.

—¿Todo esto es cosa de él, verdad? —El pelirrojo atravesó el salón, deteniéndose frente a mí —. De Cian —aclaró—. Por eso estás actuando así. No sé qué mentiras te ha contado y sinceramente, me importa una jodida mierda. —Él entornó los ojos y antes de que pudiera responderle, movió su mano derecha hacia mí—. Toma, nuestro padre la llevaba con él cuando murió. Iba a quemarla, pero resulta que, al final, me ha servido para algo.

Miré con extrañeza el objeto que sostenía entre sus dedos, dándome cuenta de que era una fotografía. Lentamente, la agarré, no pudiendo evitar sentir curiosidad. Observé la imagen. En ella, un hombre pelirrojo de mediana edad se encontraba sentado en el borde de una lujosa fuente de mármol. Él lucía sonriente, sosteniendo a una niña con su mismo color de pelo en su regazo. A su lado, una mujer cuyo rostro conocía muy bien sonreía, mirando al hombre y a la niña con amor. Los tres estaban pletóricos de felicidad. Al contrario que el niño de cabello pelirrojo que se encontraba de pie a unos centímetros de ellos, quien tenía los brazos cruzados y los ojos fijos en el lado opuesto. Sus labios se apretaban en una mueca furiosa, como si no quisiera estar allí, pero también podía ver un poco de nostalgia en sus ojos oscuros.

—Ella era mi madre —susurré con seguridad. Mi abuelo me había enseñado decenas de fotos, pero en ninguna estaba tan feliz como en esa—. Y ella… —susurré, posando mi pulgar en la niña.

—Esa eres tú —me dijo el pelirrojo, confirmándome lo que ya sabía—. Él es nuestro padre —señaló al hombre—, y ese de ahí —apuntó con su dedo índice al niño—, soy yo. Sacamos la fotografía unas semanas antes de que te fueras. Se tomó en esta misma casa, en la fuente del jardín. —Él hizo un gesto hacia los ventanales que rodeaban la estancia y a través de los cuales se podía ver un amplio jardín—. Puedes comprobarlo tú misma.

No necesité asomarme a la ventana. No para saber que él no mentía.

—Yo… —balbuceé, sin saber qué decir, asimilando toda la información. Miré al niño de la fotografía y después, al chico que estaba frente a mí. El mismo color de pelo, los mismos ojos y los mismos rasgos, aunque endurecidos con el paso de los años. No había lugar a duda en que era él. También pude ver algo de parecido conmigo, un parecido sutil, pero estaba ahí. No podía seguir negando la evidencia —. Cian me dijo que no tenía ningún hermano.

—¿Eso es lo que ese hijo de puta te dijo? —El chico chasqueó la lengua—. ¿Y tú le creíste? —preguntó, había una condescendencia en su voz que no me gustó—. Oh, por supuesto que lo hiciste. Porque tú crees cada una de las palabras que él te dice, aunque, en el fondo, tengas la verdad delante de ti —escupió las palabras con rabia—. Siempre lo has hecho, no sé por qué cojones creí que esta vez no lo harías. Lo que me lleva a la pregunta, ¿por qué has escapado de él si creías todas sus mentiras?

Tragué saliva.

—No quiero hablar de eso.

Mi hermano negó con la cabeza, pero no intentó contradecirme. A pesar de sus preguntas, no parecía importarle demasiado lo que había sucedido mientras había estado en la casa de Cian.

—No lo entiendo —murmuré, apretando la fotografía entre mis dedos, pero sin dañarla—. Si tú eres mi hermano, ¿por qué fue Cian a recogerme al aeropuerto? ¿Por qué el abogado de nuestro padre se puso en contacto con él y no contigo?

El pelirrojo frunció el ceño.

—¿El abogado de nuestro padre?

—Sí, Connor.

—Connor era el abogado de *nuestro padre* —el pelirrojo recalcó las últimas palabras—, pero él nunca tuvo el más mínimo contacto con Cian. Fui yo quien le ordené que te llamase. —¿Lo que Connor me había contado por teléfono había sido cierto? Entonces, no entendía qué tenía que ver Cian en todo aquello. ¿Dónde había estado mi verdadero hermano durante todo ese tiempo? Él debió de leer las preguntas en mis ojos, porque dijo: —Cian descubrió que había contactado contigo y él y su gente mataron a mis hombres. Él te secuestró.

¿Matar? ¿Secuestrar? Me había quedado claro que Cian me estaba utilizando, pero de ahí a ser un asesino…

—¿Matar? —¿Él había dicho matar? Tenía que haberlo entendido mal.

Sin embargo, mi hermano no parecía estar tan sobrecogido como yo.

—Si ese hijo de puta no se hubiera metido en medio, no hubiera retrasado tanto las cosas. Pero ya estás aquí, dónde tenías que estar desde el principio. —Él se agachó y estiró su mano derecha hacia mí, apartando un mechón pegado a mi cabello y tocando con el pulgar de su mano izquierda mi frente, provocando que un pinchazo de dolor me atravesara. A pesar de que estaba siendo cuidadoso, no había nada agradable en su toque. Sus ojos observaron mi frente y después, apartó rápidamente la mano, como si no soportara tocarme durante más de un segundo.

—Solamente es una pequeña herida —murmuró—. Ni siquiera necesitas puntos, se te curará en un par de días. —Su interés por mi bienestar no era genuino y él no se estaba molestando en ocultarlo. En realidad, todo lo contrario, desde el primer momento en el que nos habíamos visto, era como si quisiese demostrar su desagrado hacia mí.

Desconocía sus intenciones, pero estaba convencida de que no eran buenas. Tenía que irme de allí lo antes posible.

—¿Fuiste tú quién me perseguiste?

—Fueron mis hombres. Ellos estaban vigilando alrededor de la casa de Cian y cuando saliste con el coche, te interceptaron. El plan era traerte sin un solo rasguño, pero, al parecer, se ha torcido un poco. Te necesito sana y salva.

Bajé la mirada hasta la fotografía, contemplándola durante unos segundos y después, volví a centrar mi atención en el chico que estaba frente a mí. Mi verdadero hermano.

Entonces, todo lo que Connor me había contado era cierto. Él me había estado buscando durante todo este tiempo. Sin embargo, sus intenciones no parecían ser genuinas. Ese chico podía ser mi hermano, pero no me tenía la más mínima simpatía y hacía todo lo posible para que yo me diera cuenta de ello.

Mi hermano no quería recuperar la relación conmigo —si es que en algún momento la habíamos tenido—. Entonces, ¿qué quería? ¿Por qué tanto interés en que viajara hasta Irlanda?

—Connor me dijo que querías que el último deseo de nuestro padre era que supiera la verdad —pronuncié las palabras con lentitud, sin saber a esas alturas qué era cierto y qué era mentira—. Tú me estabas buscando porque querías cumplir con el último deseo de nuestro padre.

El pelirrojo hizo una mueca.

—Ah, sí, eso —musitó, confirmando mis peores temores—. ¿Tu abuelo nunca te contó que tenías un hermano? —preguntó en vez de responderme—. ¿No te contó a qué se dedicaba

nuestro padre?

—No, él no me contó nada sobre mi familia paterna. No le gustaba hablar de nuestro padre. Él me dijo que mis padres habían muerto en un accidente de coche cuando era pequeña. —Mi hermano ya debía saber esta información, ya que se la había contado a Connor cuando hablamos por teléfono.

Mi hermano me miró durante unos segundos, como si estuviese intentando buscar algo en mi rostro.

—Así que lo que le contaste a Connor es verdad —dijo—. ¿Tu abuelo no te contó nada sobre nuestra familia?

—¿Por qué le mentiría?

—¿Por qué no lo harías? —contraatacó él. Sin embargo, antes de que pudiera responderle, habló de nuevo: —¿Qué te ha contado Cian sobre nuestro padre?

Estaba comenzando a impacientarme. No entendía qué hacía allí y ese chico, al igual que Cian, no parecía estar dispuesto a aclarar mis dudas.

—No mucho —respondí con honestidad—. Tan solo me dijo que era un hombre de negocios importante, muy amigo del suyo.

—¿Solo te dijo eso?

—Sí —decidí obviar la parte en la que me dijo que era mi hermano, sintiéndome demasiado avergonzada para confesarle eso a él.

—¿Eso es lo único que sabes? —insistió.

—Sé que mi madre murió en un tiroteo. Lo recordé hace unos días. Y Cian me contó que unos hombres intentaban secuestrarme a ella y a mí. Un enemigo de nuestro padre.

—Un enemigo que él pensó que era su amigo. Supongo que se le olvidó decirte que su padre traicionó al nuestro enviando a sus hombres a matar a tu madre y a ti.

—¿Qué? —pregunté, sobrecogida por la información. Yo misma había recordado cómo Cian me había salvado del tiroteo.¿Por qué me había ayudado si había sido todo obra de su padre? Aunque quizá ni Cian lo sabía. Él, al igual que yo, tan solo era un niño en aquel entonces. ¿Pero por qué su padre iba a poner en peligro a su propio hijo? Y además, ¿desde cuándo los empresarios de éxito se mataban unos a otros?

Estaba comenzando a tener la seguridad de que mi hermano estaba demente. Tal vez, lo había estado desde niño y por eso mi abuelo me había alejado de él.

Mi hermano curvó sus labios en una sonrisa gélida.

—Por supuesto que a Cian se le olvidó contarte ese pequeño detalle —masculló—. Ese perro traidor y sus padres fueron expulsados de nuestras tierras, pero ahora ha regresado. Está intentando quitarme lo que es mío, pero no lo va a lograr jamás. No lo voy a permitir, cueste lo que cueste.

No estaba entendiendo ninguna de las palabras que él estaba pronunciando.

Mi cuerpo comenzó a temblar y la fotografía se deslizó entre mis dedos, cayendo al suelo, sobre la alfombra de felpa blanca. Me incliné hacia delante para recoger la imagen, que se había dado la vuelta.

Unas palabras escritas con tinta azul llamaron mi atención.

Arlan y Enya, 2009.

Arlan. Ese era el nombre que había pronunciado aquel hombre en el pueblo y el mismo que estaba escrito en la inscripción de la torre junto al de Cian. El antiguo mejor amigo de Cian. ¿Era él mi hermano?

¿Por eso Cian me había mentido? ¿Estaba intentando vengarse de mi hermano por medio de

mí?

Había viajado hasta Irlanda para descubrir la verdad y lo cierto era que, ahora, ya no quería saberlo. ¿De qué me había servido todo lo que había averiguado? Lo único que había conseguido era ser más miserable.

No quería saber nada más, porque, en ese punto, era consciente de que había secretos que era mejor no desenterrar.

«La verdad no te hará libre, la verdad te matará».

Las palabras que mi abuelo había pronunciado en el sueño que había tenido hacía unas semanas se repitieron en mi mente. Él estaba en lo cierto.

—Quiero regresar a casa —le dije a Arlan—. Sea lo que sea lo que haya sucedido, forma parte del pasado. No quiero saber nada más. Ya sé más que suficiente y preferiría no haberlo sabido.

—No vas a volver —replicó Arlan con convicción—. Este es tu hogar, aquí es dónde perteneces. Créeme que, por mucho que lo odie, la sangre Wolf corre por tus venas. Ya es hora de que cumplas con tu deber.

—¿Mi deber? —pregunté, sin entender sus palabras.

—Tu deber como una Wolf. Para lo que tu abuelo debería haberte preparado. Ha llegado el momento de que sirvas para algo. En unas semanas, te casarás con Callum O'Donell.

¿Casarme? ¿Es que acaso estaba loco? No sabía quién era Callum, pero no pensaba contraer matrimonio con nadie y, menos aún, con un desconocido.

—No pienso casarme con nadie —espeté.

Tal vez lo más inteligente era seguirle el rollo y conseguir que me liberase para escapar. Era más que evidente que Arlan no estaba bien de la cabeza. A esas alturas, poco me importaban sus razones, lo único que sabía era que tenía que salir de allí. Mi pasaporte se había quedado dentro de mi bolso en el coche, pero si conseguía llegar a la estación de policía más cercana, ellos me ayudarían.

—Sí, te vas a casar con él —replicó Arlan con chulería, como si él pudiese decidir sobre esa decisión, como si él tuviera derecho a hacerlo—. La única condición que le puso nuestro padre a tu abuelo para sacarte del país fue que el compromiso con Callum O'Donell siguiese en pie. Estáis comprometidos desde que erais unos niños y vas a casarte con él, te guste o no. —Abrí la boca, pero Arlan me hizo un gesto con su mano, impidiéndome hablar—. Mañana a la noche, la familia O'Donell vendrá a casa a cenar, así podréis conoceros.

—Estás… estás loco —balbuceé.

—Kirian —llamó Arlan, ignorándome por completo. Un hombre apareció en el umbral de la puerta que Arlan había dejado abierta—. Kirian te llevará hasta la que será tu nueva habitación. Espero que no me des problemas, tengo muchas cosas que hacer. Nos vemos mañana. —Y tras decir aquello, Arlan se dio la vuelta, dirigiéndose hacia la puerta.

Podía haberle dicho tantas cosas… Sin embargo, lo único que salió de mis labios, fue: —Solo quiero irme a casa.

No iba para Arlan, pero él respondió: —Y yo quería ser hijo único. No siempre podemos tener lo que queremos en esta vida.

Capítulo 2

Enya

Nunca me había sentido libre del todo en toda mi vida.

Pero… ¿estar encerrada en una habitación durante más de veinticuatro horas? Me sentía completamente asfixiada.

La habitación en la que Arlan había tenido la decencia de hospedarme era casi igual de amplia que la casa en la que me había criado. El dormitorio disponía de una cama cómoda y un baño adherido. Y, sin embargo, sentía que me iba a ahogar en esas cuatro paredes.

Estaba encerrada y por mucho que aporreé la puerta en un intento por hablar con alguien, nadie me respondió. Mi único contacto humano había sido con uno de los empleados de Arlan. Y porque este había entrado en un par de ocasiones con una bandeja de comida.

Necesitaba escapar de allí. Había llegado a pensar en saltar por la ventana, pero la habitación en la que estaba tenía barrotes. ¿Qué casa tenía barrotes en una habitación que estaba en la tercera planta? ¿Los habrían instalado antes de encerrarme allí? Era evidente que todo aquello formaba parte de un plan, uno que no llegaba a entender.

Estaban todos locos y yo estaba empezando a perder la cordura.

Tendría que haber escuchado a Bindi cuando me advirtió de los peligros de recorrer medio mundo en busca de un hermano del que desconocía su existencia. Por desgracia, ahora ya no podía dar marcha atrás.

Me tumbé en la cama y apoyé mis manos sobre mi cara, desesperada. El sonido de la cerradura abriéndose seguida de unos nudillos golpeando la puerta hizo que me incorporara.

—¿Puedo pasar? —preguntó una voz masculina que no reconocí.

Eso era algo nuevo, hasta ahora nadie me había pedido permiso para nada.

— Sí —respondí, levantándome de la cama de un salto. Desconocía quién se encontraba al otro lado de la puerta y qué quería, pero necesitaba desesperadamente contacto humano.

Un hombre de mediana edad, al que no había visto nunca, abrió la puerta. Llevaba una americana de color *beige*, unos pantalones del mismo color y una camisa blanca. Sostenía un maletín en su mano derecha. El hombre se quedó en la puerta, como si me estuviera pidiendo permiso para entrar en la habitación. Le hice un gesto con la mano y él cerró la puerta detrás de él, para después avanzar en la estancia.

—Enya Wolf, ¿verdad?

—Enya Perkins —le corregí. ¿Wolf era mi apellido paterno? Recordé que Arlan lo había mencionado.

—Soy Arthur Murphy, el médico de la familia O’Donell. —El hombre estiró su mano y fue a acercarse a mí, pero cuando retrocedí, él bajó su mano—. Tal y como Arlan te habrá informado, estoy aquí para hacerte un examen médico.

¿Examen? ¿De qué estaba hablando? ¿Era el médico de la familia del hombre con el que me tenía que casar? ¿Por qué me enviaría él un médico?

—La herida está bien —dije, señalando la pequeña herida que me había hecho en la frente. No tenía ningún hueso roto, ni sentía dolor en ninguna otra parte del cuerpo.

Físicamente me encontraba perfectamente. Psicológicamente, ya era un tema diferente. No me molesté en pedirle ayuda, ya que era obvio que ese hombre no me iba a ayudar. Había

terminado de suplicar y, sobre todo, había terminado de compadecerme de mí misma. Tenía que ser inteligente y buscar la salida de la situación en la que me encontraba por mí misma.

—¿Herida? —El hombre me miró con confusión—. No estoy aquí para eso. ¿Por qué no te tumbas en la cama? —Señaló la cama. Dejó el maletín sobre una silla y la acercó hasta el costado de la cama.

No sabía quién era ese hombre y, a esas alturas, ni siquiera estaba segura de que fuera realmente un médico. No iba desconfiando de la gente y hasta dónde yo sabía, no tenía ninguna razón para mentirme, pero también había pensado lo mismo de Cian.

Y aunque no tenía ninguna duda de que Arlan era mi hermano, ya que las pruebas que me había enseñado eran suficientes para estar segura de ello, también sabía que no podía confiar en él. No podía confiar en nadie. Estaba sola.

No me moví ni un solo milímetro. Froté mis brazos con las manos en un intento de controlar los nervios que se habían adueñado de mí.

—No tardaré mucho —me dijo el médico al ver mi poca cooperación. Curvó sus labios en una sonrisa, en un evidente intento porque me relajara—. Solo necesito inspeccionar tu himen para comprobar que está intacto. Si puedes…

—¡¿Mi qué?! —No podía haber escuchado bien, él no había podido decir eso…

—Tu himen —repitió el hombre, como si no comprendiera mi pregunta—. Será rápido, Enya. Y no te va a doler —agregó, mirándome con confusión, como si le sorprendiese mi reacción.

¿El agua de Irlanda estaba contaminada y todos sus habitantes habían enloquecido? Esa tenía que ser la explicación o quizá, todo era una pesadilla. A lo mejor nunca había salido de Melbourne y me encontraba en mi cama. Me pellizqué el brazo en un intento desesperado de despertarme, pero nada sucedió.

El hombre carraspeó , inquieto, esperando que obedeciese. Y ya no pude más. Perdí toda la compostura. Había llegado a mí límite.

—¡Fuera! —grité a la vez que cogía el despertador que se encontraba encima de la mesita de noche y se lo tiraba. Aunque estaba tan nerviosa que ni siquiera le rozó, sino que terminó estampado contra la pared—. ¡He dicho que fuera! —repetí con más fuerza.

Aquel hombre no iba a acercarse a mí, ni tocarme y mucho menos, iba a enseñarle nada. Me daba igual que fuera médico. El hombre se congeló y me miró como si me hubiera vuelto loca.

—Enya —pronunció mi nombre con suavidad y fingiendo una calidez que no existía—, ¿por qué no te tranquilizas? Entiendo que estés nerviosa…

—¡He dicho que fuera!

Sentí que las piernas me fallaban y la vista se me nublaba. Iba a desmayarme si ese hombre no se marchaba en ese momento. Me encontraba al límite de mis fuerzas. Lo que había descubierto de Cian, la conversación con Arlan, estar encerrada en una habitación durante todo un día y ¿ahora esto? Era demasiado, no podía más.

El hombre intentó dar un paso hacia mí y yo retrocedí hasta que mi espalda chocó contra la pared.

Escuché chillidos de terror que me di cuenta de que provenían de mi garganta. La puerta se abrió de golpe. Un hombre vestido de negro se adentró en la habitación y mi pánico se elevó cuando vi que sostenía un arma en su mano derecha, apuntando hacia nosotros.

¿Un arma? ¿Ese hombre tenía un arma? Imágenes de mí de pequeña y mi madre en el suelo desangrada inundaron mi cerebro; algunas de ellas, nuevas. Las emociones estaban a punto desbordarme. Era demasiado para mí.

Mi mente estaba dominando a mi cuerpo, provocando que perdiese el control de él. No sé si fue la adrenalina o la ansiedad, pero corrí hasta el baño y me encerré en él. Puse el pestillo y me permití a mí misma desmoronarme del todo.

Me apoyé contra la puerta y me arrastré hasta que estuve sentada sobre las baldosas del baño. Junté mis piernas y enterré mi cabeza en ellas. Escuchaba ruidos en la habitación, pero todo fue opacado por el sonido atronador de mi corazón. No podía más; las lágrimas que había estado conteniendo brotaron de mis ojos como una cascada. Hasta ese momento, había intentado no explotar, porque sabía que entrar en pánico no solucionaría nada. Sin embargo, ya no podía más.

No recuerdo cuanto tiempo estuve en esa posición. Tal vez fueron horas, tal vez tan solo fueron minutos…

—¿Enya? —preguntó una voz femenina al otro lado de la puerta. Era suave, como si, al igual que había intentado el médico, quisiese calmarme.

—¡Vete! —grité—. ¡No pienso salir!

No obstante, la mujer no se rindió. No pronunció ni una sola palabra, pero pude escuchar su respiración. Ella seguía al otro lado de la puerta.

—Enya, quiero ayudarte —dijo al cabo de un tiempo.

—No necesito tu ayuda. —No sabía quién era esa mujer y, desde luego, ya no me creía nada —. Márchate.

—Está bien, tomate todo el tiempo que necesites. Estaré aquí fuera, esperándote. Tenemos que hablar, Enya.

—¡Ya le he dicho a ese médico que no pensaba someterme a ningún examen médico!

—Lo sé y no tienes que preocuparte por eso. Arthur se ha marchado —me dijo con suavidad —. Me llamo Maeve, soy el ama de llaves de Arlan. Estamos solas en la habitación, Arthur no va a regresar. ¿Por qué no sales y hablamos tranquilamente?

Durante unos segundos que parecieron horas, no me moví. Aunque, ¿qué otras alternativas tenía? No podía quedarme encerrada en el baño eternamente. Además, era consciente de que no tenía demasiadas opciones: el baño no tenía ninguna ventana y si querían echar la puerta abajo, lo harían en menos de cinco minutos. Algo que no me sorprendería, teniendo en cuenta que uno de los empleados de mi hermano había entrado en la habitación sosteniendo un arma.

Lentamente, me levanté del suelo y abrí la puerta.

Maeve había retrocedido unos pasos. Era una mujer de mediana edad, bajita y menuda. Llevaba su cabello rubio, casi blanco, suelto y tenía los ojos azules.

¿Ella era el ama de llaves de Arlan? Recordé a Noreen, aunque esa mujer no se parecía en nada a ella.

—¿Por qué no te sientas? —me ofreció con una sonrisa cálida, señalando una de las sillas.

Crucé mis brazos y negué con la cabeza.

—No, gracias. Prefiero estar de pie.

Maeve avanzó un paso hacia mí y estiró su mano derecha, ofreciéndome una botella de agua.

—Toma, te vendrá bien beber un poco. —Sentía la sequedad en mi garganta, pero no me atreví a cogerla—. Está cerrada. Nadie quiere envenenarte, Enya. —Con un suspiro de resignación, la cogí y la abrí, comprobando que Maeve no mentía. Le di un trago.

—¿Qué tal estás? —me preguntó.

—¿Tengo qué responder a esa pregunta?

—No tienes que responder a nada que no quieras, esto no es un examen. Arthur no sabía que no estabas al tanto de su visita. Él no pretendía hacerte daño, Enya. Él es un médico prestigioso, jamás haría nada que dañara tu salud.

—¡Ese hombre me estaba hablando de mi himen! ¿Quién en su sano juicio en el siglo XXI necesita comprobar si una mujer sigue teniendo su himen?

Maeve suspiró.

—Esa es una conversación que deberás tener con Arlan. Son las cinco de la tarde, deberías comenzar a prepararte. —Maeve señaló la cama. Encima de las sábanas, había una funda negra —. Te he traído un vestido. Dadas las circunstancias, me he tomado la libertad de escoger uno por ti. Espero que te quede bien y sea de tu agrado.

Entonces, recordé la conversación que había mantenido con Arlan el día anterior. Él me había informado de que tendría una cena con mi prometido. Por el amor de Dios, yo no estaba prometida y menos con un hombre que no conocía de nada. Un hombre que enviaba a su médico para que comprobase que yo era virgen.

Menuda locura.

—No pienso ir —declaré.

—Arlan quiere que vayas, Enya —me advirtió Maeve.

—¿Y?

No podía obligarme a ir esa cena y mucho menos a casarme con ese hombre. Maldita sea, me tenía secuestrada. Eso era ilegal.

—Enya, tu hermano no es un hombre que acepte un no por respuesta. Le conozco desde que era un niño y también te conocí a ti.

—¿A mí? —pregunté.

—Sí, cariño —dijo, sentándose en la cama y tocando el edredón para que ocupase un lugar junto a ella. Sin embargo, me senté en una silla frente a ella. Maeve suspiró, pero no hizo ningún comentario—. Eras una niña alegre, siempre con palabras amables en tu boca. Tu luz era tan grande que lograbas que todo el mundo se quedase deslumbrado por ella e hiciese aquello que tú querías. Todos menos tu hermano. Hasta el día en el que te fuiste intentaste que él jugase contigo, que fuese tu amigo a pesar de que él siempre te trataba con desdén. La bondad era algo innato en ti. Veo en tus ojos que sigues siendo esa niña, esa que solo ve luz en el resto. En el mundo hay oscuridad, Enya, y más en el mundo del que provienes.

—No me acuerdo, Maeve. Solo hace poco he recordado que vi morir a mi madre y que Cian me salvó la vida. —Tragué saliva al recordar aquellas imágenes. Y las lágrimas brotaron por mis ojos cuando me di cuenta de que el chico que me había salvado, por el que había empezado a sentir algo, también era mi verdugo—. Cian me ha engañado. Tal vez tienes razón y hasta hace poco solo veía lo bueno en las personas, pero confía en mí, ya no lo hago.

Maeve me ofreció una sonrisa compasiva.

—Sé que no te acuerdas de nada. Es evidente que estás confundida y asustada. Desconozco que ha pasado entre vosotros. Hace muchos años que no veo a ese muchacho, pero él era tu fiel escudero. Siempre estaba a tu lado. Él…

—No. —Levanté una mano, interrumpiéndola—. No quiero seguir hablando de Cian, ni tampoco de Arlan. Tan solo quiero regresar a Australia y olvidar que he estado en Irlanda. —Lo único que deseaba en esos momentos era que aquellas semanas desaparecieran de mi memoria para siempre—. ¿Puedes ayudarme a marcharme?

A pesar de que pude ver la lástima reflejada en los ojos de Maeve, supe cuál era su respuesta antes de que ella pronunciase una sola palabra. Podía estar en una casa diferente, pero las cosas parecían funcionar de la misma manera que en la de Cian.

—No, Enya, no puedo —respondió, negando con la cabeza—. No sé cuánto te ha contado Arlan sobre vuestra familia. —Maeve habló con cautela e hizo una pequeña pausa, como si

estuviera esperando a que yo le aportara algún tipo de información. Cuando no lo hice, continuó: —Por desgracia, no podemos elegir dónde nacemos. Y tú, eres una Wolf. —Maeve volvió a quedarse en silencio, pero esta vez tuve la sensación de que estaba dándome tiempo a asimilar aquella declaración, como si eso tuviera algún tipo de relevancia—. No puedes huir de tu destino.

Aquello era surrealista. Me pasé una mano por mi cabello revuelto, tratando de no volver a perder los nervios, aunque me estaba costando todo mi autocontrol no hacerlo. ¿Es qué nadie a mi alrededor tenía un mínimo de sentido común?

—¿Mi destino es casarme con un hombre que no conozco? —repliqué—. Eso es absurdo. Estamos en el siglo XXI, nadie puede obligarme a contraer matrimonio en contra de mi voluntad. —Un matrimonio de conveniencia. Maldita sea, ni siquiera pensaba que eso seguía existiendo.

—Estás comprometida con Callum desde que eras una niña, Enya. —dijo Maeve, como si fuera lo más normal del mundo—. Por favor, baja a cenar. Conoce a Callum. Quién sabe, a lo mejor te das cuenta de que es el hombre perfecto para ti.

Cerré los ojos. Aquella locura no iba a terminar nunca, pero Maeve, por muy amable que pareciese, no iba a ayudarme. Mis opciones eran limitadas. Tal vez, si les seguía el juego, lograba encontrar la manera de huir. Ni siquiera sabía dónde me encontraba.

¿Qué otra opción me quedaba más que ir a la cena?

Si quería escapar, tenía que utilizar la astucia.

A esas alturas, había descubierto que no podía dialogar con quien decía ser mi hermano. Era un psicópata que me había secuestrado, pero, quizá, podía aprovechar el momento de la cena para conseguir un móvil y llamar a la policía. Las autoridades sabrían qué pasos debía seguir.

—Está bien —decidí, con una mueca tensa—, iré a la cena.

Una hora más tarde, estaba preparada. Miré mi reflejo en el espejo de cuerpo entero que se encontraba frente a mí, observando el vestido que Maeve había escogido para mí: era de tirantes y la tela satinada de color negro se ajustaba a la perfección a mis curvas. El vestido me recordaba al que Holly, el nombre de la protagonista a la que interpretaba Audrey Hepburn, llevaba en la película de *Desayuno con Diamantes*. Aunque este era algo más corto, ya que la tela tan solo me cubría hasta debajo de las rodillas. Demasiado sofisticado para una simple cena.

Contemplé el colgante de cereza que sobresalía sobre la tela negra del vestido. En un acto que ni siquiera yo misma entendí, sostuve la correa dorada y metí el collar debajo de la tela, ocultándolo. Por el reflejo, vi que Maeve seguía mis movimientos con la mirada, pero ella no hizo ningún comentario.

Maeve no se había ido de la habitación en todo ese tiempo. Ella me había ayudado a maquillarme y a prepararme. Podía haberle pedido que se fuera, pero tan estúpido como sonaba, no quería estar sola.

—Estás preciosa —me dijo Maeve.

Exhalé un suspiro mientras terminaba de arreglar mi cabello. Había seguido las sugerencias de Maeve, optando por recogerlo en una coleta alta, pero había dejado dos de mis mechones sueltos. Aunque, en realidad, prepararme para cenar con un hombre con el que no tenía ni la más mínima intención de casarme, era lo que menos me apetecía en esos momentos.

—Si tú lo dices…

—Vamos, Enya. —Maeve puso una mano en mi hombro—. Aunque no lo creas, tienes suerte.

—¿Suerte? —pregunté, girándome para mirarla. Maeve se encontraba sentada encima de la

cama.

—Has nacido en una familia importante y adinerada. Y has tenido una infancia feliz junto a tu abuelo.

¿En serio ella estaba diciendo lo que estaba escuchando?

—Vi a mi madre morir desangrada siendo una niña. Mi padre nunca se puso en contacto conmigo durante todos estos años y mi hermano quiere casarme con un hombre que no conozco y que envía a su médico para comprobar si soy virgen. —Evité hacer ninguna mención sobre mi abuelo, no iba a hablar con ella sobre él—. ¿De verdad eso es suerte?

—Tuvo que ser duro para ti ver morir a tu madre, Enya. Ella te amaba con todo su ser, al igual que tu padre. Aunque nunca lo reconoció, a él le dolió tener que dejarte marchar, pero era lo mejor para ti. Ya habías sufrido mucho y no estabas segura en Irlanda.

—¿Y por qué no vino él conmigo si tanto me amaba? —cuestioné.

Hasta ese momento, ni siquiera había pasado por mi cabeza reprocharle nada a mi progenitor. Estaba esperando a leer lo que mi padre quería que supiese —otra de la larga lista de mentiras de Cian, ya que ahora sabía que esa carta nunca existió, que tan solo era una excusa para que Cian pudiese ganar tiempo sin tener que responder a mis preguntas—. Pero ahora, después de haber descubierto que mi padre me había comprometido cuando tan solo era una niña, no podía evitar poner todo en duda.

Él podía haberse puesto en contacto conmigo antes. Había tenido años para hablar conmigo y no lo hizo. ¿Lo único que le interesaba de mí era mi compromiso con Callum? ¿O tal vez fue una excusa para poder ponerme a salvo y por eso no me trajo de vuelta cuando murió mi abuelo? ¿Quizá él no quería que regresase a Irlanda para evitar así que me casase con Callum? Posiblemente, me estaba haciendo ilusiones pensando que a mi padre llegué a importarle. La verdad era que nunca conocería la respuesta verdadera y, en realidad, no sabía si quería hacerlo.

—Porque era un hombre con responsabilidades, Enya —respondió Maeve, como si esa fuera una justificación suficiente—. ¿Me vas a decir que no fuiste feliz con tu abuelo?

—Lo fui y nunca debería haber regresado. Si me hubiese quedado en Australia, no me vería en esta situación.

Maeve negó con la cabeza.

—No habría cambiado nada, solo lo hubieses retrasado. No puedes huir de tu destino, cariño. Ninguno podemos. Pero, a diferencia de lo que crees, el tuyo no es tan malo. Te vas a casar con un hombre adinerado e influyente. Tendrás una vida llena de lujos, llena de…

Levanté una mano para acallarla y funcionó.

—Si no vas a ayudarme a escapar, no me interesa nada de lo que tengas que decir. —¿Encima de ser consciente de que estaba allí en contra de mi voluntad, tenía la osadía de intentar convencerme de los privilegios que me iba a traer mi matrimonio? Un matrimonio que yo no quería contraer—. ¿O vas a ayudarme?

Ella me ofreció una sonrisa triste que me dio toda la respuesta que necesitaba.

—Aunque quisiera, no podría.

—Pero tampoco quieres —apunté con resignación.

Maeve no refutó mi afirmación, ¿cómo iba a hacerlo? Ella estaba consintiendo aquella situación. Hasta parecía que ella hasta pensaba que yo era una privilegiada.

—Mis propias batallas ya son demasiado duras como para luchar por las de los demás.

Iba a preguntarle a qué se refería, pero la puerta se abrió de golpe, interrumpiendo nuestra conversación.

Mi hermano Arlan irrumpió en la habitación.

Maeve se tensó cuando la mirada de Arlan se centró en ella, pero no se movió ni un ápice.

—Quiero hablar con mi hermana. —No me pasó desapercibido el tono hosco que utilizó al decir las últimas palabras. Podía ver la furia en su rostro. Por razones que desconocía, Arlan no estaba contento.

Miré a Maeve con desesperación, suplicándole su ayuda; sin embargo, esta estaba mirando un punto detrás de mi hermano.

—Arlan —le llamó un chico, de una edad parecida a la de mi hermano, que estaba unos pasos detrás de él. Había una advertencia en su voz. Una que mi hermano ignoró.

A pesar de que le había llamado, mi hermano no ladeó la cabeza hacia él.

—A solas —demandó.

Pude ver la duda en los ojos del chico, pero movió su cabeza en un asentimiento, y después, centró su mirada en Maeve.

—Mamá, vamos.

Maeve asintió.

—Ten una buena noche, Enya. —Maeve cruzó la habitación y cerró la puerta detrás de ella.

A esas alturas, después de todo lo que había descubierto, debería saber que nadie iba a ayudarme. Nadie lo hizo en casa de Cian y ahora, con Arlan, nada había cambiado.

—¡¿Cómo se te ocurre?! —bramó Arlan cuando estuvimos solos—. ¿Negarte a que Arthur te inspeccionara? ¿En serio?

¿Me estaba reprochando que no había dejado que un desconocido viese mis partes íntimas?

Quizá lo más inteligente hubiera sido agachar la mirada e ignorar sus recriminaciones absurdas, pero estaba cansada de que todo el mundo pensase que podía hacer conmigo lo que quisiera. Estaba harta de callarme.

—¡Ese hombre quería comprobar el estado de mi himen! —¿Es qué era la única a la que toda aquella situación le parecía una locura?

Arlan debió ver el horror reflejado en mi rostro, porque su expresión se suavizó. Lanzó un resoplido y se pasó una mano por su cabello.

—Arthur es un ginecólogo muy respetado —me explicó, como si eso me fuera a hacer cambiar de opinión—. No va a hacer nada que no te hayan hecho en una consulta ginecóloga más de una vez. Si te sientes más cómoda, puedes ir a su consulta mañana.

Arlan parecía estar luchando por controlarse, pero al contrario de lo que él suponía, no sonaba razonable. Seguía siendo una completa locura.

—Cuando voy al ginecólogo no es para que verifique que soy virgen. ¿A quién le importa la virginidad de una mujer hoy en día?

Arlan entrecerró los ojos.

—Los O’Donell son muy tradicionales. Esperan una novia virgen. —Podía notar la irritación en su tono de voz, como si no entendiera que tuviera que tener que decirme aquello, como si ya debería saberlo—. Eres una mujer católica que se ha mantenido pura para su marido. La mujer digna de ser la esposa del heredero. Así que, te abrirás de piernas y permitirás que Arthur te inspeccione.

—No soy católica —respondí, obviando el resto de barbaridades que él había dicho. Entonces, recordé que Cian también había dado por hecho que era una mujer católica. Él había lucido desconcertado cuando descubrió que no lo era.

«Eso no era parte del acuerdo».

Esas eran las palabras que Cian había susurrado. Palabras que, en ese momento, no había entendido, pero que ahora tenían sentido. Por lo que Arlan me estaba diciendo, la familia de

Callum era muy religiosa y conservadora. Mi padre le había permitido a mi abuelo alejarme de Irlanda con la única condición de que me convirtiera en la perfecta esposa para Callum.

Aquello era asqueroso y bizarro.

—¡¿Cómo dices?! —El grito de Arlan me sacó de mis pensamientos. Él parecía descompuesto y fuera de sí—. ¿Tu abuelo no te crio en el catolicismo? ¿No se aseguró de que te mantenías alejada de los hombres? Él dio su palabra y un hombre sin palabra no es nada.

Di un par de pasos hacia atrás por inercia, hasta que mi espalda chocó contra la pared. El rostro de mi hermano era como el de una tormenta en pleno verano; imprevisible y peligroso. Mi instinto de conservación me gritaba que tenía que calmarle.

—Mi abuelo no era católico y yo seguí sus pasos. —Arlan abrió la boca para decir lo que estaba segura de que era un insulto contra mi abuelo, pero se lo impedí, interrumpiéndole—. Aunque de pequeña me mantuvo bastante aislada y cuando enfermó no tuve tiempo para estar con chicos. Y después de su muerte, simplemente yo no conocí al hombre adecuado. —No debía estar contándole eso, pero de alguna manera, sentía que tenía que proteger la memoria de mi abuelo y protegerme a mí misma, porque Arlan era peligroso. Y lo cierto era que no le estaba mintiendo.

El rostro de Arlan se relajó al igual que su cuerpo. Una sonrisa que, seguramente él pensó que era alentadora, pero que a mí me pareció aterradora, se dibujó en sus labios.

—Bien —musitó—, les diré a los O'Donell que no te sientes cómoda con un hombre inspeccionándote y que te has puesto nerviosa. Lo entenderán. —Él parecía estar hablando consigo mismo más que conmigo—. Mañana a primera hora Maeve te acompañará a la consulta ginecológica de Arthur. Ella entrará contigo para que te sientas más cómoda.

—No voy a permitir que ese doctor me toque.

—¡Por el amor de Dios! No me puedo creer que seas tan pudorosa. —Un pensamiento pasó por su cabeza, porque sus ojos se iluminaron—. Supongo que eso no es malo —dijo, mordiendo su labio inferior, pensativo—. Con lo conservadores que son los O'Donell lo entenderán. Alguna ginecóloga que cuente con la aprobación de Arthur te hará el examen médico.

Negué con la cabeza, porque no me podía creer que fuese tan obtuso. O quizá yo no estaba siendo clara del todo. Posiblemente, estaba firmando mi sentencia de muerte, pero no iba a quedarme callada ni permitir semejante aberración.

Avancé un paso, acercándome a Arlan, aunque me quedé a mitad de camino. Prefería tener cierta distancia entre ambos.

—No voy a permitir que nadie me inspeccione. A nadie le importa el estado de mi himen. —Mi tono de voz bajo, pero seco.

Arlan enarcó una ceja mientras me observaba. Durante unos segundos que se me hicieron eternos, el silencio inundó la estancia. Mi hermano me miraba con intensidad, como si estuviera buscando las respuestas a las preguntas que pasaban por su cabeza en mi rostro. Por la forma en la que habló instantes después, debió encontrarlas.

—No me jodas —farfulló—. Maccarthy no estaba de farol. Has dejado que te folle.

¿Maccarthy? ¿Quién era Maccarthy?

—¿Qué? —pregunté.

—¿Cian te ha follado? —Aunque lo hizo sonar como una pregunta, era una afirmación. Así que Maccarthy era el apellido de Cian. Caí en la cuenta de que él nunca me lo había dicho. También me di cuenta de que todos sus empleados habían evitado pronunciarlo cuando estaba delante.

Fui a responderle, pero él no me lo permitió.

—¡Ese maldito hijo de puta! —Arlan se dio la vuelta y golpeó la pata de mi cama con tanta fuerza que provocó que me sobresaltase. —¡Maldita sea! —gritó—. Eres una completa idiota. Tu abuelo no te obligó a mantenerte pura, pero tú lo hiciste por propia iniciativa. Y Cian ha logrado meterte la polla en pocas semanas. ——Se rio de una manera siniestra que me recordó a la risa de un demente que ha dejado de fingir que no lo era. Tragué saliva porque tenía la certeza de que, en esos momentos, esa versión de Arlan era la más peligrosa de todas. Dio un paso a la vez que yo retrocedía hasta que mi espalda volvió a golpear contra la pared—. ¿Te ha dicho que te ama? ¿Te ha follado mientras te decía lo guapa que eres? ¿Te besó mientras te aseguraba que pasaría el dolor por ti si pudiese? —preguntó en tono burlón—. Y tú, como la idiota que eres, le has creído. —Arlan apoyó una de sus manos sobre la pared, a un lado de mi cara—. Siempre has confiado ciegamente él. Le seguías a todas partes.

—Yo… no… —comencé, pero Arlan no me estaba escuchando.

—En aquella época pensaba que él tenía debilidad por ti, que habías logrado manipularle con las malas artes que heredaste de tu madre, pero estaba equivocado. Era él quien te manipulaba a ti, ganándose tu confianza para usarla en un futuro. Y aun pasando años sin veros, has caído en su trampa. ¿Por eso escapaste? ¿Por qué después de follarte hasta dejarte sin aliento te dejó de lado? Ya había conseguido lo que quería, no necesitaba seguir fingiendo. Su única intención era mancillarte para que los O'Donell rompiesen su trato.

Sus palabras eran crueles. Mi hermano pretendía hacerme daño, todo lo que estaba diciendo buscaba ese fin. Él me odiaba, odiaba a Cian y había odiado a mi madre.

Sin embargo, Arlan no estaba mintiendo. Recordé a Sullivan diciéndole a Cian que tenía que follarme con su polla; también recordé la forma en la que Cian había hablado de mí, como si no significase nada para él.

Porque no lo hacía, tan solo era un medio para un fin. Un medio del que se hubiera deshecho una vez hubiera conseguido lo que buscaba.

Arlan era un monstruo, pero Cian también lo era.

Arlan apartó su mano de la pared y se separó de mí. Apoyó su espalda en la mesa que se encontraba al otro lado de la habitación y suspiré, soltando el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—No cambia nada. Vas a casarte con Callum. Él nunca sabrá que no eres virgen. Se puede operar.

—¿Operar?

¿De qué estaba hablando ahora? Me costaba horrores seguir la línea de pensamiento de mi hermano.

—Sí, Enya. El himen se puede reconstruir —pronunció las palabras con lentitud, como si así fuese a comprenderlas mejor.

—Himenoplastia —dije en tono bajo, recordando cómo se llamaba esa operación.

—Veo que has investigado sobre el tema —apuntó mi hermano en tono burlón. No lo había hecho. Al parecer, mi hermano se creía que había vivido en una caverna—. En unos días, volverás a ser virgen.

Miré el rostro de Arlan. Él hablaba completamente en serio.

Podía haberle dicho que era virgen, que no había mantenido relaciones sexuales con Cian ni con nadie. Pero, de esa manera, solo le daría lo que él quería. Tenía que ser más lista, ganar tiempo y, sobre todo, tener preparado un plan B sino lograba huir. Siempre podía decirle a Callum que no era virgen y así salir de un matrimonio que no deseaba.

—No voy a operarme, Arlan. —Él abrió la boca para rebatírmelo, pero no le di tiempo—.

Como has dicho, he investigado sobre el tema. La operación tiene muchos riesgos; uno de ellos, la infertilidad —me inventé sobre la marcha. Si era un matrimonio de conveniencia, suponía que los niños estarían dentro del trato—. Además, un ginecólogo se daría cuenta —mentí, porque no tenía la menor idea.

Por suerte, Arlan parecía tener el mismo desconocimiento que yo, porque frunció el ceño.

—No vas a joderme esto —dijo entre dientes—. Necesito el apoyo de los O'Donell y para eso, necesito que te cases con Callum O'Donell. Arthur es fácil de untar, le gusta demasiado el dinero, y sobre todo, gastarlo en el casino, pero no me puedo arriesgar a que te quedes infértil.

—Puedo fingir que soy virgen. Callum no lo descubrirá nunca.

Mi hermano me observó durante unos minutos y para mi asombro, terminó asintiendo, a pesar de que mis piernas temblaban por el miedo. Era una mentirosa pésima, pero Arlan era muy malo leyéndome. O quizá, estaba demasiado concentrado en armar su plan disparatado como para prestarme el mínimo de atención.

—Eso puede funcionar —dijo, luciendo pensativo—. Callum es desarmado y brutal, pero no es el más listo de grupo —añadió con desprecio—. Arthur les dirá a los O'Donell que eres virgen —decidió—. ¿Sabes cuánto dinero me va a costar que no hayas pensado con la cabeza? —Arlan se dio toquecitos en su cabeza con su dedo índice—. Aunque sigue habiendo un problema, la falta de sangre en las sabanas. Vas a tener que…

Aunque él siguió hablando, yo dejé de escucharle. No podía seguir haciéndolo. La bilis ascendió por mi garganta, pero luché para controlarla.

—Necesito ir al baño —dije, a la vez que corría hacia el servicio sin esperar a que él me diese su beneplácito.

Entré en el baño, cerré el pestillo y me arrodillé delante del váter mientras las arcadas se apoderaban de mí. Cuando ya no quedaba nada en mi estómago, me levanté y fui hacia el lavabo para lavarme la cara y los dientes.

—Tienes que ser lista, Enya —susurré, mirando mi reflejo en el espejo—. No puedes hundirte. Si lo haces, te destruirán.

No sabía cuándo ni cómo, pero lograría huir.

Capítulo 3

Enya

—Espero que te comportes —me susurró Arlan mientras bajábamos las escaleras de la mansión.

Mi hermano me había estado esperando cuando salí del baño e incluso me revisó de arriba abajo, asegurándose de que estaba presentable.

—¿Vamos a un restaurante? —pregunté, mirando a Arlan. Él llevaba una americana, una camisa blanca y unos pantalones de traje grises.

Si íbamos a un restaurante, podría pedirle ayuda a los camareros o a alguno de los clientes que estaban cenando allí. Sin embargo, mis esperanzas se evaporaron en el instante en el que Arlan habló.

—Cenaremos en casa. He contratado una empresa de catering.

Asentí. Tanto él como yo íbamos vestidos como si fuésemos a un evento importante, en vez de a una cena en casa. A diferencia de a Cian, a Arlan le importaba un comino que me pasase el día con mi pijama de Piolín. En este caso, mi apariencia no tenía nada que ver con protocolos absurdos. No, mi hermano se estaba asegurando de que luciese *perfecta* para Callum.

Aquel pensamiento provocó que la bilis ascendiese de nuevo por mi garganta.

Llegamos al hall justo al tiempo en el que, una de las empleadas de Arlan, ataviada con un traje de sirvienta, de esos que se veían solo en las películas antiguas, abría la puerta. Había visto a varias empleadas antes y ninguna vestía de esa manera. Arlan se estaba tomando muchas molestias para impresionar a sus invitados.

—Me duele el estómago —dije en voz alta, aunque no era mi intención, no quería mostrar debilidad delante de él. Tampoco importó, porque Arlan no me estaba prestando ninguna atención, ya que su mirada se encontraba centrada en la puerta de entrada.

—Ya llegan —murmuró—. Recuerda, sonríe y le dices que sí a todo lo que te pregunten. Los O'Donell son muy tradicionales. Callum espera una prometida sumisa y dulce.

Callum no era mi prometido. Yo no estaba prometida y nunca lo estaría. Después de mi terrible experiencia con Cian, no quería saber nada más de los hombres durante mucho tiempo. Pero no rebatí, porque si algo había aprendido durante las últimas horas, era que no serviría de nada. Aun así, no pude evitar abrir la boca.

—Sumisa y dulce —repetí con asco—. ¿Ese hombre sabe en que siglo estamos?

Arlan entornó los ojos y me agarró el brazo, sin hacerme daño, pero con firmeza. Era una advertencia.

—Guárdate tus opiniones para ti —me susurró—. Deja de comportarte como una niña y por una vez en tu vida, compórtate como una Wolf —agregó cuando me zafé de su agarre.

Wolf. Mi apellido paterno, el que había desconocido hasta hacía menos de un día.

Arlan lo pronunciaba con orgullo, como si fuera un privilegio, como si lo fuera todo para él. ¿Para mí? Para mí no significaba nada.

—Buenas noches —nos saludó un hombre de mediana edad mientras se adentraba en el *hall*. Se ajustó las gafas con montura transparente de diseño que llevaba a la vez que se acercaba a nosotros. Tenía el cabello castaño e iba ataviado con un traje de color gris hecho a medida.

Arlan sonrió y le estrechó la mano. Era una sonrisa falsa, hasta yo podía ver eso. Era evidente

que no estaba haciendo ningún esfuerzo por ocultarlo. Mi hermano no parecía tener en gran estima a ese hombre y si este lo notó, no pareció importarle.

—Me alegro de verte de nuevo, Arlan. —El hombre soltó la mano de mi hermano y se giró hacia mí—. Así que tú debes ser Enya. —Curvó sus labios en una sonrisa, mostrándome una hilera de dientes blancos que contrastaban con su piel bronceada—. La última vez que te vi, eras así. —Hizo un gesto con sus manos y yo miré sus ojos castaños, intentando recordarlo, pero al igual que sucedía con casi todos los recuerdos que tenía de Irlanda, no logré nada—. Veo que te has convertido en una mujer preciosa. —El hombre agarró mi mano y me dio un suave beso en el dorso. Ahogué el impulso de apartar mi mano, obligándome a actuar con normalidad. Tenía que fingir que estaba de acuerdo con aquel sinsentido mientras buscaba la manera de huir de allí.

—Veo que sigues tan caballeroso como siempre. —Las palabras de Arlan estaban cargadas de sarcasmo.

—Un hombre nunca debe perder la caballerosidad, Arlan.

Y entonces, una idea se formó en mi mente. ¿Aquel era el hombre con quién mi hermano quería que me casase? Ese señor me doblaba la edad.

—¿Tú eres mi prometido? —pregunté, horrorizada. Lo que era absurdo, porque no tenía la más mínima intención de casarme con él, pero, aun así, no pude evitar sentirme asqueada.

El hombre me miró con confusión durante unos segundos. Después, se echó a reír.

—¿Qué? ¡No! Yo no soy con quien te vas a casar, ese es mi sobrino.

—¿Me llamabas, tío? —Un chico se acercó a nosotros. Tenía el cabello negro, cuidadosamente peinado hacia atrás y unos profundos ojos color esmeralda. Era alto y llevaba un traje de color azul marino hecho a medida, una camisa blanca y una corbata de la misma tonalidad que el traje, pero con un estampado de finas rayas plateadas.

—Ah, mira, aquí estás. —El hombre le hizo un gesto al chico para que se acercara a nosotros —. Él es Callum, tu prometido. Sin duda, mejor partido que yo —dijo, guiñándome un ojo.

Callum le dio una mirada significativa a su tío y este se encogió de hombros. Callum negó con la cabeza y centró su atención en mí.

—Es un placer verte de nuevo, Enya. —Callum se acercó a mí y me dio dos besos.

¿También había conocido a Callum? Si nuestros padres nos habían prometido desde que éramos unos críos, tenía sentido que nos hubiéramos visto antes. Lo observé durante unos segundos, esperando tener a algún recuerdo. Pero, tal y como casi siempre me pasaba, no logré nada. Era tan frustrante…

—Para ella también es un placer —intervino Arlan, situándose a mi lado—. Mi hermana es un poco tímida —agregó mientras saludaba a Callum—. ¿Por qué no vamos pasando al comedor? —sugirió, haciendo un gesto con las manos a Callum y a su tío para que pasaran delante de nosotros.

—¿Cómo se te ocurre? —me susurró Arlan—. ¿Cómo va a ser Howard tu prometido? ¿Es qué acaso eres estúpida? ¿No ves que te dobla la edad?

Cerré mis manos en puños. Estaba comenzando a cansarme de las faltas de respeto constantes de mi hermano.

—No me insultes —dije entre dientes. Estuve a punto de alzar la voz, pero conseguí controlarme, ya que sabía que montar un número no me ayudaría en nada—. Tampoco sería tan sorprendente. No parece que te importe mucho mi bienestar.

—Guarda esa intensidad para tu noche de bodas —me susurró con burla.

Cuando pensaba que Arlan no podía ser más asqueroso, él me demostraba lo equivocada que estaba.

Una de las empleadas de mi hermano nos guio hasta la mesa del comedor. La estancia era igual de amplia que el comedor de la casa de Cian, pero, sorprendentemente, mucho más acogedora. Estaba decorada hasta el más mínimo detalle. Me pregunté si lo habría decorado Arlan. Seguramente, habría contratado a un diseñador de interiores.

Nos sentamos en la mesa. Arlan ocupó un sitio a mi lado, Callum se puso frente a mí y Howard frente a Arlan.

Una de las empleadas apareció con una botella de vino.

—No, gracias —decliné cuando la joven se dirigió a mí.

—¿No quieres probar? —preguntó Howard—. Es una de las mejores botellas que tenía en mi bodega. La había guardado para un momento tan especial como este.

—No lo dudo, pero no me gusta el vino —me excusé, no queriendo ser maleducada con Howard, a pesar de la situación en la que me encontraba—. Prefiero beber agua.

—Este te gustará —insistió Arlan—. No seas descortés —dijo bajando la voz, aunque llamó la atención de Callum.

—No es descortés ser sincera —refutó—. Admiro a una mujer que no se siente intimidada por un hombre y que expresa sus opiniones sin miedo. —Callum me ofreció una sonrisa cómplice.

—Había entendido que te gustaban las mujeres sumisas y calladas.

Durante un segundo, el tiempo se detuvo y todos los presentes en el comedor se congelaron. Y a pesar de la satisfacción que me produjo ver a Arlan casi atragantarse con el vino, me arrepentí al instante de haber pronunciado aquellas palabras. Quizá lo había llevado demasiado lejos. Estaba a punto de disculparme, cuando Howard estalló en carcajadas y pronto, Callum se unió a él.

—Ella es graciosa —declaró Howard, señalándome con el dedo índice.

Arlan no dijo nada, pero curvó sus labios en la sonrisa más falsa que había visto en toda mi vida.

—Lo es —coincidió Callum—. En absoluto, Enya. Espero que mi mujer sea capaz de mantener una conversación interesante. Y no estaría mal que sea capaz de ponerme en mi lugar de vez en cuando. Dios sabe que me hace falta —bromeó y no pude evitar reírme—. ¿No tienes hambre? —preguntó unos segundos después, a la vez que señalaba mi plato vacío.

Varios platos llenos de comida adornaban la mesa. El resto había llenado los suyos, pero yo ni siquiera me había fijado en la comida.

—Tengo el estómago revuelto.

—Mi hermana lleva todo el día nerviosa, preocupada por si no era de tu agrado. Ya sabes, esas inseguridades que tienen todas las mujeres —intervino Arlan, interrumpiendo nuestra conversación con una de sus tonterías fuera de tono.

—No hay razón para estar nerviosa. —Callum esbozó una sonrisa cálida—. Eres perfecta, Enya. —Por muy absurdo que pudiera parecer, no pude evitar sonrojarme ante ese cumplido—. Ya lo eras de niña. Tú eras muy pequeña y quizá no te acuerdas de la primera y única vez que nos vimos. Fue en una fiesta en la casa de mis padres. No debías de tener más de cuatro o cinco años. Hacía frío y todos estaban dentro, pero tú te encontrabas en el jardín persiguiendo al Bichón Maltés de mi madre. Aunque finalmente lograste cogerlo en brazos, antes de regresar al interior, tropezaste, cayéndote al suelo. Corrí a ayudarte, pero me pediste que ayudase al perro, a pesar de que tu rodilla sangraba. Tan bondadosa y generosa, ahí supe que serías la esposa perfecta para mí.

—No me acuerdo —dije con honestidad—. Aunque siempre me han gustado mucho los

animales, nunca he tenido ninguna mascota. Mi abuelo no me dejaba.

—Eso lo vamos a solucionar cuando nos casemos. Puedes tener todas las mascotas que quieras.

Sonreí. A pesar de que no tenía la menor intención de contraer matrimonio con Callum, él estaba haciendo todo lo posible para que me sintiera cómoda. Estaba siendo el perfecto caballero, todo lo contrario a mi hermano.

—He escuchado que has estado viviendo en Melbourne —dijo Howard, cambiando de tema antes de que yo pudiese responder.

Me tiré en el plato un poco de ensalada. Mastiqué con lentitud un trozo de tomate, como una excusa, sin saber qué responder. No sabía cuánto de mi vida conocían Callum y Howard. ¿Ellos sabían que no estaba allí por propia voluntad?

Al contrario de lo que había pensado, tanto Callum como Howard parecían personas normales. Ambos estaban siendo muy amables conmigo, sacando temas de conversación y tratando de hacerme sentir bien. Especialmente Callum; él parecía un chico corriente, como los que había conocido toda mi vida. Por razones que desconocía y que nunca llegaría a entender del todo, Callum estaba de acuerdo con la boda, pero él desconocía cuál era mi posición sobre ella. Tal vez podía hablar con él y contarle mi situación.

Cuando no respondí, Arlan me dio un pequeño puntapié debajo de la mesa, recordándome que todos estaban atentos a mí.

—Sí, prácticamente he vivido toda mi vida en Melbourne. Hace poco tiempo que estoy en Irlanda. La verdad que no tengo recuerdos del país y apenas he conocido nada desde que he llegado.

—Imagino que ha tenido que ser un gran cambio para ti —dijo Callum, mientras partía un trozo de carne—. El tiempo es muy diferente. Aquí siempre está nublado. Nunca he estado en Australia, pero me han dicho que tiene unas playas preciosas y que el tiempo acompaña.

—Las mejores —respondí.

—Yo estuve durante unas vacaciones cuando tenía vuestra edad —añadió Howard, sumándose a la conversación—. No he visto paisajes más bonitos en toda mi vida.

—Algún día tendrás que llevarme —dijo Callum, guiñándome un ojo—. Qué mejor forma que visitar Melbourne que con una local, ¿verdad? —Asentí, sintiéndome un poco menos nerviosa—. A cambio, prometo hacer de guía por Dublín.

—¿Estamos en Dublín? —pregunté. Aquella información era de gran utilidad para mí. Connor me había dicho que mi hermano vivía en Dublín, pero, a esas alturas, ya no sabía qué creer.

—Claro que estamos en Dublín, Enya —respondió Arlan mientras agarraba con fuerza su tenedor en un intento por contenerse.

—Me podrían decir que estoy en Marte, que con el último mes que he tenido, me lo creería perfectamente.

Callum y Howard me miraron boquiabiertos y después, Howard estalló en una carcajada que acompañó Callum.

—Me gusta tu sentido del humor, Enya —dijo Howard—. Me recuerdas mucho a tu madre.

—¿Conociste a mi madre?

—Sí, coincidimos durante bastantes ocasiones. Ella era una mujer increíble. —Howard miró a Arlan. Pude ver por el rabillo del ojo cómo este se tensaba—. ¿No te acuerdas de ella?

Negué con la cabeza.

—Casi nada —respondí con franqueza. Mi garganta se oprimió al recordar el único recuerdo

que tenía de ella—, pero mi abuelo me hablaba mucho de ella.

—Eras muy pequeña cuando ella falleció. Una lástima.

—¿Por qué no dejamos de hablar del pasado y nos centramos en el presente? —nos interrumpió Arlan de forma brusca—. ¿Cuándo se va a celebrar el enlace? —preguntó—. Habíamos acordado que a finales de noviembre, pero viendo que mi hermana y Callum se llevan tan bien, no veo la necesidad de retrasarlo tanto. Con dos semanas sería suficiente.

—¿Dos semanas? —repetí, mi voz saliendo más aguda de lo normal.

Howard y Callum compartieron una mirada.

—¿Es un problema para ti, Enya? —me preguntó Callum.

—Sí… Quiero decir, no —me corregí cuando mi hermano me dio un puntapié—. Solo que esperaba conocerte un poco mejor antes de casarnos y dos semanas no es tiempo suficiente —improvisé.

Estaba tanteando el terreno, viendo si Callum y Howard podrían ser de ayuda. Ambos parecían desconcertados con mi reacción. Incluso Callum estaba tratando de asegurarse que yo me sentía cómoda con la fecha elegida.

¿Si le contaba a Callum que estaba allí en contra de mi voluntad él suspendería el enlace? A esas alturas, después de todo lo que había vivido, me costaba confiar en alguien.

—En realidad, solo vamos a poder vernos hoy antes del enlace —reconoció Callum—. Tengo negocios que atender.

—Entiendo —dije, a la vez que se me ocurría una idea—. ¿Y si nos casamos en Melbourne? Una boda en la playa es lo que siempre he soñado. —Si lograba salir del país, podría librarme de mi hermano.

Arlan carraspeó al darse cuenta de mi estratagema, pero Callum no parecía haber advertido mi engaño, porque me miró con dulzura.

—Estaría bien, pero la boda se tiene que celebrar en la catedral de San Patricio, en el mismo lugar en el que se casaron mis padres. Es la tradición.

—¿Vamos a casarnos en una catedral? ¿Por la iglesia?

—Te lo he dicho, Enya, que te preocupabas por nada —interrumpió Arlan—. Mi hermana estaba preocupada de que la boda no fuese por la iglesia. Ella es muy católica.

Dudaba que pudiese casarme por la iglesia cuando ni siquiera había hecho la comunión y desconocía si estaba bautizada.

—Esa es una preocupación absurda, Enya —dijo Howard—. Al igual que los Wolf, los O’Donell somos católicos. Vuestra boda será uno de los acontecimientos más importantes de Dublín. Estoy de acuerdo contigo, Arlan —se dirigió a mi hermano—. Cuanto antes sea la boda, mejor. Pero que sean tres semanas en vez de dos. Hay que darles algo de tiempo a los invitados.

—Está bien —aceptó Arlan—. Aunque si la boda fuese mañana, todos los invitados estarían a la hora prevista en la catedral. No se lo perderían —añadió con una sonrisa peligrosa adornando su rostro.

—Estoy de acuerdo —concordó Howard, quien estaba comenzando a parecerme un poco escalofriante.

A cada minuto que pasaba, me sentía más incómoda. Me limpié la cara con la servilleta en un intento de que no se notase mi perturbación.

—Con tu permiso, Arlan —Callum se levantó de la silla—, me gustaría conversar a solas con mi prometida. —Estiró su mano hacia mí.

—¿Ahora? —preguntó Arlan, frunciendo el ceño a la vez que yo aceptaba la mano de Callum.

En cualquier otra situación, hubiera declinado esa invitación. Aunque parecía más bien una orden, a pesar de que la había disfrazado con una sonrisa cortés. Me di cuenta en ese instante que Callum no tenía en gran estima a Arlan, algo que entendía a la perfección.

Tener un poco de tiempo a solas con Callum, lejos de Arlan, era una oportunidad que no podía dejar escapar; la única oportunidad que podría tener de regresar a Australia. Necesitaba averiguar si podía hablar con él.

—¿Qué mejor momento? —coincidió Howard con una sonrisa—. Hace una buena noche. Vamos a darle un poco de tiempo a solas a los enamorados para que se conozcan un poco.

—Tienen toda la vida por delante para conocerse —replicó mi hermano, que no estaba dispuesto a arriesgarse a que estropease sus planes.

—Vamos, Arlan, no seas tan protector con tu hermana. —¿Protector? Si no estuviera en esa situación, hasta me hubiera reído—. Y de mientras, nosotros hablamos de negocios.

Arlan no parecía estar muy de acuerdo, abrió la boca para volver a replicar, pero Callum le interrumpió.

—Espero que no estés insinuando que voy a aprovecharme de tu hermana —dijo Callum con un tono bajo pero mortal.

—Por supuesto que no —contestó Arlan, pese a que sus palabras sonaron estranguladas y sus manos sostenían el mantel con fuerza—. Solo estoy preocupado de que Enya se sienta incómoda. Ella no está acostumbrada a estar a solas con hombres que no son de su familia.

Abrí los ojos ante las palabras de Arlan. Aquello era absurdo. En serio, ¿en qué época vivía esa gente?

—Soy su prometido y seré su marido en tres semanas. Soy de la familia —replicó Callum—. ¿Te parece bien que salgamos al jardín? —me preguntó, sin haber esperado una respuesta por parte de Arlan, mirándome a los ojos. Él aún seguía sosteniendo mi mano.

—Me parece perfecto —acepté esbozando mi mejor sonrisa.

Callum me llevó hacia unas puertas de cristal que se hallaban al fondo de la estancia. Él parecía conocer la casa bastante bien o por lo menos, esa parte de la mansión. Abrió las puertas que daban a un extenso jardín. Era de noche, pero el jardín estaba iluminado por varias farolas que adornaban el camino empedrado.

Tenía que reconocer que la vivienda de Arlan tenía unos jardines espaciosos y más bonitos que los de la casa de Cian.

—En mi casa… nuestra casa —se corrigió con rapidez—, también vas a poder disfrutar de unos jardines amplios —me dijo, adivinando mis pensamientos—. ¿Los echabas de menos?

Callum me ofreció su brazo para que enhebrase el mío y en un gesto natural, lo acepté. Sorprendentemente, no me sentía incómoda con su cercanía. Él estaba siendo caballeroso y no había intentado nada que estuviera fuera de lugar. Al menos, no de momento.

—¿Si echaba de menos, qué? —pregunté sin entenderle.

—Los jardines —respondió Callum, señalando los alrededores.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Callum se encogió de hombros.

—Lo he supuesto por la manera en la que observas a tu alrededor. Y como te criaste en esta casa…

—La verdad que hasta hace muy poco no sabía que me había criado aquí. —No hasta que Arlan me había enseñado la foto. Y nadie me había hecho un *tour* por la casa que me ayudase a recordar.

— ¿No lo recuerdas? —me preguntó Callum con extrañeza.

—No, la verdad es que no. Apenas tengo recuerdos de mi vida en Irlanda. Nunca me había parado a pensar cómo era el hogar en el que viví mis primeros años de vida. Solía pensar en mi familia y si… —me interrumpí a mí misma, ya que no quería darle más información de la necesaria.

—Entiendo —respondió Callum—. La familia es más importante que los bienes materiales. Mi familia para mí lo es todo —dijo, comenzando a caminar de nuevo y llevándome hasta un banco de madera que se encontraba debajo de una farola.

No me pasó desapercibido que Callum había evitado los bancos poco iluminados que se hallaban a nuestro alrededor, al igual que los que estaban más alejados. Desde ese banco podían vernos desde la casa con claridad. A pesar de la forma en la que se había enfrentado a mi hermano, él no quería que pensase que estaba haciendo algo inapropiado. Aunque eso era lo que menos le importaba a Arlan; él tan solo quería los beneficios que mi matrimonio con Callum le iban a aportar y quitarme de en medio lo antes posible.

Me solté del brazo de Callum, sentándome en el banco y él ocupó un lugar a mi lado, esforzándose en dejar el espacio suficiente entre ambos.

—¿Estás muy unido a tus padres? —pregunté.

—Mi madre falleció cuando yo tenía once años y mi padre, poco después de cumplir los catorce.

—Lo siento —me disculpé—. No lo sabía.

—No te preocupes. He tenido la suerte de tener a mi tío, él es como un padre para mí.

—Mi abuelo fue lo mismo para mí. Éramos él y yo contra el mundo, aún le echo de menos. —Las lágrimas se arremolinaron en mis ojos al recordarlo.

—¿No tenías contacto con tu padre y tu hermano? —Aunque lo preguntó de manera casual, fui consciente de que tenía toda su atención.

—No —contesté de manera cautelosa, sin saber qué era lo que debía decirle, ya que desconocía qué información había compartido Arlan con él—, no he vuelto a ver a Arlan hasta hace poco.

Callum movió su cabeza en un asentimiento, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—¿Y qué tal tu regreso a Irlanda? ¿Es tal y como lo esperabas?

—En absoluto. Si tú supieras… —dije riéndome, aunque lo que me apetecía era echarme a llorar.

Callum me ofreció una sonrisa cálida.

—Puedes contarme lo que quieras, Enya.

Ojalá pudiese, pero no podía. Sobre todo, sabía que no podía contarle lo sucedido con Cian. Imágenes de él y yo en la torre se dibujaron en mi cabeza y comencé a temblar.

¿Por qué no podía olvidarme de él? ¿Por qué recuerdos de nosotros juntos regresaban a mi cabeza en cada momento?

—¿Tienes frío? —preguntó Callum, malinterpretando mi reacción.

—No, estoy bien. Solo nerviosa —mentí.

—No tienes que estarlo, no cuando estés conmigo —me dijo con dulzura—. Voy a tratarte como a una princesa. No voy a tocarte si no me lo pides, ni siquiera cuando estemos casados. Siempre voy a respetar tus tiempos. No importa lo que tu hermano te haya dicho.

Él parecía sincero, incluso preocupado por mí. Por un instante, me imaginé cómo sería casarme con alguien como él. Parecía un buen chico y no podía negar que era muy atractivo. Si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, seguramente podría haberme enamorado de él.

Pero ahora, no podía.

—Callum —comencé, juntando mis manos y entrelazando mis dedos entre sí mientras ponía en orden mis ideas—, ¿estás seguro de querer casarte conmigo?

Callum frunció el ceño.

—¿Por qué no iba a estarlo?

¿Por qué no nos conocemos de nada? ¿Por qué nadie en este siglo está comprometido desde que es un niño? ¿Por qué estoy secuestrada por mi hermano? ¿Por qué es todo una locura?

Respiré hondo, intentando calmarme.

—No nos conocemos, Callum. Y ni tú estás enamorado de mí, ni yo de ti.

—¿Amor? —pronunció la palabra como si se tratase de un animal mitológico del que solo había escuchado leyendas.

—No soy la mujer idónea para ti.

—Sí que lo eres, Enya —refutó—. Eres amable, bondadosa y muy guapa. También sabes cómo comportarte en público. Eres la esposa perfecta. —Hizo una pequeña pausa—. La esposa perfecta para mí —añadió.

Callum no me lo estaba poniendo fácil y lo peor era que él parecía completamente seguro de sus palabras.

—Sé que tu padre se comprometió con el mío y como falleció, te ves en la obligación de cumplir sus promesas, pero… —No pude seguir hablando, porque él me interrumpió.

—Mi padre dio su palabra y como su hijo, me aseguraré de cumplirla, es mi deber. Pero en este caso, me casaría contigo, aunque no hubiese sido el deseo de mi padre. Es lo mejor para mi familia y para la tuya. Nos debemos a nuestras familias, Enya.

—Entiendo —dije, aunque no entendía absolutamente nada. ¿En qué le beneficiaba a nuestras familias nuestra unión?

Era evidente por la insistencia de Arlan que había algún interés. Pero ¿cuáles? Si lo que Cian me había contado era cierto —algo que no sabía, porque no me creía nada de lo que había salido de su boca—, mi progenitor era un empresario de éxito. ¿La familia de Callum tenía empresas en común con la mía? ¿Era por eso que querían unirnos?

Aunque esa razón no tenía demasiado sentido…

No pude hacer ninguna pregunta, porque Callum volvió a hablar.

—Sé que casarnos en tres semanas puede parecer precipitado, pero yo también pienso que es lo mejor. Cuanto antes ambas familias se unan, será mejor para todos. No debes preocuparte por la preparación de la boda. Contrataré a la mejor *wedding planner* del país, tú solo tienes que preocuparte de encontrar un vestido que te guste.

Mordí mi labio inferior con frustración.

—No es eso, Callum.

—Mierda… —maldijo, entrecerrando los ojos—. No te he comprado un anillo. Lo siento, no he pensado en ello. Mañana a primera hora lo solucionaré.

—No me importa el anillo, ni el banquete, ni cualquier otra cosa sobre la boda que se te ocurra —estallé, aunque mantuve mi voz baja—. Si me caso algún día, será por amor. —¿Es que tan difícil era de entender?

Callum me observó con detenimiento. Los dos nos quedamos en silencio, mirándonos a los ojos. Pese a que me dieron ganar de apartar la mirada, no lo hice, ya que quería mostrar mi determinación. Después de lo que parecieron horas, aunque posiblemente fueron solo un par de minutos, Callum asintió con la cabeza.

Un suspiro que no sabía que había estado conteniendo salió de mi garganta. Había llegado a él. Callum por fin me había entendido. Cancelaría la boda y Arlan tendría que dejarme regresar a

casa.

—Puedes enamorarte de mí si quieres —dijo, rompiendo el silencio y mis esperanzas.

—¿Cómo dices? —pregunté.

—Mi madre falleció cuando era un niño. No tengo hermanas, ni tías, ni primas, ni ninguna mujer cercana con la que haya crecido. No entiendo de mujeres, pero he escuchado que el amor es importante para vosotras. Así que, si lo que necesitas es enamorarte de mí, tienes mi permiso.

El único hombre que pensaba que estaba cuerdo, también estaba chalado. Callum me estaba dando permiso para enamorarme de él.

—El amor no es una elección, Callum. No puedo decidir enamorarme de ti.

—Si es lo que necesitas para casarte conmigo, tendrás que hacerlo. Quiero que seas feliz a mi lado, no quiero que nuestros hijos se críen en una casa con gritos —lo dijo con tanto énfasis que me dio la sensación de que esa era la manera en la que él se había criado—. Tú y yo nos vamos a respetar. Y si para ello necesitas estar enamorada de mí, busca la manera de hacerlo.

—Callum… —comencé, intentando buscar las palabras para hacerle entrar en razón, pero no lo logré, porque un pitido ensordecedor me interrumpió. Parecía el sonido de una alarma.

—No me jodas —espetó Callum, levantándose de golpe del banco.

Yo me quedé sentada, sin entender por qué se había puesto tan nervioso. No era tan raro que una alarma saltase sin ningún motivo. Dudaba que un ladrón entrase en una casa llena de gente y más cuando a la lejanía vi a varios hombres de Arlan correr hacia la oscuridad.

—Levántate, tengo que llevarte dentro. Necesito asegurarme de que estás segura. —Su voz sonaba agitaba.

Me levanté, más por no discutir que porque pensase que corría algún peligro.

En cuanto me puse de pie al lado de Callum, me di cuenta de que sostenía algo en su mano derecha. Hacía unos instantes, su mano estaba vacía. Me fijé con más detenimiento para darme cuenta de que se trataba de una pistola.

—¿Llevas una pistola? —pregunté, aunque en realidad era una afirmación.

—Por supuesto que llevo una —respondió, a la vez que con su mano libre me rodeaba la cintura, acercándome a él de manera protectora. ¿Qué clase de persona portaba un arma? ¿Él tenía permiso de armas? ¿Por qué un hombre normal como él lo tendría? Cada segundo que pasaba, mi vida era más surrealista—. Nunca voy a permitir que nadie te haga daño. Si se atreven, morirán. Estás segura a mi lado.

Con cada paso que daba hacia el interior de la casa, más segura estaba de que Callum no iba a cancelar la boda. Y cuando él me dejó en el interior de la propiedad y echó a correr hacia el jardín con la pistola apuntando hacia un punto imaginario, no tuve ninguna duda de que él me protegería de todos menos de él mismo.

Capítulo 4

Enya

Sostuve la fotografía que Arlan me había entregado hacía un par de días entre mis manos. Aquella mañana me había despertado con un propósito fijo. Me dirigí hacia la puerta de mi dormitorio con decisión, dispuesta a aporrearla si hacía falta para que me dejaran salir. Pero, para mi sorpresa, no estaba cerrada con llave. Sin embargo, tan solo necesité dar cuatro pasos para ver a un hombre parado en medio del pasillo. Aunque no lo había visto antes, era más que evidente que era uno de los empleados de mi hermano que estaba allí para vigilarme.

Lo saludé, pero él se limitó a hacerme un gesto con la cabeza que interpreté como un saludo. Por suerte para mí, no me puso ningún tipo de impedimento cuando pasé por delante de él. Ni tampoco lo hicieron los otros tres empleados que me encontré en mi camino hacia el jardín. A pesar de que no se me había pasado por la cabeza intentar escapar esa mañana, era consciente de que no muy lejos de mí, se encontraba el chico que había custodiado mi puerta. Y a ambos lados de la verja de la entrada, había dos garitas de seguridad con hombres dentro que me impedirían la huida.

Atravesé el jardín hasta que llegué a mi destino. Me detuve frente a la gran fuente. Bajé la mirada hasta la fotografía que sostenía entre mis manos, comprobando que se trataba de la misma fuente que aparecía en la imagen. Así era, Arlan no me había mentido.

A pesar de los años que habían pasado, lucía igual. Era una fuente tradicional de piedra. Aunque había algo que la hacía diferente: una pequeña estatua en forma de lobo coronaba la parte de arriba. Entonces, caí en la cuenta. La estatua representaba mi apellido de nacimiento, el apellido de mi padre. Cian me dijo en varias ocasiones que había lobos alrededor de su casa cuando yo nunca vi ninguno. ¿Él se estaba refiriendo a mi familia? ¿Él me había estado alejando de mi hermano?

Era todo tan confuso… No entendía nada y que mi cerebro se negase a recordar mis primeros años de vida tampoco ayudaba.

Me di la vuelta y me senté en el respaldo, de la misma manera que lo había hecho mi padre, esperando que algún recuerdo regresara a mí. Sin embargo, lo único que conseguí fue que la frustración que se había gestado en mi interior desde el instante en el que había pisado Irlanda, creciera. Si esa era la casa en la que había crecido hasta que cumplí los seis años, ¿por qué no tenía ni un solo recuerdo? Ni de la casa, ni de los jardines, ni de esa fuente. Nada me resultaba familiar.

Era tan frustrante…

Me fijé en mi padre. Él me sostenía con amor. ¿Si mi padre me quería, porque mi abuelo siempre evitó que tuviera ningún tipo de relación con él? A esas alturas, era evidente que mi abuelo no quería que tuviera relación alguna con mi familia paterna. Quizá él quería alejarme del futuro que mi padre había decidido para mí, de una boda por conveniencia. Pero si mi abuelo me hubiese contado la verdad, yo jamás hubiese regresado a Irlanda y hubiera encontrado la manera de romper ese compromiso, pero él me había mantenido a ciegas, provocando que fuese un blanco fácil para las mentiras de Cian y para las maquinaciones de Arlan.

Observé la fotografía con más detenimiento. El cabello de mi padre era del mismo tono que

el mío. Había heredado el color de mi pelo de él; el mismo color que tenía Arlan. Mi madre, en cambio, era morena. ¿Era esa la razón por la que mi abuelo se había sentido aliviado cuando me había teñido el cabello de negro? ¿Era mi color de pelo un recordatorio constante de quién era mi padre para él? ¿Hasta tanto llegaba su rechazo?

¿Qué había pasado entre ellos para que mi abuelo me engañara? ¿Había sido mi progenitor malo con mi madre? ¿O tan solo era por el compromiso al que yo había sido forzada cuando era una niña? Aunque por lo que Arlan y Maeve me habían contado, mi abuelo había estado de acuerdo con ello. Pero estaba bastante segura de que él solo había accedido para alejarme de allí. ¿Por qué en vez de llevarme lejos y distanciarme de mi familia, no luchó contra mi padre? Podía haberlo llevado a juicio, no podía ser legal un acuerdo así.

Un suspiro se escapó de mis labios a la vez que dejaba la fotografía sobre mis muslos.

—Bonito pijama. —Una chica a la que no había visto antes se acercó a mí con una amplia sonrisa dibujada en sus labios.

—Mmm… gracias, supongo. —Toda mi ropa había quedado en casa de Cian, a excepción del pijama de Piolín que había llevado puesto la noche de mi huida. No tenía nada más que ponerme. Bueno, el vestido que había utilizado en la cena con Callum, pero no era precisamente cómodo para pasearme por la casa.

La chica se sentó a mi lado. Parecía unos años más joven que yo; aún una adolescente. Tenía el cabello rubio, recogido en una coleta alta. Sus ojos eran azules, con unas pestañas densas y tenía unas facciones delicadas y bonitas. Apenas llevaba maquillaje, tan solo un poco de máscara de pestañas y brillo de labios.

—Eres Enya, la hermana de Arlan, ¿verdad? —me preguntó y yo moví mi cabeza en un asentimiento—. Mi madre me ha dicho que llegaste ayer —me explicó—. Yo soy Erin, la hija de Maeve.

¿Maeve tenía una hija? Eso no debería de sorprenderme. Recordé al chico que había acompañado a Arlan, a quien se había dirigido a Maeve como mamá.

—Es un placer conocerte, Erin. Creo que también he conocido a tu hermano.

—Sí, a Tyrone —dijo, nombrando a su hermano. Sus ojos brillaron con amor, un amor que yo había deseado que mi hermano tuviera para mí. Así era cómo debería de ser y por desgracia, eso nunca sucedería—. Mamá me ha dicho que es la primera vez que estás en Irlanda —añadió. Me pregunté si también le había contado que estaba retenida en contra de mi voluntad—. ¿Te está gustando Dublín?

—En realidad, no me ha dado tiempo a ver nada.

—Si quieres, puedo acompañarte a visitar la ciudad —me propuso, respondiendo a la pregunta que me había hecho anteriormente. Evidentemente, ella no sabía que estaba retenida—. Te va a encantar.

—Esa es una muy buena idea —contesté, sabiendo que eso no iba a ser posible. Arlan no me iba a dejar salir de su casa. Ya me sorprendía que me hubiera permitido estar en el jardín, aunque toda su casa estaba llena de hombres vigilándome. ¿Quién tenía tantos guardaespaldas? Me había dado cuenta de que mi hermano era un hombre de dinero, pero esa excesiva protección me parecía exagerada. ¿Era para que no me escapara? —. ¿Vives aquí? —inquirí.

Erin negó con la cabeza.

—No, solamente estoy de vacaciones —me respondió—. Estudio en un internado —dijo con un suspiro.

—Intuyo que no tienes muchas ganas de regresar.

—Intuyes bien —me confirmó chasqueando la lengua—. Menos mal que es mi último año.

—Entonces, no te queda mucho.

—No. En realidad, tendría que haber terminado ya, pero repetí un año. —Erin me ofreció una sonrisa triste, como si se hubiera acordado de algo—. Cuando termine, voy a irme a Estados Unidos. Voy a solicitar una beca para… —Erin no terminó la frase porque fue interrumpida por una melodía familiar que reconocí como *Summer Nights* de *Grease*. Erin sacó su móvil del bolsillo derecho de su sudadera marrón—. Es Adele, luego la llamo. —Erin deslizó la tecla de colgar y después, desbloqueó el teléfono. Le vi abrir una aplicación de mensajería. Envió un mensaje a uno de sus contactos y volvió a guardar el teléfono.

Entonces, me di cuenta de que tenía delante de mí la oportunidad que tanto había estado esperando. Con una excusa, podía pedirle a Erin que me dejara su móvil y llamar a la policía. ¿Y si llamaba a Bindi y le explicaba la situación para que me ayudara? Ella podría llamar a la policía o ponerse en contacto con la prensa si era necesario. Cualquier cosa con tal de salir de allí.

Sin embargo, aunque Erin me dejase el móvil, no podía contarle todo a Bindi delante de ella. Además, estaba segura de que alguno de los empleados de Arlan nos estaba vigilando y en el instante en el que me vieran con un teléfono en la mano, avisarían a mi hermano. No, no podría marcar ni un solo dígito antes de que me arrebataran el móvil.

¿Y si le contaba lo que había pasado a Erin? Ella podría ayudarme y dejarme el teléfono a escondidas sin que los empleados de Arlan nos vieran. O tal vez, ella podría ponerse en contacto con Bindi. Puede que Maeve no quisiese ayudarme, pero Erin era joven y no trabajaba para Arlan, tan solo estaba de vacaciones. Ella entendería mi situación.

Miré Erin, poniendo en orden mis ideas y tomando una decisión. Erin había guardado su teléfono de nuevo en el bolsillo de su sudadera.

—¿Esos sois Arlan y tú de pequeños? —me preguntó antes de que pronunciase una sola palabra. Asentí y ella sonrió, cogiendo la fotografía—. No he visto muchas fotos de Arlan de pequeño. Es tan adorable…

—¿Adorable? —repetí, frunciendo el ceño. Arlan era de todo menos adorable.

—Sí, bueno, él era adorable de pequeño. —Erin se sonrojó—. Tienes mucha suerte de tenerlo como hermano.

—¿Eso crees, qué tengo suerte?

Erin arrugó el ceño, como si no entendiera bien mi pregunta.

—Sí —respondió, confusa—. Arlan ha ayudado mucho a nuestra familia. Si no llega a ser por él, no sé dónde estaríamos ahora. Tu padre le dio un trabajo a mi madre, y un lugar en el que vivir cuando más lo necesitaba. Él y Arlan nos han dado protección. —Erin pronunció aquellas últimas palabras como si lo significaran todo para ella—. Mi hermano es la mano derecha de Arlan, confía mucho en él —añadió Erin con orgullo.

En ese momento, me di cuenta de que Erin no iba a ayudarme a escapar de allí. Puede que no supiera nada sobre mi situación actual, pero ella no iba a hacer nada en contra de mi hermano. Seguramente, ni siquiera me creería.

Esa chica idolatraba a mi hermano. Aún más, por la forma en la que brillaban sus ojos cuando hablaba de Arlan y la sonrisa bobalicona que se había dibujado en su rostro al ver la fotografía, tenía la leve intuición de que tenía un pequeño enamoramiento con él. Ella estaba colada por Arlan y ni siquiera se molestaba en disimularlo. ¿Él lo sabría? ¿Acaso le importaba? Lo dudaba, ya que a mi hermano no parecía importarle nada más que sí mismo, por mucho que Erin creyese lo contrario.

Sin saber qué decir, esbocé una sonrisa como respuesta. Una sonrisa que no debió ser muy convincente, porque Erin mordió su labio inferior, notablemente incómoda. Ella se había dado

cuenta de mi rechazo hacia Arlan. Era demasiado transparente para mi propio bien.

Erin fijó su mirada de nuevo en la fotografía y yo no pude evitar centrar mis ojos en el teléfono que sobresalía del bolsillo derecho de su sudadera. Antes de poder pensar en mis actos, en un rápido movimiento, cogí el móvil. Ella estaba tan distraída mirando a mi hermano de pequeño, que ni siquiera se dio cuenta. Escondí el teléfono entre mis muslos, presionándolo contra la fuente.

No me sentía orgullosa de lo que estaba a punto de hacer, pero ¿qué otra opción tenía? Necesitaba salir de allí.

—Erin —la llamé y ella me miró—. Me siento un poco mareada —traté de sonar lo más convincente posible—, ¿te importaría ir a la cocina a por una botella de agua? Siento molestarte, pero no me encuentro muy bien.

Erin me miró con preocupación.

—Claro —respondió con rapidez—. Es que ha subido mucho la temperatura. —Afortunadamente, ese día había salido el sol y hacía una temperatura bastante cálida, lo que hacía mi excusa más convincente—. ¿Necesitas algo más? ¿Algo de comer?

—No, con una botella de agua será suficiente.

Ella movió su cabeza en un asentimiento y se levantó. Se dio la vuelta para dirigirse adentro, pero en el último momento, se detuvo y me miró. Sentí que mi corazón se paralizaba, ¿se había dado cuenta? Maldita sea, era una actriz terrible.

—La fotografía. —Erin se sonrojó—. Me la llevaba. —Me la entregó y se giró para regresar rápidamente al interior.

Observé cómo se alejaba de mí. No tenía más que unos pocos minutos. En un movimiento rápido e intentando ocultarlo con mi cuerpo, cogí el teléfono y lo escondí detrás de mí, sujetándolo con el elástico del pantalón de pijama, que quedaba tapado por la camiseta. Me levanté de la fuente y me dirigí hacia mi habitación. Allí podría hablar tranquilamente con Bindi. Para cuando Erin se diera cuenta de mi ausencia, ya habría podido conversar con ella. No necesitaba más que unos pocos minutos y después, le pondría cualquier excusa. A Erin le parecería extraño, pero ella no sabía que estaba retenida, por lo que no sospecharía nada. Y además, Erin no era consciente de que me había fijado en la contraseña que había puesto al desbloquear la pantalla del móvil, solo tenía que asegurarme de borrar cualquier señal de la llamada.

Atravesé el jardín con rapidez. Acababa de entrar en la casa cuando una voz interrumpió mi huida hacia mi habitación.

—Enya —Maeve se detuvo frente a mí—, ¿estás bien?

—Sí… yo… —traté de actuar con la mayor normalidad posible—. Necesito ir al baño —me excusé.

—He visto lo que has hecho —dijo, antes de que pudiera dar un paso—. Vamos, acompáñame. —Maeve agarró mi muñeca y tiró de mi hacia el interior. Pasamos por delante de unos cuantos empleados y aunque nos miraron, ninguno de ellos dijo nada. Maeve me guio hasta mi habitación y cerró la puerta.

—No sé de qué me hablas.

Maeve lanzó un suspiro.

—Vamos, dame el teléfono, Enya. —Estiró la mano hacia mí. Abrí la boca para seguir negando lo evidente, pero Maeve habló antes de que yo pudiera hacerlo: —Enya, he visto cómo le quitabas el móvil a mi hija. No hagas esto más difícil.

Con resignación, saqué el teléfono de Erin y se lo entregué. Sentí que lágrimas de impotencia

se arremolinaban en mis ojos. Había estado tan cerca de poder escapar de allí…

—¿Vas a contárselo a Arlan? —pregunté, aunque era evidente que ella iba a decírselo.

—No —respondió, sorprendiéndome.

—¿No?

—Él no tiene por qué saberlo. Arlan tiene un carácter complicado y enterarse de que le has robado el móvil a Erin solamente complicará las cosas. —Maeve suspiró y se sentó en la cama —. Pensaba que después de la cena con Callum sabrías cuál es tu lugar, pero veo que sigues sin entender nada.

Lo único para lo que me había servido el encuentro que mantuve la noche anterior con Callum fue para descubrir que *mi futuro marido* estaba mal de la cabeza. No podía olvidar la forma en la que Callum había sacado el arma y apuntado hacia todos lados como un psicótico, como si hubiera estado en peligro de muerte cuando tan solo había saltado una alarma.

—No necesito entender nada, Maeve. —Ya estaba empezando a cansarme—. Arlan no me puede obligar a casarme en contra de mi voluntad. En algún momento contactaré con la policía y ellos detendrán esta locura.

—¿Crees que la policía te ayudará? —me preguntó Maeve con compasión, casi con lástima.

—Ellos…

—Ellos no harán nada, Enya. Si consigues robar otro teléfono o escaparte y acudes a una comisaría, ellos te llevarán de regreso a Arlan y él te encerrará en esta habitación. Ese, en el mejor de los casos; en el peor, avisarán a Callum, quien adelantará la boda para que no puedas volver a escaparte.

—Eso es una tontería, la policía me ayudará. —No puse en duda sus palabras sobre Callum y Arlan, porque sabía que ambos actuarían de esa manera.

—Arlan tiene comprados a la mayor parte de los policías de Dublín y los que no están comprados, saben que es mejor no meterse con él.

—Mientes —espeté—. Estás intentando asustarme, pero ni yo soy tan ingenua. Puede que mi familia sea muy rica, pero lo que Arlan está haciendo conmigo es un delito. El dinero no puede salvarle de eso. —A pesar de que él creyese que sí—. En cuanto le denuncie, la policía lo detendrá. También a Callum si intenta que me case con él en contra de mi voluntad. Por Dios, Maeve, estamos en el primer mundo, los matrimonios forzados son ilegales.

—Lo son para las personas normales —concordó—, pero no para tu familia ni para la de Callum. Tenéis vuestras propias leyes.

—¿Nuestras propias leyes? ¿Por qué todos habláis en clave? —pregunté, resoplando. Me senté en el borde de la cama, aunque lo más alejada de ella posible.

Maeve no me respondió de inmediato, ella me miró en silencio durante unos segundos. Después, inhaló una bocanada de aire y pude ver en su rostro que había tomado una decisión. La decisión de contármelo todo, quisiese escucharlo o no.

—Ayer me dijiste que no querías saber nada sobre quién era tu padre, pero es hora de que sepas toda la verdad.

—¿Y tú eres la indicada para contármelo? —A pesar de que Maeve había trabajado para mi familia durante años, no compartíamos la misma sangre. Aunque ciertamente, podía ser la única que me aportase un poco de luz en toda la oscuridad en la que estaba sumida.

—No, pero soy la única que va a hacerlo. Puedes seguir huyendo de la verdad, pero te va a encontrar antes o después.

—¿Y cuál es la verdad? —pregunté, con mi corazón martilleando en mi pecho. Me había dicho a mí misma que ya no quería descubrir la verdad sobre mi padre, pero lo cierto era que no

podía evitar sentirme intrigada. Ese hombre era mi progenitor, mi familia y parte de mi pasado.

—Ya te habrás dado cuenta de que no perteneces a una familia *normal* —comenzó Maeve, recalcando la última palabra—. ¿Alguien te ha dicho a qué se dedicaba tu padre?

—Cian me contó que mi padre y el suyo eran hombres de negocios importantes —respondí, sin entender muy bien a donde quería llegar—. ¿Él era empresario? —Por eso mi hermano tenía tanto dinero, ¿no?

Maeve me ofreció una sonrisa triste.

—Imagino que no sabes qué tipo de empresas. —A pesar de que era una afirmación, yo negué con la cabeza—. Es cierto que tu padre era un empresario de éxito, Enya. Así era como le gustaba venderse al mundo. —Fruncí el ceño—. Pero él no era conocido y respetado por ser un hombre de negocios. Al menos, no por los que tú te imaginas.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, confundida—. ¿Entonces mi padre no era empresario? —Tampoco me sorprendía que Cian me hubiera mentido.

—Tu padre tenía muchos negocios; algunos legales y otros, no tanto. —Estreché mis ojos y Maeve suspiró—. ¿Has escuchado alguna vez hablar sobre la mafia, Enya?

«La mafia».

Aquellas palabras despertaron sentimientos en mi interior que no fui capaz de identificar dentro de la maraña de confusión en la que me encontraba sumida. ¿Qué tenía que ver la mafia con mi padre?

—¿La mafia? —repetí—. ¿Cómo en *El Padrino*?

—Sí, como en *El Padrino*. Tu padre detestaba esa película —Maeve sonrió con ternura—. Él creía que ofrecía una imagen burda y distorsionada de la realidad. Una…

—Mala imagen para el negocio. —Las palabras se escaparon de mis labios antes de que pudiera evitarlo.

La expresión de Maeve cambió.

—¿Te acuerdas?

—No… yo… —balbuceé, sin saber qué decir. Las palabras habían aparecido en mi mente sin ningún tipo de explicación, sin ningún tipo de recuerdo—. Ni siquiera sé por qué he dicho eso. —Me pasé una mano por el rostro, confundida y exasperada.

—Eso era lo que él siempre decía —dijo. No añadió nada más ni tampoco cuestionó mi explicación—. Tu padre era un jefe de familia. El jefe de la familia Wolf. —Maeve me miró, esperando mi reacción. Cuando no la obtuvo, ella continuó—: Ahora el jefe es tu hermano, como Callum lo será de su familia cuando fallezca su tío. Enya, naciste en el seno de una familia de la mafia irlandesa.

Me congelé al escuchar la confesión de Maeve, incapaz de pronunciar una sola palabra. ¿Mi padre era un mafioso? ¿Un criminal? Maldita sea, yo venía de una familia de criminales. Por eso mi abuelo me había alejado de ellos, por eso había hecho todo lo posible para que no me encontraran. Ahora comprendía su obsesión con vigilarme constantemente, la manera casi paranoica con la que miraba hacia los lados cuando estábamos en la calle y creía que no le estaba prestando atención.

Mi abuelo me había estado protegiendo.

—Tenías que sospecharlo aunque te negases a verlo —prosiguió Maeve—. Tu madre falleció en un tiroteo, tú estás prometida desde tu nacimiento. Es más que obvio que tu hermano es peligroso y ayer te diste cuenta de que Callum también lo es. —Cuando enarqué una ceja, ella sonrió—. Me asomé por la ventana de mi habitación cuando sonó la alarma. Le vi llevarte al interior mientras amenazaba al aire con su pistola. Eres consciente de que nada de eso es normal,

Enya. La mafia se rige con otras normas.

—¿Y Cian? —pregunté, mi voz apenas un susurro. No debería ser importante para mí conocer la respuesta, no en un momento como ese, en el que Cian debería ser lo último que tenía que ocupar mi mente. Por desgracia, no era así.

—Su familia también pertenece a la mafia. Vuestras familias estaban unidas, pero todo se vino abajo. No me corresponde a mí contarte esa historia. —Maeve dijo algo más, pero yo ya no estaba escuchándola, porque mi cabeza se estaba perdiendo en un recuerdo olvidado.

—Mi hermano dice que cuando sea mayor será un mafioso como mi padre —le conté a Cian —. Dice que se convertirá en el jefe y nos echará a mi madre y a mí de Dublín.

Estaba sentada en un jardín con una de mis muñecas en la mano. La fuente de piedra que salía en la fotografía que Arlan me había entregado, estaba detrás de mí. Hacía calor y llevaba puesto un vestido de flores. Cian estaba sentado a mi lado, jugando con una brizna de hierba.

—Él no hará eso —contestó Cian—. Está celoso porque vuestro padre te presta más atención a ti que a él.

—¿Pero él será el jefe? —pregunté.

No sabía lo que esa palabra significaba exactamente, pero papá y Arlan la repetían constantemente, así que tenía que ser algo muy importante.

—Sí, pero dentro de muchos años. Yo también lo seré de la mía.

—¿Tú también?

—Sí —respondió Cian con el orgullo brillando en sus ojos. Nunca había visto unos ojos tan bonitos como los suyos—. Él mandará en la familia Wolf y yo en la Maccarthy.

—¿Le vas a dejar que nos expulse? —pregunté con preocupación.

—No, no le hagas caso. Voy a darle una paliza por asustarte. —Cian apretó sus puños, enfadado.

—Él es tu amigo.

—Es mi mejor amigo, pero tú eres mi mejor amiga también. No me gusta que te asuste. Si lo vuelve a hacer, recibirá un escarmiento.

Sonreí y me levanté para darle un abrazo. Sabía que a Cian no le gustaban los abrazos, pero era diferente cuando venían de mí. O eso me gustaba pensar.

—Ahora que sé que tú también serás jefe, no puede asustarme más. —Me separé lentamente de él—. No quiero que dejéis de ser amigos por mi culpa. No quiero verle triste y tampoco a ti.

—Eso nunca pasará. Nunca me voy a alejar de vosotros y un día, Arlan se dará cuenta de lo especial que eres, como yo lo he hecho —me aseguró Cian con una gran sonrisa.

—Enya, ¿estás bien? —La voz de Maeve me devolvió a la realidad.

—No —confesé —, no lo estoy.

Ahora que había descubierto la verdad, dudaba que volviese a estar bien alguna vez.

Capítulo 5

Enya

Una semana. Ese era el tiempo que había pasado desde que tuve esa conversación con Maeve. Siete días desde que descubrí que mi padre había sido un jefe de la mafia irlandesa. O más bien, que lo había recordado. Posiblemente, mi yo de seis años no entendía el significado de esas palabras, ni siquiera mi yo de veinte las comprendía del todo. Mafia era una palabra que no significaba nada para mí y que, a la vez, lo significaba todo.

¿Mi padre había sido un asesino, un criminal? ¿Y mi madre lo había amado sabiéndolo? ¿Yo misma lo habría amado si me habría criado en ese mundo?

Arlan y Cian también eran unos mafiosos. Ahora comprendía la seguridad excesiva; la manera en la que Callum había sacado el arma, como si fuese algo ordinario. Desconocía en qué tipo de asuntos estaban involucrados y lo cierto era que, no sabía si quería saberlo.

Sentía como si mi cabeza fuese a estallar. No era capaz de entender la realidad en la que me encontraba envuelta.

A esas alturas era consciente de que la policía no iba a ayudarme y tampoco podía involucrar a Bindi. Mi destino era casarme con Callum, tener hijos que acabarían siendo miembros de la mafia irlandesa. ¿Qué tipo de atrocidades serían obligados a cometer? ¿Con qué valores se criarían?

Todos a mi alrededor me decían que no podía huir de mi destino, pero iba a demostrarles lo equivocados que estaban. No me había rendido y nunca lo haría. Cada vez que un recuerdo llegaba a mí, también llegaba un poco más de esa parte valiente y luchadora que había estado escondida en lo más hondo de mi ser.

Mi abuelo había hecho lo correcto alejándome de Irlanda, ahora lo sabía. Ojalá hubiese sido sincero conmigo, pero no le culpaba. Él me había dado una infancia normal, parecida a la de cualquier niño y aunque me había protegido, también me había enseñado a valerme por mí misma y usaría esas enseñanzas para mantenerme cuando lograse huir. Volver a Melbourne no era una opción; por lo menos, no por el momento. Ellos me encontrarían y, a esas alturas, estaba segura de que me obligarían a regresar a Irlanda.

Por eso, de momento, estaba fingiendo estar de acuerdo con la boda, aunque tampoco es como si nadie me hubiese preguntado. Arlan evitaba el contacto conmigo y no había vuelto a ver a Callum. Sin embargo, este había cumplido su promesa y un empleado de una lujosa joyería me había entregado un anillo de compromiso a la mañana siguiente.

Aunque el anillo quemaba mi piel, tenía que reconocer que era bonito, de oro blanco con circonitas. Estaba convencida de que costaba más que la casa de mi abuelo, pese a que eso no podía importarme menos. ¿Acaso Callum se creía que con una joya cara y bonita iba a ganarse mi aprobación? Vaya pregunta, por supuesto que lo creía. La única razón por la que lo llevaba puesto era para disimular, pero me lo quitaba en cuanto me encontraba a solas. Lo que no me había quitado en ningún momento era el collar con forma de cereza. Lo había intentado después de conocer toda la verdad, pero no había podido. Sentía que lo necesitaba para no rendirme, tan absurdo como podía parecer.

Esa tarde, por fin había podido salir de la propiedad de Arlan para descubrir que la casa se encontraba en una urbanización residencial de lujo a las afueras de Dublín, a poco menos de una

media hora del centro.

A pesar de que la razón de la salida era ir a elegir mi vestido de novia, lo agradecí. Maeve me había acompañado y antes de entrar en la pequeña boutique en la que nos encontrábamos, le había convencido para pasar por el centro comercial y comprarme algo más de ropa. Las pocas prendas que había estado utilizando aquella semana me quedaban bastante ajustadas, ya que las había comprado en una tienda *online* y no había acertado con la talla. Tienda que Maeve me había recomendado.

En un primer momento, pasó por mi cabeza aprovechar aquella oportunidad para escaparme. Sin embargo, lo deseché en el momento en el que nuestro conductor levantó una de sus manos para quitarse de la cara una mosca que estaba molestándole y vi la pistola que escondía en la cinturilla de su pantalón. Él no se movió de nuestro lado durante la hora que pasamos en el centro comercial, aunque sí tuvo la delicadeza de quedarse dentro del vehículo cuando entramos en la boutique.

—Entonces, ¿este? —me preguntó la dependienta de la tienda. Era una mujer de mediana edad.

La tienda de lujo estaba completamente cerrada para nosotras, de la misma manera en la que lo estuvo la *boutique* a la que Cian me había llevado semanas antes. Me negaba a pensar en él, hacía todo lo posible para que su recuerdo abandonara mi cabeza, pero no podía conseguirlo. ¿Por qué no podía?

—Sí —contesté de manera mecánica.

Me había probado unos pocos vestidos y sino hubiera sido por la insistencia de Maeve y la propia dependienta, me hubiera quedado con el primero. La decisión del vestido de novia que me quedaba había sido de ellas, no mía.

—Le harán falta unos pocos arreglos —murmuró la dependienta, mirándome de arriba abajo.

—¿Crees qué estará en quince días? —preguntó Maeve.

Era una boda demasiado precipitada, pero, al parecer, todo era posible con dinero.

—Claro —respondió la dependienta—. Hablaré con nuestra costurera. Tal y como me ha pedido el señor Wolf, no será necesario que la señorita Wolf regrese a la *boutique*, nosotras iremos a su casa para hacerle las pruebas.

—Eso es bueno. Enya está muy ocupada con los preparativos —mintió Maeve, ya que yo no me estaba encargando de nada. Tampoco me habían dado la opción y es que tenía la sensación de que, cuanto menos involucrada estuviera en la boda, mejor para Arlan.

—Es totalmente entendible —dijo la dependienta de manera compasiva—. No sabes lo nerviosa que estaba yo el día de mi boda… —Maeve sonrió—. Pero ella puede estar tranquila, vamos a asegurarnos…

Ellas estaban hablando como si yo no me encontrase delante de ellas, por lo que dejé de escucharlas. Observé por la cristalera la ajetreada calle donde los transeúntes paseaban, evitando mirarme en el espejo. Aparte de que el vestido era blanco, no me había fijado en nada más. No podía importarme menos. Si pudiese evitarlo, ni siquiera me lo pondría.

—Señorita Wolf —me llamó la dependienta, provocando que me girase para mirarla. A punto estuve de corregirle y decirle que mi apellido era Perkins, pero me detuve a tiempo—. Para el banquete tenemos varios vestidos menos clásicos, pero que…

—No necesito dos vestidos —le interrumpí.

La mujer me miró, horrorizada.

—No puede asistir al banquete con el mismo vestido que use en la iglesia. Incluso necesitará un tercer vestido para el baile.

Sí, y otro cómodo para cuando huyese del altar. Porque pensaba salir corriendo antes de decir mis votos. Por lo que me había ido enterando esa semana, mi boda sería un gran acontecimiento, con más de trescientos invitados a los que no conocía de nada. Empresarios exitosos, políticos, personas influyentes y mafiosos. Esos últimos no me iban a ayudar, pero el resto no iba a impedir mi huida cuando echase a correr en medio de la ceremonia. Ni siquiera mi hermano o Callum podrían evitarlo. Lo tenía todo preparado, en cuanto el cura me preguntase si quería casarme con Callum, diría que no y aprovechando la confusión del momento, saldría de la iglesia. Me iba a montar en el primer taxi que pasase por allí. Después, iría a una tienda a comprarme ropa normal y directa a la estación de autobuses. No tenía muy claro qué iba a hacer luego, pero aún tenía dos semanas para planearlo todo.

Un carraspeo me sacó de mi ensoñación. La dependienta me miraba impaciente.

—Como Maeve ha dicho, estoy muy ocupada con los preparativos —mentí y me sorprendí al descubrir lo convincente que había sonado. Me estaba convirtiendo en una mentirosa bastante competente—. Lo importante es el traje con el que me case a los ojos de Dios. El resto, elegirlos vosotras. Traerlos el día que vengáis a hacerme la prueba del vestido, estoy segura de que me encantarán.

—La ceremonia religiosa es importante, pero el resto también —replicó la dependienta.

Si me casase con el hombre que amaba, estaría de acuerdo con ella. Aunque no necesitaría más que un vestido y no me casaría por la iglesia. No solo porque no fuese católica, sino porque no había hecho la comunión, algo que cuando se lo hice saber a Arlan, este se limitó a quejarse del dinero que le iba a costar que el obispo que iba a oficiar la boda hiciese la vista gorda.

El dinero lo arreglaba todo. Una lección que estaba aprendiendo a marchas forzadas.

—Con vuestro permiso, voy a cambiarme.

Sin esperar la respuesta de la dependienta, entré en el probador. No iba a pasarme otras dos horas eligiendo más vestidos. Mientras me quitaba el vestido, la tristeza se apoderó de mí. Iba a huir, dejando atrás todo lo que había amado; dejando atrás a Bindi. Ella iba a estar muy preocupada por mí. En un tiempo, no iba a poder ponerme en contacto con ella, aunque tenía la esperanza de que, en unos meses, dejasen de buscarme. No perdía la ilusión de recuperar mi vida, de volver junto a Bindi. Aunque sabía que esta experiencia en Irlanda, de alguna manera, me había cambiado.

Esperaba algún día poder olvidar todo lo que había sucedido durante mi estancia en Irlanda. Y con ello, también me refería a un rubio de ojos azules que, por mucho que lo intentaba, no podía sacarme de mi cabeza.

Algún día, también podría olvidarle a él.

—¿Te falta mucho, Enya? —preguntó Maeve, sacándome de mi ensoñación.

—No, salgo ya.

Dos minutos después, salí del probador con el vestido en las manos. Busqué a la dependienta con los ojos, pero no la encontré por ninguna parte.

—Te está esperando en la planta baja —me dijo Maeve, haciéndome un gesto y señalándome las escaleras.

—¿Para qué? —pregunté—. No pienso probarme más vestidos.

—No va a enseñarte más vestidos, Enya. La costurera tiene abajo su taller de costura y quiere hacerte un par de preguntas.

Suspiré. Discutir con Maeve no me iba a llevar a ningún lado, lo mejor que podía hacer era hablar con la costurera y terminar cuanto antes.

Me dirigí hacia las escaleras y cuando comencé a bajarlas, me di cuenta de que Maeve no me estaba siguiendo. Mejor. Con suerte, podría dejar el vestido y marcharme. Aunque era de día y el sol brillaba en el firmamento, no había ninguna ventana cerca y la única luz que daba un poco de claridad, era la que entraba de la primera planta y según iba bajando más escalones, menos luz se filtraba. Al llegar debajo del todo, un pasillo se presentó delante de mí. No vi a nadie, por lo que avancé por él hasta llegar a una puerta abierta. Entré en lo que supuse que era el taller, pero cuando me adentré en la estancia, me di cuenta de que se trataba de un almacén. Los rayos de sol entraban por la pequeña ventana redonda situada arriba de una de las paredes. Aunque la luz era tenue, podía ver lo que había a mi alrededor. Varias estanterías blancas decoraban las paredes; todas ellas con productos de limpieza, telas, incluso alguna herramienta de trabajo. Estaba claro que me había equivocado de lugar. Iba a darme la vuelta para salir de la estancia, cuando escuché el sonido inconfundible de una puerta cerrándose detrás de mí. Me giré, sobresaltada, congelándome al ver a la persona que se encontraba frente a mí.

Tuve que parpadear varias veces para cerciorarme de que lo que estaba viendo no era un producto de mi imaginación. ¿Había perdido definitivamente la cordura y ahora tenía visiones? No lo descartaba del todo, tal y como estaba siendo mi vida últimamente.

Cerré los ojos con fuerza y los volví a abrir, esperando que desapareciera, pero él seguía allí, mirándome con el ceño fruncido, como si no comprendiese lo que estaba haciendo. Como si para él fuese lo más normal del mundo que me abordase en el almacén de la *boutique* después de lo que había pasado entre nosotros.

Aunque debería haber intentado salir de allí, me quedé quieta, observándole detenidamente. Su cabello rubio lucía perfectamente peinado, pero un poco más corto que la última vez que lo había visto. Aunque sus ojos azules me miraban con desinterés, sabía por experiencia que estaban analizando cada uno de mis movimientos. Él llevaba una camisa blanca que se ajustaba a la perfección a su cuerpo y unos pantalones de traje negros.

Cian estaba igual de guapo que de costumbre y yo me odié a mí misma por pensar eso. Igual que odié a mi corazón por dar un brinco al verle. ¿Qué tan estúpida era por sentirme de aquella manera después de todo lo que me había hecho?

—Enya —fue Cian quien rompió el silencio. Pronunció mi nombre con suavidad y una familiaridad que ya no debía tener conmigo. No pude evitar transportarme a aquella última noche que habíamos pasado juntos, antes de que descubriera toda la verdad—, tenemos que hablar.

Aquellas palabras rompieron el hechizo e hizo que regresara a la realidad. A la cruda realidad en la que recordaba todo lo que había pasado y todo lo que él me había hecho. Ese chico con cara de ángel había roto mi corazón en mil pedazos; me había engañado una y otra vez y yo se lo había permitido. Porque, a pesar de que las señales estaban ahí desde el principio, me había negado a verlas. Primero, porque ansiaba una familia y después, porque ansiaba ser amada y había creído que él era el hombre de mi vida.

Pero el amor no se basa en mentiras, ni está lleno de crueldad. No, el amor se construye basándose en la fidelidad, la libertad y el respeto.

—No tenemos nada que hablar —dije, mi voz sonando mucho más firme de lo que realmente me sentía. Fruto de la rabia que recorría mi cuerpo, apreté con fuerza el vestido que sostenía entre mis manos, la tela arrugándose entre mis dedos. Con pasos decididos, lo rodeé y me dispuse a abrir la puerta para regresar a la planta de arriba, pero Cian sostuvo mi muñeca, deteniéndome antes de que mi mano pudiera tocar el picaporte—. ¡No me toques! —grité, soltándome de su agarre y provocando que el vestido que sostenía se cayera al suelo entre el espacio que había entre ambos.

Cian bajó su mirada al vestido y después, la centró en mí. La cordialidad en sus ojos fue sustituida por ira. Una ira abrasadora que nunca antes le había visto tener. Retrocedí un par de pasos, queriendo alejarme de él lo máximo posible.

—Sí que tenemos que hablar. —Sus palabras eran demandantes, pero había una suavidad en su tono, como si estuviera controlándose—. Entiendo que estés enfadada, Enya. Escuchaste una conversación que no deberías haber oído y…

—¡Escuchar esa conversación fue lo mejor que me pudo pasar, Cian!

—No me estás dejando terminar, Enya. —Su tono era tranquilo y su expresión se mantuvo impasible, pero un ligero temblor en su labio inferior le delató. No le gustaba que le interrumpiera, ni que le llevara la contraria. Él estaba tratando de manipularme de nuevo, de mostrarme un lado suave que no existía, pero tan solo tenía que provocarlo un poco y comenzaba a ver su irritación. ¿Cómo no había visto las señales antes, con lo claro que lo veía ahora?—. Si me escucharas…

—¿Si te escuchara, qué vas a decirme, Cian? ¿Vas a decirme que las palabras que te escuche decirle a Sullivan me las inventé? ¿Qué no has intentado manipularme para vengarte de mi hermano? ¿Qué no fingiste ser alguien quién no eras durante todo el tiempo? ¿Eso es lo que vas a decirme?

—No, voy a contarte toda la verdad.

—Es tarde para eso. Ya conozco toda la verdad.

—No —replicó él con fiereza—, sabes lo que tu hermano te ha contado. Esa no es la verdad. Él miente más que habla. —Cian no ocultó el desprecio en su voz cuando habló de Arlan.

No pude evitar la risa irónica que brotó por mi garganta.

—Ahora entiendo por qué erais tan amigos de niños. Los dos sois unos mentirosos. Pero, la diferencia entre él y tú, es que Arlan no ha intentado hacerme creer que le importo. Arlan se ha presentado tal y como es. Tú, en cambio, me has manipulado. Aunque la culpa es mía por creer que lo que había entre nosotros era real. —Hice una pequeña pausa para tranquilizarme, pero solo logré que la furia se apoderara de mí—. ¡Me has mentido una y otra vez! —espeté—. ¡Te perdoné esa primera vez, dándote una segunda oportunidad, porque de verdad pensé que lo que se estaba formante entre nosotros era real! ¡Creí que te gustaba! ¡Fui tan estúpida! —Sentí que lágrimas de rabia se arremolinaban en mis ojos, pero me negué a derramar una sola lágrima delante de él. No le daría ese placer. Bastante me había humillado ya—. Ni siquiera me creo que fueses mi amigo de niño.

—Eras mi mejor amiga, Enya.

—No me lo creo. —No podía negar que yo confiaba en él, ya que los únicos recuerdos que tenía de Irlanda eran de nosotros dos de pequeños, pero eso tan solo confirmaba lo mucho que yo lo apreciaba—. ¿Sabes lo que pienso? —pregunté, aunque no le dejé responder—. Pienso que estabas compinchado con mi hermano para hacerme sufrir. Él mostraba su animadversión por mí y tú fingías que éramos amigos. —Esa era la única hipótesis posible. Porque si la forma en la que me miraba en mis recuerdos, como si yo fuese todo su mundo, fuese real, no me hubiese herido como lo había hecho—. Debisteis reíros mucho de mí a mis espaldas.

Cian dio un paso atrás, como si mis palabras le hubiesen golpeado.

—Estás equivocada, Enya. —Si no lo conociera mejor, hubiera creído que era dolor lo que brillaba en sus ojos—. Eras mi amiga. ¿Por qué si no te salvaría del tiroteo que mató a tu madre poniendo mi vida en peligro?

—¿De verdad estabas en peligro? —cuestioné—. Teniendo en cuenta que fue tu padre quién envió a esos hombres a matar a mi madre, lo pongo en duda. Más bien, me salvaste para que

parecieses inocente. Me usaste, tal y como has seguido haciendo.

La expresión de Cian cambió al escucharme. Su rostro era como el cielo antes de la tormenta, sus labios se apretaron en una fina línea y sus ojos brillaron de ira y rabia. Observé cómo sus manos se cerraron en puños.

Él estaba enfadado y, por una vez, no se molestó en ocultarlo.

—¡Eso no es verdad! —Era la primera vez que oía a Cian levantar la voz—. ¿Eso es lo que te ha contado Arlan? Él está comiéndote la cabeza, contándote mentiras. Mi padre jamás haría algo así. Él era un hombre de honor, nunca haría daño a una mujer. ¿Te ha contado lo que tu padre hizo a mi familia, lo que me hizo a mí? Claro que no lo ha hecho —se respondió a sí mismo con una risa ronca—. ¿Tu hermano te ha contado cómo me traicionó? Él se ha quedado con lo que me pertenece. Él…

—Basta —le corté con un ademán de la mano—. No quiero saber nada de los problemas que tengáis Arlan y tú. —No iba a culpar a Cian por los pecados que cometió su padre, pero sí por lo que él me hizo a mí. Me habían metido en una guerra que no me pertenecía, una de la que no quería saber nada.

—Tu hermano es peligroso, Enya. No puedes creerte nada de lo que él te diga.—Su tono de voz se suavizó. Él volvía a fingir ser alguien que no era, un hombre que se preocupaba por mi bienestar. Pero yo sabía que no era así, había visto una sombra de los demonios que escondía en su interior y no quería ver más.

—¿Y tú no lo eres? —contraataqué—. No finjas ser mejor que él, porque no lo eres. Sois lo mismo. Los dos sois miembros de la mafia. Sois dos asesinos.

Cian entrecerró los ojos, mirándome con una intensidad que me provocó escalofríos, aunque no de miedo.

—Desde niña sabías en la clase de hombre que me convertiría —dijo, a la vez que daba un par de pasos, acercándose a mí. Instintivamente, anduve hacia atrás hasta que mi espalda chocó contra una pared—. Y nunca te importó.

—Como tú has dicho, era una niña. No entendía lo que significaba la palabra mafia.

—La entendías mejor de lo que lo haces ahora. Sabías que significaba: familia, lealtad, honor y protección.

—¿Protección? —pregunté—. ¿Quién protegió a mi madre? Ella murió porque decidió compartir su vida con un mafioso.

—Ella murió porque alguien traicionó a tu familia. Y ese alguien no fue mi padre —dijo la última frase antes de que yo pudiese rebatirle nada—. Tu padre estaba ciego por el dolor y se dejó manipular. Y ahora, tu hermano está corrompido por el poder. Ninguno de los dos vengó la muerte de tu madre, pero yo lo haré. Recuperaré lo que es mío y después, vengaré a tu madre. Lo haré por ti.

—¿Por mí? —repetí—. Yo no quiero que vengues a mi madre. Si quieres hacer algo por mí, ayúdame a huir. Incluso mejor, ayúdame a recuperar mi vida en Melbourne.

Cian venció la distancia que nos separaba. Su rostro estaba tan cerca del mío que nuestras narices casi se rozaban. Mis ojos se centraron en sus labios carnosos. Apenas podía pensar con él tan cerca de mí.

—Esa vida que tenías en Melbourne era falsa. Tu vida está en Irlanda, junto a mí. —Estiró su mano y acarició mi mejilla.

—¿Junto a ti? —pregunté, obnubilada por el tacto de su mano en mi piel. No me había dado cuenta lo mucho que había echado de menos su cercanía hasta ese momento.

Sin responderme, Cian unió sus labios a los míos en un beso feroz. Al instante, me quedé

congelada, pero no tardé en corresponderle. Porque, en ese momento, olvidé quién era él y hasta quién era yo. Olvidé todo lo que me había hecho y lo mucho que había sufrido por su culpa.

Escuché un gemido y me costó unos instantes darme cuenta de que había sido yo. Cian enredó sus dedos en uno de mis mechones y tiró de mí para besarme con más profundidad. Me dejé llevar por las sensaciones. Me agarré a sus hombros a medida que el beso se volvía más sensual. Su mano libre viajó hasta mi cadera, aferrándola con fuerza. Gimió en mi boca cuando enredé mi lengua con la suya. Ese sonido llegó hasta mi centro y sentí como si pudiese estallar en llamas. Cian bajó su mano hasta mis vaqueros y uno de sus dedos se coló por la cinturilla de mi pantalón.

Rompió el beso para mirarme con una sonrisa pícara, la misma que le había visto en la torre la última vez que habíamos estado allí. Una sonrisa que, en ese momento, había significado que me deseaba, pero que ahora, sabía que era falsa.

—Quiero saber si estás mojada —susurró, sus palabras estranguladas por el deseo—. Mojada por mí.

Al contrario de lo que él pretendía, mi cerebro volvió a la vida. ¿Qué narices estaba haciendo? Apoyé mis manos en sus hombros y lo empujé con fuerza, logrando separarlo de mí. Cian me miró, aturdido; sus ojos aún brillando con lujuria.

—Es algo que no vas a descubrir —dije, tratando sin éxito de que mi voz no saliera temblorosa—. No debí dejar que me besaras.

Cian recuperó su habitual expresión imperturbable y esbozó una sonrisa gélida.

—Querías que te besase.

—Sí, pero solo porque una parte de mí quería un cierre. —O eso era lo que quería pensar—. Ya lo he tenido. Ahora, no quiero que vuelvas a tocarme.

—Mientes.

—No, no lo hago. Además, en dos semanas, seré una mujer casada.

Cian se rio sin humor, con una risa áspera que provocó que los pelos de mis brazos se erizaran. Aunque lo intentaba con todas sus fuerzas, cada vez le costaba más mostrarse como un hombre cordial y paciente. El mafioso que habitaba en él salía a la superficie con más facilidad. El hombre que era en realidad, ese que yo no había querido ver, no tardaría de presentarse en toda su plenitud.

—No vas a casarte con Callum —siseó.

—No, no voy a hacerlo —concordé—, pero porque no es mi deseo, no porque tú me lo digas. No te necesito.

—¿Y cómo piensas hacerlo sola? —preguntó con un tono burlón. Apreté mis labios con fuerza, no iba a contarle mi plan. ¿Quién me decía que no iba a utilizarlo a su favor? Ni siquiera sabía cuáles eran sus intenciones—. Durante el tiempo que estés en casa de Arlan tienes que actuar de manera inteligente, Enya. Maeve me ha contado que el médico de los O'Donell fue a visitarte y tú te negaste a ser atendida, que estabas demasiado nerviosa. Sigue negándote a que te vean. Es preferible que tu hermano siga creyendo que te acostaste conmigo. —¿Maeve estaba hablando con Cian a espaldas de Arlan? Debería haber supuesto que ella estaba detrás de este encuentro desde el instante en el que había entrado por la puerta. Había estado tan absorta en ver de nuevo a Cian, que ni siquiera lo había pensado.

—¿Y por qué supones que lo hice porque estaba nerviosa? Igual me interesa que no me examine porque los O'Donell se llevarán una sorpresa. —Recordé fragmentos de la conversación que Cian había mantenido con Sullivan. Él quería acostarse conmigo, para así, romper el acuerdo con los O'Donell.

Cian arqueó una ceja.

—¿Qué estás insinuando?

—Igual te mentí. Igual te dije algo que no era, de la misma manera que tú me mentiste a mí.

Cian sonrió.

—No, tú no harías algo así. Y aunque lo hubieses hecho, puedes mentir, pero tu cuerpo no. —Cian estiró su mano para sostener el colgante de cereza que él me había regalado y no me había quitado. Sus pulgares rozaron suavemente mi piel y un hormigueo recorrió mi cuerpo. El beso que nos habíamos dado solo había logrado que mi deseo por él aumentase, pero no podía volver a perder el control, no podía permitir que él ganase—. No te lo has quitado —susurró, como si eso significara algo para él.

No sé si fue por lo mucho que odiaba a Cian por todo lo que me había hecho o lo mucho que me detestaba a mí misma por seguir sintiéndome afectada por su cercanía, que alcé mi mano derecha, y en un acto que no era propio de mí, le abofeteé con fuerza.

—¡Te he dicho que no me toques más! —grité—. ¡No tienes derecho a tocarme ni un solo pelo! —Él había perdido ese derecho en el momento en el que había jugado conmigo.

Cian se llevó su mano a la mejilla, pude ver la sorpresa en su rostro. Él no se esperaba que me enfrentara a él de esa manera. Por supuesto que había creído que me diría cuatro palabras bonitas y caería rendida a sus pies. Él creía que podía seguir jugando conmigo, riéndose de mí. El beso que nos habíamos dado no había ayudado a que pensase lo contrario, pero no iba a suceder de nuevo.

—Tal vez no lo tenga, pero tú deseas que te toque —dijo, su tono era tranquilo, pero podía notar su furia.

—¡No quiero volver a verte, Cian! ¡Desaparece de mi vida y déjame en paz!

Los ojos de Cian brillaron con una emoción que no pude reconocer.

—No pienso hacer eso. No puedo hacerlo.

—¿Sabes qué? —pregunté—. Tienes razón. No puedo volver a Melbourne. —Era inviable para mí regresar. Al menos, por un tiempo—. Soy hija y hermana de mafiosos —Cian arrugó el ceño cuando escuchó el desprecio con el que pronuncié esas palabras—, tal vez debería empezar a comportarme como tal. —Alcé la barbilla, mirándolo con desafío—. He cambiado de idea, voy a casarme con Callum. A fin de cuentas, soy una Wolf, me debo a mi familia —mentí para enfurecerle. Dando la conversación por terminada, lo rodeé y me dirigí hacia la puerta sin tan siquiera molestarme en recoger el vestido. En esta ocasión, Cian no me detuvo. Recorrí el pasillo hacia las escaleras. No había comenzado a subir el primer escalón, cuando escuché la voz de Cian detrás de mí.

—Has mejorado, pero sigues siendo una mentirosa pésima. Hazlo mejor si quieres convencer a Arlan hasta que yo pueda liberarte.

No dije nada, pero me detuve, sopesando sus palabras. Escuché unos pasos detrás de mí.

—No voy a permitir que te cases con Callum.

Cerré mis manos en puños, furiosa. Él me estaba hablando como si tuviera el derecho de poder influir en mi matrimonio.

—Tú no puedes tomar esa decisión.

—Tú tampoco. No podrías casarte con él aunque quisieras.

—No quiero volver a verte, Cian —dije, sin darme la vuelta—. Hazme un favor y déjame en paz. —Comencé a caminar de nuevo y subí las escaleras esperando que él no me siguiese. Crucé toda la planta de arriba y no me detuve hasta no llegar al coche en el que me habían traído. Ni siquiera miré si estaba Maeve o la dependienta en el interior de la tienda.

Maeve llegó unos minutos después. Ninguna de las dos pronunció ni una sola palabra durante todo el trayecto de camino a la casa de Arlan.

Cuando llegamos a la residencia de Arlan, iba a ir directa a mi habitación, pero Maeve sostuvo mi muñeca, deteniéndome. Me hizo un gesto con la barbilla y tiró de mí a través del pasillo hasta llegar a la cocina. No había estado allí hasta ese momento, por lo que no pude evitar que me llamase la atención. No parecía la cocina de un hombre soltero como lo era mi hermano, parecía una cocina sacada de una revista de decoración. Una gran mesa de madera se encontraba en el medio de la instancia y Maeve ocupó una de las sillas, indicándome que me sentase en la que se hallaba frente a ella. Obedecí, aunque mi atención se encontraba en las paredes pintadas en un naranja brillante y que estaban rematadas cerca del techo por cenefas de papel con dibujos de cacerolas y sartenes. Las cortinas blancas recogidas en lazos adornaban los ventanales que daban al jardín.

—Es una cocina muy bonita —reconocí.

—Es la única parte de la casa en la que tu hermano no entra nunca, por lo que no ha hecho ningún cambio. Quitando los electrodomésticos que se han ido renovando con los años, mantiene el estilo con la que la decoró tu madre.

—Ella tenía buen gusto —halagué, mirando a mi alrededor—. ¿La habitación en la que duermo era la mía de pequeña?

—No, la tuya estaba frente a la habitación principal, que era la que ocupaban tus padres. Aunque tu padre conservó esta casa, no pasaba demasiado tiempo aquí. Se instaló en su apartamento de soltero en el centro. Arlan se quedó aquí, al cuidado del servicio hasta que tuvo edad suficiente para cuidarse él mismo.

—Y Arlan se encargó de que cualquier recuerdo de mi madre o mío desapareciese —dije con resignación.

—Sí.

Maeve no dijo nada más y yo tampoco lo hice, esperando a que hablase. Pero Maeve no parecía estar dispuesta a pronunciar una sola palabra, así que decidí romper el silencio. Quería terminar esa conversación cuanto antes y regresar a mi habitación.

—¿Qué quieres, Maeve? ¿Por qué me has traído aquí? —le pregunté, cruzando mis brazos. No me gustaba hablarle de esa manera, pero estaba cansada y enfadada.

—Siento la encerrona de hoy, pero no he tenido otra opción, Enya. —Había arrepentimiento en sus ojos. Aunque, a esas alturas, ni siquiera estaba segura de que fuera cierto.

En ningún momento había considerado a Maeve una alidada y, mucho menos, una amiga, pero era la única persona con la que mantenía una mínima relación. En aquel entorno, todo el mundo parecía tener una doble cara, todo el mundo parecía esconder algo y yo estaba exhausta. Tan solo quería regresar a mi casa y abrazar a Bindi, la única persona que no me había fallado nunca. Ella era transparente y leal a mí. Sus intenciones eran genuinas y siempre estaba ahí para mí. Sin embargo, era consciente de que era algo que no sucedería en un futuro cercano y eso me entristecía.

—¿Estás trabajando para Cian a espaldas de Arlan? —pregunté.

—¿Qué? —Maeve parecía sorprendida y casi enfadada por mi pregunta, como si no fuera una suposición normal después de que ella me hubiera organizado un encuentro con Cian—. Por supuesto que no. No soy una traidora.

—¿Me estás diciendo que mi hermano sabe que Cian se ha encontrado conmigo?

—No, él no lo sabe. Pero no estoy traicionando a tu hermano, nunca lo haría.

—Pues lo has hecho —refuté—. Estoy bastante segura de que Arlan no va a estar contento.

Maeve mordió su labio inferior, como si no supiera si compartir la siguiente información conmigo.

—Cian me ha obligado —confesó—. Él ha descubierto una información comprometida sobre mí. Prometió guardársela para él si le organizaba una reunión contigo. Me aseguró que solo quería hablar contigo para aclararte un malentendido. ¿No te ha hecho daño, verdad? —preguntó con preocupación.

—No, no me lo ha hecho. —Por lo menos, no físico, aunque eso me lo guardé para mí—. ¿Él te ha chantajeado? —Tampoco era como si eso me sorprendiera. A esas alturas, no lo hacía. Cian era capaz de hacer cualquier cosa con tal de obtener sus objetivos. Él jugaba con las personas como si fueran piezas de ajedrez, moviéndolos en el tablero según sus intereses.

Pude ver en los ojos de Maeve que no me iba a responder a la pregunta. Aunque tampoco necesitaba una respuesta. Ella dudó unos segundos antes de volver a abrir la boca.

—Enya, tengo que pedirte un favor. No le digas a tu hermano que te he puesto en contacto con Cian. Él nunca puede saberlo. Si lo hace, se lo va a tomar como una traición. Él no va a entender que no me ha quedado otro remedio.

—No me lo puedo creer —murmuré—. ¿Quieres que te haga un favor cuando tú te has negado a ayudarme? ¿Cuándo me has utilizado para tu beneficio? Ni siquiera me has preguntado si quería ver a Cian. Tampoco te has molestado en bajar conmigo al sótano para asegurarte de que no corría ningún peligro. Y ahora, tienes la desfachatez de pedirme un favor. Me parece increíble.

Maeve no negó ninguna de mis afirmaciones, porque ambas sabíamos que eran ciertas.

—Sé que no tengo ningún derecho a pedirte nada.

—No, no lo tienes —concordé—. No puede importarme menos que estés traicionando a mi hermano, pero si me importa que tú también me uses como moneda de cambio. Soy una persona, no un medio para un fin como os pensáis todos aquí.

—Siento haberte hecho daño, pero no me ha quedado otra salida. No estoy traicionando a Arlan. Jamás le traicionaría; a pesar de todo, jamás iría en su contra. No lo haría por honor a tu padre, él me dio su ayuda cuando más lo necesitaba. Aunque eso ha venido con unos costes, unos costes que no estoy pagando yo. —Maeve apretó sus labios—. Hay cosas que no puedo contarte y que no entenderías, pero estoy mayor. Quiero dejar este trabajo. Quiero alejarme de la mafia, tener una vida normal.

Ya éramos dos. A mí no se me permitía hacerlo porque era una Wolf y todos tenían planes para mí. Pero ¿qué excusa tenía ella?

—¿Y por qué no lo haces? —Era tan sencillo como decirle a Arlan que dejaba el trabajo.

—No es tan fácil, Enya. Esto no es un trabajo que puedas dejar. La lealtad aquí es muy importante; lo es todo. No puedo irme mientras Arlan me necesite. Mientras él quiera que esté aquí, tendré que estar. Pero no puedo aguantar más… —Pude ver que había una parte de la historia que Maeve no me estaba contando.

—¿Cuál es el secreto que Cian ha descubierto?

—No puedo decírtelo. Si se lo dices a tu hermano, él me matará. Tú no lo entiendes, pero en este mundo, cuando traicionas o vas en contra de las órdenes del jefe de la familia, la tumba es tu siguiente y última parada. Y Arlan se va a tomar mi decisión como una traición.

¿Arlan sería capaz de matarla?

—Tendrás que confiar en mí. Si quieres que guarde tu secreto, vas a tener que decirme por qué lo hago. —Estaba cansada de que todo el mundo hablara en clave a mi alrededor y que me

ocultaran cosas.

Ella suspiró, pero terminó asintiendo con la cabeza.

—Estoy pidiendo ayuda para que me ayuden a desaparecer y Cian lo ha descubierto.

—¿Te vas a escapar?

—Sí.

—No diré nada si me llevas contigo. —Aquella era una oportunidad única para mí.

—No puedo hacer eso, Enya —dijo con resignación.

—¿Tú puedes irte pero yo no?

—Es diferente, Enya —respondió Maeve con tristeza—. Lo que tú me estás pidiendo es arriesgarlo todo. Yo soy prescindible. Tal vez me busquen un tiempo, pero se olvidarán de mí mientras mantenga mi boca cerrada. A ti nunca dejarán de buscarte. Y si te ayudo, tampoco dejarán de buscarme a mí. Eso sin contar que las personas que me van a ayudar jamás te ayudarían a ti. Tú naciste en la mafia, perteneces a ella. Tú no sabes con exactitud quién eres, pero todos saben quién eres tú. No puedes huir, Enya.

Sí, sí que podía y lo iba a hacer aunque nadie estuviese dispuesto a ayudarme. Lo haría sola.

Sin decir ni una sola palabra y dando la conversación por terminada, me dirigí hacia la puerta.

—Enya —me llamó Maeve—, ¿se lo contarás a Arlan?

—Tú lo has dicho, pertenezco a la mafia, soy una Wolf. —Era la segunda vez que usaba mi apellido de nacimiento ese día y ambas veces quemaba en mi boca—. Haré lo correcto para mi familia.

La escuché tragar saliva con fuerza. No me giré para mirarla. No iba a decirle nada a Arlan, no pondría en peligro a Maeve por mucho que se lo mereciese, yo no era así y nunca lo sería. Pero, en esos momentos, dejarla con la duda me parecía el castigo correcto.

Estaba cansada de que todo el mundo me utilizase y se aprovechase de mí sin hacer nada al respecto. Ya era hora de que comenzase a devolver los golpes.

Capítulo 6

Enya

Cuando éramos pequeñas, Bindi y yo habíamos fantaseado durante varias ocasiones con la boda de nuestros sueños. Bindi quería una celebración multitudinaria, en la que llegase montada en un globo —algo que, sorprendentemente, a día de hoy, seguía deseando— y con un vestido de diseño. Sin embargo, yo solamente tenía un requisito: que mi abuelo me llevara al altar y ese era el único que no iba a poder cumplir.

Nunca me había imaginado una boda sin amor. Una boda como una mera transacción económica.

Me miré en el espejo que tenía delante. Sorprendentemente, tras los arreglos, el vestido se asemejaba a lo que a mí me gustaba; el vestido con el que me gustaría casarme con el hombre que amase. Observé el escote de palabra de honor y la delicada tela de encaje con pedrería. La prenda dejaba parte de mi espalda descubierta. Bella, que así se llamaba la dependienta de la *boutique*, había insistido en que incorporase mangas extraíbles que hacían que el vestido se viera mejor. Sin velo y con una cola corta que le daba ese aire tradicional al vestido, pero que a la vez era cómodo.

Al final, me había animado y había participado en los arreglos del vestido, aunque solo de ese, no de los otros dos que también iba a utilizar. Pese a que no me iba a casar, tendría que llevar ese vestido durante unas horas, así que, por lo menos, que fuese de mi gusto. Y, sobre todo, cómodo para poder salir corriendo. Todo lo cómodo que un vestido de novia podía ser.

Había visto que cerca de la catedral había una parada de taxis. Arlan me había devuelto mi bolso, en el que se encontraba mi tarjeta y mi pasaporte. Posiblemente, él me consideraba una inútil y ni se había planteado la posibilidad de que me estaba dando una vía para escapar. Eso o estaba seguro de que si lo intentaba, él me encontraría muy rápido. Estaba temiendo que fuese esa segunda opción y estuviese en lo correcto. Así todo, no me desanimé.

—Guau. —Me giré para ver a Erin. Había estado tan sumida en mis pensamientos, que ni siquiera le había escuchado abrir la puerta de mi habitación—. Estás preciosa —dijo, acercándose a mí.

Llevaba una camiseta negra de los Rolling Stone metida por dentro de unos pantalones vaqueros y unas deportivas negras.

—Gracias.

—Me hubiera encantado quedarme a tu boda, pero, por desgracia, hoy tengo que volver al internado. La semana que viene empiezan las clases. —Hizo una mueca, mostrando su desagrado.

Sabía que no era una casualidad que no pudiera asistir a mi boda, al igual que después de haberla visto esa primera vez no habíamos vuelto a encontrarnos. Seguramente, Maeve había preferido que me mantuviera alejada de su hija por miedo a que intentara utilizarla para escapar o que le contase sus propios planes para huir. Dudaba que Erin estuviese al tanto; ella parecía feliz en aquella casa.

Aunque nunca haría ninguna de las dos cosas; no usaría a Erin. Ella tan solo era una adolescente. Me pregunté cuánto sabría ella, ¿era consciente de que su madre y su hermano trabajaban para un mafioso?

—No te preocupes, tampoco vas a perderte mucho. —Hice mi mejor intento por sonreír. En realidad, no iba a haber ningún banquete y la ceremonia iba a ser bastante corta, lo suficiente para poder decir que no iba a casarme.

—Es el día más importante de tu vida, Enya —dijo Erin con entusiasmo—. No intentes quitarle importancia. ¿Qué chica no ha fantaseado con la boda de sus sueños?

Ese era el problema, que esa no era la boda de mis sueños. No conocía a mi futuro marido y ni siquiera lo había vuelto a ver desde el único encuentro que habíamos tenido. Lo que, ciertamente, había sido un verdadero alivio. No pensaba pasar mi existencia al lado de un hombre que era evidente que veía nuestro matrimonio como una transacción comercial. ¿Qué clase de vida me esperaba?

La mirada de Erin se desvió hasta la ventana con los barrotes. Pude ver la curiosidad reflejada en sus ojos y pude ver que iba a formular una pregunta que yo no iba a saber responder. O, tal vez, no iba a decir nada.

—¿Estás preparada? La novia tiene que llegar unos minutos más tarde que el novio, pero no una hora. Una cosa es la tradición y otra es ser irrespetuosa. —Arlan se adentró en mi habitación, evitando que respondiera a la pregunta de Erin. Aunque hubiera preferido contestar a tener que soportar su presencia. Durante mi estancia en su casa, apenas me había encontrado con él. Algo que también prefería—. Erin —la saludó y aunque fue algo muy efímero, noté cómo su tono de voz se suavizaba—. Creía que estabas en tu habitación terminando de hacer las maletas.

—Quería aprovechar para saludar a Enya y despedirme de ella antes de irme. ¿No está preciosa?

—Sí —respondió mi hermano, aunque no me estaba mirando y dudaba que se hubiese fijado.

—Tú también estás muy guapo. —Las palabras se debieron escapar de su boca, porque sus ojos se abrieron como platos y las mejillas se le enrojecieron—. Quiero decir, que te queda muy bien el traje. No es algo que se vea todos los días.

—Es una ocasión especial, sin duda alguna. —Arlan me dedicó una mirada dura y después, su mirada se suavizó cuando se posó en Erin.

—Espera, déjame. —Erin se acercó a él, poniéndose de puntillas para ajustar su corbata—. Así mejor. Yo se la he arreglado a Ty, él es un auténtico desastre —dijo Erin. Ella trataba a Arlan con confianza—. El verde te favorece.

—¿Qué color no lo hace? —respondió Arlan, pero no había burla en su voz. Su sonrisa era suave y genuina y el tono que utilizaba para hablar con Erin era totalmente diferente al que empleaba conmigo.

—Creído.

—¿Cómo no serlo con esta cara?

Erin golpeó su hombro a la vez que sus mejillas enrojecían. Arlan estaba bromeando, pero era evidente que Erin estaba de acuerdo con él y mi hermano era consciente de ello.

Erin se giró hacia mí.

—¿A qué está preciosa? —le preguntó a Arlan de nuevo, cambiando de tema, señalándome —. Parece una auténtica princesa.

La expresión de Arlan se endureció al mirarme, como si toda su actitud relajada se evaporara al darse de cuenta de nuevo de mi presencia. No entendía por qué me odiaba tanto. Y por qué me había odiado de niña. Los hermanos debían quererse, aunque tuviesen rivalidades. Él era mi hermano mayor, debería haberme protegido y cuidado, incluso ahora.

—Lo está —respondió Arlan, a pesar de que sus palabras sonaron forzadas. Él se estaba molestando en fingir delante de Erin, algo que me sorprendió.

—¡Erin! —Una voz masculina nos interrumpió. El chico rubio que había visto junto a Arlan hacía unas semanas estaba a unos pasos de la puerta. Sostenía una maleta en cada mano, pero llevaba un traje, por lo que supuse que también estaba invitado a la boda—. El chófer está en la puerta y mamá se está poniendo nerviosa. Date prisa.

—¿Ya está? —se quejó—. ¡Si todavía tengo que meter el neceser en la maleta de mano! ¡Ahora voy, Ty! —gritó—. Espero volver a verte pronto, Enya. Ya me contarás qué tal ha ido el enlace. Quiero ver muchas fotos. —Erin avanzó un par de pasos hacia mí y me dio un breve abrazo. Pude ver como Arlan, quien no nos quitaba ojo, se tensaba.

Le respondí con una sonrisa, aunque lo cierto era que, si las cosas salían como yo quería, jamás volveríamos a vernos.

—¿Vas a bajar a despedirme? —le preguntó a Arlan, con ojos de cervatillo. Este pareció dudar y ella chasqueó la lengua—. Te he comprado algo y me gustaría dártelo.

—No tenías que haberte molestado.

—No ha sido molestia. Es un detalle tonto que espero que te guste. —A pesar de que Erin intentó sonar indiferente, era evidente que era algo importante para ella.

—Seguro que me encanta —le dijo Arlan con dulzura y Erin le respondió con una sonrisa que iluminó su cara—. Vamos, date prisa o tu madre subirá a buscarte.

Erin asintió y salió por la puerta abierta. Arlan la siguió y pensé que iba a salir de la habitación, pero él cerró la puerta y se giró para mirarme.

—¿Qué estabas hablando con ella? —me preguntó en tono hostil.

—Nada —contesté con honestidad—. Ella ha entrado en la habitación y me ha alabado por el vestido.

Arlan me miró durante unos segundos, él no parecía convencido con mi respuesta. ¿Qué creía, que le estaba mintiendo?

—Sé que estuviste hablando con ella en el jardín hace unas semanas. Mis hombres me lo cuentan todo. Déjala en paz, no vas a conseguir nada de ella. —¿Así que no había sido Maeve, sino él, quien había evitado que nos volviéramos a encontrar? ¿Sabía Arlan que le había quitado el móvil? ¿Maeve se lo había contado? No, no podía ser. Hubiera tomado acciones al respecto.

—No he hablado nada con Erin, Arlan. Fue ella quien se acercó a mí, de la misma manera que hoy. —¿Qué iba a contarle de todos modos? Cualquier cosa que le contara sobre él iba a ser cuestionada por ella, nunca me ayudaría. Esa chica bebía los vientos por mi hermano y era evidente que él era consciente de ello. Tan solo era una cría.

—Ella estaba mirando la ventana. Espero por tu bien que no hayas metido mentiras en su cabeza.

—Ya te he dicho que no le he dicho nada y, de todas maneras, ¿qué le iba a decir? ¿Qué me has puesto barrotes en la ventana para que no me escape? ¿Eso sería una mentira? —No había estado en las demás habitaciones de la casa, pero apostaba a que la mía era la única que tenía barrotes. La forma sorprendida en la que Erin había mirado la ventana había despejado mis dudas.

—No he puesto ningún barrote en la ventana, Enya. Los barrotes llevan años antes de que regresaras. De hecho, antes de que te fueras.

—Así que tenéis una prisión.

—No, esta era mi habitación.

—¿Tú dormías aquí?

—Sí, esta era mi antigua habitación —respondió—. Los barrotes fueron cortesía de tu madre. He pensado que, ahora que estabas de regreso, tuvieses el placer de alojarte aquí. —Arlan me

ofreció una sonrisa gélida.

¿Por qué mi madre le instalaría barrotes en su habitación? Sin embargo, no formulé la pregunta en voz alta, porque sabía que no me iba a gustar su respuesta. Mi abuelo me había hablado mucho sobre mi madre. Siempre resaltaba lo buena y generosa que era, pero la realidad era que mi abuelo me había mentido en muchas cosas y ya no estaba segura de nada. En mi corazón sentía que mi abuelo me había dicho la verdad sobre mi progenitora, pero no quería que Arlan, con sus palabras, plantase el germen de la duda en mí.

—Espero que te comportes como una Wolf hoy —dijo Arlan cuando vio que no iba a hablar —. Complace a Callum y a su familia y no digas nada inapropiado. Todos los invitados son personas importantes. Con muchos de ellos tengo negocios, así que más te vale no defraudarme.

—No te preocupes. Conozco mi lugar —respondí con apatía.

El golpe de unos nudillos contra la puerta interrumpió nuestra conversación.

Maeve abrió la puerta antes de que le diésemos permiso para hacerlo. Ella se quedó en el umbral cuando vio a Arlan.

—Enya, el coche nupcial ya está abajo. —Al contrario que Arlan o su hijo Tyrone, no iba vestida para un evento como era una boda. Llevaba una blusa blanca y unos pantalones de tela de color crema. Era mi propia boda y tenía tan poco control, que ni siquiera sabía quienes eran sus invitados. Tampoco era como si nadie me hubiera preguntado.

—Necesito unos minutos.

—Voy a despedirme de Erin —dijo Arlan. No se me pasó desapercibido cómo el rostro de Maeve mudo de prudente ha preocupado. A ella no le hacía ninguna gracia que su jefe se relacionase con su hija—. No tardes —me susurró Arlan antes de marcharse de la estancia.

Maeve entró en la habitación y cerró la puerta tras ella, aunque se mantuvo alejada de mí.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó con cautela.

Apenas había conversado con ella desde la última vez en la que habíamos hablado. Maeve no había intentado acercarse a mí, ni tampoco me había intentado poner en contacto con Cian. No quería saber nada más de él, a pesar de que no podía evitar pensar en él.

Especialmente, en un día como ese. Porque había sido tan crédula, que incluso había llegado a pensar que podía casarme con ese hombre en un futuro. Me había imaginado una vida al lado de Cian, de un Cian imaginario que era producto de mi imaginación. El Cian por el que había empezado a sentir algo, el Cian del que me había enamorado, no existía.

El collar en forma de cereza que me había negado a quitarme y sustituir por un colgante de pedrería valorando en miles de euros, comenzó a quemar en mi piel.

—No, gracias —respondí con frialdad.

Maeve asintió y fue a darse la vuelta. Miró la puerta cerrada y después a mí, como si estuviera tomando una decisión.

—Quiero darte las gracias, Enya. Gracias por no haberle dicho nada a Arlan.

—No tienes por qué dármelas. No busco venganza, Maeve. —A pesar de la forma en la que ella se había comportado conmigo.

—De todas formas, gracias. No voy a estar en la ceremonia —me informó, aunque podía verlo por el atuendo que llevaba puesto—, ya que voy a acompañar a Erin a instalarse en el colegio, pero espero que todo vaya bien. Aunque no lo creas, te deseo lo mejor. Apenas conozco a tu prometido, pero por lo que he escuchado, no es un mal hombre. Desde luego, no es como… —Ella se interrumpió a sí misma al darse cuenta de que estabas hablando demasiado.

Sin embargo, demasiado tarde, ya que yo sabía que era lo que iba a decir.

—Como Arlan —terminé la frase por ella. Maeve no asintió, pero tampoco lo negó. Aunque

no hizo falta, porque pude ver la verdad en sus ojos y, entonces, lo entendí todo—. ¿Es por ella, verdad? —Maeve me miró con confusión—. Lo de escaparte, lo haces por Erin, tu hija. Vas a huir con ella para alejarla de Arlan.

Maeve se congeló. De repente, las piezas habían encajado en el *puzzle* por sí solas. Había visto la forma en la que su hija hablaba a Arlan y la manera en la que mi hermano se dirigía a ella, con una dulzura que no era propia de él. Durante unos segundos, Maeve no dijo nada. Ella miró la puerta cerrada con temor, como si no supiese si alguien podía escucharnos.

—Ella es una cría, Maeve. —Erin ni siquiera era mayor de edad—. Todo el mundo tiene un amor platónico a esa edad. —No era tan extraño que si había crecido junto a mi hermano se hubiera enamorado de él.

—Erin cumple dieciocho años en diciembre —respondió Maeve—. Tú fuiste comprometida cuando apenas era una niña. Conozco a chicas que se han casado antes de cumplir la mayoría de edad. La edad no es un impedimento en el mundo en el que vivimos, Enya.

—Sigue siendo demasiado joven. —Mi hermano era más mayor que yo; no mucho, pero unos cuantos años—. ¿Arlan ha…? —No fui capaz de terminar la pregunta.

—No —contestó Maeve, luciendo horrorizada ante la idea.

—¿Entonces? Erin se irá a Estados Unidos cuando termine el curso. —Ella misma me lo había dicho, que iba a aplicar para una beca. Aunque no me había especificado en qué.

Maeve esbozó una sonrisa triste.

—¿Crees que él lo permitirá? Puede que él ni siquiera sea consciente ahora mismo, pero no lo hará. Conozco a tu hermano desde que era un niño, prácticamente le he criado yo. Cuando quiere algo, no se detiene hasta conseguirlo. No importa a quienes tenga que destruir o lo que tenga que hacer para obtenerlo. —Maeve hizo una pausa—. En eso, se parece a Cian.

Mi corazón se hundió en mi pecho cuando mencionó a Cian.

—¿Y Tyrone? —pregunté—. Tu hijo trabaja para Arlan.

—Él está demasiado centrado en mantener el territorio como para darse cuenta de la clase de hombre que es tu hermano. Cuando lo haga, será demasiado tarde. No puedo hacer nada por él; Tyrone jamás dejará de trabajar para Arlan, pero todavía estoy a tiempo de salvarle la vida a Erin. No puedo permitir que se quede encerrada aquí, que su vida sea controlada por él.

—¿Pero yo sí, no? —le recriminé—. Tú misma me dijiste que iba a tener una buena vida al lado de Callum, ¿por qué tu hija no la tendría al lado de Arlan? —pregunté—. Eres una hipócrita.

Maeve desvió la mirada, luciendo avergonzada. Ella no negó mi acusación, porque ambas sabíamos que tenía razón.

—Es diferente —murmuró, su voz débil. Ella no podía justificarlo.

—No te necesito, Maeve. He aprendido a luchar mis propias batallas, todos tenemos nuestros propios intereses —dije, eso era algo que había aprendido durante mi estancia en Irlanda—. Me tengo a mí misma y eso es lo único que necesito.

Maeve me miró durante unos segundos.

—Ten cuidado, Enya. Las chicas como tú, las chicas como mi hija, tenéis mucho peligro en este mundo, porque actuáis con el corazón cuando hay que actuar con la cabeza. No hagas nada estúpido. Recuerda quién es Callum y quién es tu hermano.

—No voy a hacer nada estúpido, Maeve.

Mentira. Estaba a punto de cometer una locura y ni siquiera había pensado en las consecuencias.

Capítulo 7

Enya

Arlan y Callum no habían escatimado en detalles para que la boda fuese lo más lujosa posible. Me habían dicho que el hotel en el que se iba a celebrar el banquete era uno de los más caros de Dublín. No lo ponía en duda teniendo en cuenta las características del coche nupcial en el que me encontraba.

Pese a que los cristales estaban tintados, a nadie que pasase por ese momento por la calle, le quedaría ninguna duda que dentro del Rolls-Royce negro, iba una novia y no solo por las flores decorándolo, sino porque era un modelo antiguo, de esos que solían salir en las películas.

Arlan, como mi padrino, me acompañaba sentado en los asientos de detrás a mi lado. Evité mirarle en todo momento, centrando mi atención en la carretera. No quería que notase que tramaba algo, aunque con lo seguro que estaba de sí mismo y con la percepción tan negativa que tenía sobre mí, dudada que creyese que iba a ser capaz de algo así.

—Da una vuelta más por los alrededores antes de meterte en el centro —le dijo Arlan al chófer a la vez que miraba la pantalla de su teléfono móvil—. El novio ha tenido un imprevisto de negocios y tardará aún unos minutos en llegar.

—¿Quién es el maleducado ahora? —susurré, aunque Arlan lo escuchó.

—Él tiene una razón de peso para llegar tarde, tu única razón era mirarte en un espejo. La vanidad no es una excusa.

Me reí entre dientes. ¿Yo vanidosa? Mi hermano no me conocía en absoluto. No lo había sido de niña, ni lo era ahora. Él tenía una idea preconcebida de mí y era lo único que le interesaba.

Arlan me odiaba con todo su ser. No había nada que pudiera hacer para hacerle cambiar de opinión y, lo cierto era que, tampoco quería hacerlo. Lo último que deseaba en esos momentos era recuperar mi relación con mi hermano; una relación que siempre había sido inexistente.

Cansada de discutir con él, no contesté y me limité a mirar por la ventana. Nos habíamos adentrado en una zona de fábricas abandonadas. No se veía un alma por las inmediaciones y el ambiente era deprimente.

—He dicho una vuelta por los alrededores, no que te metas en un polígono industrial —gruñó mi hermano.

—Lo siento, jefe —se disculpó el chófer—. He pensado que así tardaríamos el tiempo suficiente sin tener que dar vueltas por el mismo lugar.

Aunque yo no noté nada raro, algo en el tono del hombre perturbó a Arlan. Se enderezó en su asiento y sus hombros se tensaron.

—Da la vuelta —ordenó.

El chófer, en vez de obedecer, detuvo el vehículo. Antes de darnos cuenta, un coche apareció por delante y otro por detrás, atrapándonos.

¿Qué estaba pasando? Maldita sea, algo no iba bien.

Arlan se soltó el cinturón a la vez que lanzaba un juramento. Sacó una pistola y apuntó con ella al conductor.

No pude seguir la escena, porque mi puerta se abrió.

—Tenía muchas ganas de volver a verte. Una pena que sea en estas circunstancias. —

Sullivan estaba frente a mí, ofreciéndome una mano.

Iba a aceptarla y salir del coche cuando vi que en la otra mano llevaba una pistola. Mi hermano era peligroso, pero Sullivan no lo era menos.

Aunque no sabía de qué iba todo aquello, estaba convencida de que sus intenciones no eran buenas.

—Mi prometido me está esperando. Cierra la puerta y márchate —dije, en un intento de que me dejase en paz.

Sin embargo, mis palabras no causaron ningún efecto en Sullivan.

—Sabía que eras una mujer con agallas. Eso me gusta. —Sullivan me guiñó un ojo.

Fui a responderle, pero mi hermano me interrumpió.

—¡Traidor de mierda! —gritó mi hermano. Un segundo más tarde, escuché el sonido atronador de un disparo.

Como siempre me pasaba, ese sonido provocó que mi cuerpo temblase. Ahora sabía la razón por la que eso sucedía. No obstante, no por ello, lograba aún controlar la reacción que me provocaba.

Sullivan maldijo a la vez que se agachaba para agarrarme de la cintura y sacarme del coche.

—Ese hermano tuyo es un demente —murmuró mientras me sujetaba en brazos.

Durante unos instantes, me agarré a él de brazos y piernas como si fuese mi tabla de salvación. Sullivan se trasladó conmigo varios metros, pero yo tenía escondida mi cabeza en su cuello. A pesar de que sabía que Sullivan había fingido ser mi amigo y a pesar de la conversación que había escuchado semanas atrás, no podía soltarme. No cuando el sonido del disparo seguía reverberando en mi cabeza y con él las imágenes de mi madre desangrándose en el suelo.

—Suéltala.

En un principio, pensé que la voz enfurecida era de mi hermano, pero cuando sentí una caricia en mi mejilla, descubrí que era Cian quien había hablado. Reconocería sus caricias en cualquier circunstancia. El toque logró tener un efecto calmante en mí y dejé de temblar.

—Solo la he cogido en brazos porque está aterrorizada. —El tono de Sullivan se endureció, aunque pude ver la cautela en sus palabras, como si no quisiera provocar a Cian—. El demente de su hermano ha matado al topo a sangre fría delante de ella.

¿Eso había pasado? ¿Arlan acababa de matar a un hombre?

—Yo me encargo. Déjala en el suelo —gruñó Cian.

Aunque Sullivan resopló, inmediatamente sentí mis piernas tocando el suelo. Las rodillas me fallaron, pero unas manos firmes sujetaron mis hombros, estabilizándome.

—Estás a salvo, Enya.

Abrí los ojos que había mantenido cerrados. Levanté la cabeza para mirar a Cian. Él me observaba con preocupación en sus ojos y sus labios se curvaban en una sonrisa suave. Por un instante, solo por uno, quise abrazarle y fundirme en él buscando su consuelo, pero entonces, recordé todo el daño que me había hecho.

No había nada amable ni gentil en Cian. Todo rastro de dulzura en él era falso.

Di un par de pasos hacia atrás, soltándome de su agarre.

—No puedo estar a salvo cuando tú estás cerca. —Mi voz baja pero gélida.

No pensaba dejar que volviese a herirme, no de nuevo.

—¡No la toques, cabrón! —El grito de mi hermano provocó que me girase.

Él estaba de pie frente a nosotros, aunque lo suficientemente alejado para poder agarrarme. Dos hombres le custodiaban con sus pistolas apuntando su cabeza.

—Un placer verte de nuevo, Wolf —se burló Cian, con una sonrisa irónica en su rostro. Él estaba desarmado, por lo menos, a simple vista. En una de sus manos llevaba unos papeles que ondeaba al aire.

La furia ardía en los ojos oscuros de Arlan. Por un momento, tuve miedo de que alguno de los dos hiciera una locura y atacase al otro.

¿Ellos serían capaces de matarse el uno al otro?

Por supuesto que sí. ¿Es que acaso no has vivido ya lo suficiente para tan siquiera hacerte esa pregunta?

—Esto es traición, Maccarthy —siseó Arlan, las palabras salieron estranguladas por la furia.

—Tú lo sabes todo sobre traición —dijo Cian entre dientes, a la vez que me agarraba por la cintura para situarme a su lado. Me solté de su agarre, pero me quedé junto a él lo más alejada posible de Arlan.

Lo último que deseaba en esos momentos era estar junto a Cian, pero tampoco quería regresar con Arlan.

—Mi hermana se va a casar con Callum O'Donell. Si la retienes, él te matará. A ti y a todos los miembros de tu familia —refutó Arlan sin hacer caso a la acusación de Cian.

—No lo hará, no cuando sepa que Enya ya está casada.

Mis ojos se abrieron como platos ante su mentira.

—¿Qué estás diciendo? —bramó Arlan.

Cian le entregó los papeles a Sullivan, que se hallaba a su lado. Cian no se acercó a Arlan, quizá porque no quería apartarse de mí o quizá, porque sabía que si se aproximaba lo suficiente, no podría controlarse y terminaría cometiendo una locura.

Con una sonrisa burlona dibujada en sus labios, Sullivan le dio los documentos a Arlan. Este bajó la mirada y los leyó durante unos segundos. No sabía qué había en ellos, pero debía ser algo lo suficientemente grave, porque Arlan arrugo el papel entre sus dedos.

—¿Qué puta mierda es esta? —preguntó, con su atención fija en los documentos—. ¿Te has casado con él por propia iniciativa? —Arlan me miró y sus ojos estaban rojos, la ira bullendo en ellos.

Así que Cian había falsificado nuestra acta de matrimonio. Cian me estaba dando una salida y yo pensaba cogerla. Porque, en ese momento, estaba tan desesperada que hubiera aceptado ayuda hasta del mismísimo diablo. En ese momento, no me importaban las consecuencias que aquello me pudiese conllevar, tan ocupada como estaba en intentar librarme de mi boda con Callum.

Podía esperar y continuar con mi plan. Pero ¿si no acababa saliendo bien?

No podía arriesgarme.

Respiré hondo, armándome de valor.

—Sí —respondí, tratando de sonar convincente.

—Y si tienes alguna duda, la boda ha sido consumada —sentenció Cian.

Arlan nos observó en silencio durante unos segundos, su mirada pasando de Cian a mí, como si quisiese cerciorarse de que lo que le estábamos diciendo era cierto. Erguí mi espalda e intenté mantener mi expresión imperturbable. Si Arlan veía alguna duda en mí, estaba perdida.

—¡Maldita traidora! —gritó Arlan fuera de sí, dando unos pasos furiosos hacia mí, aunque no llegó muy lejos, porque los hombres de Cian le sostuvieron, tirando de él. Mi hermano zarandeó, pero cuando uno de ellos apretó el cañón de la pistola en su sien y le amenazó con dispararle, se quedó quieto—. ¡No vas a salirte con la tuya! Tu familia no va a regresar a Dublín. ¡Os mataré a todos si es necesario!

A pesar de que pude ver cómo el cuerpo de Cian se tensaba ante las amenazas de Arlan, su rostro se mantuvo impasible. Sin embargo, bien sabía que tan solo era una fachada. Cian podía parecer mucho más tranquilo que mi hermano, pero tan solo sabía mantener mejor el control de sí mismo que Arlan. Cian odiaba a Arlan con la misma intensidad que él me odiaba a mí. Así me lo había demostrado con todo lo que me había hecho.

—Ya lo veremos —respondió Cian—. De momento, tienes un día muy ocupado por delante. Tienes que contarle a Callum las nuevas noticias y explicar a los invitados por qué hoy no van a poder comer gratis. También tienes muchos regalos que devolver, aunque Enya y yo no tuvimos regalos de bodas. Puedes enviármelos a mi casa, ya sabes donde vivo. Desgraciadamente, desde la última vez que estuviste, han cambiado las cosas y ya no vas a poder acercarte sin que una bala te atraviese el cerebro. Así que, mejor envíalos por correo.

—¡Vas a firmar el divorcio! —Arlan se dirigió a mí, ignorando las provocaciones de Cian.

Podía sentir la mirada de Cian sobre mí. Me obligué a mí misma a ser fuerte y no flaquear.

—No voy a hacerlo.

—Aunque lo hiciese, los O'Donell son muy tradicionalistas. No van a permitir una boda de su futuro jefe con ella —dijo Sullivan. Todo rastro del humor que siempre poseía cuando estaba junto a él había desaparecido.

Las palabras de Sullivan provocaron que las manos de Arlan se cerraran en puños, arrugando los documentos falsos que sostenía en su mano derecha.

—Ya encontraré a otro hombre que no tenga tantos remilgos y que me beneficie —añadió, no dándose por vencido.

La furia recorrió mi cuerpo. Estaba cansada de que Arlan me tratase como un mero bien que podía utilizar a su antojo. Maldita sea, era un ser humano. Éramos hermanos, le gustase a él o no.

—No me voy a casar con nadie, ya estoy casada.

Con un valor que no sentía, me puse de puntillas para ganar altura y rodeé el cuello de Cian con mi brazo para unir mis labios con los suyos. Él se sorprendió, pero rápidamente se apoderó del beso. Su lengua se unió a la mía en un baile perfectamente coordinado y entonces, olvidé completamente que solo le había besado para deshacerme de Arlan. Como sucedía cada vez que posaba mis labios sobre los de él, el mundo dejó de importar. Daba igual que estuviésemos en un polígono industrial abandonado, que llevase un vestido de novia y que estuviésemos rodeados de hombres armados que nos observaban atónitos.

—¡Antes te mato que permitir que estés con él! —el grito de Arlan provocó que Cian rompiese el beso.

Escuché un ruido sordo y me giré para mirar que había pasado. Arlan se encontraba en el suelo. Los hombres de Cian lo miraban fijamente, pero no se movieron para ayudarle.

—Él está… —no pude terminar la frase. Aunque Arlan era un psicópata, era mi hermano. Puede que apenas le conociese y que él me odiase, pero compartíamos sangre. No quería que muriese.

—Él está bien —me tranquilizó Sullivan—. He tenido que golpearle con la culata de la pistola en la cabeza, se estaba poniendo demasiado histriónico.

Observé a Arlan. Él estaba inconsciente, pero parecía vivo por el movimiento de sus hombros cuando respiraba.

Con Arlan fuera de juego, esa era mi oportunidad. Tenía que ser rápida e irme antes de que se despertara. Me quité mi anillo de compromiso y lo lancé al suelo. Me hubiese deshecho también del vestido, pero no tenía ropa de repuesto.

Cian miraba el anillo que decoraba la carretera con una sonrisa de suficiencia en la cara.

Sonrisa que me dieron ganas de quitarle de un plumazo. Si él pensaba que se había salido con la suya, estaba muy equivocado. No pensaba irme con él a ningún lado.

—Déjame tu móvil —le pedí a Cian, girándome hacia él. Llamaría a un taxi y me dirigiría hasta la estación de buses más cercana.

Cian no se movió ni un solo ápice.

—Entra en el coche, Enya. —Su voz era suave, pero demandante.

—No pienso ir a ninguna parte contigo. —No me fiaba de él. ¿Quién me decía que no tenía preparado un destino peor que el que me esperaba junto a Callum?—. Déjame tu móvil, Cian —insistí, estirando mi mano.

Cian compartió una mirada con Sullivan que no entendí.

—Imaginaba que no ibas a ponérmelo fácil —murmuró.

—Da igual, ya me las arreglaré —me giré con intención de irme andando en busca de una parada de taxi o alguien que pudiese ayudarme, pero no llegué muy lejos.

—Hora de dormir, *a stór* —susurró Cian detrás de mí.

No me dio tiempo a preguntarle de qué estaba hablando. Sentí un pinchazo en mi cuello y el mi mundo se oscureció.

Capítulo 8

Cian

Ella es preciosa.

Siempre lo había sido, incluso cuando era una niña pequeña.

Cuando la vi en el aeropuerto semanas atrás, supe que era ella inmediatamente. A pesar de que había teñido su cabello, reconocería esos bonitos ojos verdes y esa sonrisa en cualquier parte. Ella no podía ocultarse de mí, nunca podría. Sin embargo, tenía que comprobarlo; me jugaba demasiado para poder permitirme cometer un error. Enya poseía algo que la hacía reconocible, que la hacía única: una pequeña marca roja con forma de corazón que había llamado mi atención desde que era un niño. Una marca de la que ella se sentía orgullosa, pero que, ahora, parecía querer ocultar. Al igual que hacía con su color de pelo.

¿Qué le había pasado?

Enya había cambiado. La Enya que yo conocía era bondadosa, inocente y tranquila, pero también era aventurera, descarada y perspicaz. La Enya que yo conocía no se avergonzaba de su procedencia, ella estaba orgullosa de quién era. No había tardado en darme cuenta de que parte de su cambio había sido potenciado por su abuelo. Él deseaba alejar a Enya de nuestro mundo, hacerla olvidar de dónde venía, cambiar su forma de ser y, en parte, lo había conseguido. Aunque no había logrado eliminar su esencia, como no había podido esconderla eternamente.

Me senté en el borde de mi cama de matrimonio en la que se encontraba Enya. Observarla dormir provocaba que mi cuerpo se destensase. Había algo que me relajaba en contemplar a Enya dormir. Quizá era su respiración acompasada o lo en paz que parecía cuando estaba descansando.

Era algo que me había pasado desde que éramos niños. Ella solía quedarse dormida con su cabeza apoyada en mis piernas cuando veíamos una película y yo era incapaz de moverme por miedo a despertarla. En esos momentos, había aprendido a apreciar la belleza de verla dormir. Lo había echado de menos y, por esa razón, todas las noches que ella había pasado en mi casa, había recorrido el pasadizo secreto que conectaba su habitación con la mía para poder observarla cuando Morfeo se apoderaba de ella. Los viejos hábitos nunca mueren, ¿no?

Enya movió la nariz, como si algo le molestase, y una sonrisa se dibujó en mis labios. Ella era adorable. Ella encajaba tan bien en mis sábanas negras, como si ese fuese el lugar donde siempre había tenido que estar.

Sin poder evitarlo, estiré mi brazo para acariciar su mejilla y ella la apretó contra mi mano para que se la acunase. Aunque su mente no estuviese de acuerdo, su cuerpo seguía reaccionando a mi toque.

—*A stór* —susurré, usando el apodo con el que la llamaba cuando éramos niños. Ella pareció escucharme en sueños, porque sonrió.

Pasé mi dedo por su labio inferior y ella sacó la punta de la lengua, lamiéndome el dedo. Aquello fue demasiado para mí. Aparté mi mano a la vez que un suspiro de frustración brotaba de mi garganta.

Enya se removió entre las sabanas y unos instantes después, sus ojos se abrieron. Parpadeó varias veces, intentando enfocar la vista sin conseguirlo. Por fin pareció notar mi presencia porque su ceño se arrugó.

—¿Dónde estoy? —Enya se incorporó lentamente en la cama. Se frotó los ojos con las manos. Parecía desconcertada.

—En casa.

Le había tenido que inyectar un somnífero para poder traerla hasta mi propiedad. Aunque no era lo ideal, había sido la única manera de que viniera.

Enya entrecerró los ojos y escudriñó la estancia buscando algo familiar en ella.

—¿Estoy en tu habitación? —preguntó. Iba a responderle, pero no me dio tiempo a pronunciar ni una sola palabra, porque ella había bajado la mirada—. ¿Me has cambiado de ropa? —Observó el atuendo que llevaba puesto.

—Te he puesto uno de los pijamas para que te sintieras más cómoda. —¿Qué esperaba, que la acostara con el vestido de novia? Tampoco iba a negar que estaba deseando quitarle ese vestido, que ya estaba en la basura. Bastante lejos había tenido que llegar ya permitiendo que se comprara un vestido de novia para casarse con otro hombre que no era yo.

—¿Me has desnudado mientras estaba inconsciente? —Ella me miró horrorizada y pegó su cuerpo contra el cabecero de la cama, intentando alejarse lo máximo posible de mí.

—Quería que estuvieses cómoda.

—¿Tú…? —Enya dejó la pregunta a medias, como si no fuera capaz de terminar de formularla. Bajó su mano derecha, tocándose a sí misma por encima de la tela del pijama; parecía que estaba buscando algo.

Tardé unos segundos en entender lo que estaba buscando. ¿Ella creía que había aprovechado que estaba inconsciente para abusar de ella? Ni siquiera la había mirado. ¿Qué clase de persona creía que era?

—¿Crees que me he aprovechado de ti mientras no estabas consciente? —Una risa carente de humor brotó de mi garganta—. No digas gilipolleces, Enya.

—¿Y qué quieres que piense? —contraatacó ella, aunque volvió a apoyar su mano sobre el colchón y pude ver que su cuerpo se relajaba—. Me has drogado, Cian.

—Porque no ibas a subir al coche por tu propio pie y allí corrías peligro. —¿Qué quería que hiciera? Ella no estaba dispuesta a acompañarme por su propia voluntad.

Enya se rio irónicamente.

—¿Acaso no corro peligro aquí contigo?

—No, por supuesto que no —respondí, apretando mis labios, intentando contener la ira que recorría mi cuerpo. ¿Cómo podía pensar que iba a hacerla daño? No estaba orgulloso de muchas de las cosas que había hecho para mantenerla conmigo, pero jamás la había dañado—. ¿Acaso te he hecho alguna vez algo que no deseabas? ¿He hecho algo sin tener tu consentimiento antes?

Enya me miró, desafiante y supe que no me iba a gustar lo que me iba a responder.

—Lo deseaba, sí, pero porque pensaba que tú estabas interesado en mí, que yo te gustaba. Me engañaste y yo caí como una tonta. Tal vez dije que sí, pero no te lo decía a ti, sino al personaje que tú habías creado. Si te llegas a presentar tal y como eres de verdad, jamás te lo hubiese permitido, hubiese huido de ti. Me das asco, Cian.

—¿Te doy asco? —pregunté en voz baja, con un tono de voz que lograba dejar temblando hasta a la persona más valiente, pero Enya no se amedrentó, aunque noté cómo sus manos temblaban levemente—. Pese a que no te lo conté todo, no estaba mintiendo cuando te dije lo mucho que te deseaba. Tampoco cuando te follé con mi lengua. Estabas dispuesta a dejar que te follase y no lo hice. Dices que te he utilizado, pero si no recuerdo mal, la única que tuvo un orgasmo fuiste tú. ¿Quién uso a quién?

Pude ver la irá ardiendo en los ojos de Enya.

—No puedo creer tu descaro. Si no me follaste —aunque pronunció la última palabra con asco, no pude evitar que mi miembro se endureciese al escucharle hablar sucio—, fue porque tenías otros planes. Y sinceramente, no quiero saber los que eran. Si no llego a escuchar la conversación que tuviste con Sullivan, los habrías llevado a cabo.

Ella estaba equivocada. No la había follado porque no había podido hacerlo. No cuando ella no conocía toda la verdad. No cuando no podía ser yo mismo. Deseaba a Enya, la deseaba con todo mi ser. Pero quería que ella me desease a mí, que desease al verdadero Cian.

—Quiero irme a casa, Cian. Ahora que la boda está cancelada y que mi hermano cree que estoy casada contigo, quiero regresar a Melbourne —dijo, rompiendo el silencio cuando se dio cuenta de que yo no iba a responderle.

Ya estaba otra vez con eso.

Enya no regresaría de nuevo a Australia. No solo porque, aunque quisiera dejarla ir —algo que no iba a pasar—, Arlan la buscaría y haría todo lo posible para traerla de nuevo a Irlanda. Además, era posible que los O'Donell quisiesen tomar represalias. No había tenido noticia alguna de momento, pero no tardaría en tenerlas. Callum y Howard deberían estar muy cabreados. Era una humillación que no esperaban; una humillación de la que estaba disfrutando. Ya era hora de que alguien les diese una dosis de humildad a esa panda de pretenciosos y moralistas baratos.

Los integrantes de la familia O'Donell nunca habían sido santo de mi devoción, como tampoco lo eran de Arlan. Él los odiaba, aunque fuese capaz de pactar hasta con el mismo diablo si le interesaba. Ese rastrero no tenía ni la más mínima dignidad ni lealtad.

—Ya estás en casa, Enya. —Irlanda era su verdadero hogar. Ella tan solo se había ido durante unos años.

—Esta no es mi casa, Cian. Quiero regresar a Melbourne —insistió.

—No sería seguro para ti. —Ella resopló. Era tan obstinada…—. Tu padre te dejó una gran cantidad de dinero. ¿A qué Arlan no te ha contado nada sobre eso? —Él ni siquiera le había leído el testamento, estaba completamente seguro de ello. Arlan creía que a Enya no le pertenecía absolutamente nada. Su padre le había dejado todos los negocios a él, ya que su familia no hubiese permitido que fuese de otra manera, pero se había asegurado de que su hija no tuviese que preocuparse por el dinero durante el resto de su vida. Aunque la había prometido con Callum cuando era muy pequeña, él no había ido a buscarla cuando su abuelo murió y se había asegurado de que, tras su muerte, Enya tuviese la economía suficiente para encontrar una salida si su deseo no era casarse. Pese a todo lo que había pasado y lo mucho que lo odiaba, tenía que reconocer que Farrell Wolf había querido a su hija—. Él no solo quiere casarte por los beneficios que la alianza con los O'Donell le aportarían, sino porque también es una forma de quitarte de en medio mientras se queda con todo. Voy a ayudarte a recuperar lo que te pertenece. —Recuperaríamos lo que le pertenecía a ella y lo que me pertenecía a mí. Arlan no iba a salirse con la suya.

—¿De qué estás hablando? —Enya arrugó el ceño, pero antes de que pudiera responder, ella habló de nuevo—. ¿Sabes qué? ¡Ni siquiera me importa! ¡Quiero volver a casa, Cian! Puedes quedarte con todo el dinero, no lo quiero. Tómatelo como un pago a cambio de que te asegures de que puedo volver a Melbourne sin consecuencias.

Entrecerré mis ojos, tratando de controlar mi irritación. No estaba acostumbrado a que la gente me llevase la contraria, ni tampoco a que las cosas no saliesen cómo quería. Había intentado hablar con ella, pero no progresábamos y yo estaba comenzando a cansarme.

¿Cuándo iba a comprender que Irlanda era su verdadero hogar? Ella se había obcecado en

regresar a Melbourne, pero, sabía que, en el fondo, ella quería quedarse aquí, a mi lado.

—Hablaremos mejor cuando te relajes —decidí, cortando la conversación—. ¿Por qué no comes algo? —Señalé la bandeja que Noreen había preparado y que yo le había llevado hasta la habitación—. Te vendrá bien comer algo.

Ella giró la cabeza para mirar la bandeja que descansaba encima de la mesita.

Me levanté. Le di la espalda mientras me dirigía hacia la puerta. Un fuerte estruendo provocó que me quedase quieto. Un trozo de cerámica golpeó mi zapato. Una mancha de café adornaba la pared frente a mí. Enya me había tirado la taza de café humeante. Por suerte, ella había fallado.

Apreté mis dientes con fuerza, inhalando una bocanada de aire. La mancha de café no era demasiado grande, pero sabía que costaría hacerla desaparecer. No me gustaba la suciedad, ni el caos y, mucho menos, las faltas de respeto.

Lentamente, me giré para mirarla.

—Es bueno saber que la Enya que conocía ha regresado —aunque aquellas palabras estaban cargadas de sarcasmo, muy a mi pesar, había una parte en ellas que era cierta—, pero no te confundas, ya no soy ese niño que se dejaba engatusar por ti. No voy a permitir tus salidas de tono. Antes de volver a intentar agredirme, te aconsejo que te lo pienses.

Sin embargo, Enya hizo caso omiso de mi advertencia.

—Vete a la mierda, imbécil.

Negándome a entrar en su provocación, me di la vuelta y salí de la habitación, con una pequeña sonrisa dibujándose en mis labios que no pude evitar.

Capítulo 9

Cian

Salí de la habitación para encontrarme con Sullivan a unos pasos, en el pasillo, su espalda apoyada contra la pared.

—¿Problemas en el paraíso? —preguntó con sorna.

Entrecerré los ojos. No estaba de humor para su sarcasmo.

—No me gusta que me espíen, Sullivan —le dije, aunque él ya debería saberlo—. Vamos a mi despacho, tenemos negocios que tratar.

—Entonces, ¿ella se queda? —inquirió, ignorando mis palabras anteriores y sin moverse ni un ápice. Tan solo le permitiría a Sullivan hacer algo así.

Sullivan era mucho más que mi segundo; él era mi amigo, como el hermano que nunca tuve. Él era mi familia.

Sullivan y yo nos conocimos años atrás, cuando yo acababa de regresar a Irlanda tras haber sido desterrado. Él no pertenecía a la mafia, era un chico que vendía drogas para poder llegar a fin de mes. Un chico que provenía de un entorno familia complicado y que tan solo conocía esa forma de ganarse la vida; uno como la decena de ellos que había en las calles en las que me movía.

Sin embargo, desde el primer instante en el que lo vi, supe que él era diferente. En aquel entonces, Sullivan estaba perdido y drogado la mayor parte del tiempo, pero yo sabía que tan solo necesitaba una oportunidad.

Sullivan me ayudó a reunir a los miembros de mi familia. Gracias a él, reconstruí el imperio de mi padre y con su ayuda, recuperaría el territorio y los negocios que habían sido de mi familia en Dublín.

—Enya es mi esposa. Su lugar está aquí, a mi lado.

Sullivan resopló.

—Tu esposa —repitió con burla—. Que se quedara no era parte del plan, Cian.

Él tenía razón, no lo era. Una vez hubiese conseguido lo que necesitaba de ella, el plan era dejarla con su hermano y que él se encargase de ella.

Sin embargo, una vez que había tenido una pequeña muestra de lo que era tenerla a mi lado, no podía renunciar a ella. Quizá siempre había sido, quizá Enya y yo siempre habíamos estado destinados a estar juntos.

—Seguimos necesitándola —me justifiqué, a pesar de que no tenía que hacerlo. Yo era el jefe, quien daba órdenes y Sullivan las obedecía. No permitía que nadie cuestionara mis decisiones, ni siquiera él.

—Arlan no sabe que ella sigue siendo virgen y a estas alturas, Callum no se lo va a creer pese a que sea cierto. No la va a aceptar como esposa aunque os divorciéis. Ya tenemos lo que queremos. La familia Wolf está sin apoyos, nadie se interpondrá cuando reclames lo que te pertenece, lo que ellos te quitaron.

—Arlan es un cabrón persuasivo. Con Enya en su poder, encontrará la manera de usarla para sus beneficios, la casará con otro hombre. —Él mismo lo había reconocido. Seguramente, ya estaba comenzando a buscar nuevos candidatos—. Además, hay otras familias a las que no les importa el pasado de Enya, solo que es una Wolf. —No todas las familias eran tan

tradicionalistas como los O'Donell.

Sullivan lanzó un resoplido de frustración porque sabía que yo tenía razón.

—Anuncia al resto de familias que Enya es tu esposa y luego envíala lejos. Tengo una tía segunda que vive en un pueblo en Finlandia. No es una mujer muy dada a ayudar, pero sí es muy ambiciosa. Una buena suma de dinero y se ocupará de que Enya no sea una molestia.

Por encima de mi cadáver iba a enviar a Enya lejos. El lugar de Enya estaba en Irlanda, a mi lado; puede que la furia y el rencor le impidiera verlo ahora, pero ella acabaría haciéndolo.

—Ella se queda, Sullivan y esa es mi última palabra.

—¿Y qué opina ella de todo esto? No secuestramos a mujeres. —El tono de Sullivan se endureció. Había una acusación implícita en sus palabras, una acusación que sabía que iba más allá de Enya, que consiguió que me tensara.

—Enya no está secuestrada.

—¿Ah, no? Por la forma en la que la hemos traído drogada y la tienes retenida en tu habitación sin su consentimiento, lo parece.

—Reconozco que no ha sido lo ideal, pero era la única manera. —Ni siquiera sabía por qué me estaba justificando ante Sullivan—. Y no está retenida, está descansado.

—¿Y por eso has cerrado la puerta con llave? —Sullivan enarcó una ceja.

—Necesita tiempo para pensar y no quiero que se haga daño intentando huir. —Sullivan resopló—. Ella lo aceptará, eventualmente. —Sullivan fue a replicar, pero yo le corté—. Es suficiente. Sígueme, tenemos negocios de los que hablar. —Comencé a caminar a través del pasillo sin esperar su respuesta.

—Buenas tardes, Callum —saludé mientras me acomodaba en el sillón detrás del escritorio de caoba de mi despacho.

—Lo serán para ti. —La voz de O'Donell procedente del otro lado de la línea resonó por la estancia.

Sullivan, quien se encontraba sentado en una silla frente a mí, se rio. Mi teléfono móvil descansaba encima de la mesa de madera. Lo había puesto en manos libres para que Sullivan pudiese escuchar la conversación.

—Imagino que para ti no lo será tanto —concordé—. No tiene que ser agradable que tu prometida te deje tirado en el altar.

Escuché un gruñido procedente del otro lado de la línea.

—¿Qué quieres, Cian?

—Disuadirte de cualquier idea de venganza contra mi familia que esté pasando por tu mente en este momento.

—¿Ah, sí? —preguntó en tono mordaz—. ¿Has llamado para pedir disculpas?

A excepción de unos cuantos pocos encuentros cuando éramos pequeños, no había tratado con Callum O'Donell hasta ese instante, pero le había investigado, tal y como había hecho con los miembros de altos rangos de todas las familias de la mafia irlandesa que reinaban en Dublín. Los O'Donell se caracterizaban por su capacidad de negociar y por su tranquilidad. A simple vista, parecía que Callum poseía ambas cualidades, pero tan solo había que rascar un poco para darse cuenta de que no era así; a Callum no le temblaba el pulso para matar a cualquiera que se interpusiese en sus objetivos.

—Nunca pido disculpas, Callum. —Y mucho menos por reclamar a Enya cuando ella era mía antes que de él—. Deberías saberlo.

—La realidad es que no sé nada sobre ti. En cambio, sobre tu padre sé mucho. Fue un traidor

que mandó asesinar a la mujer y a la hija de su socio.

—Cuidado —siseé.

—He escuchado que suplicó por su vida como un cobarde, rasgo que tú has heredado de él.

Respiré hondo, evitando entrar en las provocaciones de Callum. Él no podría desestabilizarme. Siempre me mantenía en control, era un rasgo que pocas personas tenían en nuestro mundo y que había logrado desarrollar con el paso de los años. En la mafia, donde la mayor parte de los hombres se regían por su ego y eran impulsivos, mostrarte indiferente ante todo te convertía en un objetivo difícil.

Mi padre no había mandado asesinar a Enya y a su madre, todo había sido un plan urdido por la Bratva para deshacerse de las dos familias irlandesas más influyentes de Dublín. Farell Wolf había caído en la trampa, aunque a diferencia de lo que Zinov Andreyev, el jefe de uno de los sindicatos de la Bratva que operaban en Irlanda, creía, Farell no se hundió. Él buscó venganza asesinando a mi padre y expulsándonos a mi madre y a mí de Irlanda y después, afianzó su poder en Dublín, quedándose con los negocios que pertenecían a mi familia. Desterró de Dublín a todos aquellos miembros de mi familia que no le juraron lealtad, convirtiendo a los Wolf en la familia más poderosa de Irlanda.

Pero eso era algo que Callum no sabía, que nadie sabía. Y sería así hasta que llegase el momento de vengarme. Zinov era mío. Yo lo asesinaría con mis propias manos; pero antes, él iba a ver cómo destruía el imperio que con tanto ahínco él había formado. Iba a hacerle sufrir, dejarle sin nada, tal como él hizo con mi familia. Para eso, primero, la familia Maccarthy tenía que regresar a Dublín.

—Soy muchas cosas, pero cobarde no es una de ellas.

Callum se rio sin humor.

—Si eso fuese así, hubieses tenido las pelotas de decirme en persona que te habías casado con Enya Wolf en vez de llevártela a escondidas.

—No fue por miedo —respondí con falsa indiferencia—. No me pareció adecuado montar un espectáculo en medio de la catedral. Pensé que me agradecerías que te evitase esa humillación.

Callum rechinó los dientes y murmuró unas palabras ininteligibles que, seguramente, serían insultos.

—¿Ella está contigo por propia iniciativa?

—Lo está —aseguré.

—Si fuese por mí, desgarraría tu garganta y me quedaría mirando cómo te desangras.

—Podrías intentarlo.

Callum soltó una carcajada.

—De momento, mi tío es el jefe de mi familia. Él no quiere involucrarse en la guerra que tienes con Arlan. Los O'Donell nos mantendremos al margen, siempre y cuando no vuelvan a salpicarnos vuestras dispuestas. No habrá una segunda oportunidad.

—Es bueno saberlo —respondí en tono burlón, aunque Callum ya había colgado.

—¿Crees que dice la verdad? —me preguntó Sullivan, acomodándose en su silla. Mi mejor amigo parecía tranquilo a simple vista, casi divertido. Pero yo lo conocía mejor que eso, él estaba preocupado.

—Howard O'Donell es un tipo listo. Sabe que, antes o después, regresaremos a Dublín como una de las familias más poderosas. —Ese era el lugar que nos pertenecía, el que Farrell Wolf nos había arrebatado—. Sin Enya como esposa de su sobrino, no le interesa meterse en una guerra que no le va a aportar ningún beneficio. —El padre de Callum y hermano de Howard, había tomado muy malas decisiones que habían llevado a su familia a la ruina antes de que Howard lo

asesinase y se hiciera con el poder. Howard era demasiado prudente como para arriesgarse a perder todo lo que había conseguido a través de los años por una guerra ajena a ellos.

—Arlan no lo va a dejar pasar, Cian. Él conseguirá otros apoyos.

—Lo hará, pero no a tiempo. Estamos a punto de conseguir las pruebas que necesitamos para demostrar que mi padre era inocente. Una vez lo hagamos, entraremos en Dublín con el beneplácito del resto de familias.

—¿Y crees que Enya lo hará cogida de tu brazo y con una sonrisa en sus labios?

—Puede ser.

Sullivan negó con la cabeza.

—He visto el cambio en ella y tú también has tenido que verlo. Ya no es la misma chica que se fue de aquí. Ella luchará contra ti. Y será difícil que las demás familias se crean que está contigo por propia iniciativa si la llevas atada y amordazada, que es la única manera en la que irá contigo.

—Ella se siente herida y enfadada, pero entrará en razón. —Ella lo haría—. Solo necesita tiempo para hacerse a la idea.

—Estás equivocado, amigo. Puede que Enya haya nacido en este mundo, pero ella no se ha criado en él. No necesité más que pasar media hora con ella para darme cuenta de que Enya no es la princesa de la mafia que yo creía que era.

—Enya es una Wolf y ahora, también es una Maccarthy.

Sullivan exhaló un suspiro de frustración.

—Ella se crio en Australia, alejada de todo —insistió—. La mafia no es para todos, Cian. No puedes protegerla eternamente de los peligros de nuestro mundo, por mucho que creas que sí; como tampoco puedes protegerla de ti mismo. ¿Crees que Enya se hubiera quedado voluntariamente si le hubieras contado la verdad?

No, no lo habría hecho. Sin embargo, no se lo dije.

—Deja de hablar de lo que no sabes. No la conoces en absoluto —murmuré entre dientes. Sullivan no conocía a Enya, no conocía nuestro pasado.

—Tienes razón, no lo hago —reconoció, sus palabras cargadas de sarcasmo—. ¿Pero sabes sobre lo que sí sé mucho? —me preguntó, aunque no me dio tiempo a responder—. Sé lo que es ver a una persona morirse en vida, consumirse lentamente hasta convertirse en una sombra de sí mismo. Que una persona deje de luchar no significa que acepte su situación, Cian. Simplemente, a veces, se rinde y ya no quiere seguir viviendo. ¿Quieres que Enya termine como Kayla?

—¿Estás comparando lo que le pasó a tu hermana con Enya? —pregunté con la voz temblando por la ira.

—Te estoy advirtiendo, Cian. Estás tan obsesionado con la idea de tener a Enya, que no ves nada más allá de eso. Tan obsesionado como yo lo estuve con la idea de vengarme por lo que le habían hecho a Kayla. —La hermana de Sullivan fue brutalmente violada por un grupo de jóvenes—. Durante semanas, no me detuve hasta no encontrarlos y matarlos uno por uno. Pensé que saber que las personas que destrozaron su vida estaban bajo tierra la harían volver a recuperar su felicidad. ¿Y sabes lo que conseguí, Cian? —Sullivan no terminó de contarme la historia, porque ya sabía el final. Él mismo me lo había contado.

—Enya no se va a suicidar.

—Enya lleva enamorada de ti desde que era una niña, aunque no lo recuerde. Lo malo es que tú también lo estás de ella. Joder, Cian, desde que te conozco estabas obsesionado con traerla de vuelta a Irlanda. Te creí cuando me decías que era para usarla para nuestros fines, pero ahora creo que solo miras por ti mismo. Cian, ella…

No le di tiempo a seguir hablando, porque con la fuerza de un huracán, rodeé el escritorio y le levanté, agarrándolo del cuello. Lo estampé contra la pared; mi mano apretando su cuello.

Nunca perdía los estribos de esa manera. Ver a mi madre perder el control de ella misma constantemente me había hecho trabajar en el autocontrol de mi temperamento hasta lograr controlarlo por completo; sin embargo, todo lo que había ocurrido durante las últimas semanas y las acusaciones de Sullivan me habían llevado al límite.

—Has sido mi mejor amigo por años. Te debo mucho. Gracias a tu lealtad he logrado juntar de nuevo a mi familia y convertirme en su jefe. Sin ti no lo habría logrado. Solo por eso, no te rebano el cuello. —Apreté más fuerte y su cara se puso roja, le estaba costando respirar, pero no se defendió. Él estaba dispuesto a morir. Era leal a mí y siempre lo sería, pero tenía que aprender a cuando callarse la boca—. Solo por eso voy a darte una segunda oportunidad, pero no habrá una tercera. No vuelvas a decirme cómo debo hacer las cosas con Enya y mucho menos, te atrevas a insinuar que no pongo a la familia por encima de cualquier otra cosa. —Le solté y él cayó al suelo, sujetándose el cuello con la mano y masajeándolo para que al aire regresase a sus pulmones.

Sin esperar a que se levantase, me dirigí hacia la puerta con intención de salir del despacho.

—Siempre estaré a tu lado. —La voz estrangulada de Sullivan me detuvo en seco—. He cruzado el fuego descalzo por ti y lo haría mil veces. Si quieres a Enya a tu lado, lo respetaré.

Me giré para mirarle. Él se había puesto de pie, aunque se apoyaba contra la pared para mantener él equilibró. Ya no se sujetaba el cuello, por lo que pude ver la marca de mis dedos en su piel.

—Enya va a estar siempre a mi lado. Es mi esposa y lo será para siempre.

Sullivan asintió.

—Siempre he querido ser tío, espero que me deis el gusto pronto. —Aunque él estaba bromeando, le conocía bien para saber lo que me estaba diciendo: tenía que consumar el matrimonio.

Lo haría, no había nada que desease más y no porque fuese mi deber. Enterrarme en mi esposa era una de mis fantasías lujuriosas más recurrentes. Joder, no podía esperar. Pero lo haría, porque no la tendría hasta que ella lo desease tanto como yo.

—Amigo, ¿en qué piensas? —El tono burlón de Sullivan me sacó de mi ensoñación. Seguí su mirada hacia mi bragueta. Joder, me había puesto duro pensando en Enya.

Sullivan estalló en carcajadas.

Le saqué el dedo medio y salí del despacho. Necesitaba una ducha fría y con urgencia, pero no podía ir a mi habitación, ya que Enya se encontraba en ella. Me dirigí a la habitación de invitados en la que Enya se había estado quedando. A toda prisa, me desnudé, metiéndome en la ducha. No tardé más que unos pocos minutos en llegar al orgasmo, pero tuve que volver a darme placer cuando eché el gel de cereza en la esponja para lavarme. Ese olor tan característico suyo me volvía loco. Joder, todo lo referente a ella me ponía cachondo. ¿Habría usado ella esa esponja para lavarse?

Mierda, me iba a tirar horas en la ducha.

Capítulo 10

Enya

Al principio, me había negado a dar ni un solo mordisco de la bandeja que se encontraba sobre la mesilla blanca que se hallaba a un costado de la cama de matrimonio en la que estaba sentada. Sin embargo, al final, perdí la batalla y lo que comenzó como un solo mordisco, terminó conmigo misma devorando toda la comida que Noreen había preparado para mí. Maldita sea, había olvidado lo bien que cocinaba Noreen.

Después, me levanté de la cama y comencé a mirar a mi alrededor, volviendo a recordar que me encontraba en la habitación de Cian. No comprendía por qué él me había llevado allí y no a la habitación de invitados donde había estado durmiendo durante mi anterior estancia en su casa. Cian no era un hombre dado a compartir su espacio personal con otras personas y, menos aún, conmigo. Entonces, ¿qué hacía allí?

El calor me golpeó como un muro de ladrillos. Debía de ser media tarde, porque los rayos de sol se colaban por los cristales. Miré el reloj despertador que descansaba en una de las mesitas: eran pasadas las cuatro de la tarde. Más o menos cuatro horas habían pasado desde que Cian me había llevado de regreso a su casa en contra de mi voluntad.

Abrí la ventana en busca de aire fresco, pero no fue suficiente; necesitaba salir al exterior. Observé el jardín. Desde allí, se veía la enorme piscina de agua cristalina. Había varias tumbonas vacías alrededor de ella, tal y como estaban la última vez que estuve allí. Todo parecía igual, aunque no lo era. Vi a los obreros pasear por el jardín, pero iban vestidos con pantalones oscuros y camisetas negras. Uno de ellos sacó la pistola de la cinturilla de los pantalones cuando el sonido de algo cayéndose al suelo resonó en el aire. En ese mismo instante entendí por qué el cobertizo que supuestamente estaban construyendo iba tan lento. Ninguno de ellos eran obreros, eran hombres de Cian. Hombres de la mafia. Hombres que habían fingido ser obreros para vigilarme sin que sospechase. Era todo tan bizarro…

Dugan se acercó al hombre armado diciéndole algo que no pude escuchar, pero que provocó que este escondiese la pistola.

—¡Papá! —El grito de una voz conocida para mí cortó el aire.

Nessa, ataviada con unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta de manga corta, corrió hacia su padre. Le besó en la mejilla y a pesar de la distancia, pude ver que Dugan sonreía. Me alegré de verla. La había echado de menos, a pesar de que apenas había tenido tiempo de pensar en ella ni en nadie. Iba a llamarla cuando todas las piezas encajaron en mi cabeza como si se tratase de un *puzzle*.

Nessa no iba a ayudarme. No cuando ella era parte de la mafia. Nessa lo sabía todo, tenía que hacerlo. Ella me había mentido, tal y como había hecho el resto.

Si me quedaba alguna duda, fue resulta cuando uno de los supuestos obreros, el más joven, se acercó por detrás, tapándole los ojos. Ella sonrió y se giró para besarle en la boca. El chico le devolvió el beso. Todo ante la atenta mirada de Dugan, que lejos de enfadado, parecía feliz por su hija.

Entonces, recordé que Nessa me había asegurado que no conocía a ninguno de los obreros y resultaba que uno de ellos era su novio.

Sentí cómo el aire no llegaba a mis pulmones. Me estaba ahogando. No, en realidad, estaba

teniendo un ataque de ansiedad. Cerré la ventana y eché a correr hacia la puerta de salida de la habitación. Giré el pomo, pero estaba cerrada con llave. Aporreé la puerta con desesperación, pidiendo ayuda; sin embargo, nadie vino a mi rescate. Una sensación de claustrofobia que no había sentido antes se apoderó de mí. Aunque era consciente de que las paredes no se movían, yo sentía como si lo hiciesen, como si de un momento a otro fuesen a aplastarme. Tenía que salir de allí.

No podía hacerlo por la ventana, ya que me encontraba en un segundo piso y me rompería una pierna. Desesperada, fui al baño para tirarme agua en la cara para calmarme, pero la puerta blanca frente al inodoro obtuvo todo mi atención. Esa puerta era la que conectaba con la habitación de invitados en la que yo había estado instalada. Los recuerdos dolorosos regresaron de golpe a mi cabeza, aumentando mi ansiedad. Tenía que salir de allí y esa puerta era la única salida.

Con pasos decididos, me dirigí hacia ella. Por suerte, no estaba cerrada y el pomo se abrió en cuanto lo giré.

Mi corazón iba a cien por hora. A diferencia de la otra vez, el pasadizo estaba completamente a oscuras. No podía cruzarlo sin tropezarme o perderme. Di un par de pasos al interior del pasillo a la vez que tocaba con la mano la pared. Enseguida mis dedos palparon un interruptor, lo golpeé y una tenue luz iluminó el largo pasillo. Sin pensármelo dos veces, corrí por él. No me fijé por dónde iba, mi mente está demasiado ocupada con la sensación de irrealidad que cada vez si iba acentuando más. Llegué a una pared blanca; no había salida, estaba atrapada y no me veía con fuerzas suficientes para dar la vuelta. Apoyé mis manos en la pared y agaché la cabeza, intentando que al aire regresase a mis pulmones. Un crujido provocó que levantase la mirada. Mis manos empezaron a deslizarse en la pared, en un principio pensé que me estaba mareando, pero no tardé en darme cuenta de que la pared se estaba moviendo.

La pared se abrió, dejando a la vista los paneles del armario en el que había colgado mi ropa. Las perchas seguían en su lugar, pero estaba vacío. Sin detenerme en ese pensamiento, crucé el armario y abrí la puerta corredera. En cuanto puse un pie en la estancia que había sido mi habitación, me relajé inmediatamente. Aunque seguía estando atrapada entre cuatro paredes, la sensación de familiaridad logró tranquilizarme. Sin embargo, duró poco, porque nada de lo que yo había dejado en la habitación seguía allí. No estaba mi maleta, ni la ropa sucia; era como si yo nunca hubiese estado allí.

Tan absurdo como podía parecer, aquel gesto fue como un golpe en mi estómago. No debería dolerme, pero lo hizo.

¿Por qué si Cian se había deshecho de todas mis pertenencias en tiempo récord estaba tan interesado en retenerme?

Un ruido procedente del baño me distrajo de mis pensamientos. Los latidos de mi corazón, que había logrado estabilizarse, volvieron a golpear mi pecho con fuerza. Escuché otro sonido, algo parecido a un gemido. ¿Había alguien en el baño?

—*A stór* —la voz susurrante de Cian provocó con un escalofrío me recorriese el cuerpo.

¿Él me había visto?

Iba a darme la vuelta, porque lo último que quería en esos momentos era enfrentarme a él de nuevo, cuando escuché las siguientes palabras.

—Joder, sí. —La voz de Cian sonó estrangulada, seguida de otro gemido.

Entonces, me di cuenta de lo que estaba pasando.

¿Cian estaba en mi baño con una mujer? ¿En serio? No podía creérmelo. Aunque debía haberme ido, una bola de nervios del tamaño de un estadio de futbol se adueñó de mi estómago.

La rabia se apoderó de mí y me dirigí al baño. Cualquier pensamiento racional había desaparecido de mi mente.

¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía a acostarse con otra mujer en la misma casa en la que me tenía retenida en contra de mi voluntad?

Por eso me había llevado hasta su habitación, porque quería utilizar ese dormitorio para sus propios fines.

Miré la puerta, que estaba medio abierta. En un acto impulsivo, sin hacer ruido o intentando hacer el menor posible, la abrí del todo para entrar. Tenía que verlo, tenía que comprobar por mí misma lo cruel y rastrero que podía llegar a ser. Observé el suelo, la ropa de Cian adornada las baldosas, pero no había rastros de prendas de mujer. Aunque, en vez de centrar mis pensamientos en esos últimos, en lo único que podía pensar era en la urgencia que había que tenido que sentir Cian para tirar la ropa por el suelo con lo maniático del orden que era.

Otro gemido varonil llamó mi atención. Ladeé la cabeza hacia la ducha, la mampara tapaba a las personas que se encontraban dentro.

Cian murmuró unas palabras entre gruñidos que con el ruido de la ducha no pude entender, pero sí que pude distinguir con claridad una de ellas: a *stór*.

Lágrimas de furia se arremolinaron en mis ojos y sentí cómo mi corazón se rompía en mil pedazos. ¿Cómo se atrevía a llamar a la mujer con la que estaba con el mismo apelativo que utilizaba conmigo? ¿Tan poco significaba para él que ni siquiera podía respetar eso?

Sin pensarlo, abrí la mampara con tanta fuerza que a punto estuve de romperla.

Cian abrió los ojos de golpe para mirarme, aturdido. El agua caía por su cuerpo, pero él no parecía notarlo. Su mano estaba sujetando su miembro erecto.

No había nadie más allí. Él estaba solo.

—Joder, me estoy volviendo loco, mi fantasía se ha hecho realidad —susurró, su voz ronca por el deseo—. ¿Estás aquí, de verdad, *a stór*?

No le di tiempo a que se diese cuenta de que no se trataba de una alucinación. Salí disparada del baño. Corrí de nuevo por el pasillo hasta llegar a la habitación de Cian. No me detuve hasta que la puerta blanca estaba cerrada y estuve convencida de que no me seguía.

Me senté en el borde la cama, respirando hondo para lograr calmarme. Era la segunda vez que veía a Cian dándose a placer a sí mismo. Sin embargo, en esta ocasión, no me sentí ni avergonzada ni humillada, porque él estaba pensando en mí. ¿Tanto me deseaba?

Pero el fuego que comenzó a arder dentro de mí se congeló en el instante en el que me di cuenta de que, posiblemente, aquello formaba parte del juego retorcido que Cian había estado jugando desde el momento en el que lo conocí. Y yo era tan idiota que había estado a punto de caer.

¿Cuál había sido su objetivo esta vez? ¿Reírse de mí?

Quizá fue por el frío que invadía mi cuerpo por lo que acababa de suceder o porque realmente la temperatura era baja en aquella habitación, pero tuve que pasar las palmas de mis manos por mis brazos desnudos para calentarme. Me levanté de la cama y fui al armario en busca de un jersey o una sudadera. Ponerme ropa de Cian era lo que menos me apetecía, pero tenía que entrar en calor. Abrí las puertas del armario empotrado para encontrarme un vestidor. Era como esos vestidores que había visto alguna vez en los reportajes de las famosas; con estanterías, armarios abiertos, un banco para sentarse, un espejo de cuerpo entero y un zapatero. Lo primero en lo que me fijé fue en la decena de trajes alineados por colores y en las camisas colgadas pulcramente planchadas. Abrí el cajón debajo de las camisas para descubrir que era un amplio cajón para corbatas y cinturones.

No me sorprendió, ya que sabía lo ordenado que era Cian; demasiado para mi gusto. Aunque tenía que reconocer que, de esa manera, era más fácil encontrar lo que necesitabas sin necesidad de desordenar todo el armario, tal y como me sucedía a mí. Seguí mirando en busca de una sudadera, pero no encontré ninguna. Vi varias americanas, un par de abrigos, pero no visualicé ropa de deporte por ningún lado, a pesar de que sabía que tenía. Me senté en el banco para descansar y fue cuando me di cuenta de que no me había fijado en los armarios abiertos del fondo. Giré la cabeza y un feo sentimiento se formó en mi estómago en el momento en el que reconocí el vestido verde que había utilizado aquella vez que Cian me llevó a ese lujoso restaurante. Un segundo más tardé, divisé una blusa blanca y unos pantalones de tela negros.

Me levanté para acercarme a mirar con más detenimiento. Allí estaba toda la ropa que él había comprado para mí.

¿Cian había colocado mis pertenencias en su habitación? ¿Qué tan retorcido era eso?

Aunque, en realidad, no era mi ropa, sino la que él había elegido para mí. Recordé las palabras que Sullivan le había dicho la fatídica noche en la que los escuché hablar a mis espaldas: «¿Vestirla como una muñeca? ¿A qué ha venido eso?».

Sin ser consciente de ello, había dejado que Cian controlase todos los aspectos de mi vida. Cambió mi tinte de pelo para que recuperase mi tono natural de cabello; compró ropa a su gusto que no era para nada mi estilo; había obligado a varios de sus hombres a hacerse pasar por obreros para vigilarme y, seguramente, él era la razón por la que Nessa se había acercado a mí.

Por Dios, aquello superaba todos los límites.

Salí del vestidor. Cualquier sensación de frío que sintiese se había evaporado. En realidad, estaba demasiado aturdida para cualquier sentimiento.

La puerta de la habitación se abrió antes de que pudiese sentarme en la silla, tal y como era mi intención. Noreen apareció en el umbral de la puerta. Llevaba su cabello recogido en un moño e iba vestida completamente de negro. Sus ojos brillaban con algo parecido a la cautela.

—¿De verdad la lavadora se estropeó con mi ropa dentro? —pregunté antes de que ella pudiera pronunciar una sola palabra.

Si mi pregunta le sorprendió, Noreen no dio muestras de ello.

—El señor la está esperando en su despacho, señora.

Ella no iba a responder a mi pregunta.

—Bien —musité.

Sin tan siquiera despedirme ni dirigirle una mirada cuando pasé por su lado, bajé a la planta de abajo. No me gustaba tratar a las personas de esa manera, pero ¿acaso no era lo que ella acababa de hacer ignorando mi pregunta? Noreen había participado en el engaño de Cian. Todos me habían tomado por una idiota.

¿Qué era lo que Cian quería hablar conmigo? ¿Él me iba a echar en cara que había interrumpido en el baño cuando se estaba dando placer a sí mismo? ¿Acaso se creía que era tan crédula como para creer que no estaba todo preparado por él? ¿Qué no era uno más de sus juegos macabros?

Con determinación, abrí la puerta de su despacho sin llamar.

—¿Cómo se te ocurre masturbarte en la ducha sabiendo que yo estaba en la habitación? —pregunté, cerrando la puerta tras de mí—. ¿Acaso eres tan desalmado que no sabes cuándo te estás pasando de la raya?

Cian alzó la vista de la pantalla del ordenador que se encontraba frente a él. Sus ojos azules vagaron por mi cuerpo con calma estudiada.

—Sigues en pijama —señaló, sin responder a mi pregunta—. El pijama es solo para la

habitación.

Arrugué el ceño.

—Te he hecho una pregunta —insistí, ignorando sus estúpidas normas.

—Normalmente, las personas tocan la puerta antes de irrumpir sin permiso. —A pesar de que su tono no era hosco, pude percibir una pequeña irritabilidad en él. A Cian no le gustaba que entraran sin llamar a su despacho, pero a mí me importaba un auténtico comino—. Se suponía que tenías que quedarte en mi habitación. Nuestra habitación —se corrigió—. Debería ser yo el ofendido, tú eres la que has visto algo que no deberías. Dos veces. —La segunda parte la dijo con una media sonrisa peligrosa.

—¿Dos veces?

—Sí, Enya, dos veces —respondió, haciendo una pequeña pausa—. Hoy y el día en el que te quedaste mirando mientras me masturbaba encima de mi cama. No es que me moleste, pero no te tenía por una *voyeur*.

Una oleada de humillación me invadió. Así que, lo que yo creí que era una invasión de su intimidad, no fue más que un encuentro preparado por él.

—Me viste —dije en un hilo de voz.

—Siéntate, Enya —me ordenó, sin molestarse en responder—. Tenemos que hablar.

No me senté, a sabiendas de lo que le molestaba no tener el control. Me quedé de pie, mirándole, esperando a que dijese lo que tenía que decir.

—Enya —mi nombre en sus labios sonó como una advertencia, una que obvié—, no me gusta que me desobedezcan.

Alcé mi barbilla y cuadré mis hombros, desafiante.

—Ni a mí que me secuestren.

—No estás secuestrada, Enya. —Tuvo la desfachatez de parecer indignado—. Estás en tu hogar, con tu esposo.

Una carcajada áspera salió de lo más hondo de mi ser.

—Cian, mi hermano ya no está delante, no hay necesidad de seguir fingiendo. —Tan solo le había seguido el juego para liberarme de Arlan y del matrimonio forzado con Callum. Había visto una oportunidad y me había aferrado a ella porque, en ese momento de desesperación, me hubiera agarrado hasta a un clavo ardiendo.

Cian me miró durante unos segundos con un sentimiento brillando en sus ojos que no supe identificar.

—¿Crees que el documento que le he enseñado a tu hermano era una falsificación?

—No lo creo, lo sé —dije, a la vez que cruzaba mis brazos sobre mi pecho.

—Tu hermano es muchas cosas, pero estúpido no es una de ellas. El documento es real y válido.

Me mordí el labio inferior para evitar lanzar una serie de improperios poco dignos de mí. A pesar de las circunstancias no quería perder las formas o, por lo menos, no del todo.

—Sé que te he dado motivos para que pienses que soy una estúpida…

—Nunca he pensado que eres una estúpida —me interrumpió—. Más crédula de lo que eras de niña, sí.

—Lo que sea —musité, resoplando—. Sé que ese documento es falso, porque si me hubiera casado contigo, lo sabría.

Aquella conversación era absurda.

—Pues parece que te equivocas, porque estamos casados. —Cian abrió uno de los cajones del escritorio y sacó una carpeta azul—. Puedes comprobarlo tú misma —dijo con arrogancia.

Me acerqué y le quité la carpeta de la mano. Mientras la abría, noté como mis manos temblaban. No sabía si era porque había podido sentir que algo no iba bien por la seguridad que emanaba Cian, pero estaba segura de que no me iba a gustar lo que iba a encontrarme dentro. Tardé unos segundos en ser capaz de sacar los papeles y un poco más en leerlos y entender lo que ponía en ellos.

Era un contrato de matrimonio. Pasé las páginas en busca de las firmas y me congelé cuando vi la mía. Y estuve a punto de desmayarme cuando reconocí ese último papel. Yo lo había firmado aquel día en el despacho del abogado. Había confiado tanto en Cian que ni siquiera me había molestado en leerlo.

Debajo de nuestras firmas, estaban las de Dugan y Sullivan como testigos.

—El despacho de Connor… —susurré—. No era su despacho, Connor no es tu abogado. —Arlan me había dicho que era su abogado, no el de Cian. Además, siendo toda la historia que Cian me había contado sobre mi padre falsa, no tenía ningún sentido que firmase unos documentos para poder leer un testamento de mi progenitor que Cian no tenía en su poder. ¿Cómo no había pensado en ello antes?

Cian no lo negó, ni siquiera parecía culpable.

—Deberías sentarte, estás temblando

—¡Deja de fingir que te preocupas por mí! —grité. Todos mis intentos por mostrarme tranquila se hicieron añicos—. ¡Tú me engañaste, no sabía que estaba firmando esto! ¡Este matrimonio no es válido!

—Mi abogado lo llevó al juzgado —dijo Cian, su tono de voz tan calmado como siempre—. Ante la ley es válido, Enya.

Cian me tenía encerrada en una jaula. Yo misma vi cómo él la construía durante las dos semanas que permanecí en su casa. Todas aquellas señales habían estado delante de mí todo el tiempo, pero no quise verlo. Por razones que no llegaba a comprender, Cian me había atado a él de por vida.

Y yo se lo había permitido.

En un acto de rabia, rompí los papeles por la mitad.

—¿En serio? ¿No pensarás qué te he dado la copia original? —preguntó con una sonrisa. Él se estaba riendo de mí.

Tiré los papeles al suelo, ensuciando el suelo de su despacho.

—Mañana a primera hora pienso ir al juzgado a divorciarme de ti.

Cian suspiró.

—Si no estás casada conmigo, tu hermano te casará con un hombre que le dé beneficios a su familia. Mejor conmigo que con un desconocido.

¿Cómo tenía la poca decencia de intentar hacerme ver que había hecho aquello por mí?

—¡No voy a casarme con nadie! —Noté como las lágrimas recorrían mis mejillas. Me las limpié con rapidez, negándome a darle ese placer.

—En eso te doy la razón. Ya estás casada conmigo y será así para siempre.

—¡Vete a la mierda!

Cian enarcó una ceja.

—Puedes estar todo lo enfadada que quieras, pero no acepto las faltas de respeto. Te lo paso esta vez porque estás demasiado alterada y nerviosa por lo que ha pasado, pero no habrá una segunda vez. Vuelve a nuestra habitación, descansa un rato y cámbiate de ropa, no puedes pasearte por la casa en pijama.

Respiré hondo para no lanzarme encima de él y arrancarle todo el pelo.

—No pienso poner ni una de las prendas que compraste para mí. No son mi estilo. Y como no tengo más que esa ropa, iré en pijama. —En realidad, los pijamas que tenía también me los había comprado él.

Pensé que se enfurecería, pero Cian chasqueó la lengua. Pude ver un brillo de diversión en sus ojos azules. Sin pronunciar ni una sola palabra, de otro de los cajones del escritorio, sacó un móvil. Lo reconocí inmediatamente, era mi móvil. Y de uno de los bolsillos de su pantalón —o eso me pareció ver, ya que él estaba sentado y no podía visualizar sus movimientos con claridad —, sacó una tarjeta de crédito. Dejó ambas cosas encima de la mesa.

—Cómprate ropa a tu gusto si eso lo que quieres, pero no te pasees en pijama por la casa, es irrespetuoso.

Cogí el móvil, aunque no la tarjeta.

—Para qué quiero el móvil si no hay cobertura —dije, comprobando que no había ninguna rayita.

—Te he conectado el móvil a la wifi, puedes usar internet.

Por supuesto que había conexión wifi. Que estaba estropeada era una mentira más para mantenerme incomunicada y a su merced. Había estado secuestrada por Cian, pero no había sido consciente de ellos. Mientras pensaba que estaba viviendo una aventura, en libertad, era solo una prisionera.

Me lo guardé en el bolsillo del pantalón y me giré para marcharme, pero él me detuvo con sus palabras.

—La tarjeta, Enya —insistió.

Solo para poder irme, la recogí. Con el móvil en mi poder, podía marcharme de allí. Sin despedirme, me dirigí hacia la puerta. Estaba girando el pomo cuando él habló de nuevo.

—Te he restringido las llamadas. También he instalado un programa de seguimiento en tu móvil y otro para poder ver todo lo que haces. —Debería habérmelo esperado—. Estos días con tu hermano has descubierto quién eres en realidad y el mundo al que siempre has pertenecido. Arlan es peligroso, pero yo lo soy más. Nunca correrás peligro a mi lado, pero no puedo decir lo mismo de las personas que intenten ayudarte a escapar de mí. Te aconsejo que tengas cuidado de lo que dices y a quién se lo dices, no me gustaría tener que acompañarte al funeral de un ser querido.

Tragué con dificultad el nudo que se había colocado en mi garganta. No dudaba ni un segundo de sus palabras.

—Te odio. No sabes todo lo que te odio en este momento —dije, sin girarme, a la vez que salía por la puerta.

—Desearías odiarme, pero no lo haces. Nunca podrías odiarme.

Desgraciadamente, él tenía razón.

Capítulo 11

Enya

Salí al jardín con el móvil y la tarjeta guardados en mi bolsillo. No era tan tonta como para tomarme las amenazas de Cian como una broma. Estaba deseando hablar con Bindi, aunque fuese por mensajes, ella debía de estar preocupadísima por mí. Se suponía que yo ya tenía que estar de vuelta en Melbourne y no era propio de mí no dar señales de vida.

Había visto que tenía cientos de mensajes de ella en la aplicación de mensajería, pero no me había atrevido a leerlos. No cuando no estaba segura de poder resistirme a responderle contándole toda la verdad y poniéndola en peligro.

¿Cian sería capaz de dañar a mi mejor amiga? A pesar de sus palabras y de todo lo que me había hecho; una parte de mí, esa que no podía asimilar que el hombre del que estaba enamorada no existía, se negaba a creer que él podría hacer daño a Bindi sabiendo todo lo que significaba para mí.

Recorrí el jardín sin prestar atención a los hombres de Cian que me observaban sin disimulo. Ya no se molestaban en fingir que no me estaban vigilando. Al igual que la puerta de entrada al recinto estaba cerrada y dos hombres la custodiaban.

Dijese lo que dijese Cian, era una prisionera. Podía haber recuperado mi móvil y la libertad de pasear por las instalaciones, pero estaba atrapada en su red; ya nadie se tomaba la molestia de disimular que era así.

Fui hasta el banco de piedra que había sido mi refugio de paz y tranquilidad durante mi anterior estancia en la mansión. Me senté, dejando que los últimos rayos de sol me nutriesen de vitalidad.

—Me había parecido que eras tú. —La voz de Nessa me sacó de mi ensoñación.

Abrí los ojos para verla sentada a mi lado. Ella me sonreía como si nada hubiese pasado, como si no me hubiese engañado y mentido. Puede que nos conociéramos de hace poco tiempo, pero Nessa era lo más cercano a una amiga que tenía en Irlanda. O eso había creído.

—Es increíble la caradura que tienes —espeté—. Por lo menos, podrías tener la vergüenza de no hablarme ni acercarte a mí. —Me moví en el banco, separándome lo máximo posible de ella. No me iba a levantar. Si alguien se tenía que ir, esa era ella.

La sonrisa de Nessa se congeló y la preocupación bañó su rostro.

—Solo quería saber si estabas bien. —Ella parecía genuina, pero, a esas alturas, ya no me creía a nadie.

—Estoy perfectamente, Nessa —dije entre dientes—. Y ahora, si no te importa, márchate.

Nessa ignoró mis palabras. En cambio, tragó saliva y mordió su labio inferior con nerviosismo.

—Tu amiga Bindi ha estado llamando a mi número de teléfono constantemente y enviándome mensajes de texto. He tenido que bloquear su número porque no sabía qué decirle. Si quieres, puedo dejarte mi móvil para que le escribas. —Ella estiró su brazo, ofreciéndome su teléfono. Sus ojos brillaban con cordialidad y por un instante, hasta llegué a creer que era inocente, pero no lo era. Ella estaba envuelta en el engaño de Cian, como todos.

—Cian me ha devuelto mi móvil, no necesito el tuyo.

Aunque ella me miró con asombro, asintió y guardó el móvil en su bolso.

—Sé que estás enfadada conmigo, Enya.

—Eres una mujer muy intuitiva —ironicé.

Ella suspiró, pero no cayó en mi provocación.

—Quería decirte que todo no fue mentira. He llegado a considerarte mi amiga.

Eso era justo lo que me faltaba. Ese día había sido demasiado para mí. En realidad, las últimas semanas lo habían sido. Sin poder evitarlo y sin querer hacerlo, exploté.

—Las amigas no se mienten, ni se engañan. Tú sabías toda la verdad, sabías que Cian me estaba utilizando. Me dijiste que no conocías a los obreros y uno de ellos es tu novio. ¿Con qué más me has mentido? ¿Acaso has dicho alguna verdad?

Nessa no negó ninguna de mis acusaciones.

—Yo te odiaba —reconoció—. Jamás me hubiese acercado a ti si Cian no me lo hubiese pedido. —Aunque ella lo adornó, estaba convencida de que, más que pedir, se lo había ordenado —. Todos en este pueblo te odiaban, Enya. Te odiábamos por quién es tu familia, pero nos has enseñado a apreciarte por quién eres. —Nessa estiró su mano para agarrar la mía. Sin embargo, al ver mi expresión, se lo pensó mejor y volvió a bajarla, apoyándola sobre su muslo—. Tú no eres como tu padre ni como tu hermano, puedes apellidarte Wolf de nacimiento, pero no eres una de ellos.

—¿Por qué odiáis a mi familia?

No es que considerase a los Wolf mi familia, pero quería entender el razonamiento de Nessa.

Ella suspiró con fuerza y apoyó su espalda en el respaldo del banco.

—Si no lo sabes, no debería ser yo quien te lo cuente.

—Posiblemente no, pero me lo debes. Es lo menos que puedes hacer por mí después de todo, Nessa. Estoy cansada de que la gente hable en clave a mi alrededor.

Nessa se quedó en silencio, observando un punto fijo en el horizonte. Tras unos minutos sin pronunciar una sola palabra, tragó saliva y giró la cabeza para mirarme. Ella parecía estar poniendo en orden sus ideas, decidiendo qué me contaba y cómo lo hacía.

—El padre de Cian, Keane —aunque nadie me había dicho el nombre del progenitor de Cian, me resultó familiar, pero ningún recuerdo del pasado vino a mí—, no mandó matar a tu madre, Enya.

Arlan afirmaba que así había sido, Cian lo negaba y yo no sabía qué pensar. Y, en realidad, tampoco quería saberlo. Mi madre estaba muerta y nada iba a cambiar ese hecho. No buscaba venganza, ni siquiera justicia. Después de todo lo que había descubierto sobre mi familia, lo mejor que podía hacer era dejar a mi madre descansar en paz.

Me guardé todos esos pensamientos para mí y me limité a quedarme en silencio, esperando a que Nessa continuase.

—Tu padre mató a Keane en venganza por un delito que él no había cometido y después, expulsó de Dublín a todos los miembros de la familia Maccarthy que no le juraron lealtad. Aquellos que se enfrentaron a él terminaron con una bala en el corazón. Nos sacó de nuestras casas, nos quitó el dinero y se aseguró de que nadie nos ayudase. Durante años, hemos malvivido, escondidos, con trabajos precarios que apenas traían comida a la mesa. Pero todo cambió cuando Cian regresó a Irlanda. Él buscó a todos los miembros de su familia que seguían siendo leales a su padre. Él nos ha dado un nuevo hogar, trabajo y esperanza. Pronto regresaremos a Dublín, de donde nunca debimos irnos. Siento haberte engañado, pero lo volvería a hacer si Cian me lo pidiese. Mi padre estaría muerto, incluso puede que mi hermano y yo también sino fuese por Cian. Se lo debemos todo. —Nessa hablaba con tanta pasión que no me atreví a interrumpirla y tampoco a contradecirla. Podía entender sus razones, aunque no podía

estar de acuerdo—. Sé que te sientes engañada por Cian, pero todo lo que hace es por una causa justa. Deberías perdonarle y ayudarle. Nos lo debes a todos.

—¿Os lo debo? —pregunté sin poder seguir callada—. No os debo nada, Nessa. Si mi padre hizo lo que dices, yo no tengo la culpa. Ni siquiera le conocí. Yo no pertenezco a vuestro mundo y no quiero hacerlo. Solo quiero regresar a Melbourne, a mi vida.

La expresión de Nessa se endureció al escuchar mis palabras.

—Parece que al final tú también me has engañado a mí —espetó—. No eres la buena chica que pretendes ser. Eres como tu hermano, solo piensas en ti misma. Eres una egoísta.

Una ira irreconocible se apoderó de mí.

—Cian no es mejor que mi hermano ni mejor que la persona que fue mi padre. No es el ángel salvador que tú predicas. Y si ser egoísta es querer huir de un lugar donde todos me usan para sus fines, donde estoy secuestrada —me levanté del banco—, de acuerdo, lo soy. Aunque tú no eres mejor que yo. No te ha importado qué me sucediese, solo te importaban tus propios intereses. ¿Me odiabas porque mi padre os expulsó de Dublín, porque os quitó vuestra casa? ¿Me odiabas cuando sabes que yo no tengo nada que ver? ¿Cómo de triste es eso? —A pesar de mis preguntas, no esperé a que ella me respondiese y me di la vuelta, dispuesta a regresar de nuevo al interior de la mansión. Sin embargo, Nessa estiró el brazo y agarró mi muñeca, deteniéndome.

—Te odiaba porque mi madre falleció por culpa de tu padre. —Impactada por su confesión, me senté de nuevo en el banco y ella me soltó—. Tu padre mandó matar a todos los hombres que habían pertenecido al círculo de confianza de Keane para evitar que pudiesen unir a los soldados e ir contra él. Uno de esos hombres era mi padre. Mi hermano era un bebé y yo tenía unos cinco años. Tuvimos que escondernos. Mientras lo hacíamos, mi madre enfermó de una neumonía. Mi padre quería llevarla a un hospital, pero ella se negó porque sabía que tu padre nos encontraría y mataría al mío. Por más que mi padre lo intentó, ella no quiso. Para cuando él se impuso, ya era demasiado tarde y los médicos no pudieron hacer nada por su vida. Ni siquiera pudimos acudir a su entierro porque tu padre nos localizó en el hospital y tuvimos que volver a huir. Si no llega a ser por una enfermera que nos ayudó a escapar, ahora seriamos huérfanos. —Mientras ella hablaba, las lágrimas se derramaron por sus mejillas; sus ojos acuosos y vacíos. La tristeza en su rostro era abrumadora. Nessa estaba diciendo la verdad. No quería pensar en la clase de hombre que había sido mi padre, ni en las acciones que él había cometido en nombre de la venganza. Pero no podía evitar sentir que todo aquel dolor podía haberse evitado. Tanta tristeza y muertes.

¿Todo para qué? Nada de eso iba a traer de regreso a mi madre. No entendía el mundo de la mafia, no quería entenderlo y, sobre todo, no quería pertenecer a él.

Nessa se secaba las lágrimas con las manos a la vez que hipidos salían por su garganta.

Rodeé si cuello con mis brazos y ella apoyó su cabeza en mi hombro. Yo misma comencé a llorar. Ambas nos consolamos la una a la otra durante lo que parecieron horas, aunque, posiblemente, solo fueron minutos.

—¿Crees que podremos ser amigas de nuevo? —me preguntó cuando ambas logramos calmarnos.

—Me gustaría, pero no puedo quedarme, Nessa. No puedo seguirle el juego a Cian. No puedo involucrarme más de lo que ya estoy. No quiero enfrentarme a mi hermano de nuevo. No puedo ser vuestra salvadora.

Nessa me observó durante unos segundos.

—No creo que puedas irte aunque quieras.

—Encontraré la manera. Cian no me puede retener para siempre.

Ella negó con la cabeza.

—No, él no puede —concordó—. Pero ¿estas segura de que tu corazón dejará de amarle alguna vez?

No contesté a esa pregunta, porque sabía la respuesta. Una respuesta que no quería reconocerme a mí misma. Pero también sabía que, si no me marchaba lo antes posible, nunca podría irme. Si mi corazón seguía involucrándose más con Cian, jamás podría alejarme de él.

Después de hablar con Nessa, regresé al interior de la vivienda. Estaba anocheciendo y me sentía exhausta.

Estaba caminando, dirigiéndome hacia mi habitación —o la de Cian, mejor dicho—, cuando me choqué con alguien.

—Ey, tranquila —alcé la mirada para ver a Sullivan—, si sigues a ese ritmo, vas a chocarte con una pared.

Sullivan me sonreía. Él lucía igual de amigable y despreocupado que siempre, pero bien sabía que era una fachada. Lo había escuchado hablar a mis espaldas.

Podía culparlo, reprocharle de la misma manera que lo había hecho con Nessa, pero ¿me serviría de algo? No, no quería saber sus razones. Había entendido las de Nessa. Ella era una victima más, pero Sullivan no. Había escuchado las barbaridades que le dijo a Cian sobre mí. Él era igual que Cian: un mentiroso.

—No eres el primo de Cian, ¿verdad? —le pregunté, aunque eso era algo obvio.

Sullivan iba a seguir caminando, pero se detuvo al escucharme. Él iba vestido con una chupa de cuero negra y unos vaqueros y tenía pinta de salir. Me pregunté si iba al *pub* al que fuimos aquella noche.

—No —él tuvo la decencia de responderme.

—Entonces, ¿quién eres?

—Soy su hombre de confianza.

«Su hombre de confianza». Aquello revelaba mucho y nada a la vez.

—Un hombre de la mafia —dije en voz alta, aunque más para mí que para él.

—Mafia —repitió él con lentitud—. Dicho de esa manera, suena como si fuese algo sucio, sin honor.

—¿No lo es? ¿No sois todos unos asesinos psicópatas?

Él se rio. ¿De verdad se estaba riendo en una situación así?

—Tu hermano lo es, tu exprometido también. Los demás, somos hombres de honor. No somos asesinos, aunque los accidentes suceden. Las personas mueren constantemente. —Sullivan se encogió de hombros—. Es ley de vida.

Me coloqué la mano en la sien. Un pinchazo atravesó mi cabeza. Una jaqueca de proporciones épicas estaba a punto de apoderarse de mí.

—Me rindo, no puedo más. —Pude ver el desconcierto en el rostro de Sullivan—. ¿Qué es lo que buscáis? —Estaba cansada de discutir, de hacer reproches que no me iban a servir para nada—. Sea lo que sea lo que queréis, es vuestro. —No era tan ingenua como para pensar que Cian quería que estuviera junto a él a cambio de nada—. Haré lo que queráis siempre que me dejéis regresar después a mi vida.

Sullivan suspiró.

—Enya…

—¿Queréis la herencia que mi padre me ha dejado? —Recordé lo que Cian me había contado sobre la herencia que Arlan me quería arrebatar. No sé si Cian me había dicho la verdad, pero viniendo de Arlan, no me sorprendía—. Es vuestra. Os doy todo el dinero. Si Cian no quiere el

divorcio, no nos divorciamos. Puede decirle a todo el mundo que sigue casado conmigo, no lo negaré. Hasta puedo regresar muy de vez en cuando a Irlanda si es necesario. Estoy dispuesta a lo que sea con tal de recuperar mi vida.

Pude ver la empatía en los ojos de Sullivan, pero también pude ver que él no iba a hacer nada por mí.

—Enya, esta es una conversación que no deberías mantener conmigo. —El tono de voz de Sullivan era suave.

—No puedo hablar con Cian. —Y no solo porque no estaba dispuesto a entrar en razón, sino porque no me fiaba de mí misma cuando estaba junto a él—. Tú eres su hombre de confianza, habla con él. —Quizá Sullivan podía ser mi salvación. De una forma retorcida, pero podía serlo.

—Créeme, ya lo he hecho. —Fui a hablar, pero él me interrumpió antes de que pudiera hacerlo—. Aunque no te lo creas, yo también creo que deberías irte. Ya has cumplido tu misión aquí, pero Cian no lo ve de esa manera y él es quién manda, yo solo obedezco.

¿Sullivan pensaba que yo ya no era útil para sus fines, pero, así todo, Cian me quería mantener junto a él? Eso no tenía ningún sentido.

—Seguro que puedes —insistí—. Habla con él de la misma manera que lo hiciste aquella noche. No parecías muy intimidado por él cuando le decías que me tenía que follar con su polla. —No pude evitar sonrojarme al pronunciar esas palabras en voz alta.

—Escuchaste eso, ¿eh? —Sullivan curvó sus labios en una sonrisa vacía—. No sé cuánto más de la conversación oíste, pero estoy convencido de que empiezas a tener una idea de cómo funcionar las cosas en este mundo. No fue nada personal, Enya. Sigue sin serlo. En realidad, me caes bien. Para ser una Wolf, no estás mal.

No me podía creer que él me estuviese halagando. Sullivan era un hombre más complicado de lo que parecía.

—No quiero que me des explicaciones de lo que le dijiste y, honestamente, tampoco me importa. Ya nada de eso lo hace. Solo quiero...

—Regresar a tu vida—terminó Sullivan por mí—. Lo sé, me lo has dicho.

—¿No me habéis hecho suficiente daño ya? —pregunté con desesperación—. ¿No es justo que me dejéis seguir con mi vida?

—Sí, Enya, es lo justo. —Un hilo de esperanza hizo mella en mí al oír sus palabras—. Pero la vida no es justa —sentenció—. Es una lección que todos aprendemos antes o después, pero siempre de la manera más cruel.

Capítulo 12

Cian

—Besnik —saludé a mi socio albano a la vez que le ofrecía mi mano.

Él apretó mi mano con fuerza.

—¿Has tenido un vuelo agradable? —preguntó mientras saludaba a Dugan.

Sullivan se había quedado en la mansión vigilando a Enya. Iba a pasar unos cuantos días en Albania y aunque mis hombres se iban a asegurar de que estuviese segura, no me quedaba tranquilo del todo.

Arlan intentaría por todos los medios recuperar a su hermana. No era útil para él, ya que de ninguna manera me divorciaría de ella y Enya nunca le iba a reconocer a él que le había engañado para casarme con ella. Así todo, no se detendría. Porque si algo era Arlan, era orgulloso.

—Nunca le he visto el interés a la charla transcendental —dije, evitando responder a su pregunta. El tiempo no jugaba a nuestro favor. Cuanto antes regresase a Irlanda, mejor.

Benisk sonrió, dejando a la vista una dentadura blanca y alineada.

—Un poco de cordialidad de vez en cuando no te hará daño.

Conocía a Besnik Xyca desde que era un niño. Mi padre había tenido negocios con él. Era un viejo zorro, uno poderoso. En cuanto regresé a Irlanda, me puse en contacto con él para que me ayudase a encontrar las pruebas que demostraban que mi padre era inocente. Él había aceptado inmediatamente sin pedir nada a cambio. Aunque, en cuanto mis negocios comenzaron a prosperar, me propuso asociarse conmigo en algunos de ellos. Por su puesto que en unas condiciones muy ventajosas para él.

—Ser cordial no es mi estilo —dije, aunque ambos sabíamos que eso no era cierto. Podía serlo, pero tan solo cuando era necesario y, en ese momento, no lo era—. ¿Me llevas adonde él o tengo que irrumpir a la fuerza? —Señalé con la barbilla el almacén que se hallaba frente a nosotros, en las afueras de Tirana, donde nos encontrábamos.

Benisk se rio a carcajadas y me dio una pequeña palmada en la espalda.

—Tu padre estaría muy orgulloso del hombre en el que te has convertido.

No, él no lo estaría. Mi padre era un hombre de la mafia, pero él nunca hubiese estado de acuerdo en muchas de las cosas que había hecho ni en las que haría. Mi padre había sido un hombre íntegro o todo lo íntegro que un mafioso podía llegar a ser. Y ese había sido un error que pagó muy caro.

Sin esperar la respuesta de Besnik, di varios pasos hacia la entrada, donde sus hombres la vigilaban. Ambos con sus pistolas en la mano, bloqueándome el paso. No me apuntaban con ellas, pero no dudarían en hacerlo si su jefe se lo pedía.

—¿Si tratas a tus socios con esta desconfianza como tratas a los enemigos? —ironicé.

—No me he hecho millonario confiando en la gente —dijo, a la vez que hacía un gesto a sus hombres para que me dejasen pasar.

No podía echárselo en cara, ya que yo era igual de desconfiado que él.

—¿Ya tenemos a ese hijo de puta? —La voz de Sullivan resonó al otro lado del teléfono.

—Aún no, pero pronto.

El hombre al que había torturado durante horas me había proporcionado los lugares que el único sicario que quedaba vivo de los hombres que habían asesinado a la madre de Enya frecuentaba.

Zinov Andrejev los había matado a todos para que no pudiesen delatarle, pero se le había escapado uno. Durante casi quince años se había mantenido oculto de Zinov, pero no había podido esconderse de mí. Por fin iba a lograr limpiar el nombre de mi padre.

Iba a destruir a Zinov, no solo por venganza hacia mi padre, sino por ordenar matar a Enya cuando era una niña. También destrozaría al sicario después de conseguir la información que necesitaba. Él y sus compañeros estuvieron a punto de matarla, ellos asesinaron a su madre delante de ella, No se merecían nada más que una muerte lenta y cruel. No se la había podido proporcionar a los demás, pero me desquitaría con él.

—Cogeré el primer vuelo disponible.

—No.

—Siempre hemos hecho esto juntos.

Sullivan tenía razón. Desde que le había conocido, él había estado a mi lado, ayudándome en mi lucha. Nuestra lucha, porque él ahora era parte de ella.

Observé mi reflejo en el retrovisor del coche en el que me encontraba. Aunque me había limpiado los rastros de sangre de la cara, no los de la camisa. Siempre llevaba ropa de repuesto que usaba en cuanto me ensuciaba, pero no en esta ocasión. Pese a que odiaba el desorden y la suciedad, en esos momentos no me sentía incómodo.

—Esta vez, no. Sigue vigilando a Enya, aún tardaré unos días en regresar. Asegúrate de que no corre ningún peligro.

No le pregunté nada más sobre mi esposa porque no podía permitirme el lujo de pensar en ella. Tenía que centrarme en los negocios. Cada vez estaba más cerca de lograr mis objetivos, aquellos por los que llevaba años luchando. Iba a limpiar el nombre de mi padre y regresaría a Dublín, pero no lo iba a hacer solo. Enya lo haría a mi lado.

Corté la llamada antes de que Sullivan me rebatiese. Él era leal a mí, siempre lo sería, pero también podía ser como un dolor en los huevos cuando se lo proponía.

—¿Pasamos primero por el hotel? —me preguntó Dugan desde el asiento del conductor.

—No.

Cuanto antes terminásemos, antes podría regresar a casa junto a Enya.

Capítulo 13

Enya

—Buenos días, señora Maccarthy —me saludó una mujer mientras cruzaba la calle junto a Nessa.

Una joven que empujaba un carrito de bebé me ofreció una sonrisa amable.

Era la primera vez que iba al pueblo desde que había regresado. Aunque había visto el cambio de actitud en las empleadas de Cian, que pasaron de no hablarme a darme el trato de una reina, no esperaba que los habitantes del pueblo también hubiesen cambiado su actitud hacia mí.

Es cierto que poco antes de irme me trataban con cordialidad, pero es que ahora parecía como si fuese un familiar perdido con el que se habían reencontrado. No podía decir que me molestase, ya que era de esa clase de personas que les gustaba llevarse bien con todo el mundo, el problema era esa manía que tenían todos de llamarme señora Maccarthy.

—Mi apellido no es Maccarthy —me quejé por enésima vez esa mañana, haciendo reír a Nessa.

Habían pasado diez días desde mi boda fallida. Cian se había marchado al día siguiente por negocios y no había regresado, pese a que había dejado a varios de sus hombres siguiendo todos mis pasos. En ese momento, dos de ellos nos vigilaban a una distancia prudencial, pero lo suficientemente cerca para salvarme si alguien intentaba atacarme. También me había cruzado varias veces por la casa con Sullivan, quien no tuvo ningún problema en reconocer abiertamente que Cian me había dejado a su cargo.

—Es mejor que Wolf —me dijo Nessa, sacándome la lengua.

Después de la conversación que había mantenido con Nessa, podía entender su rechazo y el de las personas del pueblo hacia mi familia; incluso comprendía ahora la manera hostil en la que todos me habían tratado. Sin embargo, aquella guerra nada tenía que ver conmigo.

—Ninguno de los dos me representa, mi apellido es Perkins —le corregí con enfado.

Nessa se detuvo en mitad de la cera y ladeó la cabeza para mirarme.

—Nadie intenta faltarte al respeto, Enya. Te llaman señora Maccarthy como muestra de respeto para hacerte saber que te aceptan como la mujer del jefe de la familia. —Nessa se pasó una mano por su cabello—. Que te aceptan a ti.

Aunque había perdonado a Nessa, seguía habiendo un muro que se interponía entre las dos. Un muro que, posiblemente, nunca lograría derrumbar. Nessa no comprendía que yo no quería saber nada de la mafia, que no quería vivir en un mundo al que, por mucho que todos lo dijesen, no pertenecía.

—No me casé con Cian por propia iniciativa, él me engañó.

—Lo sé —reconoció Nessa, volviendo a caminar—. Y aunque lo ha hecho por el bien de la familia, no es justo para ti. Aunque quizá no te lo creas, discutí mucho con mi padre por eso cuando me enteré.

—¿No querías que Cian se casase conmigo?

—En realidad, sí quería. Si te llegas a casar con Callum, nos lo hubieras puesto todo mucho más difícil. Pero vi lo enamorada que estabas de Cian. Le dije a mi padre que le sugiriese a Cian que te contase la verdad. Por mucho que ahora me lo niegues, sé que nos habrías ayudado.

¿Lo habría hecho? ¿Me hubiese casado con Cian si él hubiese sido sincero conmigo desde el

principio? Es más, ¿me hubiese enamorado de él? No, no lo habría hecho, habría salido corriendo de vuelta a Melbourne.

—No llores, a stór. No voy a permitirlo.

Cian estaba sentado junto a mí en el borde de la fuente del jardín de mi casa. Yo lloraba desconsolada. Había escuchado a mis padres discutiendo. Mi madre le gritaba a mi padre que solo era una niña para que me comprometiese. Yo no sabía lo que significaba la palabra comprometer, pero Arlan, que lo había escuchado como yo, me dijo que significaba que, cuando fuese más mayor, iban a obligarme a casarme con el hombre que habían elegido para mí.

—Pero mi padre es el jefe, hay que hacer lo que él ordena. —Esa era la frase que tantas veces había escuchado a mi alrededor.

Cian rodeó mi cuello con su brazo y empujó mi cabeza para que la apoyase en su hombro, consolándome.

—Me enfrentaré a él.

—Pero él es más fuerte, Cian. Perderás.

Cian se encogió de hombros. Mi mejor amigo no le tenía miedo a nada.

Entonces, una idea se pasó por mi mente. La mejor idea que había tenido en mí seis años de vida, la que lo solucionaría todo.

Me solté de su agarre para poder mirarle a los ojos.

—Cásate conmigo —le pedí—, así no podrán casarme con nadie más.— Cian abrió los ojos, asombrado por mi petición. —¿No quieres casarte conmigo? —pregunté cuando tardó en contestar.

Cian suspiró.

—Claro que quiero. Solo que somos muy jóvenes para casarnos.

—¿Y te casarás conmigo cuando seamos mayores?

—Sí —respondió con decisión.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, a stór.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro. Él se casaría conmigo. Cian nunca incumplía una promesa.

—¿Enya, estás bien? —La voz de Nessa me devolvió a la realidad, sacándome de un recuerdo inesperado.

Abrí los ojos que no recordaba haber cerrado. Nessa me miraba con preocupación.

—Sí, todo bien.

Nessa no parecía estar muy segura, pero asintió.

—¿Me acompañas a la librería? —me preguntó—. Hay un libro que quiero comprar.

—Claro.

Mientras Nessa compraba el libro, yo no podía dejar de pensar que mi yo de seis años tenía razón, Cian había cumplido su promesa: él se había casado conmigo.

Esa tarde, Nessa tenía que trabajar en la heladería. Hacía un día especialmente caluroso, de esos que eran prácticamente inexistentes en Irlanda.

Cogí el libro de la biblioteca que estaba leyendo y me dirigí hacia la zona de la piscina. Agarré una de las tollas colocadas un armario blanco de exteriores y la coloqué encima de una de las tumbonas. Me quité la camiseta de manga de tirantes negra y los pantalones cortos vaqueros que llevaba puestos, quedándome en bikini. Después, me tumbé en la tumbona con el libro entre mis manos.

A pesar de que no estaba contenta por haberlo hecho, había tenido que usar la tarjeta de Cian para comprar algo de ropa. Mi tarjeta de crédito y mi pasaporte seguían en posesión de mi hermano o eso suponía, ya que me lo había dejado en la habitación que había ocupado en su casa. Noreen había rellenado los datos del domicilio y, para mi sorpresa, me había permitido verlos.

Pese a que estaba cautiva, todos me trataban como si no fuese así. Pero, en realidad, lo estaba y no sabía si iba a dejar de estarlo en algún momento. No podía escaparme sin ser retenida por alguno de los hombres de Cian.

—¿Ya no escondes la marca?

Una voz que conocía muy bien me sobresaltó, provocando que el libro que sostenía entre mis manos se me cayese al suelo y mi corazón palpitase a mil por hora. Levanté la cabeza para ver a Cian frente a mí. Sus ojos azules vagaron por mi cuerpo con intensidad, dejando llamas de fuego en cada parte de mi piel descubierta a su paso.

—Ahora sé por qué mi abuelo quería que lo hiciese, pero ya no hay razón para esconderla —traté de que mi tono de voz sonase neutral, queriendo ocultar lo mucho que su presencia me afectaba—. Los malos ya me han encontrado. —Esbocé una sonrisa falsa y me incorporé en la tumbona.

Cian entrecerró sus ojos y movió su cabeza de un lado a otro, pero no dijo nada. Él se agachó para recoger el libro que se me había caído al suelo y me lo devolvió. Después, se sentó en una de las tumbonas que se hallaba a mi lado.

Su cabello estaba perfectamente peinado. Y aunque no pude evitar pensar lo guapo que estaba, observé unas pronunciadas ojeras debajo de sus ojos. Llevaba una camiseta de manga corta blanca y un bañador color azul marino, a conjunto de unas chanclas del mismo color.

—¿Cuándo has llegado? —le pregunté—. No he visto el helicóptero.

—Estabas en el pueblo con Nessa. Sullivan tenía negocios que atender y Dugan le ha llevado.

—¿Por qué has estado tantos días fuera?

Cian alzó sus hombros.

—Tenía negocios que atender.

—¿Qué negocios?

Aquel interrogatorio, que semanas antes hubiera hecho que Cian arrugase el ceño, ahora tan solo provocó que una sonrisa ladeada se dibujara en su rostro. Él no parecía irritado; más bien, divertido.

—Para no querer ser mi esposa, actúas como una.

—Y tú sigues mintiéndome.

Cian chasqueó la lengua.

—No te miento, pero hay asuntos que es mejor que no conozcas.

Iba a responderle cuando una avispa revoloteó a mi alrededor. No me gustaban los insectos y mucho menos aquellos que tenían un aguijón que podían clavar en mi piel. Me levanté de la tumbona, como impulsada por un resorte, a la vez que movía mis manos. La avispa no se dio por aludida e insistió en molestarme. Yo daba un par de pasos, alejándome y ella me seguía.

—No te muevas y se marchará —me dijo Cian, quien observaba mi interacción con la avispa con un gesto de diversión que no se molestó en ocultar—. Solo ataca si se siente amenazada.

Sí, claro. Como que me iba a quedar quieta.

Seguí dando paso hacia atrás mientras observaba al insecto alado. Mi experiencia con avispas siempre había terminado igual: ellas picándome. Pero esta vez no está dispuesta a pasar por la

rojez en mi piel y las molestias durante días.

—Enya, estate quieta. —La voz de Cian tenía un tono de urgencia.

Por el rabillo del ojo vi cómo se levantaba de la tumbona, pero él no parecía dispuesto a hacer nada para ayudarme. La avispa se posó en mi pelo y yo di varios pasos desesperados hacia atrás, hasta que en el último no hice pie y caí en la piscina.

Tras unos segundos agónicos en los que me costó ser consciente de lo que había sucedido, saqué la cabeza. Cian se encontraba en el borde de la piscina, mordiéndose el labio inferior.

—Por lo menos, la avispa se ha ido —dije con resignación mirando a Cian.

El muy imbécil explotó en carcajadas. Aunque negué con la cabeza, terminé riéndome con él.

—Deja de reírte y ayúdame a salir —le pedí.

Cian estiró el brazo y yo lo sujeté, pero en vez de impulsarme, tiré de él hasta que se cayó al agua conmigo.

—¿Cómo has podido caer en un truco tan viejo? —le pregunté con diversión cuando el asomó la cabeza. Se lo merecía por haberse reído de mí.

—¿Crees que me has engañado? —Cian se quitó la camiseta y la lanzó hacia las baldosas.

—No lo creo, lo he hecho.

—¿Estás segura? —La intensidad de su mirada me advirtió que, tal vez, era yo la que había caído en su trampa.

Girándome, nadé hasta llegar a las escaleras, pero no había puesto un pie en el primer escalón cuando Cian rodeó mi cintura con su brazo y me alejó de ellas.

—Suéltame —le dije, a la vez que pataleaba.

Sin embargo, él no me hizo caso. Me dio la vuelta y me empujó con suavidad hacia atrás, hasta que mi espalda tocó el bordillo de la piscina. Colocó sus brazos a ambos lados de mi cuerpo, aprisionándome en una cárcel de músculos.

Aquello hizo sonar todas las alarmas en mi cabeza. Tenía que irme antes de que hiciera algo de lo que me arrepintiera más tarde.

—¿Qué haces?

Sus ojos estaban fijos en los míos y por una vez, pude ver las emociones corriendo por ellos. Por una vez, su máscara había caído.

—No lo sé —reconoció—. Cuando estoy cerca de ti, pierdo la capacidad de pensar. —Sus palabras parecían genuinas; sin embargo, después de todo lo que me había hecho, ¿cómo podía creerlas?

—Yo también.

—Voy a besarte —advirtió y yo asentí con la cabeza. Sus labios cubrieron los míos, haciéndome olvidar dónde me encontraba y todas mis reticencias para estar con él.

El beso fue suave al principio. Cian enredó los dedos de su mano en mi cabello y con la otra mano, sujetó mi cadera para mantenerme a flote. Algo que agradecí, porque estaba perdiendo el control sobre mi cuerpo. Con delicadeza, introdujo su lengua entre mis labios, casi con adoración, como si yo fuese la persona más importante de su vida, como si nada ni nadie más importase. Cerré los ojos, dejándome llevar por las sensaciones. Nos habíamos besado antes, pero esa vez fue diferente, esa vez era menos lujuriosa que las demás, menos demandante. Era como si Cian por primera vez me estuviese besando con sentimientos reales, como si no buscase nada más que disfrutar de mi boca.

Me perdí totalmente en sus labios, sintiéndome transportada por una ola de sensaciones que crecían sin cesar tanto, que en un momento, me sentí abrumada por ellas. Si seguía hacia delante, llegaríamos hasta el final y sabía que me arrepentiría. No estaba preparada para ello, no después

de tantas mentiras.

Le empujé de los hombros para separarlo de mí con más fuerza de la que pretendía.

Él me miró con los ojos vidriosos por el deseo insatisfecho.

Aprovechando su confusión, nadé hacia las escaleras. Subí por ellas y anduve varios pasos hasta las tumbonas. Cogí la toalla y me enrosqué en ella.

—¿A qué estás jugando, Enya?

Me giré para encontrarme con Cian detrás de mí. No se había molestado en secarse, por lo que las gotas de agua le recorrían todo el cuerpo. Se pasó la mano por el pelo con frustración.

—¿Yo? Eres tú él que está jugando conmigo.

Apreté con fuerza la toalla contra mí como si pudiese protegerme así del efecto que causaba en mi cuerpo.

—No estoy jugando a nada. Nunca lo he hecho. —Estiró su mano para coger uno de mis mechones, pero me alejé un par de pasos, impidiéndoselo. No podía dejarle tocarme de nuevo o volvería a perder el control.

Sus ojos me miraban con una sinceridad abrumadora que no me pasó desapercibida. O tal vez era yo la que quería pensar que estaba siendo sincero.

Por un instante, deseé olvidarme de todo y volver a poder empezar de cero. Sin embargo, por mucho que quisiese, no podía hacerlo.

El recuerdo que había tenido unas horas antes regreso a mí con la fuerza de un tsunami.

—Te libero de tu promesa.

Cian parpadeó, confuso.

—¿De qué hablas?

—Cuando éramos niños te obligué a prometerme que te casarías conmigo. Te libero de esa promesa.

—¿Crees que me he casado contigo por una promesa que te hice de niño? —preguntó con lentitud. Su expresión era imperturbable y su tono de voz tan carente de emociones, que no pude saber cuál era su estado de ánimo.

—No soy tan tonta. Te casaste conmigo para evitar que mi hermano se uniese a los O'Donell. Tu objetivo es regresar a Dublín —le dije, repitiendo lo que me había contado Nessa—. Ya no me necesitas, pero sigues casado conmigo porque piensas que me lo debes.

—Yo no te debo nada, Enya.

—¿No recordabas tu promesa? —pregunté, sin poder evitar que me temblase la voz. Por alguna razón que no llegué a comprender, me sentí desilusionada cuando me di cuenta de que él no se acordaba.

Cian cerró un segundo los ojos y cuando los volvió a abrir, su mirada se había suavizado.

—¿Cuándo lo has recordado?

—Esta mañana, mientras paseaba por el pueblo con Nessa. Sigo sin recordar muchas cosas, pero a veces me vienen a la mente conversaciones que teníamos cuando éramos niños. Todos mis recuerdos están relacionados contigo y eso me asusta un poco —reconocí.

Cian venció la distancia que nos separaba y acarició mi mejilla con su mano. Se lo permití.

—¿Por qué te asusta, *a stór*?

El uso de las palabras cariñosas con las que me llamaba cuando era niña me reconfortó. De alguna manera, regresé a mi infancia y volví a sentirme esa niña segura de sí misma que pensaba que se comería el mundo. Esa niña que tenía el mejor amigo del mundo.

—Porque los recuerdos de mi padre o mi madre no regresan a mí. Tampoco los del colegio, amigos o cumpleaños. Solo recuerdo momentos que compartimos juntos. Es como si para mi

mente tú fueses la persona más importante de mi infancia. —Sabía que estaba bajando la guardia abriéndome de esa manera a Cian. Él podría utilizarlo más adelante en mi contra. Sin embargo, no pude evitarlo.

—Tú lo fuiste de la mía. —confesó—. Recuerdo esa promesa, recuerdo todas nuestras conversaciones. —Cian hizo una pausa y pude ver que estaba pensando si decirme lo que pasaba por su cabeza o no. Finalmente, decidió hacerlo—. Han sido las que me han mantenido a flote en los peores momentos de mi vida. Momentos en los que pensé que moriría, en los que deseé estar muerto, tu recuerdo evitó que me rindiese.

El dolor en sus palabras provocó que un instinto protector que no sabía que tenía saliese de mí. ¿Él había sufrido? ¿Qué había pasado todos esos años en los que no habíamos tenido contacto?

Acuné mi mejilla en su mano durante unos segundos mientras me relajaba y asimilaba lo que me acababa de contar. Despacio, me separé de él para estirar mi mano y acariciar su mejilla, devolviéndole el gesto.

—Nessa me ha contado que mi padre mató al tuyo porque le culpaba de la muerte de mi madre y luego os expulsó de Dublín. —El cuerpo de Cian se tensó, pero me permitió seguir acariciándole—. ¿Dónde fuiste? ¿Qué te pasó?

—No es una historia bonita para contar, Enya.

—No me importa, quiero saberlo, quiero entenderte. Quiero saber por qué ese niño dulce y protector que estoy empezando a recordar se convirtió en el hombre que eres hoy en día.

Cian se separó de mi agarre y una sonrisa cruel se dibujó en su cara.

—¿Que tu padre matase al tuyo delante de mí y me obligase a mirar, no te parece suficiente razón?

Sus palabras me golpearon con tanta fuerza que a punto estuve de caerme al suelo. Si Cian no me hubiese sujetado por los hombros, me habría caído.

—Nessa, no… Ella no… —Quería decirle que ella no me había contado esa parte, pero las palabras no salían de mi boca.

—No puedes cambiarme, Enya. Ya no soy ese niño; ahora soy un hombre, uno que se ha forjado en el infierno. Uno que luchará por recuperar lo que le pertenece y por obtener venganza.

—¿Aunque para obtener esa venganza tengas que mantenerme cautiva?

—No estás cautiva, Enya. Eres mi mujer. No me niego a divorciarme de ti por una promesa absurda que te hice de niño, ni tampoco porque te necesite para vengarme. Sigo casado contigo porque eres mía; siempre lo has sido.

—Eso es estar cautiva, Cian. No soy tuya, no soy de nadie. Yo no te he elegido como mi marido. Y nunca lo haré. No puedo estar casada con un hombre que no es sincero conmigo, con un hombre que está lleno de rencor. Puedes obligarme a estar a tu lado, pero nunca obtendrás mi bendición. —Sin esperar una respuesta por su parte, me giré y regresé al interior.

Capítulo 14

Cian

—Las Familias ya tienen en su posesión las pruebas que demuestran que tu padre fue inocente —me dijo Sullivan—. Los jefes van a exigir el nombre del verdadero culpable.

Agarré el borde del escritorio detrás del que me encontraba con tanta fuerza que mis nudillos se pusieron blancos. El sicario había confesado con más rapidez de la que había esperado, incluso me había dado nombres de hombres que podían aportarme pruebas irrefutables que las familias no podrían poner en duda. Había tardado varios días en conseguirlas, pero lo había logrado. Por fin, después de tantos años, iba a poder recuperar mi lugar en Dublín. El lugar que la familia Maccarthy se merecía. El que nos pertenecía por derecho.

Pero Sullivan tenía razón, las familias exigirían el nombre del culpable. Sobre todo, Arlan. Él no se iba a conformar con menos que matar con sus propias manos al hombre que engañó y manipuló a su padre. No aceptaría mi regreso a Dublín de otra manera y, así todo, no me lo pondría fácil. Arlan no era de los que ponían la otra mejilla.

No podía entregárselo, no cuando tenía mis propios planes para Zinov Andrejev. Una muerte lenta y dolorosa, que era lo que Arlan le daría, era muchísimo menos de lo que se merecía. A veces, la muerte era el escape más fácil. Zinov vería cómo su imperio se destruía a su alrededor y él no podría hacer nada para evitarlo. Después, él me suplicaría que acabase con él.

—No voy a dárselo. Tendrán que aceptar mi palabra de que el culpable obtendrá su merecido.

Sullivan me observó durante unos segundos. Me conocía bien y sabía que, cuando tomaba una decisión, llegaba hasta el final.

—Complicará las cosas, pero confío en mi poder de persuasión para hacerles cambiar de opinión. —Sullivan esbozó una sonrisa peligrosa.

—No será necesario que saques tu cuchillo de paseo. Aceptarán mi petición, me lo deben. Todos dieron por hecho que mi padre era culpable sin molestarse en investigarlo a fondo. Tienen suerte de que no me vengue de ellos.

—No es suerte. Simplemente, no puedes hacerlo. No puedes matar a los jefes de las familias que fallaron a tu padre.

Por poder, podía. No quedaban demasiados vivos de esa época. A la mayoría, les sustituían sus hijos. No iba a culpar a los hijos por las decisiones que tomaron sus padres, pero yo no era un temerario. No pondría a ningún miembro de mi familia en peligro por las rencillas pasadas. Ante todo, me debía a mi gente. Muy al contrario de lo que Enya pensaba, no estaba sumido en el rencor. Ella me había juzgado sin conocer toda la parte de la historia.

Aunque si era sincero conmigo mismo, no era su culpa. Una parte de mí seguía queriendo protegerla del peligro, tal y como hacía cuando era niño. Esa parte de mí no quería que Enya conociese los horrores de mi pasado, no quería que ella viese las partes más oscuras de mi alma. De niña, Enya siempre lograba que la oscuridad que habitaba en mí se disipase, ella hacía que mi corazón se mantuviese en su color natural. Pero Zinov había logrado que la oscuridad reinase en mí y que mi corazón se tiñese de negro alquitrán.

—¿Sabes algo de Arlan? —pregunté.

—Él ha recibido las pruebas. Me hubiera gustado ver su reacción, pero no he podido

acercarme a él. —Sullivan hizo una pausa cuando enarqué una ceja. Él sabía que no era eso lo que le estaba preguntando—. No os ha denunciado a ti ni a Enya ante el resto de familias. Tal vez su hermana le importa más de lo que parece y no quiere que su nombre sea deshonrado.

Sullivan estaba equivocado. Arlan odiaba a Enya. Culpaba a su hermana de la muerte de su madre. Esta se había suicidado después de descubrir que Farrell la engañaba con la madre de Enya. Con los años, ese odio solo había aumentado.

—Él la odia, siempre lo ha hecho y siempre lo hará.

Desconocía las razones de Arlan para no denunciarnos, pero no tenía ninguna duda de que serían por su propio beneficio. Arlan no hacía nada que no le beneficiase a él o a su familia.

—Eso es algo que nunca he entendido. ¿Por qué Arlan era tu mejor amigo si veías lo mal que trataba a Enya?

Le había contado a Sullivan demasiadas cosas. Posiblemente, más de las que debería, aunque no todas. Emily Perkins no había sido la buena mujer que, seguramente, su abuelo le había hecho creer a Enya. Ella había amado a Enya, incluso a Arlan. Había intentado por todos los medios que él la quisiese como una madre, pero ella guardaba un secreto. Uno que muy pocos conocían, uno por el que Arlan la odiaba.

Emily Perkins se había enamorado de Farrell Wolf cuando este estaba casado. Se había convertido en su amante, pero ella quería casarse con él. No le movía la ambición, solo el amor, pero un amor obsesivo. La madre de Arlan era una mujer débil y Emily había aprovechado esa debilidad. Se había acercado a ella haciéndose pasar por una buena amiga. La había manipulado de tal manera que esta había terminado confiando en Emily con los ojos cerrados. Ella la separó del resto de sus amistades, de todos los que la querían. Y cuando estaba sola y era más vulnerable que nunca, se aseguró de que se enterase de la manera más cruel de que su marido y ella estaban juntos. Quizá su intención no era que Devany Wolf se suicidase, sino que desapareciese de la vida de Farrell —aunque me costaba creer que Emily Perkins fuese tan ingenua como para creer que en la mafia era tan fácil escapar de un matrimonio—. Tres meses después del fallecimiento de la madre de Arlan, Emily se quedó embarazada de Enya y ella y Farrel se casaron un mes después.

Arlan me lo había contado cuando éramos unos niños. Su abuela materna se lo había contado a él. Aunque no estaba de acuerdo con que culpase a Enya, entendía su dolor. Por eso, me convertí en el protector de Enya. No podía dejar que Arlan la hiciese sufrir. Como no podía permitir que Enya se enterase nunca de lo que su madre había hecho.

Ese era un secreto que me llevaría a la tumba.

—¿Ahora eres mi psicólogo? —pregunté con sarcasmo.

—Podría sacarme un sobresueldo —respondió con una sonrisa—. Guardas muchos sentimientos en tu interior.

—Sí, y uno de ellos está a punto de salir al exterior para romperte la mandíbula.

Sullivan explotó en carcajadas.

—Después de dos días tratando con esos estirados jefes de familia, necesito una ducha, un trozo de la famosa tarta de Noreen y compañía femenina. Así que, si no necesitas nada más… —Sullivan se levantó de la silla.

Le hice un gesto con la mano para que se marchase. Yo también tenía negocios que atender.

Una hora después, miraba la pantalla del ordenador sin poder concentrarme. Aunque había visto a Enya pasear por el jardín y mis hombres me mantenían al día de sus movimientos, no había hablado con ella. Después de lo sucedido en la piscina, había mantenido las distancias con ella. Pero, lo cierto era que mi mente iba una y otra vez a las palabras que ella me había dicho.

No podía estar casada con un hombre que no era sincero con ella.

Aunque anteriormente la había engañado y mentido por el bien de mi familia, desde que la había traído de regreso a mi casa, todo lo que le ocultaba era por su propio bien. Había verdades que ella nunca sabría, pero había otras de las que no podía protegerla, no cuando esas verdades eran el único medio para que ella me entendiese, para que Enya quisiese estar a mi lado. Quería que ella desease estar casada conmigo.

Salí de mi despacho. Me encontré a Noreen regañando a una de mis empleadas del hogar por no limpiar las ventanas con el producto adecuado. Cumplir con mis expectativas de limpieza era algo complicado y sin duda alguna, Noreen estaba a la altura.

—¿Necesita algo, señor Maccarthy? —me preguntó cuando hice un gesto con la mano para que la empleada se marchase.

—¿Dónde está mi esposa?

—En la biblioteca. Desde que usted ha regresado, prefiere leer en el interior. —Noreen hizo una pausa—. Ella está triste. —A pesar de que no dijo nada más, pude ver el significado oculto en sus palabras.

Conocía a Noreen desde que era un niño. Ella había sido una gran amiga de mi madre, razón por la que le había dado un puesto de poder en mi casa. Por eso y porque era la primera vez que lo hacía, no iba a tenerle en cuenta que metiese las narices donde no le llamaban. Aunque eso no significaba que no se lo advirtiese.

—Mi matrimonio es cosa de Enya y mía. Ni tuya ni de nadie más.

Ella asintió.

—No era mi intención faltarle el respeto. Enya es una buena mujer, ella no es como su madre ni como su hermano. En su corazón solo hay bondad.

—Lo sé —respondí y después, me giré para dirigirme hacia la biblioteca.

Por lo general, Noreen era una mujer prudente y reservada. Ella solía mantenerse al margen y siempre obedecía mis órdenes, pero había visto la reticencia en su mirada cuando le dije que Enya se quedaría en mi casa durante una temporada y que la iba a dejar a su cuidado. Noreen había sido otra de las víctimas de Farrell Wolf. Su marido había sido asesinado por uno de los hombres de Wolf.

Como todos nosotros, ella odiaba a Farrell Wolf con toda su alma. Y como la mayor parte de miembros de mi familia, había culpado a Enya de los pecados que Farrell cometió. Sin embargo, Noreen había conseguido ver a Enya por lo que ella era y eso era algo de lo que Enya se podía sentir muy orgullosa.

Capítulo 15

Enya

Cian no había pronunciado ninguna palabra desde que había aparecido en la biblioteca pidiéndome que le acompañase. Al principio, creí que iba a llevarme a su despacho a darme uno de sus sermones, pero, en cambio, me llevó hasta el exterior de la mansión.

Se subió en su coche y esperó pacientemente hasta que yo subí en el asiento del copiloto. Si por paciente llamamos a dar un bocinazo cuando tardé más de un minuto en moverme.

No me habló durante todo el trayecto en coche y aunque no me lo esperaba, no me sorprendió cuando me llevó a la torre.

Pese a que él apenas me miró mientras conducía, yo sí le observé a él. Cian era una persona difícil de leer y en muchas ocasiones no era capaz de interpretar sus emociones, pero durante este tiempo, había aprendido a anticipar sus movimientos. Al menos, algunos de ellos. Había algo que Cian quería contarme, algo que no le resultaba sencillo y, de alguna manera retorcida, la torre se había convertido en nuestro lugar para hablar.

Sentada en una piedra, observé el trasero de Cian, que era lo único que podía ver de él, ya que me estaba dando la espalda con sus codos apoyados en las almenas.

—Puedes contarme lo que sea, Cian —rompí el silencio.

No debería haberlo hecho, porque era obvio que Cian necesitaba tiempo para poner sus ideas en orden, pero no pude evitarlo. Aunque estaba trabajando en ser capaz de respetar los silencios, no estaba teniendo demasiado éxito.

Él no se giró ni emitió ningún sonido, por lo que decidí contarle un pensamiento recurrente en mi cabeza en los últimos dos días desde que habíamos discutido en la piscina.

—No tengo recuerdos de mi padre. Arlan me entregó una foto en la que estábamos los cuatro cuando estuve en su casa. —O mejor dicho, cuando me secuestró—. Mi padre me miraba con amor. —Me había dejado la foto en la habitación que había ocupado en la casa de mi hermano. Me hubiese gustado recuperarla, pero tratar con Arlan de nuevo no estaba en mi lista de propósitos para los siguientes diez años—. Pero, en realidad, no sé si él fue bueno conmigo o no. Aunque una parte de mí quiere pensar que sí, la parte más racional, la que deja los sentimientos de lado, me dice que no. ¿Qué padre comprometería a su hija siendo solo una niña?

Los músculos de la espalda de Cian se tensaron al escucharme. Él no se dio la vuelta, ni siquiera ladeó la cabeza hacia mí.

—Él nunca te hizo daño, Enya —dijo Cian—. Él te quería. —No estaba segura si lo decía para hacerme sentir bien o era la verdad, pero le creí. No me esperaba que Cian hablara bien de mi progenitor, no después de saber lo mucho que lo odiaba—. En nuestro mundo, los matrimonios concertados no son raros.

«Nuestro mundo».

Había escuchado aquellas palabras durante muchas ocasiones en esas últimas semanas. Parecía que la mafia se regía de unas reglas diferentes, tal y como me había dicho Maeve.

—De acuerdo, él fue bueno conmigo, pero no era un buen hombre. —Cian no era la persona más adecuada para descubrir información sobre mi progenitor, pero era la única que podía ayudarme a intentar conocer parte de mi pasado.

—Ninguno en nuestro mundo lo es.

—¿Tú no lo eres? —pregunté, a pesar de que sabía la respuesta

—Soy de los peores. He cometido atrocidades para que mi familia recupere lo que le pertenece y cometeré más para que lo mantenga. Así funciona la mafia y estoy orgulloso de quién soy. Estoy orgullo del hombre que fue mi padre y del legado que me dejó.

—Pues yo no estoy orgullosa de ser la hija de un asesino.

Esas palabras hicieron que Cian se girase para mirarme a los ojos, pero no se acercó a mí. Solo me miró como si estuviese buscando algo, aunque no sabía decir qué. No sé si lo encontró, porque negó con la cabeza repetidamente.

—Todos los hombres en la mafia lo somos y los que aún no lo son, lo serán. Está en nuestro ADN, es parte de lo que somos. La mafia no es para cualquiera. Cualquier hombre no puede pertenecer a ella, hay que ser despiadado y cruel para sobrevivir en nuestro mundo.

A pesar de que no llegaba a entender qué significaba exactamente pertenecer a la mafia y tenía la sensación de que nunca llegaría a hacerlo, había escuchado y visto lo suficiente durante las últimas semanas para no sorprenderme ante lo que Cian me acababa de contar.

—No me refiero a los negocios —de los que no quería saber nada—, me refiero a que no estoy orgullosa de ser la hija de un hombre que mató a su socio delante de su hijo.

Cian suspiró con fuerza.

—Tu padre quería a tu madre. Enloqueció cuando fue asesinada y casi te matan a ti. Tuvo que separarse de ti por tu bien y eso le hundió aún más en la oscuridad. Tanto mi padre como el tuyo fueron engañados.

—¿Engañados? —pregunté.

—Nuestros padres se asociaron con Zinov Andrejev, un miembro de alto cargo de la Bratva. Les propuso unos tratos beneficiosos que no pudieron rechazar. —Noté que había más en esa historia, pero Cian estaba evitando contarme—. Él vio una oportunidad de quedarse con todo el pastel enfrentando a tu familia y a la mía. Mandó mataros a tu madre y a ti creando pruebas falsas para que mi padre pareciese culpable. Zinov pensó que tu padre enloquecería por el dolor, que mataría a mi padre y luego se suicidaría. Y así, él se quedaría con sus negocios y, con el tiempo, la Bratva reinaría en Dublín. Tal vez habría sido así si tú no te hubieses salvado.

—Gracias a que tú me salvaste —dije con la voz entrecortada.

Pero Cian no me escuchó, él estaba sumergido en los dolorosos recuerdos.

—Cuando tu padre mató al mío, mi madre y yo tuvimos que huir de Irlanda. Zinov nos ayudó. —Abrí los ojos como platos. ¿El hombre que lo había preparado todo les ayudó? Cian vio mi pregunta en mis ojos y me lanzó una sonrisa irónica—. Es un maestro manipulador. Engañó a mi madre, haciéndola creer que Farrell Wolf se había vuelto ambicioso, que había matado a su propia esposa, culpando a mi padre para quedarse con los negocios de mi familia. Creí las mentiras de Zinov y le permití que nos llevase a Rusia. —Cian tragó saliva y se mantuvo en silencio por unos segundos. El dolor que se reflejaba en sus ojos me avisó de que, si lo que me había contado hasta ahora era demoledor, lo siguiente sería terrorífico—. Él comenzó a entrenarme, preparándome para la venganza contra tu padre. Me torturó para que me hiciese más fuerte, me dio palizas que me dejaron medio muerto para que aprendiese a defenderme. En una ocasión, él me llevó a … —Hizo una pausa al darse de que yo estaba llorando. No podía controlar las lágrimas que caían por mis mejillas al ser consciente del sufrimiento que él había padecido. Cian no debía tener más de diez años cuando cayó en las redes de ese desalmado. Por amor de Dios, ¿cómo alguien podía hacer algo así a un niño?—. No importa —dijo, finalizando lo que me estaba contando—. Lo acepté porque él me aseguró que era la única manera de que pudiese recuperar lo que me pertenecía cuando creciese, la única manera de limpiar el nombre de

mi padre. Creí que me estaba ayudando, pero, lo que Zinov realmente estaba haciendo, era convertirme en su lacayo. Él quería usarme para que recuperase lo que me pertenecía y después, se lo entregase a él. Posiblemente, lo hubiese logrado, ya que yo pensaba en él como un salvador y el odio hacia tu padre arrasaba con todo. Pero, cuando cumplí los quince años, descubrí la verdad. Huí de Rusia y regresé a Irlanda. Tras años de lucha, logré reunir a los miembros de mi familia que habían sido perseguidos y humillados, dándoles un hogar.

—¿Y tu madre?

Los ojos de Cian brillaron con un sentimiento que no supe reconocer.

—Ella falleció un poco antes de que yo huyese. —Sabía que estaba siendo evasivo con ese tema y que había mucho más de esa historia que no me estaba contando. El tema de lo que le sucedió a su madre era muy delicado y demasiado personal para que yo hiciese más preguntas al respecto. Cian ya se había abierto a mí más de lo que posiblemente él se creía capaz. Por una vez en mi vida, no insistiría. Dejaría que Cian me lo contase cuando él estuviese preparado.

—¿Por qué me lo has contado? —pregunté, secándome las lágrimas.

—Porque tenías razón. Te mereces saber la verdad o por lo menos, parte de ella. —Sabía que Cian me había ahorrado los detalles más escabrosos—. No quiero volver a hablar de esto. Te lo he contado porque quiero que entiendas mis razones para hacer lo que te hice. Nunca pretendí hacerte daño, Enya.

Tal vez estaba cometiendo un error volviendo a confiar en él, pero le creí. Cian podía haber tratado de llenar mi cabeza de ideas en contra mi padre, dibujándolo como el monstruo que sabía que él y todos los habitantes del pueblo creían que era; sin embargo, no lo había hecho. Había respondido con neutralidad a mis preguntas y después, me había contado su parte de la historia.

En un acto impulsivo, me levanté de la piedra y vencí la distancia que nos separaba. Con mis manos, rodeé la cintura de Cian y lo abracé. Aunque al principio parecía no saber qué hacer, terminó apoyando su cabeza en mi hombro y devolviéndome el abrazo.

Lloré en su pecho. Lloré por ese niño pequeño que sufrió a manos de un desalmado, por ese adolescente huérfano que tuvo que huir. Y lloré, sobre todo, por ese hombre que seguía sufriendo por culpa del poder y del odio.

—Nunca he podido soportar que llores —me dijo cuando mis sollozos se convirtieron en hipidos.

Poco a poco, levanté la cabeza para mirarle. Con el dorso de la mano, me sequé las lágrimas.

—Debiste pasarlo muy mal entonces. De pequeña, era una llorona —bromeé, para intentar aflojar la tensión del momento. Al menos, esos eran los recuerdos que tenía de mi infancia junto a mi abuelo.

—No, no lo eras. Eras una niña muy fuerte. Solo llorabas en contadas ocasiones.

Rodeé mis brazos alrededor de su cuello.

—¿Qué hubiese pasado si no nos hubiésemos separado? —le pregunté con mi rostro pegado al suyo.

Cian acarició mi nariz con la suya.

—Que nos hubiésemos casado.

—Yo creo que no. Creo que, al final, habríamos sido tan buenos amigos que el amor no habría hecho acto de presencia. Criada en la mafia, habría aceptado el destino que mi padre había preparado para mí.

—No, no lo habrías hecho. Nunca haces aquello que se te ordena. —Cian acercó su boca a la mía y atrapó mi labio inferior con los dientes, tirando de él con suavidad.

—¿Y por eso no me pediste que me casase contigo y me engañaste? ¿Crees que si me

hubieses contado toda la verdad no te habría ayudado?

—¿Lo habrías hecho?

La verdad es que no lo sabía. Solo habían pasado unas pocas semanas, pero yo ya no era la misma. Aunque seguía sin entender muchas cosas, sí comprendía otras. Entendía la lealtad de los habitantes del pueblo a Cian y lo importante que era para ellos. Comprendía que Cian no había tenido otra opción. O quizá, sí la había tenido, pero no había sabido verla.

—No, supongo que no —respondí con honestidad—. Posiblemente, te habría dicho que estabas loco y que no quería saber nada y hubiese regresado a Melbourne.

—¿Ya no quieres volver? —preguntó. Su cara estaba tan cerca de la mía que su aliento me golpeaba las mejillas.

Le di un beso en los labios y tiré suavemente de él. Cian me lo permitió. Di un par de pasos hacia las almenas y coloqué mis manos en la piedra. Miré el horizonte. A lo lejos, se veía el pueblo. Las casas parecían de miniatura y los habitantes que paseaban por las calles eran puntos prácticamente invisibles a la vista.

¿Quería irme? ¿Quería regresar a una vida sencilla y tranquila, pero que no me hacía feliz? Una vida que nunca había sido real. Siempre había tenido la sensación de que mi vida no estaba en Melbourne, que me faltaba algo y desde que mi abuelo falleció, esa sensación se había incrementado. Nunca había visto Australia como mi hogar y ahora sabía la razón: porque mi verdadero hogar estaba en Irlanda. No cambiaría por nada del mundo mi infancia junto a mi abuelo, pero yo era la hija de un mafioso y aunque me había costado tiempo verlo, en ese momento, me di cuenta de que no se puede ir en contra de lo que eres. Pertenecía a una familia de mafiosos. Lo que era peor, estaba enamorada de uno. Porque mi corazón estaba irremediablemente atado al de Cian. No importaba lo que lo negase, los kilómetros que recorriese para alejarme de él, mi corazón siempre se quedaría con él. Aunque no sabía si estaba preparada para una vida a su lado, para una vida en la mafia.

Cian rodeó mi cadera con sus brazos, pegando su cuerpo al mío. A diferencia de mí, él si sabía respetar los silencios. Nos quedamos allí, quietos, viendo cómo el sol comenzaba a esconderse dando paso a la luna. Una luna llena. Desde que había huido a escondidas a mitad de la noche, la luna había completado su ciclo.

Y entonces, lo supe. La dama blanca me había dado la señal que necesitaba.

—Mi abuelo solía decirme que la luna llena presagiaba algo malo, como una especie de maldición.

—Había luna llena el día que tu madre falleció. —La voz de Cian me acarició la oreja—. Y también el día en el que falleció la mía —reconoció.

—La maldición de la luna llena —susurré.

Dejé de mirar a la luna. Bajé la mirada a la piedra para ver la inscripción que Cian y mi hermano habían escrito cuando eran unos niños, debajo de la que yo había puesto unas semanas atrás.

—¿Odias a Arlan porque él cree que tu padre mató a mi madre? —pregunté sin girarme.

Como cada vez que mencionaba a mi hermano, sentí cómo Cian se tensaba.

—No. Cuando tu padre nos expulsó a mi madre y a mí, Arlan me prometió que cuando fuese más mayor, me ayudaría a regresar, que siempre estaría a mi lado.

—Pero no fue así —intuí.

—No, los Wolf se quedaron con todos los negocios de mi padre y Arlan está haciendo todo lo posible por evitar el regreso de mi familia a Dublín. Él me traicionó. Traicionó nuestra amistad.

Apenas conocía a Arlan, pero él odiaba a Cian tanto como Cian a él.

—Quieres recuperar los negocios.

—Esos negocios no me importan. Tengo nuevos socios influyentes y negocios rentables. Los he creado desde cero. Lo único que quiero es que mi familia recupere el prestigio que nunca debió perder. Que se sepa la verdad: que mi padre no fue un traidor. Así, los miembros de mi familia podrán regresar a sus hogares en Dublín.

—¿Crees que lo lograrás?

—Ya lo he hecho. En parte, gracias a ti. Ya todos tienen las pruebas de que mi padre era inocente, pero no hubiese sido suficiente si estuvieses casada con Callum. Arlan, aun teniendo la verdad delante de la cara, hubiese luchado para que el nombre de vuestro padre no quedase en entredicho. Pero, sin el apoyo de los O'Donell, no lo hará. Y siendo tú mi esposa, el resto de familias darán por hecho que los Wolf y los Maccarthy hemos dejado el pasado atrás.

—No creo que Arlan lo vea así —reconocí, volviendo a levantar la mirada para contemplar el cielo—. ¿Para ti sigo siendo solo un medio para un fin? —Traté de mantener mi tono de voz lo más neutral posible, porque después de todo lo que había pasado entre nosotros, no debería importarme su respuesta, pero lo hacía. No sabía si podría soportar un sí, escuchar por su propia boca que no significaba nada él.

Cian tiró de mi cadera, intentando que me girase para mirarme a la cara, pero me resistí. Sabía que si lo hacía, me creería cualquier mentira que me contase, porque quería hacerlo, deseaba hacerlo.

Con un suspiro de frustración, apoyó su cabeza en mi hombro. Sentí su fuerte pecho contra mi espalda y su boca en mi oreja.

—Nunca fuiste un medio para un fin. Quería que fuese así, pero, desde que te volví a ver en el aeropuerto, supe que nunca podría hacer nada que te dañase. Me casé contigo porque deseaba hacerlo. Sé que el otro día te dije que nunca te dejaría irte y lo dije de verdad. No quiero que te vayas, quiero que te quedes a mi lado. Deseo regresar a Dublín contigo de mi mano, como mi esposa. Sin embargo, si tú no quieres lo mismo, lo aceptaré. Te llevaré al aeropuerto mañana mismo si es tu deseo.

Cian me estaba dando la oportunidad que había estado esperando. Finalmente, me estaba dando una opción, una salida, la libertad que tanto anhelaba. Sin embargo, ¿por qué sus palabras susurradas en mi oído, lejos de destensar el nudo que se había formado en mi estómago, lo estaban aumentando? Debería de estar feliz y, por el contrario, me sentía vacía.

¿Qué me estaba pasando?

Incapaz de darle una respuesta, observé la luna llena reinando el cielo. Orgullosa, gritándole al mundo lo poderosa que era. Pero estaba equivocada, no lo era. Ya no tenía poder contra mí.

La luna llena no siempre tenía que ser el presagio de algo malo. Haber regresado a Irlanda no había sido tan terrible pese a todo el sufrimiento. Porque había vuelto al lugar donde había nacido y porque había vuelto a reencontrarme con Cian. Irlanda era parte de mi pasado y aunque quisiese, no podía huir de él.

Con una decisión tomada y dejando guiarme por mi corazón, me di la vuelta. Cian se apartó de mí para permitírmelo. Estiré mis manos para que él las sujetase.

—Ya es hora de romper la maldición de la luna llena. —Cian enarcó una ceja, pero no dijo nada—. No voy a regresar a Melbourne. Mi vida ahora está en Irlanda, mi vida está junto a ti.

Una sonrisa genuina, una que pocas veces dejaba ver, iluminó su rostro. Soltó mis manos para sostener mi rostro. Sus labios se unieron a los míos en un beso tierno y abrasador. Ternura y crueldad, una mezcla arrolladora de la que Cian estaba formado. Una de la que me había vuelto

adicta.

Puede que en un futuro me arrepintiese, puede que Cian estuviese engañándome de nuevo, pero no podía ignorar a mi corazón. Estaba enamorada de ese hombre y si regresaba a Melbourne, me pasaría la vida entera preguntándome qué hubiera pasado de haberme quedado.

—Creo que deberíamos ir a casa —dije, aún jadeando cuando sus labios se separaron de los míos.

Mi cuerpo ardía de deseo de unirme a él.

Cian me dio un tierno beso en los labios.

—Aún es pronto, la noche es larga. Hay otro lugar al que te quiero llevar primero.

—El cine era el último lugar al que pensé que me traerías —le dije a Cian mientras me sentaba en una de las cómodas butacas de color granate del pequeño cine.

El lugar estaba vacío, no había ningún otro cliente, ni siquiera estaba segura de que ese día estuviese abierto. Había pasado por fuera más de una vez con Nessa y había visto que solían reproducir películas antiguas. Me había llamado la atención por la arquitectura del establecimiento por fuera. Era un edificio de piedra, con la taquilla adherida a él; las luces en neón con el nombre en el techo y grandes ventanales. Por dentro, estaba reformado, pero mantenía un estilo antiguo que le daba un aire nostálgico.

—De niña ansiabas ir al cine, pero tu padre nunca lo permitió. Te prometí que un día te llevaría y yo siempre cumplo mis promesas. —Me guiñó un ojo, juguetón—. Aunque reconozco que esperaba que vinieses vestida más adecuadamente.

Cian miró con desaprobación mis pantalones vaqueros largos rotos. La expresión de su cara empeoró cuando su mirada se centró en la sudadera de Mickey Mouse con capucha que llevaba puesta.

—Me gusta vestir cómoda. Además, estamos yendo al cine, no a la ópera —apunté, sin entender su código de vestimenta. Cian tenía la manía de ir prácticamente de etiqueta a cualquier lugar que visitaba—. Aunque has tenido un gesto tan bonito, que la próxima vez que vengamos, estoy dispuesta a ponerme uno de los modelitos que compraste para mí. —Tenía que reconocer que varias de las prendas que había elegido para mí eran bonitas, pese a que usualmente prefería utilizar ropa más deportiva.

Cian suspiró.

—Supongo que tendré que tomármelo como una victoria.

—Deberías —le respondí, sacándole la lengua—. ¿No te sientas? —le pregunté al darme cuenta de que él seguía de pie.

—Ahora vengo —fue lo único que me dijo antes de desaparecer por el pasillo de moqueta.

Pacientemente, me recosté en la butaca, que era bastante cómoda. Las luces estaban encendidas, iluminando la sala. Me había sentado en la segunda fila, por lo que veía la pantalla blanca con total perfección. Cerré los ojos unos segundos, sumiéndome en mis pensamientos, intentando asimilar un poco todo lo que me había sucedido en las últimas semanas. Aunque no tenía todas las respuestas y, seguramente, nunca las tendría, de lo que estaba convencida era de lo enamorada que estaba de Cian y que, a pesar de todo, quería estar con él. Podía estar cometiendo un error y arrepentirme durante toda la vida de haberle dado una segunda oportunidad, pero tenía que intentarlo.

Seguía sintiéndome abrumada por lo que había descubierto sobre Cian y sobre mi familia, pero no tanto como posiblemente debería sentirme. Era como si mi cerebro estuviese preparado para una verdad así. Posiblemente, era así, ya que por mis recuerdos de niña, yo era conocedora

de que mi padre pertenecía a la mafia irlandesa, aunque a esa edad no terminara de entender todas las implicaciones. En honor a la verdad, ni en ese momento era capaz de entenderlas.

¿Podría mantener una relación con Cian sabiendo a lo que se dedicaba? ¿Sabiendo que sus manos habían estado manchadas de sangre?

Ni yo misma era capaz de responder a esas preguntas.

—No me digas que me he tomado tantas molestias para que te quedes dormida —bromeó Cian, devolviéndome a la realidad.

Abrí los ojos para verle sentado en la butaca, a mi lado. Sujetaba con una de sus manos una caja con palomitas y en la otra, un vaso alto con una pajita. Dejó el vaso en el suelo entre los dos y me dio las palomitas.

—He comprado Coca-Cola —dijo, señalando el vaso con un movimiento de su barbilla—, ¿te sigue gustando?

—Sí, muchas gracias —agradecí, a la vez que me metía una palomita en la boca—. Has comprado demasiadas palomitas.

Cian arqueó una ceja.

—No son solo para ti. —Él cogió un puñado de palomitas y se llevó una de ellas a la boca.

—Pensaba que no te gustaba el dulce.

—Y no me gusta, por eso las he comprado saladas.

Me reí, porque él tenía razón. Había supuesto que al no gustarle el dulce, no le gustarían las palomitas, lo que era una tontería.

—Te he comprado algo más —dijo, justo cuando las luces se apagaron y se encendió la pantalla.

Cian sujetaba en el aire un paquete de gominolas. Gominolas con forma de cereza.

Un pequeño chillido salió de mi garganta antes de que pudiese evitarlo.

—Hace un montón que no como, son mis preferidas.

Le quité el paquete. Con la emoción, había dejado las palomitas en mi regazo, pero salieron disparadas cuando el paquete de gominolas se me resistió y tuve que hacer fuerza para abrirlo.

—Lo siento —me disculpé, mientras me inclinaba para recoger las palomitas e intentar recuperar aquellas que no se habían desparramado por el suelo. Una vez conseguido, dejé el cartón en el suelo.

—No sé cómo te las arreglas, pero siempre logras hacer un desastre. —A pesar de sus palabras, el tono de voz de Cian era burlón.

—Con lo maniático que eres, tiene que ser difícil para ti mi desorden. —Me llevé una de las gominolas a la boca.

—Tener cuidado con las cosas y mantener mis pertenencias ordenadas, no es ser maniático, es ser responsable.

—¿En serio vas a darme un sermón sobre el orden y la limpieza ahora? —pregunté, enarcando una ceja.

Cian no llegó a responder, porque la película comenzó a reproducirse en la pantalla.

—*El rey león* es mi película favorita —dije cuando la canción del comienzo empezó a sonar.

—Tenía la esperanza de lo que siguiese siendo. —Cian ladeó su cabeza hacia mí, curvando sus labios en una sonrisa, para después fijar su mirada de nuevo en la pantalla.

Sentí cómo una lágrima salía de mis ojos y recorría mi mejilla derecha. Me la limpié con disimulo.

—¿Qué ha cambiado? —pregunté, alzando la voz para que pudiese escucharme. Me miró, confundido—. Desde tu conversación con Sullivan a ahora.

La expresión de Cian no cambió al escuchar mi pregunta. Sin embargo, pude ver cómo respiraba profundamente antes de contestarme.

—Nada.

Su respuesta sincera provocó que girase la cabeza para mirar la pantalla justo en el momento en el que Rafiki presentaba a Simba al resto de animales. Cian colocó un dedo debajo de mi barbilla para obligarme a mirarle.

—La conversación que oíste fue la del jefe de la familia Maccarthy hablando con su segundo. No era para tus oídos.

—Eso no la hace menos real.

Él había hablado de mí como si fuera un objeto, parte de una transacción para poder obtener el poder. Él había hablado de mí como si no significase nada para él.

Si no había cambiado nada, entonces ¿qué narices estaba haciendo manteniéndome junto a él? Ya había obtenido lo que estaba buscando, ya no me necesitaba.

—Enya —sus ojos azules reflejaban una mezcla de enfado, culpa y frustración—, pensaba que ya habíamos arreglado el pasado. Creía que estabas dispuesta a darme una segunda oportunidad.

—Y lo estoy, pero… —Pese a que intenté mover la cabeza para no tener que mirarle a los ojos, él me lo impidió—, entiéndeme. Hace unas semanas estabas diciéndole a Sullivan aquellas cosas horribles y ahora, organizas esto. Mi película favorita de niña, mis gominolas preferidas. Estoy confundida.

Una parte de mí, aquella que quería creer que lo nuestro podía funcionar, me decía que si yo no fuese nada para él, apenas se acordaría de mí. ¿Por qué después de tantos años Cian sabría cuál era mi película favorita de pequeña o mi helado preferido? Eso quería decir algo. Sin embargo, había otra parte de mí que aún tenía dudas y que le costaba confiar ciegamente en él.

—No tienes que estarlo. Sé que te he hecho daño y no puedo prometerte que no volveré a hacértelo. No será voluntariamente, pero no sé cómo ser un buen marido. Tendrás que enseñarme.

Sonreí débilmente.

—Igual tenías que haber tenido eso en cuenta antes de casarte conmigo.

—A lo mejor, pero ya es tarde para eso. —El tono de voz de Cian era suave—. ¿Por qué no vamos poco a poco? Déjame demostrarte todo lo que me importas.

Me importas, no todo lo que te quiero. Cian no me estaba declarando su amor. Me había dicho que era suya, también que estaba dispuesto a dejarme ir aunque le doliese. Eso era amor, pero no lo había verbalizado. Y yo necesitaba que lo hiciese. Aunque yo tampoco le había declarado mi amor. No porque no lo sintiese, sino porque no estaba preparada para decirlo en alto. Tal vez, no éramos tan diferentes.

—De acuerdo.

Él suspiró, aliviado. Sabiendo que era mejor dar la conversación por terminada, volví a centrar mi atención en la pantalla. No quería estropear el momento, deseaba disfrutar de él. Durante más de media hora, vimos la película en silencio, aunque no se me pasó desapercibido, que de vez en cuando, él desviaba la vista de la pantalla para mirarme a mí. Cian me observaba como si yo fuese una obra de arte digna de ver y aquello hizo que mi corazón se derritiera.

—¿Quieres una gominola? —le pregunté una de esas veces que me miraba.

Cian negó con la cabeza.

—No, no me gustan las gominolas.

Me metí una de las cerezas de la gominola en la boca, dejando la otra colgando y ladeé la

cabeza para mirarle.

—¿Seguro?

Cian esbozó una sonrisa peligrosa. Acercó su boca a la mía y se metió la cereza sobrante en la boca. La mordió para después besarme. Compartimos las cerezas mientras nuestras lenguas bailaban al ritmo de una de las canciones de la película. El dulce de la gominola se unió al sabor mentolado de su boca. Uno de sus dedos acarició la piel de mi cuello, avivando el fuego que ardía en mi piel a la vez que su lengua exploraba, exigía y poseía mi boca.

Cuando rompió el beso, el deseo caliente y poderoso recorría todo mi cuerpo.

—Vámonos a casa. —A diferencia de aquel momento íntimo que compartimos en la torre, esta vez mi voz sonó exigente, sin opción a réplica.

—¿No quieres terminar de ver la película? —inquirió con picardía, a la vez que su dedo acariciaba mi labio inferior, hinchado por el beso.

—Ya sé cómo termina. No me voy a perder nada.

—Así todo, deberíamos quedarnos a verla. —Su boca se acercó al lóbulo de mi oreja, mordisqueándolo, provocando que un gemido saliese por mi garganta.

Él se estaba burlando de mí. El muy capullo estaba jugando conmigo. Antes de caer en la tentación, me separé de él y me levanté del asiento.

—Entonces, supongo que tendré que volver sola a tu casa —dije con fingida tristeza.

No había dado dos pasos por el pasillo cuando Cian me alcanzó. Me levantó, colocando mi cuerpo encima de su hombro. Me sacó del cine y me llevó hasta el coche como si fuese un saco de patatas. Lejos de sentirme avergonzada, me sentí deseada; sobre todo, cuando me dejó en el asiento del copiloto y pude ver cómo su erección empujaba la tela de sus pantalones.

Capitulo 16

Enya

Toda la valentía que había sentido se evaporó cuando Cian y yo entramos en su habitación. La habitación que yo había estado ocupando los últimos días. Al principio, pensé que él dormiría allí conmigo cuando regresó de su viaje de negocios, pero él no había aparecido. Algo que agradecí en esos momentos, ya que estaba enfadada con él. Ahora, el enfado había sido sustituido por un deseo avasallador, pero también por temor.

No temor a mantener relaciones sexuales y mucho menos a perder mi virginidad con él, porque no solo sabía que él era el hombre adecuado, sino que sentía que mi cuerpo le había estado esperando a él. Que ningún hombre antes me había interesado porque esos hombres no eran Cian. A diferencia de la última vez en la que habíamos estado a punto de hacerlo, esta vez estaba preparada; sin embargo, no podía evitar el temor a lo desconocido.

—¿Estás temblando? —preguntó Cian, acariciándome la mejilla con el dorso de la mano.

—Un poco —reconocí.

—No tenemos que hacerlo si no estás preparada. —Sus palabras eran suaves y sus ojos me observaban con dulzura.

—Estoy preparada, quiero hacerlo. —Puede que nuestra historia no funcionara a largo plazo, puede que llegase a arrepentirme de haber confiado en él, pero de lo que jamás me arrepentiría era de entregarle mi virginidad. Deseaba vivir este momento con él. Quería que fuese mi primero y también mi ultimo. Pero si eso no era posible, atesoraría esa experiencia en mi mente el resto de mi vida —. ¿Si después de hacerlo descubro que no me gusta el sexo? ¿Y si duele demasiado? ¿Y si mi falta de experiencia te aburre? —Eran preguntas absurdas para hacer, pero no podía controlar los temores sin sentido que navegaban por mi mente.

Cian abrió los ojos, atónito. Acto seguido, estalló en carcajadas.

—¿Has terminado? —pregunté con la ira asomando en mi tono.

—Solo tú podías hacer esa clase de preguntas en un momento como este —dijo, conteniendo la risa. Estiró sus brazos y pillándome desprevenida, me quitó la sudadera y la camiseta, dejándome en mi sujetador lila. Inclinó la cabeza para dejar un reguero de besos desde mi cuello hasta la curva de mis pechos—. Te va a gustar. Te va a gustar mucho —susurró contra mi piel a la vez que desabrochaba mi sujetador.

Su boca se apoderó de mi pezón derecho. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y mis piernas temblaron. Él lo notó y me sujetó por las caderas para que no perdiese él equilibro, sin dejar de torturar mi pezón, mientras que con la mano libre, jugaba con el otro.

Cian se apartó de mí para desabrochar mis pantalones, tirando de ellos un segundo después junto a mi ropa interior. Los lanzó lejos, sin preocuparse de que quedasen en el suelo desparramados, lo que me dio la pista de lo desesperado que estaba. Sus ojos vagaron por mi cuerpo. La ferocidad de su mirada provocó que tragase con fuerza y mi corazón trotara en mi pecho.

—No me voy a aburrir contigo, *a stór*, ni durante un jodido minuto. Al contrario, nunca voy a tener suficiente de ti —susurró, su voz cargada de deseo.

Agarrándome por las caderas, me llevó hasta la cama y me tumbó bocarriba.

—Soy la inexperta aquí, ¿pero no deberías quitarte la ropa?

Con una risa ronca, se desnudó, dejando a mi vista un cuerpo musculoso que quitaba el aliento. Su miembro lucía preparado y listo para la batalla.

—No sé si va a… —Mordí mi labio inferior, muerta de vergüenza, siendo incapaz de terminar la frase.

Cian curvó sus labios en una sonrisa y estiró su mano derecha para acariciar mi mejilla.

—No te preocupes, lograremos que funcione.

Cian se tumbó a mi lado, apoyando su cuerpo en su codo. Ladeé la cabeza para mirarle y su mano libre se deslizó a mi pecho. Uno de sus dedos dibujó círculos descuidados en mi piel mientras sus ojos me miraban con intensidad.

Los labios del chico que amaba, del único que amaría alguna vez, tocaron los míos y olvidé cualquier miedo o duda que pudiese tener. Su lengua acarició mi labio inferior; abrí mi boca, dándole pleno acceso. Su beso fue tierno, pero urgente a la vez; un beso que era el preludio de algo más. Algo que ambos estábamos deseando. Algo que, tras mis temores iniciales, estaba segura de que disfrutaría. Él haría que eso fuese así, no tenía ninguna duda al respecto.

Mis manos encontraron el camino hasta su cuello y lo abracé, acercándolo más a mí. Ansiaba tener su cuerpo pegado al mío. Sus penetrantes ojos azules me miraban mientras nos besábamos. Gemí y el beso se volvió más frenético. Más feroz. En un rápido movimiento, Cian se colocó encima de mí sin dejar de besarme. Él debía de estar sujetándose de alguna manera para evitar aplastarme. Enterré mis dedos en su sedoso pelo, logrando que él gimiese en mi boca.

Al escucharle, el deseo me atravesó con más fuerza, provocando que mi centro se humedeciese. Cian se dio cuenta, porque su mano se deslizó entre nuestros cuerpos hasta llegar a mi zona más íntima. Introdujo un dedo en mi interior mientras con los otros acariciaba los pliegues de mi sexo, llevándome al límite. Me sentía como si me encontrase en lo alto de un precipicio de sensaciones.

—Estás deliciosamente mojada, *a stór* —susurró contra mis labios.

Su dedo se movió en mi interior, tocando los lugares correctos e instintivamente, alcé mis caderas hacia él. Cian introdujo un dedo más, seguido de otro más.

Nunca me había parado a pensar en cómo sería estar íntimamente con un hombre, pero, si lo hubiese hecho, estaba convencida de que la realidad hubiera superado cualquier expectativa. Cian era un experto en lograr avivar mi deseo. Él sabía exactamente qué punto de mi cuerpo tocar para que ardiese en llamas.

Deslizó su pulgar por mi clítoris, logrando que rozase el cielo con sus caricias.

—Me voy a correr —gemí.

—Córrete para mí, cariño.

El apelativo cariñoso, unido a sus manos recorriendo mi cuerpo, provocaron que explotara entre gemidos.

Mientras recuperaba el aliento, sentí a Cian levantarse. Mi cuerpo se quejó en protesta al no sentir su calor, pero estaba tan sumida en las sensaciones, que apenas le presté atención. Escuché el sonido de un cajón abriéndose e inmediatamente, el de un envoltorio rasgándose.

Cian regresó a la cama, tumbándose de nuevo encima de mí, sujetando su peso con uno de sus brazos. Su otra mano volvió a deslizarse entre nuestros cuerpos hasta que sus dedos encontraron mi sexo. El fuego que recorrió mi cuerpo al sentir sus caricias se congeló cuando sentí cómo sus dedos eran sustituidos por la punta de su miembro. Había escuchado a Bindi y a compañeras de universidad hablar sobre la primera vez y lo desastrosa que habían sido las suyas, a la vez que dolorosas. Sabía que no debía anticipar acontecimientos, pero no podía evitarlo.

Cian debió notarlo, porque se quedó quieto.

—Si no estás preparada, no tenemos que hacerlo.

—Lo estoy, solo que…

—Estás pensando demasiado —terminó la frase por mí—. Vamos a tener que solucionar eso.

Salió de mí y sus dedos volvieron a penetrarme. Esta vez, con un ritmo demoníaco, mientras que su boca succionaba uno de mis pezones hasta ponerlo duro. Después, hizo lo mismo con el otro, a la vez sus dedos me llevaban camino al orgasmo.

Una enorme oleada de deseo se estrelló entre mis piernas. ¿Cómo conseguía distraerme de mis pensamientos con tanta rapidez? En esos momentos, cualquier temor sobre el dolor que provocaría la primera había desaparecido.

Sus dedos salieron de mi interior, pero no me dio tiempo a quejarme ,porque su lengua se deslizó entre mis pliegues y succionó mi clítoris. Cian se tomó su tiempo jugando con mi clítoris, proporcionándole lentos e interminables lametazos.

—Ahora sí estás lista, *a stór*.

En la neblina de placer en la que me encontraba sumida, no fui consciente del significado de sus palabras hasta que volví a sentir su miembro entrando en mi interior. Esta vez, el miedo no hizo acto de presencia. Mi mente se encontraba lo suficientemente ocupada con las sensaciones placenteras que estaba sintiendo como para preocuparse.

—Ahora es cuando va a doler. Avísame si es demasiado.

En su rostro, la lujuria luchaba contra la preocupación.

Una sonrisa se dibujó en mis labios. Cian me había mentido en muchas cosas cuando nos reencontramos, pero su dulzura no había sido fingida. Él nunca había dejado de preocuparse por mí, ni siquiera cuando me estaba mintiendo y utilizando. Ahora no tenía ninguna duda de ello. Él estaba deseando sumergirse en mí, pero se estaba aguantando hasta que yo le diese permiso.

Asentí con la cabeza y eso fue suficiente para él.

Con un movimiento de caderas, entró en mí. El dolor fue agudo, pero corto. Los músculos de sus brazos se flexionaban manteniendo el peso para no aplastarme. Su frente estaba perlada por el sudor y la vena de su cuello palpitaba. Él estaba conteniéndose, completamente inmóvil. Anhelando moverse, pero no haciéndolo para causarme el menor daño posible. Nunca antes me había sentido tan llena, tan plena como con su miembro dentro de mí.

—Puedes dejarte llevar, estoy bien. Apenas lo he notado. —Era una mentira piadosa, ya que había dolido como el infierno, pero había merecido la pena.

No solo por el placer que sabía que vendría, sino porque la certeza de que todo lo sucedido las semanas anteriores había sido necesario para llegar a ese momento. Al momento en el que me entregaba a Cian en cuerpo y alma. Él me había dicho que era suya y yo se lo había rebatido, pero estaba equivocada y él estaba en lo cierto. Era suya, incluso cuando no sabía que lo era y lo sería para siempre. De la misma manera que él era mío.

Al principio, sus movimientos eran cuidados, pero después, aceleró el ritmo. Me aferré a su trasero, empujándolo más dentro de mí, animándole a que me penetrase con más fuerza. Bindi y mis compañeras estaban equivocadas, la primera vez era maravillosa. O posiblemente no lo estaban, simplemente ellas no lo habían hecho con el hombre adecuado, con el hombre que las complementaba como lo hacía Cian conmigo. Cuando el orgasmo recorrió mi cuerpo desde la punta de los pelos de mi cabeza hasta los pies, grité su nombre y cuando su orgasmo lo atravesó, él gritó el mío.

No tuve ninguna duda de que, a partir de ese día, mi sonido preferido sería el de Cian llegando al clímax.

—Parece que el ejercicio te abre el apetito —me dijo Cian, burlón. Después, le dio un sorbo a su taza de café. Él se encontraba sentado en una silla, frente a la encimera de la cocina.

Sacándole la lengua, me llevé a la boca un trozo de la tarta de manzana que Noreen había cocinado esa mañana. Ya me había comido dos porciones y estaba a punto de terminar la tercera. Después de acostarme con Cian, me había quedado dormida abrazada a él. No dormía tan bien desde antes de que a mi abuelo le diagnosticasen la enfermedad. Y la verdad, es que mi cuerpo me lo agradeció. Me sentía más descansada de lo que me había sentido en años.

—No estés tan orgulloso de ti mismo, yo siempre tengo apetito —repliqué, haciendo una mueca.

No era una mentira del todo. La comida era uno de mis placeres culpables preferidos. Especialmente, cuando se trataba de dulce.

—En eso te tengo que dar la razón. Eres una mujer de grandes apetitos.

No se me pasó desapercibido el doble sentido. Estiré la mano para darle una palmada en el hombro. Él sonrió, con una de esas sonrisas que tan poco mostraba y que le iluminaban el rostro.

Incluso con su cabello ligeramente revuelto y recién levantado, estaba tan guapo como de costumbre. A pesar de que se había puesto una camiseta blanca y unos pantalones, negándose a bajar a desayunar en pijama o en ropa deportiva, iba más informal que de costumbre. Y no por eso lucía menos elegante. No entendía cómo lo hacía para estar perfecto siempre. Debía ser algún talento oculto que muy pocos mortales poseían.

—Me miras como si fueses un trozo de tarta —dijo, sacándome de mi ensoñación.

La ternura que expresaba su rostro evitó que mi rostro se enrojeciese.

—Supongo que es porque no me importaría comerte.

Cian se pasó la lengua por el labio inferior.

—Tampoco me importaría volver a comerte.

Una sonrisa pícara se dibujó en mis labios, encantada con la invitación.

—He terminado de desayunar, podemos regresar a la habitación.

En un instante, estaba sentada en mi silla y, al siguiente, me encontraba en el regazo de Cian. Ese hombre se movía tan rápido y sigiloso como un tigre.

Su boca bajó hasta mi oreja, lamiendo el lóbulo.

—Eso suena bien —susurró, a la vez que su mano se colocaba por la camiseta de mi pijama. Sus dedos recorrieron mi piel hasta llegar a mi pecho desnudo, pellizcando mi pezón con suavidad.

Solo con eso ya había logrado que me derritiese.

Pero era mi turno. Él siempre me daba placer a mí y yo aún no se lo había dado a él. En un movimiento rápido, tiré del dobladillo de su camiseta hacia arriba y él levantó las manos, permitiéndomelo. Lancé su camiseta al aire y pasé mi lengua por su pezón, lamiéndolo mientras acariciaba el otro con un dedo.

—¿Te resulta placentero? —pregunté, ya que no sabía muy bien lo que estaba haciendo.

—Es una puta pasada —reconoció—. Aunque me pongo cachondo solo con que me pongas una mano encima.

Me reí. Su erección golpeando mi trasero me advertía que él no estaba mintiendo.

—¿Qué significado tiene el tatuaje? —pregunté, pasando mi dedo por el trébol de cuatro hojas tatuado en su clavícula.

—Es el tatuaje de la familia. Todos los hombres de honor de la familia Maccarthy que son fieles a mí lo llevan. Significa fidelidad y compromiso con la familia. —A pesar de que pude notar el cambio en su tono de voz, no parecía estar dispuesto a decirme mucho más.

Sin embargo, negándome a desistir tan fácil, observé las letras que rodeaban al trébol. Con uno de mis pulgares, recorrí cada una de ellas.

—¿Qué significan?

—Están escritas en gaélico irlandés. —Lo sabía porque él mismo me lo había dicho—. Cuando vivías en Irlanda, lo hablabas con fluidez. Deberías saber traducirlo.

Estreché mis ojos, intentando adivinar su significado, sin obtener absolutamente nada.

—Las letras me suenas familiares —reconocí, recordando aquella tarde en el balneario natural, cuando había visto su tatuaje por primera vez—. Pero, no lo recuerdo. —¿Cómo podía haberlo olvidado? No era tan pequeña cuando me fui como para no ser capaz de entender ni siquiera unas pocas palabras. Aunque, tampoco debía sorprenderme tanto si apenas tenía ningún recuerdo de mi infancia. Posiblemente, era por el *shock* de haber visto morir a mi madre delante de mí. Mi mente había reprimido mis recuerdos. Pero una vez que el recuerdo de mi madre sangrando y muerta en el suelo vino, deberían haber llegado todos los demás. Quizá seguiría recordando poco a poco o quizá nunca recordaría todo. Más adelante podía pedir ayuda psicológica, pero no estaba segura de si quería hacerlo. No estaba segura de querer obligarme a recordar.

Cian me observó durante unos segundos en silencio. Él debió de ver mi frustración, porque su expresión se suavizó.

—No tardarás en volver a aprenderlo —me animó—. Como mi esposa, tienes que aprender nuestro idioma.

Moví mi cabeza en un asentimiento. Quería aprender gaélico irlandés, pero no por ser la mujer de Cian, sino porque era parte de mí; de mi infancia, de quién había sido y de en quién me quería convertir. Porque ahora, era una Maccarthy, aunque todavía no me hubiese acostumbrado a ello.

—¿Y no me vas a decir lo que significa? —insistí, porque él no había respondido a mi pregunta.

Él colocó un dedo en mi barbilla para que le mirase.

—No —contestó—, tómatelo con un incentivo para que aprendas con más rapidez.

Entrecerré mis ojos mientras él curvaba sus labios en una sonrisa condescendiente. ¿Es qué siempre tenía que hacer las cosas tan difíciles? ¿Tanto le costaba contármelo?

—¿Sabes que puedo buscar el significado en Internet, verdad?

—Puedes, pero no vas a encontrar el verdadero significado. Ese solo podrás saberlo cuando aprendas nuestro idioma.

—En realidad, tengo que refrescarme la memoria. Se supone que saber, ya lo sé.

Cian se rio.

—¿Te acuerdas de lo que hemos hecho esta noche? —preguntó. El muy gilipollas se estaba burlando de mí. Sin embargo, me gustaba ese Cian despreocupado y que hacía bromas. Esa era una faceta de él que tan solo había visto en muy pocas ocasiones—. Porque si no es así, estaría dispuesto a refrescarte la memoria ahora mismo —añadió con picardía.

Me coloqué una mano en la barbilla, fingiendo que pensaba.

—Sí, lo recuerdo todo con mucha exactitud. —Acerqué mi boca a su oreja—.Aunque nos quedan mchas cosas por hacer. Ya que soy nueva en el sexo ¿qué te parece si hago un poco de investigación? —Apreté su erección cubierta con sus pantalones.

—Me parece una muy buena idea.

Metí la mano por debajo de la cinturilla de sus pantalones, mis manos introduciéndose por dentro del elástico de sus calzoncillos.

—Me pone muy cachonda acariciarte —reconocí. Mis palabras sucias provocaron que su miembro se endureciera bajo mi mano.

—Buenos días, ¿interrumpo algo?

La voz de Sullivan hizo que me sobresaltara y si Cian no me hubiese tenido bien sujeta, me habría caído al suelo. Había olvidado completamente que estábamos en la cocina y que cualquiera podía entrar.

—Sullivan, fuera —El tono de voz de Cian era bajo, pero duro. Aunque Sullivan no se vio demasiado afectado. Al contrario que yo, que enterré mi rostro en el hombro de Cian por la vergüenza.

—Necesito un café —dijo Sullivan. A pesar de que no podía verle, no escuché ningún paso, por lo que supuse que seguía en la puerta—. Algunos nos hemos pasado la noche trabajando.

—Vete al pueblo a tomártelo —le respondió Cian.

—¿Hablas en serio? —Pude percibir la diversión detrás de nuestra réplica. Sullivan no parecía indignado, él se estaba riendo de nosotros. Bueno, especialmente de mí, ya que seguía con la cabeza escondida, evitando tener que mirarle. ¿Él sabía lo que estábamos haciendo? Qué pregunta más absurda. Claro que lo sabía, por eso estaba martirizándome.

—Sullivan, es suficiente.

—Enya, te prometo que no he visto ni escuchado nada. ¿Vas a ser buena y vas a permitir que me tome un café antes de que caiga dormido en el suelo? La baldosa es dura y puedo romperme la nariz. —Aunque no podía verle, estaba convencida de que Cian estaba entrecerrando los ojos en ese momento—. Tú no quieres eso, ¿verdad?

Un ataque de risa se apoderó de mí. No solo por las absurdas palabras de Sullivan, sino por lo absurdo de mi actitud. Por el amor de Dios, era una mujer adulta que no estaba haciendo nada malo. Y tampoco era como si nos hubiese pillado desnudos.

Alcé la cabeza para mirar a Sullivan, que no se había movido del umbral.

—No quiero que te desmayes. Toma tu café —A pesar de mis intentos, noté cómo mis mejillas se enrojecían.

Sullivan me guiñó un ojo. Me bajé del regazo de Cian para sentarme de nuevo en mi silla.

—¿Alguien más quiere café? —preguntó Sullivan mientras se dirigía de manera despreocupada hacia la cafetera.

Agarré el tenedor y partí un trozo de tarta de manzana. Con la mirada fija en el plato, negué con la cabeza mientras me llevaba el pedazo de tarta a la boca.

—Ya hemos tomado café, gracias por tu generosidad —respondió Cian, levantando su taza; el sarcasmo inundando sus palabras—. Ahora, háztelo y tómatelo fuera.

Sullivan chasqueó la lengua. Sacó una taza del armario y la colocó debajo de la cafetera.

—Prefiero quedarme aquí —dijo, mientras pulsaba el botón de encendido y la cafetera se ponía en funcionamiento—. No me gusta desayunar solo, y vosotros dos sois muy divertidos.

—Puedes quedarte si quieres —ofrecí, aunque él no me había preguntado. Cogí mi taza de café y le di un sorbo.

—Sullivan. —A pesar de que el tono de voz de Cian era tranquilo, él pronunció su nombre como una advertencia. Algo que Sullivan también debió de notar por la forma en la que negó con la cabeza y terminó de prepararse su café en silencio. Cogió la taza, dando varios pasos hacia la puerta.

Alcé mi mano, despidiéndome de él cuando salió de la cocina, cerrando las dos puertas correderas, pero antes de irse, asomó la cabeza entre ellas.

—Puertas que se cierran, tenéis que probarlo algún día si no queréis que vuestra pasión

amorosa tenga testigos indeseados.

La taza que sostenía entre mis manos se cayó al suelo mientras sentía que mis mejillas enrojecían de nuevo ante su comentario. Escuché la risa de Sullivan alejándose por encima del estruendo que provocó la cerámica estampándose contra las baldosas.

—Maldita sea —mascullé.

Cian resopló.

—Un día lo mato con mis propias manos —farfulló—. ¿Estás bien? —me preguntó, centrando su mirada en mí y yo asentí con la cabeza—. No te muevas, voy a llamar a Noreen para recoger este desastre.

—No te preocupes. —Agarré su muñeca, deteniéndolo—. Al fin y al cabo, ha sido mi culpa.

—Ha sido culpa de Sullivan, él te ha puesto nerviosa. No deberías caer en sus provocaciones tan fácilmente o terminarás siendo el blanco de todas sus bromas.

No podía negar sus palabras, ya que Cian tenía razón. Pero no podía hacer nada para evitarlo.

—Él te respeta —señalé, porque eso era algo que se veía en todas las interacciones que ambos mantenían. Por muy despreocupado que Sullivan podía parecer, había una línea con Cian que no se atrevía a cruzar. El mismo Sullivan me había dicho que él obedecía las órdenes de Cian, aunque, a veces, no estuviera de acuerdo con ellas—. ¿Cómo lo haces para parecer inmune a todo?

Cian suspiró.

—El autocontrol es una arma mucho más poderosa de lo que la mayor parte de personas que pertenecen a nuestro mundo creen. En la mafia, las emociones son una debilidad.

—Los seres humanos no somos robots, Cian —repliqué—. No tenemos un interruptor con el que poder apagar nuestras emociones. —Estiré mi brazo y apoyé mi palma sobre su corazón. Aunque, en un momento, llegué a creer que él no tenía uno, Cian me había demostrado lo equivocada que estaba—. Ni siquiera tú.

—No podemos apagar nuestras emociones, pero sí podemos fingir no tenerlas. —Sentí que el corazón de Cian comenzaba a latir con fuerza contra mi palma—. Tú también aprenderás a hacerlo.

No, yo nunca aprendería a hacerlo. En ese instante, pude entender un poco más a Cian. Él no era de hielo, pero fingía serlo como un método de supervivencia. ¿Cuánto había sufrido para aprender desde tan temprana edad a hacer eso? Él me había contado parte, pero sabía qué había mucho más.

Cian agarró mi muñeca, apartando mi mano de su corazón y tirándome hacia él, para posar un beso en mi cabello.

—Aunque me encantaría quedarme toda la mañana, tengo una reunión importante.

Asentí, sin pedirle más explicaciones, porque sabía que él tampoco me las daría. Y a esas alturas, tampoco quería saberlo.

—Hay algo que me gustaría comentarte antes de irte —dije—. Si me voy a quedar en Irlanda…

—Te vas a quedar —respondió sin ninguna duda.

—Lo que quiero decir es que debería buscarme un trabajo. Incluso quizá apuntarme a algún curso. En un futuro, me gustaría regresar a la universidad, pero cuando esté segura de la carrera que quiero estudiar. —De momento, prefería darme un tiempo para mí misma. Había descubierto que estudiar la misma carrera que mi abuelo había estudiado no me hacía feliz y si yo no era feliz, dondequiera que él estuviese, tampoco lo sería. Tenía que encontrar aquello que me entusiasmase de verdad.

—Hasta que todo se arregle con las demás familias, es peligroso para ti salir del pueblo, pero si encuentras un trabajo en el pueblo, no tengo ningún problema.

—Tampoco te estaba pidiendo permiso.

Cian negó con la cabeza, pero pude ver el atisbo de una sonrisa en sus labios. Se levantó para dirigirse a la cafetera y prepararse otro café.

—Seguro que Nessa puede ayudarme —dije, a la vez que me levantaba con cuidado de no pisar ninguno de los trozos de cerámica que había en el suelo. Por fortuna, apenas me quedaba café en la taza cuando se me había caído. Pero a diferencia de él, si tomaba otro, era posible que me pasase toda la mañana con los nervios a flor de piel. Me dirigí hasta uno de los armarios del fondo de la cocina que contenía los productos e instrumentos de limpieza y lo abrí para coger la escoba y el recogedor.

—¿Qué haces?

Ladeé la cabeza para ver a Cian. Este me miraba con una ceja arqueada.

—¿Recoger los trozos de cerámica?

—Tengo empleadas para eso.

—Y yo tengo dos manos —rebatí, comenzando a barrer el destrozo.

Cian se encogió de hombros y dijo algo que nunca me esperaría viniendo de él: —Como quieras.

—Has aceptado muy rápido —dije con sospecha.

—He recordado que eres experta en salirte con la tuya, así que no voy a perder energías en luchar contra ti. No merece la pena.

—Mira quién hablo… —farfullé.

Si alguien había mostrado lo tenaz que era para conseguir sus propósitos, ese era él.

Cian no respondió, pero apoyó su trasero en la encimera mientras me observaba trabajar.

—¿Ves algo interesante? —pregunté al cabo de unos minutos.

—Sí, te veo a ti.

Suspiré y dejé la escoba apoyada en la pared y el recogedor en el suelo. Me acerqué a él y rodeé su cuello con mis brazos.

—Con lo dulce que eres, no entiendo cómo estabas libre cuando regresé a Irlanda. Cualquier mujer caería rendida a tus pies. —Aunque lo hice sonar como una broma, era un tema que había pasado por mi mente. Él ya me había dicho que no era un hombre de citas ni de relaciones. Así todo, necesitaba saber… No sabía exactamente el qué, pero Cian sí lo sabía, como me demostró con sus siguientes palabras.

—No soy dulce, soy todo lo contrario y tú deberías saberlo. Estoy lejos de ser el marido perfecto y sé que nunca lo seré, pero me gustaría que nuestro matrimonio funcionase y eso es mucho más de lo que pensé que nunca podría llegar a ofrecerle a una mujer. —Cian agarró mi rostro entre sus manos—. Aunque debería haber sabido que, si tenía que ser con alguien, sería contigo. Porque siempre has sido tú, *a stór*.

—No quiero al hombre perfecto, ni al marido perfecto, Cian. —Nuestra historia estaba lejos de ser perfecta, pero era real y eso era lo único que me importaba—. Te amo. Aun sin recordarte, siempre he estado enamorada de ti. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas y lo cierto era que no quería hacerlo. Amaba a ese hombre y quería que él lo supiese.

Aunque no me respondió, ni me dijo que me quería, unió sus labios a los míos, demostrándome su amor con un beso dulce y embriagador.

—Me gustaría regresar a Melbourne —dije cuando el beso se rompió.

Cian afianzó el agarre en mis caderas y su ceño se arrugó.

—Enya…

Arrugué la nariz al darme cuenta del lugar hacia el que iban sus pensamientos.

—Algún día, de visita. A poder ser, contigo a mi lado.

Cian se relajó visiblemente.

—De momento, no puedo dejar Irlanda. Y será así durante una larga temporada, pero cuando mi familia afiance su poder y todo se tranquilice, te prometo que iremos.

Le di un casto beso en los labios y sonreí.

—Te encantará Melbourne.

—Cualquier sitio al que vaya contigo me encantará.

Me derretí con sus palabras. Él podía negarlo, pero era el hombre más dulce que existía.

Capítulo 17

Enya

Los últimos seis días habían sido como un sueño para mí. Pasaba parte de mis días junto a Cian y también hacía planes junto a Nessa. En unos días, iba a comenzar a trabajar en la pequeña librería del pueblo. La dueña abrió los ojos como platos cuando me presenté en su local con mi currículum en la mano. Esperaba que mi experiencia en la biblioteca de la universidad fuese suficiente y lo fue, ya que me aceptó de inmediato. Pero, para qué mentir, estaba bastante segura de que, aunque no supiese ni leer, ella me hubiese contratado. Ser la esposa de Cian me abría todas las puertas en aquel pueblo.

—No sé si ha sido la mejor idea salir a pescar —le dije a Cian, alzando la vista para ver el cielo completamente encapotado de nubes negras. Parecía que iba a caer una tormenta de dimensiones épicas—. Creo que va a empezar a llover en breve y ni siquiera hemos traído paraguas.

Cian me había propuesto ir a dar a pescar al río cuando había regresado a casa y me había parecido tan buena idea, ya que pasábamos la mayor parte del tiempo dentro de la propiedad, que no me había parado a pensar en que igual necesitábamos un paraguas. No es que yo hubiese ido a pescar alguna vez, pero me gustaba realizar actividades con mi marido.

Mi marido.

Esas dos palabras seguían sonando extrañas en mi mente, aunque cada día que pasaba me sentía más unida a él.

—Esto es Irlanda, *a stór*. Si tienes que dejar de hacer algo al aire libre porque puede llover, nunca harías nada. Deberías de comenzar a acostumbrarte al mal tiempo.

Me reí.

—En eso tengo que darte la razón —coincidí.

Me estaba acostumbrando. Lo estaba haciendo demasiado rápido. Era demasiado fácil imaginarme una vida allí, junto a Cian. Ya me había pasado durante mi primera estancia, cuando me había planteado alargar mi visita, antes de saber que él y yo no éramos hermanos. En realidad, no había pasado tanto tiempo, pero se sentía tan lejano ahora… Como si hubiese sucedido en otra vida.

Estaba sentada en el muro frente al río mientras Cian pescaba o más bien, estaba sentado a mi lado, esperando a que un pez picase, pero no estaba teniendo ningún éxito. Aunque a mí me parecía la actividad más aburrida del mundo, él parecía estar divirtiéndose.

—¿Sueles venir a pescar muy a menudo? —pregunté—. Lo digo porque no parece que vayan a picar.

Cian entornó los ojos.

—Si te mantuvieses en silencio, sería más fácil. Los peces escuchan tu charla incesante y se marchan a toda prisa. Ni el cebo más apetecible les llama la atención.

Una sonrisa ladeada se dibujó en su rostro. Él estaba bromeando. Me encantaba cuando lo hacía. Incliné mi cuerpo para darle un beso en la mejilla. Un gesto cariñoso que él aceptó de buen grado. Desde fuera, podíamos parecer una pareja normal, una que se había conocido y poco a poco se había enamorado, pero nuestra historia era mucho más complicada.

—Ahora en serio —dije, mirando de nuevo hacia el horizonte—. ¿Sueles pescar?

—Hacía años que no lo hacía. Solía ir muy a menudo con mi padre cuando era pequeño.

—¿Veníais aquí? —inquirí, recordando que Cian me había contado que él visitaba el pueblo con frecuencia cuando era un niño.

—No, íbamos al puerto de Dublín. Mis abuelos maternos tenían una casa de veraneo aquí y mi madre venía con ellos cuando era niña. A ella le encantaba este lugar. Solíamos venir en verano y festivos. Ella era feliz aquí y a mí me gustaba verla feliz. A ella no le agradaba el bullicio de la ciudad. Sufría depresiones y este lugar le ayudaba a recuperarse.

A Cian no le gustaba hablar de su madre, pero, de vez en cuando, me daba alguna pincelada sobre ella. A pesar de que apenas tenía información sobre su progenitora, podía intuir que había una historia tormentosa detrás. Una que Cian aún no estaba preparado para contarme.

—¿Por qué Arlan vino contigo alguna vez y yo nunca? —pregunté, recordando la inscripción en la torre—. ¿O si vine?

Cian ladeó la cabeza para mirarme. En sus ojos pude ver el agradecimiento por escucharle y no hacerle ninguna pregunta sobre su madre.

—Mis padres te invitaron muchas veces, pero eras pequeña y tu madre se negaba a separarse de ti. Ella era muy protectora.

—¿Por qué no venía ella también?

—A ella no le gustaba alejarse de tu padre si podía evitarlo.

—Ella estaba muy enamorada de él. —Aunque sonó como una pregunta, era una afirmación. A pesar de que no tenía ningún recuerdo de ellos juntos, sentía en mi corazón que mi madre había amado a mi padre con todo lo que ella poseía, que ella lo hubiese dado todo por él.

—Lo estaba. Tus padres estaban enamorados y te querían. Eso no lo dudes nunca.

Una oleada de felicidad se apoderó de mí al escuchar sus palabras. No aceptaba las decisiones que mi padre había tomado, engañado o no, pero me alegraba el corazón saber que me había amado. Que los dos lo habían hecho. Y ahora que habían pasado unos días y que era feliz junto a Cian, había perdonado a mi padre por comprometerme con Callum y por no ponerse en contacto conmigo. Nunca entendería sus razones, pero aunque quisiese, no podría odiarlo.

—Menos por Arlan —bromeé, sin poder evitar el pinchazo que golpeó mi estómago. Él se había comportado fatal conmigo, pero era mi hermano. Y aunque había cambiado durante esas últimas semanas, seguía ansiando una familia. No entendía por qué él me odiaba. No le había hecho nada malo.

—Él no cuenta. —Cian ladeó la cabeza para mirarme. Chasqueó la lengua y sacó la caña de pescar del agua. La dejó en la piedra junto a él. Estiró el brazo para pasar las yemas de sus dedos con suavidad por mi mejilla, limpiando una lágrima de ella que había derramado sin darme cuenta—. No llores, Enya. No por él.

Asentí.

—Se acabó la pesca por hoy. Vamos a por un helado de cereza.

Se levantó de un salto y me ofreció la mano para ayudarme.

—¿Vas a dejar la caña ahí? —le pregunté cuando me rodeó la cintura con su brazo y me llevó hacia el paseo.

—Todo el mundo sabe que es mía, Enya. Nadie me la va a robar. Además, la mayor parte de los habitantes del pueblo son de mi familia y los que no lo son, simpatizan con nosotros. No nos robamos entre nosotros.

—Entiendo.

En realidad, no lo hacía. Aunque pronto entendería todas sus costumbres.

Nos dirigimos hacia la calle principal. El viento era fresco, pero, así todo, me apetecía el

helado. El dulce siempre lograba que me encontrase mejor y eso era algo que Cian sabía.

—Jefe. —Un hombre de mediana edad se detuvo a nuestro lado, obligándonos a pararnos justo cuando estábamos frente a la heladería. Había algo en él que me resultaba familiar, y es que aunque estaba comenzando a familiarizarme con la mayor parte de los habitantes del pueblo, no conocía a todos.

Fue cuando el hombre ladeó la cabeza y centró su mirada en mí para saludarme, que lo reconocí. Era el hombre que había visto semanas atrás en el *pub* al que acudí con Sullivan. Aquel que me había mirado con tanto odio. Aunque pude ver cierta cautela en sus movimientos, ya no había odio en su mirada.

Ahora podía entender sus sentimientos, pese a que yo no tenía nada que ver con las acciones que mi padre había comentido. Ni tampoco con las de mi hermano.

—Enya, él es Nolan. —Sonreí, agradeciendo que Cian tuviera la consideración de presentarme a los habitantes del pueblo, algo que Nessa también estaba comenzando a hacer. Incluso había llegado a tener pequeñas conversaciones con algunos de ellos.

Nolan curvó sus labios en una mueca tensa que interpreté como una sonrisa y alzó su barbilla a modo de saludo.

—Un placer, Nolan. —Avancé un paso hacia él y estiré mi mano.

Este miró a Cian, como pidiendo su aprobación, y cuando Cian movió su cabeza en un asentimiento, Nolan estrechó mi mano. Tan solo unos pocos segundos, en los que era evidente que estaba incómodo. Aquello era ridículo, pero me guardé aquellos pensamientos para mí misma.

—Jefe —dijo Nolan, carraspeando—, ¿podemos hablar un minuto?

—Claro —respondió Cian—. *A stór*, ahora vengo. Vete pidiendo. —Cian me dio un suave beso en la mejilla y me hizo un gesto para que entrase en el establecimiento.

Era evidente que eran asuntos que no querían hablar delante de mí. Asuntos de negocios que estaba convencida de que no quería saber.

Cian continuaba siendo bastante enigmático al respecto. Podía escuchar los susurros con Sullivan, conversaciones que se detenían cuando yo llegaba. Tan solo era capaz de oír unas pocas palabras. No sabía si algún día me acostumbraría a ello.

Estaba casada con un mafioso. Estaba destinada a ello desde antes de nacer, desde antes de conocer a Cian. Si no hubiese sido con él, hubiese sido con otro. Así todo, no era fácil de asimilar.

Pero aunque no hubiese sido mi destino, aunque mi padre no hubiese sido un mafioso, sabía que hubiese acabado de la misma manera: enamorada de Cian. Porque el corazón no entiende de razones lógicas.

Entré en la heladería y compré una tarrina de helado de cereza con pepitas de chocolate. Ese día, Nessa no estaba trabajando, por lo que en vez de quedarme en una de las mesas del establecimiento, me dirigí hacia uno de los bancos de madera en la acera. Escudriñé los alrededores, pero Cian no se encontraba por ningún lado.

Me senté en el banco, disfrutando del helado. Unos diez minutos después, Cian salió del establecimiento pegado a la heladería que era una ferretería. Nolan no estaba junto a él. Iba a llamarle, pero antes de poder hacerlo, él se metió en la heladería.

Me encogí de hombros mientras seguía disfrutando del helado. Ya volvería a salir.

Un carraspeo provocó que desviase mi mirada.

Declan, el hermano menor de Nessa, me observaba con cautela, como si estuviese recapacitando las palabras que iba a decirme. Me había encontrado con él en varias ocasiones

cuando estaba junto a Nessa. Ya no se mostraba tan hostil. Incluso no se había quejado cuando hacía un par de noches fui a casa de Nessa a cenar. Habíamos mantenido pequeñas conversaciones, pero él nunca se había dirigido a mí y siempre solía estar acompañado de varios amigos. En esta ocasión, estaba solo.

—Hola, Declan —le saludé con una sonrisa.

Declan parecía nervioso.

—Hola, Enya. —Él tragó saliva, como si quisiese decirme algo y no supiese cómo hacerlo—. Quería pedirte perdón por la manera en la que te hablé las primeras veces en las que nos vimos. Que sepas que no va a volver a pasar.

Esta vez, estaba siendo sincero.

—Está todo bien, Declan. De hecho, tengo muy mala memoria y ya ni me acuerdo —bromeé.

Un suspiro de alivio brotó de sus labios y pude ver cómo se relajaba.

Le saqué la lengua y Declan se rio. Él fue a decir algo más, pero cuando escuchamos unos pasos, él se congeló. Declan se dio la vuelta y rápidamente, dio un paso hacia atrás, irguiendo su cuerpo lo máximo posible. Aunque sus facciones seguían siendo aniñadas, de golpe, parecía más mayor.

—Cian —le saludó. Él miraba a Cian como si lo fuera todo para él, como si fuera un héroe.

¿Así era cómo todos lo veían? Desde un primer momento me había dado cuenta de que el comportamiento de los habitantes del pueblo hacia Cian no era normal del todo, pero ahora, comenzaba a entenderlo.

—Declan, ¿qué tal? —Cian lo saludó con una sonrisa mientras se colocaba a mi lado.

Declan fue a responder cuando una voz le interrumpió.

—¡Declan! ¿Qué estás haciendo ahí? —Un hombre se acercó a nosotros. Llevaba una sotana. Era el cura que había dado la misa el domingo que me vi obligada a ir—. ¿No tienes trabajo que hacer? —le preguntó, señalando a un grupo de chicos que estaban limpiando una pintada en la fachada de uno de los edificios.

Declan resopló.

—Es un castigo injusto, no tuve nada que ver con la pintada. Ya les dije que era una mala idea. Además…

—Eso no importa —le cortó Cian con un tono de voz que no dejaba lugar a réplicas. Pero no era un tono cruel, era más como el de un padre que da una reprimenda a su hijo—. Eres un miembro de la familia Maccarthy. Nunca nos delatamos y asumimos las consecuencias de lo que otros miembros hacen. Debiste impedir que cometiesen vandalismo. Eres tan culpable como ellos. Asume tu castigo con honor.

Declan asintió.

—Lo haré —aceptó.

Cian hizo un gesto con la mano, dándole permiso para irse y el adolescente echó a correr hacia donde se encontraban sus amigos para terminar con el trabajo.

Dejé lo que quedaba de helado encima del banco y me levanté para saludar al sacerdote.

—Es un placer volver a verle, padre —dije, ofreciéndole mi mano que él estrechó.

—El placer es mío, Enya. ¿Te veré este domingo en misa? —Había un ligero reproche en su voz y por la forma en la que Cian entrecerró los ojos, así era.

—Claro, allí estaré —respondí, porque tampoco me había dejado otra opción. No quería disgustar al sacerdote.

Él me ofreció una sonrisa amable.

—Voy a vigilar a los chicos. Si no estoy atento, aprovechan cualquier situación para

holgazanear.

—Asegúrate de que acaban tan cansados que se les quite las ganas de hacer pintadas obscenas por un tiempo —le dijo Cian.

—Puedes estar seguro de que lo haré. La iglesia necesita una limpieza a fondo.

El sacerdote se despidió de nosotros y yo volví a sentarme en el banco. Cian imitó mis acciones. Enarcando una ceja, cogió la tarrina de helado prácticamente vacía.

—¿Has pedido dos cucharas porque decorativamente quedaba mejor? —preguntó.

—La idea era que lo compartiésemos, pero has tardado demasiado.

Le quité la tarrrina y me metí una de las cucharas en la boca, disfrutando del poco helado que quedaba.

Observé al sacerdote vigilando a los adolescentes y un pensamiento se dibujó en mi mente.

—Me dijiste que no eras católico, pero que, por respeto a tu gente, ibas todos los domingos a la iglesia —recordé—. Imagino que con tu gente te referías a los miembros de tu familia.

Cian asintió.

—La mayoría son fervientes católicos. Y como su jefe, es mi deber respetar sus costumbres.

—¿Esperas que yo te acompañe?

Cian suspiró.

—No quería abordar ese tema todavía, Enya. No todos los domingos puedo ir, ya que tengo negocios que necesitan toda mi atención. Espero que me acompañes y que vayas sola cuando yo no pueda. Eres mi esposa, la mujer del jefe de la familia Maccarthy, todos te respetarán solo por eso, pero si quieres ganarte su respeto por ti misma, debes seguir sus costumbres.

¿Para mí era importante que los miembros de la familia Maccarthy me respetasen? ¿Por qué debería serlo?

Porque estaba enamorada de ese hombre y para él era importante. Y porque quería que me apreciasen.

—¿Y no es una falta de respeto que no estemos casados por la iglesia?

—Posiblemente —reconoció—. ¿Quieres casarte por la iglesia?

—No —respondí—. Arlan me dijo que mis padres eran muy católicos y que se esperaba de mí que yo también lo fuese, pero no es así. Y aunque estoy dispuesta a ir a misa los domingos junto a tu gente…

—Nuestra gente —me interrumpió—. Ahora son tu familia.

—De acuerdo, junto a nuestra gente —concordé—. Pero mis convicciones no han cambiado, quiero seguir siendo fiel a mí mismas. Pensar por mí misma y tomar mis propias decisiones.

—Y podrás hacerlo. Nadie te obligará a hacer nada que no quieras.

No fue hasta horas después, cuando estábamos en el salón de la casa de Cian, viendo una película, que el tema regresó a mi mente.

Cian agarró un puñado de palomitas del cuenco que yo sostenía. Estaba tumbada sobre él. A veces, viéndole así, me costaba creer que fuese un mafioso. Parecía tan normal…

Me incorporé, dejando el cuenco de palomitas sobre la mesa.

—Antes has dicho que nadie podría obligarme a hacer nada. ¿Puedo regresar a Melbourne si algún día no puedo soportar esta vida?

Cian se congeló al escuchar mi pregunta.

—¿Si no me puedes soportar a mí? —preguntó.

Una máscara había cubierto su rostro, pero le conocía bien para saber que estaba dolido.

—No se trata de ti, Cian. Nunca se va a tratar de ti. Te amo y nunca dejaré de hacerlo. Pero necesito saber que puedo irme si quiero. Me diste la opción en la torre el otro día, pero no dijiste

nada de que esa opción estaría siempre sobre la mesa.

Cian se pasó la mano por el pelo.

—No es tan fácil, Enya. Una vez las familias acepten que mi padre fue inocente, su memoria quedará limpia y la Familia Maccarthy volverá a ser una de las más importantes de Dublín. El resto de familias tendrán puesto el ojo en mí y en ti al ser mi esposa. Por muy alejada que te quiera mantener de los asuntos más turbios, acabarás enterándote de cosas. Cosas que ponen en peligro a todas las familias si se las cuentas a la policía o a alguien fuera de nuestro mundo. Cada día que pases a mi lado, será más difícil que las familias te permitan irte. Nadie escapa con vida de la mafia, Enya.

—Mi padre me dejó ir.

—Eras solo una niña.

Mi corazón se encogió. Posiblemente, nunca me iría de su lado, pero necesitaba saber que podía hacerlo si lo deseaba. Quería saber que si, en algún momento, era demasiado para mí, tendría esa opción. Y sobre todo, necesitaba saber que si, a pesar de las dificultades, me quedaba al lado de Cian, lo hacía porque quería hacerlo, no por obligación. Porque, de otra manera, terminaría odiándolo y nuestro matrimonio sería un campo de batalla con nuestros hijos como munición. No tenía ninguna duda de que algún día tendríamos niños. Yo deseaba tenerlos junto a él. Y nunca permitiría que mis hijos sufriesen.

Cian puso un dedo en mi barbilla para que le mirase.

—Si algún día no eres feliz, si algún día no puedes soportarlo, te dejaré ir y mataré a cualquier hombre que intente evitarlo.

Sonreí, aunque sabía que Cian hablaba en serio con lo de matar y aquello debería perturbarme. Pero, al contrario de hacerlo, calentó mi corazón. Porque Cian haría cualquier cosa porque fuese feliz, incluso ayudarme a alejarme de él.

Cian ponía mi felicidad por encima de la suya y lo que era más importarte, por encima de su familia. Quizá era egoísta, pero necesitaba saber que era lo más importante para él.

—Me acabas de hacer la mujer más feliz del planeta. Ahora es mi turno.

Con más valentía de la que pensé que tenía, me puse de rodillas en la alfombra frente a él. Miré por el rabillo del ojo, asegurándome de que la puerta del salón estaba cerrada. Con dedos temblorosos, desabroché su cinturón.

—Enya, ¿qué haces?

Iba a responderle que era obvio, pero imaginé que era una pregunta retórica que no espetaba respuesta. Desaté el botón y tiré del pantalón y de los calzoncillos con fuerza. A pesar de la sorpresa evidente en su rostro, él se levantó levemente para ayudarme a deslizar la ropa por sus piernas. Dejé las prendas encima de la alfombra.

Mi mirada se centró en su longitud. Nunca había hecho sexo oral a un hombre y no tenía ni la menor idea de cómo hacerlo. Aunque, no podía ser tan difícil, ¿no?

Capítulo 18

Cian

Enya no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo, pero eso no la detuvo. Ella estaba decidida a darme placer y yo no podía estar más agradecido por ello.

Mi mujer agarró mi miembro con su mano con movimientos torpes, pero el placer me golpeó con fuerza cuando sacó la punta de su lengua para lamerse el labio inferior mientras decidía qué paso iba a dar a continuación. Ella no lo había hecho para seducirme, posiblemente ni siquiera era consciente de que estaba humedeciendo su labio inferior, pero logró que mis instintos más primarios se apoderasen de mí.

Llevé mis manos a mis lados, mis dedos apretando con fuerza el sofá en un intento de autocontrol. Aquella era la primera vez de Enya y tenía que ser paciente y dejar que llevase la iniciativa, por mucho que me costase hacerlo.

Enya deslizó su mano por mi miembro arriba y abajo en un ritmo lento, sin embargo, mortífero. Acercó su rostro a mi pelvis para ver mi miembro más de cerca. En esa posición no podía contemplar su rostro, pero la conocía lo suficiente para saber que se estaba mordiendo el labio inferior con indecisión. Enya nunca había sido de las que rehuía del peligro, pero evaluaba la situación antes de lanzarse y eso no había cambiado. Era un buen rasgo y más en nuestro mundo; pero, en ese momento, en el que estaba a punto de arder en llamas, me resultaba de lo más molesto.

—¿Vas a hacer algo más que mirar? —pregunté, mi voz estrangulada por el deseo reprimido.

—Ahora entiendo por qué es tan importante respetar los silencios —murmuró sin levantar la mirada.

No pude evitar la risa que brotó de mi garganta. Enya era imprevisible y única; ella era especial.

Enya me había hecho el mejor regalo que nunca podría darme: confiar en mí de nuevo. Era consciente que después de haber escuchado la conversación que Sullivan y yo habíamos mantenido a sus espaldas, no debía ser fácil para ella. Cuando nos reencontramos, había hecho cosas de las que no estaba orgulloso para lograr que Enya se quedara a mi lado, pero de regresar al pasado, las volvería a hacer si con eso conseguía que estuviera junto a mí. Manipulaba a las personas para obtener lo que deseaba de ellas, esa era parte de mi naturaleza. Sin embargo, ahora estaba tratando de hacer las cosas diferentes con ella: quería que se quedara a mi lado porque verdaderamente lo deseaba; quería que lo nuestro fuera real.

Joder, me estaba convirtiendo en un imbécil embelesado por los cantos de sirena de una bella mujer. En el momento en el que me encontraba, mis pensamientos deberían estar únicamente centrados en sumergirme en la humedad de su ardiente boca.

Como si hubiese leído mi mente, Enya chupó la punta de mi miembro. Fue un lamido corto de inspección, pero fue suficiente para que mi cabeza se bloqueara y todo pensamiento racional desapareciera de ella. Cuando cerró sus labios alrededor de mi miembro y chupó, cerré los ojos y un gemido salió de mi garganta.

El sonido animó a Enya y con una de sus manos, acarició con suavidad mis genitales. Coloqué mi mano en su cabeza, animándola a tomarme más profundo. No la empujé, solo esperé a que ella aceptase mi invitación. Lo hizo mientras trabajaba mi miembro con su lengua. Sus

dientes rozaron mi piel y me tensé, pero Enya tuvo cuidado de no hacerme daño. Cuando retiró su boca para inmediatamente volver a deslizarla por mi longitud, no pude seguir manteniéndome callado.

—Joder, *a stór*, es como estar en el puto cielo.

—¿Lo estoy haciendo bien? —preguntó con timidez.

—Muuuuy biennnn —alargué las palabras debido a la excitación. Bajé la mirada para ver que ella estaba mirándome. Ninguna mujer había logrado hacerme sentir así de bien antes. Porque ninguna mujer era ella. Durante todos estos años, había evitado pensar en Enya. Su recuerdo había permanecido opacado en el fondo de mi mente, pero siempre había estado ahí. Enya me había hecho prometerle que la dejaría ir si ese era su deseo y aunque lo haría si se diese el caso, por mi vida que me iba a asegurar que ella nunca se quisiese ir de mi lado.

Mis palabras la animaron y perdió la timidez. La confianza se apoderó de ella. Lamió el glande con la lengua y comenzó a chupar con fuerza. Los músculos de mi estómago se tensaron y las piernas me temblaron. Cerré los ojos disfrutando de las sensaciones.

Iba a correrme. Entonces es cuando me di cuenta de que Enya era inexperta. Abrí los ojos y tragué saliva en un intento de controlarme.

—Voy a correrme, es mejor que te alejes si no quieres que… —No pude terminar porque Enya aumentó el ritmo, a la vez que su mano en mis genitales los apretó, causando un poco de dolor, no mucho, pero sí el suficiente para que mi orgasmo explotase.

—¿Estás bien? —le pregunté cuando mi respiración se acompasó. Enya se había separado de mí y estaba sentada encima de la alfombra.

—Sí, más que bien. Me ha gustado mucho darte placer.

—Y a mí me ha gustado que me lo des.

Me incorporé y la levanté del suelo, sentándome de nuevo en el sofá, con ella en mi regazo. Apresé sus labios en un beso lento y reverente. No era el preludio de nada más, lo único que buscaba era demostrarle todo lo que ella significaba para mí, todo lo que no era capaz de decirle con palabras. Era bueno con la oratoria, ese era uno de mis puntos fuertes cuando se trataba de los negocios, pero, en cambio, en cuanto a expresar mis sentimientos, era un desastre. Y es que hasta que había vuelto a verla, pensaba que no los tenía; que primero, Farrel y después, Zinov habían terminado con ellos. Había creído que era incapaz de sentir aprecio y mucho menos, amor. Pero Enya había regresado a mi vida para demostrarme que eso no era así.

—¿Vamos a la habitación? —preguntó.

Enterré mis manos en su cabello y ella apoyó las suyas sobre mis muslos, inclinando su cabeza hacia mí.

—¿Estás muy cansada?

—Un poco, pero había pensado que podías devolverme el favor —dijo con una sonrisa pícara.

—¿Y qué hay del dar sin esperar nada cambio? —bromeé, para acto seguido apoderarme del lóbulo de su oreja y lamerlo como había descubierto que le gustaba.

—Mi abuelo hizo bien en no criarme en el catolicismo, ya que eso de poner la otra mejilla o darse al prójimo no va conmigo.

Me reí, aunque ambos sabíamos que eso era mentira. Enya era la persona más bondadosa y generosa que conocía. Yo no hacía nada de manera desinteresada y eso era algo que no iba a cambiar. Al menos, no cuando no se trataba de ella.

—¿No prefieres que te folle en el sofá por cambiar?

Ella me miró con los ojos brillando de lujuria.

—He dicho a la habitación, no a la cama. Hay muchos muebles en nuestra habitación.

Sonreí.

—¿Qué tienes pensado?

—Tendrás que descubrirlo por ti mismo. —Enya me acarició el labio inferior con su dedo anular.

Dedo en el que había llevado el anillo de Callum. Ella lo había tirado y había hecho bien, porque yo lo hubiese quemado. El único anillo que podía llevar era el mío.

—La semana que viene podemos ir a Galway. Allí hay una joyería que te va a gustar.

Enya frunció el ceño.

—¿Una joyería? ¿Para qué?

—Para que elijas el anillo de casada.

Ella rodeó mi cuello con sus brazos.

—Es un detalle que me dejes elegirlo. —Ignoré la acusación detrás de sus palabras—. Me parece bien, así también podemos comprar tu alianza. Quiero que les quede claro a todas las mujeres que eres mío. —A pesar de su tono despreocupado, podía ver que Enya necesitaba una confirmación de que lo nuestro iba en serio. Algo que pensaba que le había demostrado con mis actos.

—No necesitas una alianza para eso, *a stór*. Soy tuyo, siempre lo he sido. —Jamás había dicho mayor verdad que esa.

El rostro de Enya se iluminó.

—Al final, vas a tener razón.

—¿En qué?

—El sofá es la mejor opción.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, Enya seguía dormida. No quise despertarla, por lo que me levanté sin hacer ruido. Ella estaba agotada después del maratón de sexo.

Salí de la habitación, pero en vez de dirigirme a la cocina a tomar un café, recorrí el pasillo hasta detenerme frente a una puerta blanca. Sin molestarme en tocar antes, giré el pomo. Tal y como esperaba, la puerta se abrió. Sullivan nunca cerraba con llave.

Sullivan se encontraba tumbado en la cama, solo en calzoncillos, encima del edredón. Una luz tenue que se colaba por las rendijas de la ventana inundada la habitación. La ropa estaba por el suelo. Y un olor nauseabundo golpeó mis fosas nasales.

Me dirigí hacia la ventana y la abrí. Fui a subir la persiana, pero me quedé quieto cuando sentí un cuchillo debajo de mi garganta.

—¿Vas a despertarte del todo antes de rajarme el cuello? —pregunté con calma.

—¡Joder! —exclamó Sullivan, tirando al suelo el cuchillo con el que siempre dormía. A pesar de no haber pertenecido toda su vida a la mafia como yo había hecho, esa era una costumbre que él tenía desde hacía muchos años. Cuando tu vida corre peligro constantemente, nunca bajas la guardia; ni siquiera cuando duermes—. Un día voy a matarte por accidente. —El metal golpeó la madera detrás de mí.

Lo dudaba mucho. Si un día me mataba, sería porque yo había perdido la cordura y no le quedaba otra. Sullivan era fiel a mí, incluso cuando le sorprendía mientras dormía y actuaba por instinto.

—Lo que tienes que hacer es cerrar la puta puerta con llave —le respondí mientras abría la ventana y entraba aire fresco—. Y dejar que las empleadas entren en tu habitación para limpiarla. Parece un estercolero —dije, arrugando la nariz.

—Me gusta mi desorden. Y me niego a encerrarme como un cobarde.

Entendía su razonamiento, yo tampoco cerraba la puerta con llave de mi habitación. Ni siquiera cuando follaba con Enya. Pero eso era porque estaba seguro de que nadie se atrevería a entrar en mi dormitorio sin mi permiso; no si quería seguir manteniendo la cabeza encima de los hombros.

Me giré para mirar a mi mejor amigo. Estaba sentado en el borde de la cama, bostezando. Podía intuir por las profundas ojeras que adornaban sus ojos que apenas había pegado ojo. Estaban siendo días duros para todos, pero pronto lograríamos nuestro objetivo.

—¿Una noche dura? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—La fiesta no ha estado mal. Ha sido satisfactoria, aunque algo aburrida. El anfitrión se ha desmayado demasiado pronto.

Negué con la cabeza. Sullivan se encargaba de los asuntos más sucios de nuestro mundo. La noche anterior, había ido a la caza de un deudor bastante escurridizo.

—¿Ha pagado?

—¿Acaso dudas de mis técnicas de persuasión? —me preguntó, guiñándome un ojo.

Bajé mi mirada a sus nudillos. En carne viva y ensangrentados.

—Bien —murmuré, satisfecho.

—¿Has irrumpido en mi habitación para preguntarme por un deudor? Porque estaba soñando con una rubia que usaba sus tetas para…

—Sullivan —le corté, ignorando sus estupideces. Aunque había grandes posibilidades de que lo que me contaba fuera cierto. Cogí la silla que él usaba como perchero y quité la chaqueta de cuero que estaba colgada encima de ella, colocándola sobre la cama. Acto seguido, me senté en la silla, frente a mi mejor amigo—. Nolan —le dije, nombrando a uno de mis soldados—, me ha contado que sus contactos le han informado de que Zinov está al tanto de mi matrimonio con Enya.

La expresión de Sullivan cambió al escucharme. Se agachó para coger la camiseta negra que decoraba el suelo y la deslizó por su cabeza.

—¿Ha regresado a Irlanda?

—Tampoco es como si se hubiese ido. —Farrell había roto sus negocios con él hacía años y Arlan no estaba muy interesado en asociarse con él. Pero sí que tenía negocios menores con otras familias. Aunque, por lo general, eran sus hombres quienes se encargaban—. Pero sí, ha regresado. Incluso ha alquilado una casa en Dublín.

—¿Crees que conoce tus intenciones?

—Él sabe de mis intenciones desde el momento en el que huí de su tutela. Lleva intentando asesinarme desde entonces. Si no puede manipularme, solo le sirvo muerto. —Zinov utilizaba a las personas como si fueran piezas de ajedrez. Cuando no le servían, se las quitaba de en medio. Tenía que reconocer que Zinov tenía una gran habilidad para manipular a la gente; una pena para él que hubiese aprendido sus técnicas.

Sullivan asintió, porque él lo sabía. Él mismo había tenido que esquivar más de una bala de los hombres del ruso.

—Si no ha regresado por ti, lo ha hecho por Enya. Él quiere hacerse con ella para poder manipularte —dijo, llegando a la misma conclusión que había llegado yo el día anterior cuando Nolan me lo contó.

—Sí, pero no tiene ninguna posibilidad. Él no se atreverá a poner un pie en mi territorio.

—Ojalá lo intente, sería divertido.

No, no lo iba a hacer. Zinov era un cobarde. Dejaba que los demás hiciesen el trabajo sucio por él, pero ni siquiera un ser despreciable como él enviaría a sus hombres a un acto suicida como el intentar secuestrar a Enya en mi territorio.

—No lo hará. Quiero que aceleres la negociación con las familias. Cuanto antes regresemos a Dublín, antes le quedará claro a Zinov que ha perdido y antes podré centrar todo mi energía en destruirle. Voy a quitarle todo. Voy a dejarle vivo mientras ve arder todo su imperio.

—Y después, vamos a darle una muerte lenta y dolorosa juntos —dijo Sullivan.

Estiré mi brazo para apretar su hombro en un gesto de gratitud.

—Lo haremos.

Capítulo 19

Enya

—¿Qué tal tu primer día? —me preguntó Nessa, entrando en la librería con dos vasos de café para llevar en la mano.

—Bastante atareado. No pensé que en este pueblo la gente amase tanto la lectura —reconocí, apoyando mis manos en el mostrador.

—No lo hacen —respondió Nessa—, pero todos quieren agradar a la mujer del jefe. —Me guiñó un ojo.

—Pero yo quiero caerles bien por mí misma. No me parece bien que gasten su dinero solo para impresionarme.

—A mí me parece perfecto —dijo Nelda, la dueña de la librería, a la vez que cogía el abrigo del perchero negro colocado en la entrada de la librería y se lo ponía—. Gracias a ti, en un solo día, he vendido más que en todo el mes. Mi hijo te va a agradecer que por su cumpleaños pueda comprarle la consola que no para de pedirnos a su padre y a mí.

Sonreí mientras negaba con la cabeza.

—Supongo que visto así, no es tan malo.

—No lo es —concordó Nelda y Nessa se rio—. Voy a almorzar. ¿Te importa quedarte sola una hora? —me preguntó.

—En absoluto.

Nelda me dio las gracias, se despidió de Nessa y salió por la puerta.

—¿Aprovechamos que ahora no hay nadie para disfrutar del café? —Nessa levantó las dos vasos de café que sostenía en sus manos y señaló con la barbilla el rincón de lectura. Dos mesas con dos sillas, cada una estaba colocads frente a la ventana. Ambas con libros encima de ellas. Moví mi cabeza en un asentimiento a modo de respuesta y me dirigí hacia ellas, despejando la que estaba más a la izquierda, colocando los libros en las estanterías.

Nessa se sentó en una de las sillas y puso los vasos desechables encima de la madera. Ocupé un lugar a su lado. Cogí mi vaso y le di un largo sorbo al café humeante. El día era fresco, por lo que el calor penetrando por mi garganta se sintió de maravilla.

—¿Qué tal ha ido tu mañana? —le pregunte.

—Bien, Brady ha venido a desayunar a mi casa por sorpresa —respondió, nombrando a su novio. Ella no me lo había presentado formalmente, pero me había hablado mucho de él en las últimas semanas. Lo que era curioso, porque Brady era uno de los hombres de Cian que se encargaba de mi seguridad.

—¿Y él ha venido contigo?

—No, aunque me ha parecido verle a la vuelta de la esquina sentado en un banco, fingiendo que miraba su móvil.

—Vigilándome —dije con un suspiro.

Había convencido a Cian para que sus hombres no me siguiesen por el pueblo como perritos adiestrados. Él había aceptado, pero ya había pillado a varios de ellos vigilándome de incógnito. Posiblemente, era lo mismo que hacían en mi primera estancia en el pueblo. Solo que, en aquel entonces, no era consciente de ello.

—Cian solo se preocupa por ti —apuntó Nessa, leyendo mis pensamientos.

—Todos en este pueblo sois fieles a él. No corro ningún riesgo.

—Ya lo sé —reconoció Nessa—, pero Cian está acostumbrado a no fiarse de nadie. Los hombres de la mafia son así, tendrás que acostumbrarte.

—Supongo que sí —dije entre dientes. No creía que nunca pudiese llegar a acostumbrarme a eso. A pesar de que había una parte de mí que entendía a Cian, otra no lo hacía.

—No tuerzas el morro, que he visto la cara de felicidad que tienes estos días. Te estás acostumbrando muy rápido a Cian en todos los aspectos.

Me reí.

—Él es muy bueno en todo lo que hace y eso ayuda —bromeé. Me sentía muy cómoda con Nessa. Cada día que pasaba dábamos pasos agigantados en nuestra relación de amistad. Ella era diferente a Bindi, la única amiga verdadera que había tenido hasta ese momento; así todo, nos entendíamos muy bien. Aunque, a diferencia de con Bindi, aún había una pequeña parte de mí que estaba dolida por sus mentiras del principio. Sin embargo, esperaba que ese dolor desapareciera del todo en poco tiempo.

Pensar en Bindi me recordó que no había contestado a ninguno de sus mensajes. Ni siquiera los había leído. En realidad, mi móvil estaba sin batería, apagado y en el cajón de la mesilla de la habitación de Cian, que ahora era también mía desde hacía días. Al principio, no los había leido porque no estaba preparada para hacerlo, ya que no podía contarle que estaba secuestrada por Cian y después, porque no sabía si iba a ser capaz de responder a sus preguntas con evasivas que ella se creyese.

Cuando llegase a casa, le enviaría un mensaje. No iba a contarle toda la verdad. La parte de la mafia me la guardaría para mí, pero sí que le contaría que me había reencontrado con mi mejor amigo y que ahora era mi marido. Bueno, la segunda parte no, porque posiblemente pillaría el primer avión disponible para gritarme por no invitarla a mi boda o para sacarme de aquí, convencida de que me había vuelto loca. Pensándolo bien, simplemente le diría que me había enamorado y que quería vivir mi aventura de amor. Eso ella lo entendería y hasta se alegraría por mí.

Seguía divagando en mi mente cuando una maldición procedente de las cuerdas vocales de Nessa me distrajo.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Sí, es este maldito número, que no para de llamarme —me dijo, a la vez que daba al botón de cortar la llamada y dejaba el móvil encima de la mesa.

—Será para venderte algo, pueden ser muy pesados.

—Sí, seguramente —respondió Nessa, pero por su tono de voz, pude ver que no estaba muy convencida de sus palabras.

El teléfono comenzó a vibrar de nuevo y la pantalla se iluminó. Bajé la mirada, congelándome cuando reconocí el número que aparecía en ella.

—Es el número de Bega.

—¿Bega? —preguntó Nessa con extrañeza.

—La hermana mayor de Bindi. Como tienes su número bloqueado, tal vez esté intentando llamar con el de su hermana. —Mi abuelo no solo me había hecho aprenderme el número de Bindi, también el de los seres queridos de esta: como el de sus padres y el de su hermana mayor. Algo que, en momentos como ese, era de gran utilidad.

—¿Aún no te has puesto en contacto con ella?

—No… Yo pensaba hacerlo esta noche —Miré el móvil, que no dejaba de vibrar sobre la madera. Suspiré. No estaba preparada para hablar con Bindi, pero ya bastante le había

preocupado. Cogí el móvil de Nessa y acepté la llamada—. Hola —saludé, sin saber qué más decir.

—¿Enya, eres tú? —La voz que resonó desde el otro lado de la línea no era la de Bindi, pero la reconocí inmediatamente.

—Sí, Bega, soy yo. ¿Estás con…? —No pude terminar la pregunta, porque ella me interrumpió.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás mejor? —Su tono de voz preocupado. No era algo típico de Bega. La hermana de mi mejor amiga era como un témpano de hielo que raras veces se inquietaba.

—Sí, estoy bien.

—Menos mal —dijo con un suspiro—. Cómo me alegro de que haya quedado en un susto. Mis padres y yo estábamos muy preocupados por ti. Una caída por las escaleras que te provoca una pérdida de conocimiento puede ser muy peligrosa.

¿Una caída por las escaleras? ¿De qué estaba hablando? No llegué a preguntarle nada, porque ella siguió hablando.

—¿Sigues en el hospital? ¿Está mi hermana contigo? No sé nada de ella desde ayer, cuando me escribió para decirme que acababa de aterrizar en el aeropuerto de Dublín y que estaba esperando a que tu hermano fuese a recogerla. La estoy llamando, pero tiene el teléfono apagado, igual que el tuyo. Ella me dejó el número de tu amiga por si acaso. Espero que no te moleste que lo haya utilizado. Mi madre está de los nervios, ya sabes cómo es. —Bega siguió hablando, pero yo estaba petrificada.

—¿Mi hermano fue a buscarla al aeropuerto? —pregunté, tragando saliva.

—Sí, Arlan —dijo, haciendo realidad mis peores temores—. Él se puso en contacto con Bindi para contarle el accidente que habías sufrido mientras bajabas las escaleras de su casa. Se ofreció a pagarle un billete de avión para que pudiese ir a verte. Ella llevaba días preocupada por ti. Intentó localizarte por medio de las redes sociales, ya sabes cómo es. Mira que le dije que estarías ocupada, pero bueno, gracias a su persistencia, tu hermano pudo localizarla cuando te caíste.

No, gracias a su persistencia, mi hermano la había secuestrado. Arlan había visto los mensajes de Bindi en las redes sociales intentando localizarme y lo había aprovechado contándole una mentira. Él la tenía en su poder y no tardaría en usarla para que rompiese mi matrimonio y regresase a su casa para poder controlarme.

Nessa me miraba con la ceja alzada y su rostro turbado por la preocupación.

Respiré hondo e hice acopio de todo mi autocontrol para ser capaz de mentir a Bega sin que se notase, cuando lo único que quería hacer era gritar de frustración.

—Algo me han contado —mentí—, pero aún estoy demasiado confusa debido a la conmoción. Estoy en el hospital, pero esta tarde me dan el alta. Bindi ha ido a casa de mi hermano a darse una ducha, seguramente su móvil esté sin batería. Ella no se ha separado de mí desde que llegó, he tenido que obligarla a marcharse.

Recé mentalmente para que Bega se creyese mi mentira. Afortunadamente, lo hizo, porque ella se rio.

—Sí, eso es típico de ella. Dile que llame a mi madre lo antes posible y que cargue el móvil.

—Lo haré —respondí, haciendo mi mayor esfuerzo porque mi voz no sonase temblorosa.

—Cuídate y me alegro mucho que no haya sido nada.

Con las manos temblorosas, corté la llamada y dejé el móvil de nuevo encima de la mesa.

—¿Qué ha pasado?

Nessa se había levantado y estaba a mi lado. Se agachó para quedar a mi altura, apoyando sus manos sobre mis muslos.

—Mi… mi… —Las palabras salían entrecortadas y me costaba horrores hablar—. Arlan ha secuestrado a Bindi.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué? —Nessa lanzó preguntas al aire, fruto de la conmoción. Antes de que yo pudiera contestar ninguna de ellas, se levantó y rodeó la mesa para coger la silla que había ocupado segundos antes. La colocó al lado de la mía y se sentó—. Cuéntamelo todo, Enya.

Asentí, respirando hondo, poniendo mis ideas en orden. Después, le conté a Nessa la conversación que había mantenido con Bega.

—Tenemos que hablar con Cian —dijo Nessa una vez terminé. Aunque sabía que estaba tratando de mantener la calma para no asustarme más de lo que ya estaba, podía ver la preocupación en su rostro.

—Él está fuera por negocios. —Se había ido esa mañana y me había dicho que regresaría en un par de días. Como siempre, Cian no había especificado qué tipo de negocios eran.

—Lo sé, mi padre está con él. —Me pregunté si Nessa tendría más información sobre el paradero de mi marido—. Tenemos que llamarle por teléfono, él sabrá qué hacer.

Ella cogió su móvil para hacer la llamada, pero yo se lo impedí, sujetándole la mano.

—No, Cian mandará a sus hombres que me encierren en la mansión. No me permitirá ir con él a casa de mi hermano.

—Es que no es seguro que vayas —dijo Nessa con convicción.

—Nessa, Bindi es mi mejor amiga y es mi culpa que se vea en esta situación. —Ella fue a rebatirme, pero no se lo permití—. Arlan quiere vengarse de mí, no de ella. No le hará nada si me intercambio por ella. —O, por lo menos, eso quería creer—. Cian odia a Arlan y aprovechará la ocasión para enfrentarse a él. Bindi estará en medio del fuego cruzado y ella pagará las consecuencias. Cian me ama y me protegería con su vida, pero Bindi no significa nada para él, ni siquiera la conoce. No puedo ponerla en riesgo. Tengo que ir yo.

Nessa se quedó en silencio, asimilando mis palabras durante unos minutos.

—¿Y cuál es tu plan?

—Ir sola a casa de Arlan —respondí con convicción. Aunque lo cierto era que estaba improvisando—. Me intercambiaré por Bindi. Le haré creer que estoy dispuesta a separarme de Cian y casarme con el hombre que elija para mí. Eso es lo que él quiere. Una vez Bindi esté sana y salva, de regreso a Melbourne, me escaparé de él. —Ya lo había hecho una vez, me las apañaría para hacerlo una segunda.

—¡Eso es una locura! —exclamó Nessa, negando con la cabeza—. Es peligroso, Enya. ¿Y si Arlan te hace daño para vengarse de Cian? ¿Y si él…? —Nessa no fue capaz de terminar la pregunta.

—No, no lo es. Arlan me necesita viva. Si hubiera querido matarme, ya lo habría hecho cuando me secuestró.

O, por lo menos, eso era lo que esperaba. Pero aunque estuviese segura de que iba a ir a mi entierro, iría igual. Tenía que salvar a Bindi, ella era inocente. Conociendo a mi hermano, era capaz de tenerla atada y amordazada en el sótano.

—No es buena idea. Voy a llamar a Cian. —Nessa volvió a levantar el móvil y esta vez, se lo quité con un rápido movimiento.

—Me mentiste y yo te perdoné. Te he dado otra oportunidad y confío en ti. Me debes una. Es tu momento de confiar en mí. —No me gustaba usar esa baza, pero ella no me había dejado otra opción.

Aquellas palabras parecieron surtir efecto en Nessa, porque ella se congeló. Durante unos minutos, me observó en silencio. Parecía dubitativa, como si no supiese qué hacer. Finalmente, apoyó su espalda en la silla y emitió un sonoro suspiro.

—Creo que te equivocas, pero está bien, no llamaré Cian. —El alivio me invadió al escuchar su respuesta. Aquella era la única manera que tenía de salvar a Bindi—. No lo hago porque te deba una, lo hago porque eres mi amiga y las amigas se protegen y se ayudan.

Dejé el móvil sobre la mesa y me levanté de un salto. Me acerqué a Nessa y la abracé. Ella me lo permitió, rodeando mi espalda con sus brazos.

—Gracias —le agradecí, separándome de ella—. Ahora solo necesito un coche y la manera de salir del pueblo sin que nadie me paré.

—¿Sabes cómo llegar hasta la casa de Arlan?

—Hice unas compras de ropa y aunque su ama de llaves fue la que rellenó los datos, cuando me entregaron la ropa, pude ver la dirección apuntada en los paquetes. —Gracias a la manía de mi abuelo de aprenderme todos los números de teléfono y de preguntarme constantemente la dirección en la que me encontraba, había desarrollado una muy buena memoria. Me aprendía los números de teléfono y las direcciones con gran facilidad.

—Está bien, iré contigo —dijo Nessa con convicción.

Negué con la cabeza.

—No, esto es algo que tengo que hacer yo sola. —Ya había puesto en peligro a Bindi, no lo haría con Nessa.

Nessa se mordió el labio inferior con indecisión. Afortunadamente, ella no insistió ni me rebatió.

—Puedes usar mi coche.

—Ahora solo me queda encontrar la manera de despistar a mis guardaespaldas. Y a todo el pueblo en general.

Si me veían saliendo con el coche del territorio de Cian, no me lo permitirían.

Nessa estiró su mano y agarró la mía.

—No te preocupes, de eso me encargo yo.

Capítulo 20

Enya

Nessa había ideado un plan en menos de una hora. Uno que había sido muy efectivo. Las dos habíamos ido a su casa a supuestamente almorzar. Un rato después, ella había llamado a su novio para que entrase a la casa para ayudarnos con una tubería que acababa de explotar. Mientras tanto, yo salía por la puerta de atrás. Para que nadie pudiese reconocerme, me puse un gorro negro, debajo del cual oculté mi cabello pelirrojo y utilicé la ropa de Nessa, que ella misma me había dejado.

Nessa no se había conformado con la escusa, sino que había inundado la cocina de su casa de verdad para tener a su novio ocupado un buen rato antes de que se preguntase por qué yo no hacía acto de presencia.

Conduje por las calles del pueblo con la mirada al frente, sin hacer contacto visual con ningún viandante. Cualquiera que viese el coche y se fijase en mi vestimenta, daría por hecho que era Nessa quien salía del pueblo para algún recado que le había mandado su padre. Según me había asegurado ella, nadie lo cuestionaría.

Aunque Nessa había irradiado seguridad, yo no estaba tan convencida de que su plan saldría bien, por eso contuve la respiración hasta que dejé el pueblo varios kilómetros atrás.

Conducir por las carreteras de Irlanda era más sencillo de lo que me esperaba. Ayudaba que condujesen por la izquierda como en Australia, y también que los conductores que me fui encontrando por las carreteras no cometieran ninguna infracción. Aunque ansiaba llegar a casa de Arlan para liberar a Bindi, conduje con mucho cuidado. No tenía mi carnet de conducir conmigo, ni ningún documento de identidad. Si la policía me paraba, acabaría detenida.

Llegar hasta la propiedad de mi hermano fue un desafío mayor del que había pensado. El GPS no era todo lo preciso que debería y me perdí en varias ocasiones. Para cuando llegué, había comenzado a anochecer, aunque todavía había luz suficiente para ver con claridad.

Conduje por las calles de la urbanización hasta llegar a la mansión en la que había vivido mis primeros años de vida. No llegué muy lejos, porque los hombres que vigilaban en la garita me obligaron a salir del coche a la vez que avisaban a Arlan. Creí que él les ordenaría que me metiesen en el interior, pero me equivoqué. Antes de lo que esperaba, la verja se abrió y mi hermano salió por ella.

Me fijé que iba vestido con ropa deportiva. Varias gotas de sudor caían por su frente y su rostro estaba enrojecido, como si le hubiera pillado haciendo deporte.

—¿Qué cojones haces aquí? —preguntó—. Ahora que Cian ha conseguido lo que quería te ha dado la patada, ¿verdad? —Una risa ronca brotó de su garganta—. Si has venido en busca de mi ayuda, puedes marcharte por dónde has venido. No vas a conseguir nada de mí.

Le escuché, atónita. ¿Cómo tenía la desfachatez de mentirme de esa manera?

—Mi matrimonio con Cian es perfecto. Lo único que quiero de ti es que sueltes a Bindi. Puedes obligarme a separarme de Cian, pero encontraré la manera de regresar a él. Ahórrate el trámite y suéltala. Deja que nos marchemos. —Traté de mantenerme firme, sabiendo que cualquier mínima debilidad por mi parte sería utilizada por Arlan. Aunque, para qué mentir, estaba claro que negociando era un desastre. Le había enseñado todas mis cartas antes de usarlas. Pero estaba tan alterada, que era incapaz de fingir.

Arlan me miró como si tuviera dos cabezas.

—Bindi —pronunció el nombre con lentitud, como si fuese la primera vez que lo escuchaba —. ¿Quién es Bindi? —preguntó, resoplando.

Y ahora se estaba haciendo el idiota.

—¿Está en el sótano? —Di un paso al frente, negándome a acobardarme. No pensaba marcharme de allí hasta que Arlan no liberase a Bindi—. ¿La has atado cómo me ataste a mí?

Durante unos segundos, Arlan se mantuvo en silencio. Parecía desconcertado y sus ojos oscuros me observaban con cautela, como si realmente no entendiese qué estaba haciendo en la puerta de su casa. Dos meses atrás, hubiera creído que él no estaba relacionado con la desaparición de Bindi; sin embargo, ahora no me creía nada.

—Hay que joderse —farfulló—. No tengo paciencia para esta mierda. Vete. —Arlan señaló un punto detrás de mí.

No, no iba a irme.

Con pasos decididos, me dirigí hacia la verja abierta.

—Ya la busco yo sola —espeté.

Sin embargo, no llegué a cruzar la verja, porque Arlan sujetó mi brazo, deteniéndome.

—No sé quién te has creído que eres. Vas a salir inmediatamente…

—Suelta a mi mujer, Wolf. —Una voz varonil que conocía muy bien le interrumpió.

Arlan soltó el agarre en mi brazo y se giró para mirar a Cian, que se encontraba detrás de nosotros. El rostro de Cian parecía tallado en piedra. Llevaba una americana negra y su mano derecha estaba escondida en el interior de ella. A unos metros de él, Dugan observaba la escena con aparente calma, pero la vena que le palpitaba en el cuello le delataba.

—Maccarthy. —Arlan pronunció el apellido de Cian con desprecio. El fuego ardía en sus ojos y apretaba los dientes con fuerza—. ¿Como no has tenido suficiente con humillar la memoria de mi padre, has enviado a tu mujer a humillarme a mí?

—La verdad no es humillación. Tu padre se equivocó con el mío. Lo he demostrado y las familias hoy han dejado claro que aprobaban mi regreso a Dublín. Te guste o no, la familia Maccarthy regresa a Dublín, de donde nunca debió salir. Y con respecto a mi mujer —con la calma que le caracterizaba, aunque ahora sabía que solo era fachada y él estaba bullendo por dentro, dio varios pasos y rodeó mi cadera con su brazo, acercándome a él—, ha venido sin mi permiso.

—No necesito tu permiso para nada —dije, intentando deshacerme de su agarre, pero Cian no me lo permitió—, él tiene a Bindi. Su hermana me ha llamado esta mañana. Arlan se puso en contacto con Bindi para decirle que yo me había caído por las escaleras y estaba en el hospital, inconsciente. Ha utilizado la preocupación de Bindi para convencerla de que venga a visitarme. Incluso le ha pagado el billete de avión hasta Irlanda. La hermana de Bindi me ha contado que Arlan quedó en ir a buscarla al aeropuerto para llevarla hasta el hospital. La tiene secuestrada en su casa, Cian.

—Yo no secuestro a mujeres, niñata. —La voz enfurecida de Arlan provocó que diese un respingo.

—Ten cuidado, Arlan —siseó Cian.

—Me secuestraste a mí —dije, aunque mi convicción estaba cayendo. Algo no terminaba de cuadrar.

Si Arlan había secuestrado a Bindi para conseguir que yo rompiese mi matrimonio con Cian, carecía de sentido que Arlan me ocultase sus planes. ¿De qué le serviría entonces?

—No te secuestré, te traje de regreso a tu casa para que cumplieses con tu deber —me

corrigió Arlan entre dientes—, pero tú has mancillado la memoria de nuestro padre.

Cian negó con la cabeza y carraspeó.

—Esa es una conversación para otro día. —Arlan emitió un gruñido, pero no dijo nada más —. Si tú no has tenido nada que ver con la desaparición de Bindi, ¿quién ha sido? —preguntó Cian.

—¿En serio me lo estás preguntando a mí? —siseó mi hermano—. ¡No sé quién es esa Bindi! ¡Iros de mi propiedad ahora mismo!

Cian endureció la mirada, centrándola en Arlan. Este, lejos de amedrentarse, mantuvo los ojos fijos en los de Cian.

—Vámonos, Enya —dijo Cian, tirando de mí.

—Yo no me voy a ningún lado —me negué, plantando mis pies en el suelo—. Bindi es mi mejor amiga. Si tú no la has secuestrado, tal vez lo ha hecho alguno de tus hombres. —Bega había nombrado directamente a Arlan, por lo que la desaparición de Bindi tenía que estar relacionada con él.

—No me lo puedo creer —bufó Arlan—. ¿Estás acusando a mis hombres de traición?

Di un fuerte empujón a Cian, que al pillarle por sorpresa, me soltó. Di varios pasos hacia mi hermano y sujeté su brazo. Él miró hacia mi mano como si fuese radiactiva, pero no se movió.

—Pregunta a tus hombres. —Lo último que deseaba en esos momentos era suplicar a Arlan después de cómo se había comportado conmigo, pero me tragaría todo mi orgullo si así encontraba a Bindi—. Tal vez alguno de ellos creía que te hacía un favor secuestrándola. —Aunque aquello no acababa de encajar en mi cabeza—. Ella es de mi edad, bastante más bajita que yo. Tiene el cabello largo y castaño. —Continué describiendo físicamente a Bindi y para mi sorpresa, Arlan no me interrumpió. De hecho, noté un cambio en su rostro. Fue prácticamente imperceptible, pero estaba ahí.

Arlan se soltó de mi agarre, aunque lo hizo con delicadeza, algo que no me esperaba en él.

—Tú y *tu mujer*, seguidme —le dijo a Cian. Ignoré el retintín en su voz al referirse a mí—. Tu perro se queda fuera—añadió, señalando a Dugan—. Será mejor que lo ates a la verja. Si causa problemas, voy a sacrificarlo.

—Cuidado, Arlan —le advirtió Cian, dándose la vuelta para acercarse a Dugan. Le dijo algo al oído y Dugan movió su cabeza en un asentimiento. Después, se situó de nuevo a mi lado y rodeó mi cadera con su brazo. Sin pronunciar una sola palabra, ambos nos dirigimos al interior de la mansión, siguiendo a Arlan.

—Mantente en silencio y déjame hablar a mí. Tu hermano es imprevisible. A la mínima señal de peligro, echas a correr —me susurró.

Podía ver que Cian estaba enfadado conmigo por haber actuado a sus espaldas. Aún no sabía cómo había averiguado que me encontraba en casa de Arlan, pero esperaba no haber metido a Nessa en demasiados problemas.

—De acuerdo, me mantendré en silencio —le prometí.

—¿No has traído a tu despacho para que admiremos la decoración? —le pregunté a Arlan después de varios minutos en silencio.

Mi hermano nos había conducido a través de la casa hasta una estancia que supuse que era su despacho. Se había sentado detrás de su escritorio y ordenado a su hombre que cerrase la puerta, pero no había abierto la boca. Se había limitado a mirar algo en su teléfono móvil.

Cian y yo nos habíamos quedado de pie, esperando. Sin embargo, no podía seguir manteniéndome callada.

—Debí haber sabido que no tardarías mucho en desobedecer mis órdenes —me susurró Cian.

—¿Esta es Bindi? —preguntó Arlan, dejando su móvil bocarriba, encima del escritorio.

Me acerqué, cogí el teléfono entre mis manos y miré la fotografía. Mi mejor amiga estaba de pie, sujetando una maleta mientras un hombre de unos sesenta años hablaba con ella. El hombre iba ataviado con un traje, tenía el pelo canoso y una sonrisa falsa en su rostro. Se encontraban en la terminal de un aeropuerto. Posiblemente, la de Dublín.

—Si tú no la has secuestrado, ¿por qué tienes una foto de ella?

—Zinov —murmuró Cian por encima de mi hombro. Él se había acercado para ver la fotografía.

—¿Ese es el hombre que te manipulo y torturó? —pregunté, sintiendo que todo mi cuerpo temblaba. Dejé el móvil de nuevo encima del escritorio—. ¿Por qué ese hombre ha secuestrado a Bindi?

—Para utilizarla y así poder atraerte a sus garras. Si la hermana de Bindi no se le llega a adelantar, posiblemente lo habría conseguido. Es un viejo zorro. —Pude ver cómo la mandíbula de Cian se apretaba y sus manos se cerraban en puños—. ¿Por qué tienes esa foto? —le preguntó Cian a Arlan.

Mi hermano nos observaba con el rostro serio, pero, por una vez, no vi el odio que me profesaba en su mirada.

—Mi padre rompió los negocios con él porque después de lo que sucedió con tu padre, se volvió avaricioso. Quería un trozo del pastel más grande de lo que mi padre estaba dispuesto a darle, pero nunca pensó que era peligroso. Yo, en cambio, nunca me he fiado de él. Cuando al poco de la muerte de mi padre intentó negociar conmigo, le mandé a la mierda. Aunque envié a mi segundo investigarle. Tyrone descubrió que Zinov engaña a las familias con las que tiene negocios; las roba. Como necesitaba pruebas para poder demostrarlo, Tyrone ha estado siguiéndolo. Ayer sacó esa foto.

—Tienes que salvarla, Cian —supliqué, sosteniendo su muñeca—. Si le pasa algo, yo… —Mi voz se quebró y fui incapaz de terminar la frase.

—No va a pasarle nada, *a stór*. —Cian rodeó mi cintura con uno de sus brazos y con la otra mano, agarró mi barbilla para que le mirara a los ojos—. Te lo prometo.

—Tú nunca incumples tus promesas —dije con convicción.

Cian esbozó una sonrisa suave.

—No, no lo hago.

—¿Zinov fue el que mandó matar a mi madrastra? —preguntó Arlan, quien se había levantado de la silla.

—Sí —respondió Cian.

—Esta mañana en la reunión con las familias has dicho que no sabías quién fue el que manipuló a nuestros padres; quién engaño al mío para hacerle creer que tu padre era culpable, pero sí lo sabías. —La ira inundaba las facciones de Arlan. Él se estaba esforzando para no estallar, algo que no era típico en él.

—Zinov nos llevó a mi madre y a mí a Rusia. —Cian no negó las acusaciones de Arlan—. Nos hizo creer que nos ayudaba, pero era todo lo contrario. —Cian estaba evitando contarle los detalles que me había contado a mí a Arlan, pero mi hermano parecía entender mucho más de lo que yo había hecho—. Por su culpa, mi madre falleció.

Tragué saliva, ya que desconocía ese dato.

—Y quieres quedártelo todo para ti —reprochó Arlan—. Yo también tengo derecho a matarlo.

—No quería matarlo, no aún. La muerte sería un castigo beligerante para él. Mi intención era quitarle todo, dejarle vivo mientras su imperio ardía. Y después, matarlo lentamente. Quiero que sufra. —Las palabras de Cian salieron estranguladas por la furia—. Pero ahora, nada de eso importa. —Su voz se suavizó y bajó la mirada para centrarla en mí—. Voy a matar a Zinov y traerte a Bindi de regreso. Todo va a ir bien, *a stór*.

Cian estaba dispuesto a dejar atrás sus planes de venganza por Bindi. No, él estaba dispuesto a hacerlo por mí.

Esa era la mayor declaración de amor que me podía hacer, por muy retorcida que pudiera parecer. Sin importarme que mi hermano estuviese presente, estiré mis manos y rodeé su cuello, enterrando mi cabeza en su pecho.

—No debí irme sin decirte nada —dije, llorando en su pecho. Incapaz de seguir conteniendo las lágrimas que amenazaban con brotar mis ojos, durante más tiempo.

Cian afianzó su agarre en mi cintura, atrayéndome más hacia él.

—No, no debiste. Si Brady no llega a descubrir la estratagema de Nessa y sacarle la verdad, podías haber terminado muerta.

—No mato mujeres —siseó Arlan, quien parecía ofendido con aquella acusación.

—No —concordó Cian—, pero la habrías echado y Zinov la habría encontrado.

—No te enfades con Nessa por ayudarme —le pedí a Cian cuando dejé de llorar, separándome de él y haciendo caso omiso a la interacción entre los dos hombres.

Pude ver en la mirada de Cian que su respuesta no iba a gustarme, pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, Arlan nos interrumpió.

—Si habéis terminado, tenemos un ruso que matar.

—¿Sabes dónde esconde a Bindi? —A pesar de que la pregunta de Cian iba dirigida a Arlan, sus ojos seguían fijos en los míos.

—En un almacén, a las afueras. Tyrone y otros de mis hombres están vigilando la zona. No sabían quién era la chica, ni por qué la retenía, pero estaban intentando averiguarlo.

—Bien —musitó Cian—. Zinov es demasiado engreído para creer que le hemos descubierto. Le pillaremos por sorpresa.

—Voy con vosotros —dije—. No voy a ir a por Zinov —aclaré cuando ambos me miraron como si me hubiera vuelto loca—. Me quedo en el coche, pero quiero estar cerca cuando rescatéis a Bindi.

Arlan emitió una risa oscura y Cian sujetó mi barbilla con su mano.

—No, *a stór*. Tú te vas a quedar aquí, segura. Necesito saber que estás fuera de peligro para poder salvar a tu amiga. Si estás cerca, voy a estar preocupado por ti. Zinov no estará solo, estará con sus hombres. No va a ser fácil. Necesito tener mis cinco sentidos alerta. —A pesar de que sus palabras eran pacientes y suaves, me di cuenta de que Cian no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Y, en el fondo, sabía que él estaba en lo correcto.

—Está bien —concordé—. Esperaré.

—¿Puedo fiarme de tu palabra esta vez? —preguntó—. ¿No harás nada estúpido?

—Enciérrala en mi antigua habitación —intervino Arlan, quien había rodeado la mesa de su despacho y ahora se encontraba a unos pasos de nosotros, cerca de la puerta—. No puede escapar por la ventana, tiene rejas.

Cian le lanzó una mirada furibunda a Arlan. Este se encogió de hombros. Ambos habían sido mejores amigos de niños y después, se habían odiado durante años. Pero, en esos momentos, aunque se notaba la animadversión que sentían el uno por el otro, era como si hubiesen encontrado un punto en común, algo que les unía: el odio hacia Zinov.

—No tengo que encerrarte, ¿verdad?

—No, puede que haya recuperado un poco de la temeridad de la Enya de seis años, pero nunca pondría en peligro a Bindi.

—Es bueno saberlo —dijo Cian, dándome un beso en los labios.

Capítulo 21

Enya

Habían pasado casi treinta y cuatro horas desde que Arlan y Cian se habían marchado. Treinta cuatro horas que me había pasado dando vueltas de un lado para otro. Apenas había dormido y no tenía sueño. La adrenalina me impedía descansar.

Sentada en una silla de jardín en el porche, esperaba la llegada de Bindi, con mi mirada fija en la verja. Si algo le sucedía, si ella moría, sería mi culpa. Mi culpa por no haber sido sincera con ella, por estar tan centrada en mi relación con Cian que no me había puesto en contacto con ella cuando podía haberlo hecho. Me había engañado a mí misma creyendo que la ponía en peligro con la verdad; pero, la realidad era que tenía miedo de que ella me viese de una manera diferente si descubría quién había sido mi padre, quién era mi familia y quién era el hombre del que me había enamorado. No lo había hecho porque tenía miedo a perderla como amiga y ahora podía costarle la vida.

Un dolor de cabeza atronador se apoderó de mí y masajeé mis sienes.

—Enya, tienes que comer algo.

Levanté la cabeza para encontrarme a Maeve frente a mí con una bandeja que dejó encima de la mesa de madera de exteriores.

—No tengo hambre y tampoco ganas de hablar contigo. —Estaba siendo desagradable, pero no podía evitarlo. Necesitaba pagar con alguien mi frustración. Tenía ganas de gritar, de llorar o las dos cosas a la vez.

—Que te mueras de hambre no ayuda a tu amiga.

—Como si mi salud te importase —murmuré, cruzando mis brazos—. Haznos un favor a las dos y déjame en paz.

Los ojos de Maeve brillaron, a la vez que asentía con la cabeza y se giraba para marcharse.

—Espera —le pedí, provocando que se detuviese—. Lo siento —me disculpé. ¿Qué estaba haciendo? A pesar de que había cosas de Maeve que no me gustaban, yo no era así. No trataba mal a las personas y tampoco las respondía de esa forma—. Lo estoy pagando contigo y tú no tienes la culpa. Gracias por el sándwich —dije, mirando la comida que ella me había traído.

—No importa. —Maeve me hizo un gesto con su mano—. Me lo merezco, no me porté demasiado bien contigo el tiempo que pasaste aquí.

El sándwich mixto estaba partido en dos y cogí uno de los trozos. El sabor de la mezcla del queso derretido con el jamón explotó en mi boca. Estaba mucho más hambrienta de lo que pensaba.

—En realidad, tampoco te portaste tan mal. —Maeve había sido agradable conmigo, solamente que ella miraba por su familia. Había sido egoísta, pero ¿podía culparla por eso?—. No te guardo rencor. Estás haciendo lo que crees que es mejor para tu hija. Puedo entender eso.

Ella fue a decir algo, pero el sonido de la verja abriéndose y del motor de un coche acercándose por el camino de entrada, se lo impidió.

Me levanté de golpe. Mis ojos abiertos con emoción apenas contenida mientras observaba cómo el coche se paraba frente a nosotras.

Tyrone, el hijo de Maeve, salió del coche. Él iba vestido con un pantalón vaquero negro y una chaqueta de pana negra. Su cabello rubio estaba revuelto y su aspecto era descuidado; una

barba de varios días decoraba su barbilla. Él parecía no haber dormido en días y tampoco haberse duchado. Rodeó el automóvil para abrir la puerta del copiloto. Estiró su brazo y unos largos dedos sujetaron su mano. Él tiró con suavidad y una chica salió del interior.

—¡Bindi! —grité, a la vez que corría hacia ella.

Mi mejor amiga, aún agarrada a la mano de Tyrone, comenzó a llorar, provocando que me uniese a ella. Bindi no tenía mejor aspecto que Tyrone, pero no parecía estar herida. Por lo menos, no físicamente.

Ella se separó de Tyrone y nos fundimos en un abrazo. Ninguna de las dos habló, solo nos quedamos en medio del camino de entrada, abrazadas y llorando. Cuando los sollozos fueron cediendo, me separé de ella lentamente, aunque entrelacé mis dedos con los suyos para mantener el contacto.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí. —Su voz sonó ronca por los sollozos.

—¿Te han hecho daño?

Bindi abrió la boca para responderme, pero ella no pudo pronunciar una sola palabra.

—Ahora no es momento de preguntas. Bindi necesita una ducha, comer algo y una cama —nos interrumpió Tyrone. En su tono de voz había un deje de preocupación, como si Bindi le importase, cuando era imposible porque apenas la conocía—. ¿Te encargas, mamá?

—Por supuesto —respondió Maeve, acercándose a nosotros—. Ven conmigo, cariño —le dijo a Bindi.

Fui a desenredar mis dedos de los de mi mejor amiga para permitirle seguir a Maeve, pero Bindi afianzó nuestro agarre.

—Ven conmigo, no me dejes sola —me pidió.

—No lo haré —le prometí—. Ahora estás a salvo.

Ella asintió, aunque no parecía muy convenida.

—¿Dónde está Cian? ¿Él está bien? —le pregunté a Tyrone, que nos observaba como un halcón.

—Desgraciadamente, él está perfectamente. —El amigo de mi hermano no parecía del club de *fans* de mi marido—. Arlan y él tienen negocios que atender.

—¿Y cuándo va a regresar?

—Regresará cuando él lo crea conveniente

Entorné los ojos ante su respuesta. ¿Qué narices quería decir eso?

Definitivamente, Tyrone no era el tipo más amable del planeta. Aunque poco importaba. Cian estaba bien y Bindi también, todo lo demás carecía de importancia.

Bindi durmió durante gran parte de la tarde y toda la noche. Me desperté a las ocho de la mañana y ella seguía dormida a mi lado. No me había separado de ella en ningún momento, aunque apenas habíamos hablado. Ella necesitaba recuperarse primero.

Me levanté de la cama para dirigirme al baño, ya que mi vejiga gritaba que la vaciase. Lo hice con cuidado para no despertar a Bindi, pero, así todo, cuando salí del servicio, ella estaba sentada a lo indio encima de las sabanas, ataviadas con uno de los pijamas que había comprado cuando estuve en casa de mi hermano la primera vez.

—¿Estás bien? —pregunté, mientras abría más la persiana para que entrasen los rayos de sol.

Bindi respiró hondo y apartó uno de los mechones que se había colado en su ojo. Llevaba su cabello recogido en una coleta alta que ahora estaba completamente despeinada.

—No lo sé —respondió—, aún no estoy segura de si ha sido un sueño o no.

Con pasos ligeros, me senté en el borde de la cama, ladeando la cabeza hacia ella. Me incliné hacia delante, apoyando mi mano sobre la de ella.

—Lo siento, todo esto ha sido mi culpa. Yo… —me interrumpí a mí misma—. No sé ni por dónde empezar.

—¿Por qué no empiezas desde el principio y me cuentas todo lo que ha sucedido desde que llegaste a Irlanda?

A pesar de haber pasado por un infierno, Bindi me miraba con preocupación genuina. Ella siempre se preocupaba por mí antes que por ella misma. Por eso Bindi era tan especial: porque era alocada, temeraria y bocazas, pero, sobre todo, fiel a los que amaba.

Durante la próxima hora, le expliqué todo lo que había sucedido sin dejarme ni un solo detalle. Bindi se merecía que fuera sincera con ella y que dejase todos mis miedos atrás. Le conté quién había sido mi padre, todo lo que había descubierto sobre mi familia y que pertenecían a la mafia irlandesa. También le hablé sobre Cian y le relaté todo lo que había sucedido entre nosotros; lo bueno y lo malo.

Cuando terminé, sentí un gran alivio. Era como si me hubiese quitado un peso de la espalda que no sabía que tenía.

Bindi permaneció en silencio, escuchándome con atención. No me interrumpió ni una sola vez.

—Estás casada y no he podido acudir a tu boda, eso no me gusta ni un poco.

Me reí, sintiendo que la tensión entre nosotras se evaporaba. De todas las cosas que pensé que me diría, nunca imaginé que hablaría sobre mi boda. Bindi estaba bromeando, demostrándome que, a pesar de las circunstancias, no había perdido el humor, algo que agradecía. No me estaba juzgando, ni tampoco reprochando que no me hubiera puesto en contacto con ella antes, tan solo estaba tratando de hacerme sentir mejor.

Me incliné hacia ella y le di un beso en la mejilla.

Bindi esbozó una sonrisa.

—Ahora es tu turno —dije, sintiendo que un nudo se formaba en mi estómago—. ¿Qué paso? ¿Te hicieron daño?

La sonrisa de Bindi se congeló y ella suspiró. Pude ver cómo sus ojos castaños comenzaban a brillar, pero ella contuvo sus lágrimas. Estaba controlándose para no derrumbarse frente a mí y eso me rompió el corazón.

¿Qué había pasado en el almacén?

—No estoy preparada para hablar de ello, Enya y no sé si algún día lo estaré. —La miré con preocupación y ella negó con la cabeza—. No me hicieron daño físico. El hombre ruso se presentó en el aeropuerto diciéndome que le había enviado tu hermano. Le creí, no pensé que pasaría nada malo. Él parecía amable… —Bindi tragó saliva—. Cuando entré en el coche, había otro hombre que me pinchó algo en el cuello. Me desperté en una habitación, con un camastro y un pequeño baño con solo una ducha y un váter. Un hombre encapuchado me traía bandejas de comida rancia. Nadie hablaba conmigo. —Ella hizo una pausa y yo coloqué mi mano en su hombro para darle ánimos—. No sé cuántas horas habían pasado cuando el hombre encapuchado me obligó a salir. Me llevaron a una estancia enorme con paredes grises y suelo sin asfaltar. Parecía una especie de fábrica abandonada, no lo sé…

—Da igual, no me cuentes nada más —dije. A pesar de que Bindi me había reconocido que no estaba preparada para contarlo, lo estaba haciendo. Ella me lo estaba contando a mí, porque, a pesar de todo, ella confiaba en mí, confiaba en nuestra amistad.

—Quiero hacerlo. Pero solo una vez y luego lo guardaré en lo más hondo de mi mente. —

Eso no era lo correcto, ella necesitaría ayuda especializada, pero asentí. No era el momento para decírselo. Le dejaría hacer las cosas a su tiempo—. El ruso estaba allí. Él sonreía, de la misma manera que lo había hecho en el aeropuerto, pero en ese momento supe que no era una sonrisa real. —Un escalofrío recorrió el cuerpo de Bindi, como si estuviese recreando ese momento en su cabeza—. Le pedí que me liberase. Se lo supliqué una y otra vez, pero él se limitó a mirarme mientras su hombre me obligaba a sentarme en una silla. Nunca en mi vida había visto a alguien con tanta maldad y tan poca empatía, Enya. Cuando guardé silencio al darme cuenta de que no iba a conseguir nada, me dio un móvil y una hoja de papel. Me pidió que te llamase, y te leyese lo que él había escrito. Iba a decirle que tenías el teléfono apagado cuando el infierno se desató. No recuerdo demasiado de esa parte. —Pude ver en sus ojos que ella estaba mintiendo, lo recordaba, pero no estaba preparada para verbalizarlo—. Varios hombres asaltaron la estancia con pistolas, matando a los hombres que se encontraron por el camino. Ni siquiera me había fijado que había más personas allí. El ruso me obligó a levantarme y puso un cuchillo en mi garganta. Él comenzó a hablar en ruso, palabras que no entendí. Tenía tanto miedo… —Tragó saliva con fuerza—. Aunque había varios hombres amenazándolo con pistolas, él solo se dirigió a un chico rubio. —No necesité que Bindi me diera más detalles para saber que estaba hablando de Cian—. El ruso apretó el cañón en mi sien y sentí cómo presionaba el gatillo. —Bindi apretó sus labios con fuerza en un intento desesperado por no echarse a llorar. Pensé que ella no continuaría, pero siguió hablando—. Estaba segura de que dispararía. Cuando comencé a ver todo negro, creí que él me había disparado. Pensé que estaba muerta. En realidad, perdí el conocimiento por el miedo. Me desperté en la parte trasera de un coche. A mi lado, estaba el chico con el que me viste llegar. —Bindi entrecerró los ojos—. Tyrone —pronunció el nombre de uno de los hombres de mi hermano—. Me dijo que estuviese tranquila, que iba a traerme junto a ti.

Bindi temblaba como una hoja. La abracé y ella lloró en mi hombro. Sabía que había partes en su relato que ella había omitido, pero no iba a obligarla a recordar cosas que no quería recordar. Bastante mal lo había pasado ya.

—Estás a salvo, Bindi. Todo irá bien.

Ella se separó de mí y me miró.

—Regresa conmigo a Melbourne, Enya. Este no es tu mundo. Tu abuelo te mantuvo en la ignorancia por una buena razón.

Esbocé una sonrisa triste, a la vez acariciaba su mejilla.

—No puedo. Mi cuerpo y mi mente pertenecen a Irlanda, le pertenecen a Cian. Pero cuando las cosas se tranquilicen, iremos a Melbourne de visita.

—¿Vendréis? —preguntó con cautela. Aunque Bindi parecía decepcionada, no me volvió a pedir que regresara con ella. Después de todo lo que había pasado, podía entenderla. ¿Cómo no lo haría? Tenía suerte de que no corriese al primer cuartel de policía que encontrase.

—Sí, Cian y yo. Te va a caer bien.

Bindi negó con la cabeza.

—No te enfades, Enya. De momento, ya he conocido a demasiados mafiosos. —Aunque lo dijo de tono de broma, no lo era—. Solo quiero volver a mi vida de siempre. Jamás me volveré a quejar de que es aburrida.

—Bien, pero quédate unos días conmigo. Solas las dos. Disfrutando de nuestra compañía, hasta que te recuperes un poco.

Si deseaba que la llevase hasta el aeropuerto en ese mismo momento, no la detendría. Aunque pude ver la duda en el rostro de Bindi, terminó asintiendo.

—Eso suena bien.

Capítulo 22

Enya

Había pasado una semana desde que Bindi fue liberada. Habíamos regresado a la casa de Cian, que ahora también era la mía. Apenas había visto a mi marido en ese tiempo, ya que Bindi se negaba a relacionarse con él o con cualquier persona que no fuese yo. Ella estaba mejor, pero aún le quedaba mucho camino por recorrer para recuperarse, y aunque yo deseaba que se quedase conmigo más tiempo, era consciente de que ella necesitaba regresar a Melbourne con su familia. La rutina diaria le ayudaría a olvidar los malos momentos vividos.

Cian había querido hablar con ella para asegurarse de que entendía que no podía decir una palabra de lo del secuestro a nadie. Sin embargo, no era necesario, ya que Bindi había visto lo suficiente para saber que era mejor mantenerlo para sí misma. Además, Bindi me había prometido que ella no acudiría a las autoridades y yo la creía.

Al día siguiente, Bindi regresaba a Melbourne y yo iba a acompañarla al aeropuerto. Mi amiga quería que volviese con ella, pero ya no me lo pedía porque sabía que no iba a suceder. Aunque Bindi siempre formaría parte de mi vida, ahora mi lugar estaba en Irlanda junto a Cian, junto a la familia Maccarthy.

Desgraciadamente, Cian también se marchaba unos días a Dublín. Él tenía negocios que atender allí. Como siempre, no era demasiado comunicativo al respecto, pero sí me había dicho que pronto nos mudaríamos. La familia Maccarthy iba a regresar oficialmente a Dublín.

Por fin Cian iba a conseguir aquello que tanto anhelaba, aquello por lo que tanto había sufrido y me había hecho sufrir a mí. Aquello que él y su familia tanto se merecían.

Me levanté de la cama en la que estaba tumbada junto a Bindi. Mi amiga dormía plácidamente. Debían de ser más de la doce de la noche y la oscuridad reinaba en la habitación. Con la linterna de mi móvil e intentando no despertar a Bindi, me dirigí al armario. Ambas nos habíamos quedado en mi antigua habitación, por lo que para entrar al pasadizo secreto, tenía que atravesar el armario.

Era un trámite innecesario, ya que podía salir de la habitación por la puerta y recorrer el pasillo para llegar hasta la habitación de Cian, pero sentí que atravesar el pasadizo secreto era la manera correcta de encontrarme con él. Una manera más romántica. Y una manera de superar el pasado y sustituir viejos recuerdos con unos nuevos.

—No te esperaba, *a stór*.

Cian estaba dándome la espalda, mirando por la ventana.

—Pensaba que no me habías oído —reconocí, había intentado ser lo más cuidadosa posible para darle una sorpresa.

—Hay que estar sordo para no hacerlo. Has hecho más ruido que una manada de búfalos. —A pesar de que no podía verle, estaba convencida de que Cian estaba sonriendo.

—Pensaba que te iba a encontrar masturbándote —bromeé, haciendo caso omiso a su burla.

Cian se giró. La tenue luz de la luna que entraba por la ventana iluminó su cara. Una sonrisa traviesa decoraba su rostro.

—Prefiero que lo hagas tú.

—No suena mal, pero antes, hay algo que quiero hablar contigo. —Vencí la distancia que nos separaba y estiré mis manos para que él las sujetase—. Aunque no he tenido la oportunidad de

decírtelo, quiero que sepas que nunca podré agradecerte que dejases de lado tu venganza para salvar a Bindi. —Él había matado a Zinov de una bala en la cabeza antes de que este pudiese terminar con la vida de Bindi. Me lo había contado Nessa unos días antes, ya que Cian se negaba a compartir esa información conmigo. Mi nueva amiga se las arreglaba para conocer toda la información relevante, algo que a mí me era muy útil.

A pesar de que no me alegraba de la muerte de nadie y no me gustaba la violencia, no podía estar más agradecida con Cian. Él había salvado a Bindi.

—No tienes que darme las gracias, ni por eso ni por nada.

—Tú no querías que él tuviese una muerte rápida.

—No, no quería —reconoció y como cada vez que hablaba de Zinov, la expresión de su rostro se endureció—, pero no estabas dispuesto a arriesgarme. No si tú ibas a sufrir.

—Te quiero. Cada día que pasa, te quiero más.

Cian no respondió, pero soltó mis manos para colocar una mano en mi nuca y la otra en mi cintura y unir sus labios con los míos.

Me besó con amor y ternura. Yo me apoderé del beso y cambié el ritmo a uno más frenético. El beso pasó de ser de amor, a uno que precedía a una noche de sexo y lujuria. Un beso de deseo incontrolado.

Cian lo rompió, provocando que yo alzase una ceja. Fui a quejarme, pero él colocó un dedo en mi boca, impidiéndomelo. Encendió la lámpara de la mesita de noche y la habitación se iluminó. Vi cómo buscaba algo en uno de los cajones de la mesita y sacaba una pequeña caja de joyería.

Él se la colocó en la palma de la mano y me la ofreció.

—¿No deberías hincar rodilla primero? —pregunté con una sonrisa bobalicona.

—No es mi estilo y, además, ya estamos casados.

—Sí, pero no llegaste a pedírmelo.

—No era necesario, ya habíamos resuelto ese trámite de niños.

Entrecerré los ojos a la vez que negaba con la cabeza.

—Te lo pedí yo a ti, no tú a mí —le recordé.

Cian resopló.

—¿Vas a abrir la caja o no?

Sonreí, él se estaba impacientando. Y lo cierto era que, aunque lo estuviera disimulando, yo también. Estaba deseando ver cuál era el anillo que había escogido para mí.

—¿No íbamos a elegirlo juntos? —pregunté mientras abría la caja. Si Cian iba a responderme, no pudo hacerlo, porque el grito de emoción que salió de mi garganta acalló cualquier otro sonido.

El anillo no solo era precioso, era perfecto. No era un anillo de casada al uso; era un anillo especial; un anillo que no solo me representaba, sino que lo significaba todo. Miré el pequeño aro de oro blanco con una incrustación de una flor de cerezo rosa.

Cian cogió la caja de mis temblorosas manos y me colocó el anillo en el dedo anular.

—Es perfecto. —Las palabras salieron entrecortadas de mis labios.

—Como tú, *a stór*.

—Este era nuestro destino, ¿verdad? —pregunté—. Nuestro destino era estar juntos, nunca tuvimos otra opción.

Cian negó con la cabeza.

—Eso era lo que yo creía —dijo—, pero lo cierto es que, aunque hemos tenido muchas opciones, nos hemos elegido el uno al otro.

Le rodeé el cuello con los brazos.

—Está hecho un romántico, señor Maccarthy.

—Y usted una descarada, señora Maccarthy.

—Señora Maccarthy —repetí—, me gusta. —Siempre sería una Perkins y a pesar de que seguía sin recordar gran parte de mi pasado, también una Wolf, pero ahora pertenecía a la familia Maccarthy y no podía estar más orgullosa de ello.

Los ojos de Cian se iluminaron al escuchar mis palabras y sus labios se curvaron en una bonita sonrisa.

—Te quiero, *a stór*. Siempre te he querido.

Cian acababa de declararme su amor con palabras. Y fue tan bello que me hubiese echado a llorar si él no me lo hubiese impedido apoderándose de mis labios.

Epílogo

4 años más tarde…

Cian

De alguna manera, siempre contemplé la idea de casarme. Sabía que era algo que podía pasar, pero que tan solo lo haría por fines estratégicos. Nunca pensé que me casaría con una mujer a la que quería.

Hasta hacía menos de cuatro años ni siquiera sabía que era capaz de querer a alguien. Mis padres se habían querido, pero creí que el amor no estaba hecho para mí. Pensé que, de alguna manera, nunca podría permitírmelo. El amor no está hecho para hombres como yo, hombres que han tenido que ver la parte más oscura de la vida a una edad tan temprana.

Si volviera a nacer, elegiría hacerlo en mi familia. Incluso después de todos los horrores que había tenido que pasar. Sin embargo, el apellido Maccarthy venía con muchos privilegios, pero también con muchos sacrificios.

Aunque no era muy amante de las playas, tenía que reconocer que Elwood Beach tenía su encanto. Cada vez que veníamos a Australia, Enya me hacía ir a diario y esa era la razón por la que acababa de comprar una casa con vistas a esa playa. El regalo de bodas que nunca le había podido dar y que le había dado esa misma mañana.

—Nunca imaginé una boda tan perfecta como esta —me dijo Enya, entrelazando sus dedos entre los míos—. Gracias, Cian.

Ella lucía radiante. Ondas de cabello suelto caían por sus hombros descubiertos. Llevaba un vestido veraniego blanco que le llegaba hasta las rodillas.

A pesar de que Enya y yo llevábamos cuatro años casados, no habíamos tenido una ceremonia en condiciones. Algo que a mí no me importaba, pero que aunque no me lo había manifestado, sabía que ella echaba de menos. Nuestro comienzo de relación no había sido al uso y distaba de ser perfecto; como tampoco lo había sido la manera en la que habíamos contraído matrimonio.

Por eso, había organizado una boda que creía que podía gustarle, en Melbourne. Había esperado a que las cosas se relajasen un poco. A pesar de que llevábamos cuatro años viviendo en Dublín, no había sido fácil. Había tenido que demostrar mi valía como jefe de mi familia y luchar para volver a colocar a la familia Maccarthy en el lugar que le correspondía. Como una de las más importantes y poderosas de Irlanda.

—Es todo perfecto —continuó Enya.

—No quiero decir nada, pero yo he participado —dijo Bindi con orgullo.

Enya abrió los ojos y desvió su mirada entre su amiga y yo varias veces.

—¿Le has pedido ayuda?

Asentí, comprendiendo la sorpresa de Enya. Mis interacciones con su amiga Bindi habían sido mínimas. Bindi no se fiaba de mí, algo que podía entender después de lo que había tenido que pasar y también podía comprender que pensase que no era el marido ideal para Enya, pero para ser honestos, su amiga no era santo de mi devoción. Hablaba y gritaba demasiado para mi gusto, aunque ella solía cohibirse cuando estaba a mi alrededor. Sin embargo, Enya la quería y

decía que era una buena amiga. Además, había visto la devoción con la que esa chica miraba a mi mujer.

—Eso suma puntos —apunté, riéndome. Enya entrecerró los ojos y golpeó suavemente mi hombro—. Vamos, los invitados están esperando.

La ceremonia había sido privada, solo con las personas más cercanas, pero el resto de invitados nos esperaban en el restaurante.

—Me quedaría toda la vida aquí si pudiese. Este lugar es perfecto —dijo Enya, mirando al mar, a la vez que tiraba al agua el ramo de flores.

—¿No se supone que tenías que lanzarlo para que las invitadas nos peleemos por él? —preguntó Nessa, que llevaba de la mano a Keane.

Keane era nuestro hijo de dos años. Le habíamos llamado como mi padre y al igual que él, era tozudo y empecinado. Keane había heredado el cabello pelirrojo de su madre y mis ojos azules. Era un niño inteligente y muy inquieto. Nos volvía locos, pero no podía estar más orgulloso de él.

—Es una costumbre absurda —respondió Enya, resoplando.

Vi cómo Bindi y Nessa compartían una mirada, en desacuerdo con las palabras de Enya.

—¡Mamá, brazos! —pidió Keane, soltándose del agarre de Nessa y levantando los brazos.

—Mamá no puede cargar pesos. Ya lo hemos hablado —le regañé, a la vez que me agachaba para cogerlo en brazos.

Keane se agarró de pies y manos a mí mientras se reía. Mi tono autoritario no causaba ningún efecto en él. Era algo que tendría que cambiar con los años. Como futuro hombre de honor, tendría que aprender a obedecerme.

—Estoy embarazada, no enferma —se quejó Enya.

Me encogí de hombros. Ella tenía razón, pero no podía dejar de preocuparme. En cuatro meses, daría a luz a nuestra hija, Emily. Enya había querido llamarla como su madre.

Decisión que yo había comprendido y respetado. Al igual que yo, Enya había perdido a su progenitora a una edad muy temprana y el único recuerdo que tenía sobre ella era desangrándose en el suelo.

Sabía que Arlan pondría el grito en el cielo cuando se enterase. Lo tomaría como una provocación, a pesar de que nuestra relación con él era inexistente. Aunque las veces que teníamos que coincidir por negocios habíamos logrado tolerarnos, nunca podríamos recuperar la amistad que tuvimos cuando éramos pequeños. Podía superar el pasado, pero jamás perdonaría una traición.

En cuanto a su relación con Enya, Arlan tampoco había hecho ningún acercamiento. Sabía que, en el fondo, a Enya le gustaría tener relación con su hermano —especialmente con el nacimiento de nuestro hijo—. Sin embargo, eso era algo que nunca iba a pasar. Arlan siempre vería en Enya a Emily y el daño que hizo a su madre. Mi mujer seguía sin conocer la implicación de su madre en el fallecimiento de la primera mujer de su padre y si dependía de mí, nunca lo sabría.

—¡Vamos, los invitados se están impacientando! —nos gritó Bindi, que se había quitado las sandalias de tacón y corría por la arena.

Con una sonrisa, Enya imitó las acciones de su amiga y echó a correr, sin hacer caso a mis advertencias de que tuviese cuidado.

Dejé en el suelo a Keane, que inmediatamente comenzó a perseguir a su madre. Tropezó y comenzó a llorar, pero Nessa lo alzó, colocándoselo encima del hombro, como si fuese un saco de patatas y mi hijo estalló en carcajadas.

Iba a seguirlos cuando me di cuenta de que Enya había dejado las sandalias en la arena. Ella era un desastre, seguía dejándolo todo tirado. Nunca me acostumbraría, pero había hecho alguna concesión: como desayunar en la cocina los domingos los tres en pijama. Porque por ella estaba dispuesto a casi cualquier cosa.

—¡Cian, vamos! —me gritó Enya, parada en la arena. Su cabello pelirrojo ondeando al aire. Ella no había vuelto a teñirse el pelo, cosa que agradecía.

Fui hasta dónde ella estaba esperándome.

—Te has dejado las sandalias.

—Ni me he dado cuenta. Menos mal que tengo a ti. ¿Qué haría sin ti? —preguntó, batiendo las pestañas.

—No lo sé, dímelo tú —respondí, a la vez que dejaba las sandalias en la arena.

—Nada, no me imagino la vida sin ti.

Sonreí, porque yo tampoco me la imaginaba sin ella.

Pillándola por sorpresa, la cogí en brazos y ella emitió un pequeño grito.

—Puedo andar —respondió indignada cuando la llevé en brazos hacia el restaurante.

—Sé que puedes. Por suerte para ti, no tienes por qué hacerlo.

—Eres un mandón, pero te quiero.

—Yo también te quiero, *a stór*.

Redes Sociales

Instagra: Lexi_thurman03